

Koi

ENTRE

EL AMOR

EL HONOR

D.J.57

ROSE GATE

KOI

Entre el Amor y el Honor.



Rose Gate

Copyright © 2018 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Cecilia Pérez

DEDICATORIA

A ti...
Que has sentido ser juzgado.
A ti...
Que has notado cómo murmuraban a tus espaldas.
A ti...
Que han intentado cortarte las alas y no dejar que volaras.
A ti...
Que te has visto relegado a las sombras por miedo a ser tú.
A ti...
Que amas sin restricciones y que das verdadero sentido a la palabra AMOR.
A ti...
A ti cuyo único pecado es ser quién eres.
A ti...
Es a quien verdaderamente dedico este libro y te invito a ser un KOI.

No permitas que nadie viva tu vida ni maneje tu destino.



ÍNDICE

Sinopsis

1 Capítulo (David)

2 Capítulo (David y Kenji)

3 Capítulo (Kenji)

4 Capítulo (Kenji y David)

5 Capítulo (David)

6 Capítulo (Kenji)

7 Capítulo (David)

8 Capítulo (Kenji)

9 Capítulo (Kayene)

10 Capítulo (Kayene)

11 Capítulo (Katsumi)

12 Capítulo (David)

13 Capítulo (Kenji)

14 Capítulo (David)

[15 Capítulo \(Kenji\)](#)

[16 Capítulo \(Katsumi\)](#)

[17 Capítulo \(Kayene y Katsumi\)](#)

[18 Capítulo \(Kayene-Katsumi\)](#)

[19 Capítulo \(Kayene y Katsumi\)](#)

[20 Capítulo \(Kenji y Kayene\)](#)

[21 Capítulo \(Kenji y Kayene\)](#)

[22 Capítulo \(David\)](#)

[23 Capítulo \(Kenji y David\)](#)

[24 Capítulo \(David y Katsumi\)](#)

[25 Capítulo \(David\)](#)

[26 Capítulo \(David\)](#)

[27 Capítulo \(Kenji\)](#)

[28 Capítulo \(Todos\)](#)

[29 Capítulo \(Katsumi y Kenji\)](#)

[30 Capítulo \(Katsumi y Kayene\)](#)

[31 Capítulo \(David y Kayene\)](#)

[32 Capítulo \(Hikaru y Kayene\)](#)

[33 Capítulo \(David y Kenji\)](#)

[34 Capítulo \(Kayene\)](#)

[EPÍLOGO](#)

[Tu opinión me importa](#)

[La Autora](#)

[¿Dónde puedo comprar los libros?](#)

[LOS LIBROS DE LA AUTORA:](#)

AGRADECIMIENTOS

Hora de dar las gracias y sabéis que las primeras van para los que más abandono por escribir. A los que ignoro durante largas horas y resisten sin comer cuando mamá está inspirada (¡no mucho rato eh!), a mis hijos que son lo más maravilloso del mundo, aunque en reiteradas ocasiones me saquen de mis casillas.

Al que lleva 20 años a mi lado aguantando mis alegrías, mis penas y mis cambios de humor (¡eh que yo también aguanto lo suyo!), a mi marido desde hace un año que literalmente se lanzó a una piscina conmigo vestida de novia porque se me antojó y la foto quedaría genial. Gracias cariño por compartir mis locuras.

A mi aquelarre de brujas y mi fuente de inspiración para muchas novelas, mi segunda familia, mis compañeras de trabajo que son la rehostia (gracias chicas).

A mi hermana que siempre está ahí y a mi tía que fue mi motor durante gran parte de mi vida.

A mi nuevo grupo de WhatsApp: **Mina Dekaca**, por esas risas, esa complicidad y esos 525 mensajes sin leer al cabo de dos horas.

A mi mago de las portadas Kramer H., que hace realidad todo lo que mi imaginación grita y encima lo mejora.

A Cecilia Pérez, mi correctora, por sus trabajos exprés, por sus sabios consejos, por estar siempre ahí y ser maravillosa.

A Gael Obrayan que aunque no lo sabe todavía, es una parte fundamental para mí en esta novela.

A todas las fans incondicionales de David que me habéis instigado hasta que no he sacado su libro.

A mis lectoras 0 Laura Duque y Nani Mesa, que me han aguantado lo indecible en este libro, mis dudas, mis miedos, mis colapsos. Gracias chicas, sin vosotras no sería posible porque sois quienes me dais oxígeno cuando no me llega, **OS SUPER ADOROOOOOOOOO**.

A Anabel García, Tania Lighling-Tucker y Yolanda García. Porque además de ser grandísimas autoras, son unas mujeres cojonudas y las quiero un montón.

A Mila Parrado, Kathy Pantoja, Marisa Gallen, Paz Fernández, Sonia Martínez Gimeno, María García, Verónica Naves, Cris Iguiño, Vanessa M. Escapa y Luz Anayansi Muñoz. Porque además de lectoras me han demostrado con creces que son mucho más.

A María Arribas de Picaronia, que es un sol de primavera, hace unas reseñas excepcionales Y UN

TRABAJO EXCELENTE.

A todas las páginas que tanto me ayudan a publicitar mis libros: Divinas Lectoras, Tertulianas Eróticas, Las Auténticas Devoralibros, Suspiros en la noche by Eve, La caja de los libros, Un café entre sueños de papel, Zorras literarias, Cotorras lectoras, V de Vero, Book's Wings, Cazadoras de Lecturas Eróticas, y un largo etcétera.

Y por supuesto a tod@s mis Devorador@s, l@s que están en la siguiente lista y las que seguro que están por ahí leyendo sin parar.

Marillac Romero, Maru Rasia , Itziar Martínez López, María Elena Ayala Fonfreda, Xavier Mallafre (Susana), Marina Merys, Irene GaGo, María José Valiente García, Sara Sánchez Irala, Isabel Martin Urrea, Sonia Rodríguez, Almudena Escarmena Díaz, Mar Bustos García, Chary Horno Hens, Gemma Riancho, Paqui Gómez Cárdenas, Verónica Naves, Mari Carmen Agüera Salazar, Mercedes Liébana Martínez, María Valencia González, Sonia Mateos, Remedios Pérez Martínez, Elena Pérez, Anna Margalef Gallisà, Sonia Sánchez Fernández, Paulina Morant Díaz, Toñi Jiménez Ruiz, Aisha Sorni Garza, Mireia Loarte Roldan, María Camús, Elisabet Ponce Alonso, Aurora Reglero, Mónica Martínez López, Mireia Jiménez López, Mariajose Estreder, Luz Marina Miguel Martin, Sara Martín, Brenda Espinola, Eve Romu, Cristina Iguíño, María Victoria Alcobendas Canadilla, Salud Lpz, Eva Vázquez Bloguera, Montse Elsel Lara, Sara Alba Diego, Eluanny Garcia Irausquin, Laura

Hanser, Leydis Sabala, María Neta Flecha, Isabel Gago, Virginia Rodríguez Moreno, María Pérez Cordero, Victoria Alonso N, "nachy

la devoradora", Maireth Brito, Maribel Gomsier, Irene Bueno, María

Isabel Sebastián Camarena, Melissa Arias, Paqui López Núñez, Estefanía Cádiz, Sònia Falguera Sala, Annie Pagan Santos, Mari Mari, Patricia Coletto, Manoli Romero Martínez, Yoli Gil, María Elena Justo Murillo, Elisabet Borrell, Isabel María Pavon Domínguez, Soli Couceiro, Mar Serrano del Cid, Mónica Sánchez,, Vanessa Gonzalvez Sánchez, Vanesa Rosillo Desviat, Gema Parraga, Mary Izan, Esther Garcia, Ana Plana Robles, Yasmina Sierra Segura, Sylvia González, Ivet María Candelario, Selena Patrick, Ana Cruz

Peña, Karla Calderón, Mayka Ventura Pérez, María José Félix Solís, Miryam Hurtado de Mendoza, Oscary Torres, Mónica Escoda Escritora, Carmen RB, Elyah Fdx, Liliana Marisa Scapino, Brenda González Pérez, Tammy Mendoza, Jenny Pinel León, Rebeca Ejea Rived, Cristina Lozano, Aisha Sonni, María Alejandra Jiménez, Rachelrp Author, Mailyn Aparicio, Patricia Muñoz Giménez, Flavia Farias, Laura Ortiz Ramos, Esmeralda Fernández Martínez, Lorena

De La Fuente, Claudia Meza Castro, Giséle Gillanes, Ana Cecilia Gutiérrez, Tati María Elena Pérez, Estela Rojas Ortiz, Lucia Paun, Lupe Berzosa Faura, Ana Farfán Tejero, Erika Velásquez González, Isabel Serrate Palacio, Remedios Pérez Martínez, Mercedes Arévalo Izquierdo, Fontcalda Alcoverro Castel, Yerleris Graffe, Xindy Xfe, Verónica C. Herrero, Keila Daza de Acuña, María José Félix Solís, Maribel Martínez Alcázar, Montse Elsel Lara, Luisa Ruiz Rueda, María Cristina Conde Gómez, Wendy Filippi, Liliana Marisa

Scapino, Ana Moraño Dieguez, Eva María Solano Romero, Maricarmen Lozano, Ana María Alanis Pérez,

María Guerrero,

María Rossenia Arguello Flete, Paz Fernández, María Abelda, Maite Sánchez Moreno, María Fátima González, María José Gómez Oliva, Anna Luciano, Beatriz Sierra Ponce, Jessica Adilene Rodríguez, Morrigan Aisha, Vero López, Melissa Arias, Gabi Morabito y Cristina Lozano, Bea López Ortego, María Fátima González, Bethzaida Cruz, Rosi Molina Mañodes, Mai Del Valle, Marisol Zaragoza, M Carmen Romero Rubio, Todo Croche Loli, Mariposa Brujilla, Débora Núñez, Marcia Rial, Lola Rodríguez, María Rivera, Rut Débora PJ, Mary Izan, Wilkeylis Ruiz, Alea Jacta Est, Manuela

Guimera Pastor, Elisa Armani, Ana María López Viegas, Rosana Quijada, Ana Plana Robles, Elisa Armani, Ana María López Viegas, Reyna González, Maty Encinas, Montse Carballar.

Espero haberles dado a estos personajes su merecido final, a hora a devorar.



Sinopsis

Cuando el honor pasa de ser una simple palabra, a regir tu vida, no porque tú lo decidas, sino porque naciste con el deber de que así fuera, el amor se relega a un segundo término, perdiendo su poder, volviendo su fuerza gris y opaca, como una piedra olvidada en medio del camino.

Sin Embargo, solo hace falta una mirada para devolverle el color, que lata de nuevo e inunde tu vida, arrasando con todo lo que habías conocido hasta el momento.

Eso me sucedió a mí cuando le conocí, aquellos ojos café se convirtieron en la piedra angular que me hizo nadar a contracorriente, igual que una carpa Koi, soñando con alcanzarlo algún día.

Me llamo Kenji Watanabe, soy el futuro kumichō de la Yakuza más importante de todo Japón y me he enamorado de quién no debía.

Dos hermanos, dos parejas, dos amores imposibles que ponen en entredicho los valores de una cultura.

Déjate sorprender por Koi, entre el amor y el honor

1 Capítulo (David)



Barcelona, en la actualidad.

Sabía que aquel momento iba a llegar tarde o temprano, y creía estar preparado para ello, de hecho, desde la última vez que le vi en su boda no había pensado en otra cosa, en arrancármelo de la cabeza y del corazón. Pero cuando creía que ya lo tenía superado, con un solo pestañeo de sus ojos rasgados había minado las defensas que tanto me había costado construir.

Así era él, Kenji Watanabe, el intachable hijo mayor de Kenjiro Watanabe, heredero y futuro *kumichō*^[1] de la Yakuza más importante de todo Japón.

Desde que Hikaru, el marido de mi amiga Akiko y cuñado de Kenji, había decidido dejar aquel mundo, el otro hermano de Akiko, Kayene, se había convertido en la mano derecha de Hikaru. Él nunca había llevado bien ser el segundo hijo, era mucho más ambicioso que Kenji, y según él, mucho más capaz de ser el nuevo *kumichō*, decía que a su hermano le hacía falta sangre, que era frío como la cima del monte Fuji en pleno invierno.

Siempre había habido competitividad entre los hermanos, pero Kenjiro Watanabe, sabía que su hijo Kenji, con aquel carácter en apariencia templado,

tomaría mejores decisiones que el impulsivo Kayene. Nunca hubo duda de que Kenji era el heredero, por ser el primogénito y por no temblarle el pulso ante ninguna situación.

Ahora que le tenía delante recordé aquella primera vez que le vi. Estaba en el aeropuerto de Tokio, a punto de embarcar en un vuelo dirección a Maldivas. Mi mejor amiga Ilke se iba a prometer con Hikaru, pese a estar enamorada de Gio. Se había marchado huyendo de él, de su relación tóxica, pensando que en la otra punta del mundo iba a conseguir sus dos objetivos, sacar a Gio de debajo de su piel y cumplir su sueño de estudiar moda en París.

Ilke se marchó a Tokio para trabajar en el Ran de allí. Gracias a mí, en Barcelona, había logrado una plaza en el mismo restaurante que yo trabajaba, el Ran, un lugar muy peculiar, donde nuestro cometido era ser una bandeja de sushi humana.

Siempre he sido muy liberal en cuanto al sexo, creo que no me ha quedado nada por probar, a excepción de parafilias que no entran dentro de mi mente, convertirme en un váter humano para que defequen o meen encima de mí, jamás ha entrado en mis planes, o tirarme a un muerto, o montármelo con una gallina, puedo tener pluma, pero paso del rollo aviar... Aunque no lo juzgo, cada cual puede hacer con su cuerpo y con el sexo lo que le plazca. Aún recuerdo a mi primo Manuel, el del pueblo, saliendo en carne viva del gallinero porque había intentado tirarse a una gallina y el gallo se había liado a picotazos con su polla. Salió corriendo como alma que lleva el diablo, con los pantalones bajados y el gallo lanzando su ataque contra sus zonas más nobles. Manuel no dejaba de gritarle al animal, «¡Aparta! ¡Que yo también tengo huevos que proteger!», como si el gallo le entendiera o pudiera empatizar con él. Desde entonces todos los primos le conocíamos como Gallinator, sobrenombre que no le hacía ninguna gracia cada vez que lo escuchaba. Pero menos gracia le hizo a mi tía cuando tuvo que ir al médico para que lo curaran, pensando que podía pillar la gripe aviar, ya

se sabe, en el pueblo se ignoran muchas cosas. La cara de mi primo era un mapa, cuando su madre le explicó al médico porqué su hijo tenía el pene en carne viva. Finalmente todo quedó en una anécdota, sin embargo esas cosas perduran en la memoria de los habitantes de Pozal de Gallinas, en Valladolid. Un pequeño pueblo de no más de quinientos treinta y cinco habitantes conocidos como los gallinatos. Supongo que mi primo se dejó influenciar por el gentilicio y quiso rendirle honor, aunque el modo no fuera el más apropiado.

Dejando a mi primo aparte, yo disfruto de absolutamente todo y con todos, sin importarme género o condición sexual. Si tuviera que definirme, diría que soy un noventa por ciento gay y un diez por ciento hetero, pues he mantenido relaciones con un reducido grupo de mujeres, mujeres excepcionales que han despertado esa pequeña parte heterosexual y que me ha dado mucho placer. El no cerrarme a nada me ha abierto muchas puertas y variadas opciones, sobre todo he ampliado mis miras.

A Ilke la conocí desfilando, ambos ejercíamos eventualmente de modelos para la misma agencia, esa chica me fascinó con solo verla. Y no solo por su belleza nórdica, que es espectacular, sino también por su carácter decidido y desinhibido. Era como verme a mí mismo siendo mujer. Creo que por eso nunca me enamoré de ella, habría sido muy fácil, hubiera sido como enamorarme de mí mismo, estaba claro que yo me quería mucho, sin embargo no me veía enamorándome de mí o de alguien como yo.

Con Il compartí algún que otro roce, el primero debido a mi “peculiar trabajo” en el salón de estética, recuerdo su primera depilación conmigo como si fuera ayer. Andrea, mi jefa en el salón, me dijo que tenía un nuevo servicio, que era una clienta nueva y que había pedido un servicio completo. En aquel lugar tan especial, esas dos palabras significaban dos cosas: depilación total y “final feliz”. Supongo que para algunos, podrían llegar a considerarlo prostitución, aunque yo no lo veía así. Me dedicaba a complacer a mujeres maravillosas, con

el simple uso de mis manos. Nunca había penetración y yo elegía siempre cómo masturbarlas. Nadie me obligaba a nada, estaba allí por propia voluntad y ganaba una pasta más que decente. Siempre he sido un hombre de gustos caros y los estudios nunca han sido mi fuerte, así que viniendo de una familia humilde me valí de lo que el universo me había dado. Mi físico, mi don de gentes, mi inteligencia emocional y mis manos. Llegué incluso a plantearme asegurarlas, como el culo de Jennifer López, al fin y al cabo eran mi herramienta de trabajo. Tenía unas manos que mis clientas adoraban, decían que tenía el toque mágico que las lanzaba a la mejor depilación de su vida y al mejor orgasmo también.

Salí a recibir a mi nueva clienta con el uniforme del salón, un pantalón bajo de chándal negro y una camiseta ajustada que marcaba toda mi musculatura, aunque la camiseta solo era para recibir a las clientas, en la cabina siempre me desprendía de ella, las mujeres suspiraban diciendo que era el David de Miguel Ángel, les encantaba contemplar mi torso esculpido que mi trabajo me costaba estar así. Cuando llegué a la recepción y me encontré que era mi amiga, Ilke sonrió ante mi cara de estupefacción, sobre todo cuando Andrea me comentó que ella era mi nueva clienta. Parecía la gata que se había comido al ratón, aunque dudaba mucho que supiera que en unos instantes el ratón iba a ser ella. Cuando le dije dónde trabajaba jamás creí que pidiera cita, estaba convencido que no sabía en que lugar se había metido, ni tampoco lo que costaban mis servicios, con lo impulsiva que era seguro que había reservado sin saber lo que iba a pagar por mi servicio completo.

Ilke venía de una familia tan humilde como la mía y yo era el chico más caro del salón. Cuando mi jefa nos dejó solos le pregunté:

—Nena, pero ¿qué haces aquí? —Seguía inquieto por la situación.

—Pues, ¿tú qué crees? He pedido hora para un tratamiento completo contigo —respondió sonriéndome ilusionada.

—¿Has pedido un completo? —inquirí. No iba a negar que me excitaba la idea de tenerla de aquel modo en mis manos, ya que alguna vez había fantaseado con ello.

—Por supuesto, lo quiero todo —añadió y con su dedo índice trazó un círculo en mi pecho de un modo muy sexy.

—Está bien, si sabes a lo que vienes, yo no tengo ningún problema —concluí. Mis ojos se oscurecieron invitantes, Ilke siempre decía que los tenía del color del chocolate caliente y ahora estaba a punto de hervir.

—Vamos, nene, quiero que elimines mi traje de invierno, tengo unos pelos que si el oso Yogui me viera, seguro me tiraría los tejos —añadió y no pude por menos que soltar una carcajada, me encantaban sus salidas.

—Eres una exagerada, está bien, entremos, es esa cabina —dije señalándole la puerta tres.

Aquel lugar era exclusivamente mío, lo tenía decorado a mi antojo y ningún otro de los chicos podía acceder a él. La luz era tenue, invitante y con colores relajantes e incitantes.

—David, cielo, ¿quieres decir que vas a ver algo? —preguntó. Cuando Ilke se dio la vuelta yo ya me estaba quitando la camiseta. Sus pupilas se dilataron al comprobar mi torso perfecto, las horas de gimnasio y mi falta de grasa corporal ayudaban a que luciera un tronco perfectamente esculpido, fibrado y lleno de abdominales. Además, era de piel morena, aunque fuera pleno invierno lucía un tono bronceado que resaltaba la tonicidad de mis músculos. Ella me seguía contemplando, sin saber por qué estaba solo con aquel pantalón que se deslizaba por mis oblicuos—. ¿Pero qué haces? —indagó. Yo ladeé una sonrisa, de esas que mis clientas tanto adoraban, decían que al contemplar esos dientes blancos y mi barba de tres días, podían tener un orgasmo. Era un fanático de los dientes, necesitaba tenerlos impecables, no había cosa que me diera más reparo que unos

dientes sucios.

—Has pedido un servicio completo, nena, y eso es lo que vas a tener. Desnúdate, Ilke —le ordené sacando mi parte autoritaria, si algo tenía claro es que en el sexo me gustaba mandar.

—¿C- Cómo? —demandó y sus hermosos ojos azules se llenaron de sorpresa.

—Que te desnudes, quieres una depilación completa, ¿no, Il? —respondí arqueando una ceja.

—Sí.

—Pues eso es lo que voy a hacer, vas a tener la mejor depilación de tu vida —aseguré y me acerqué peligrosamente a ella, bajando un tono mi voz para agravarla—. No seas tímida, nena. En los desfiles hemos estado en más de una ocasión desnudos cambiándonos, no hay nada que no te haya visto ni que tú no me hayas visto —añadí y ella como una autómatas se fue desnudando, mi aura de dominante la obligaba a obedecer, sabía que Ilke con todo lo fuerte que era necesitaba un hombre a su lado con aquella aura, en ese instante yo iba a serlo.

Cuando estuvo completamente desnuda la invité a estirarse en la camilla, como un corderito entrando en el matadero se tumbó. Era cierto que la había visto desnuda muchas veces, sin embargo nunca en una situación tan llena de morbo como aquella, Ilke se me antojó deliciosa, con su cuerpo níveo de pechos suaves y firmes. Le sonreí complacido.

—Estás tan buena Ilke, que no entiendo cómo no tienes novio, más de uno mataría por estar con una chica como tú: lista, divertida y guapa como el pecado —comenté y ella también me sonrió más tranquila.

—Tú tampoco estás nada mal, adonis. Anda, vas a comenzar ¿o no? —preguntó y yo asentí, de repente me apetecía mucho complacerla.

—Prepárate para la depilación de tu vida —sentencié.

La depilé con mucho mimo, con una cera tibia especial que dejaba la piel muy suave y sin rastro de vello, no me dejé un solo pliegue o rincón sin despojar. Cuando llegué a su sexo, Ilke se tensó pues era algo muy íntimo y a veces las mujeres se violentaban por sentir a un hombre accediendo de aquel modo a su zona más sensible.

—Eres preciosa, Il —le susurré—, no hay un solo rincón de tu

cuerpo que no merezca ser adorado —dije al tiempo que le separé las piernas y con suma delicadeza la dejé desprovista de cualquier molesto vello que pudiera ocultar aquella hermosura. Cuando terminé contemplé mi obra a conciencia, su piel blanca lucía sonrosada, el masaje se lo daría con un aceite para pieles sensibles que recuperaría color hasta alcanzar su tono habitual—. Cierra los ojos preciosa y relájate, ahora empieza lo bueno —declaré.

Su respiración se aceleró cuando vio que vertía el aceite directamente sobre sus pechos. Un jadeo involuntario se le escapó llenándome de satisfacción, quería que hoy jadeara para mí, iba a poner todo mi empeño para que así fuera. Acaricié aquellos tiernos montículos que se pusieron duros al instante bajo mi toque. Il había cerrado los ojos y sus labios exhalaban un cálido aliento que hablaba de deseo. Tracé círculos en ellos y deslicé las manos por sus brazos para regresar de nuevo. Ver cómo respondía me estaba poniendo cachondo. Volví a coger el aceite para trazar un camino entre su abdomen y su vagina. Cuando el líquido cayó directamente en su sexo, un etéreo gemido fluyó entre sus labios. Mis dedos volaron para trazar el mismo sendero que había recorrido el dorado líquido. Acaricié sus enrojecidos labios y el abultado monte de Venus que parecía una mullida esponja, sin percatarse, Ilke separó las piernas dándome un mayor acceso, aquello me gustó pues estaba lista para la siguiente fase.

Estaba en su lado derecho, desde aquel lugar tenía acceso completo para degustar aquellos tiernos botones, mientras seguía masajeando su sexo por lo que bajé lentamente el rostro hasta llevarme uno a los labios degustándolo con

glotonería, lo succioné con fuerza para tensarlo y cuando lo sentí rígido me aparté para pellizcarlo. Ilke gritó arrasada por la pasión.

—¿Te gusta, cielo? —pregunté, aunque estaba claro que así era—. Pues, espera y verás —afirmé y bajé la cabeza de nuevo alternando ambos pechos con succiones y pellizcos.

—¡Dios! —exclamó con fuerza, sus manos viajaron hasta mi pelo moreno, enroscó los dedos entre los mechones y comenzó a tironear. Ese punto salvaje me enloqueció, clavé los dientes en aquellas sabrosas protuberancias, al tiempo que internaba los dedos en sus pliegues. Estaba muy excitado y ella también, su humedad me decía que siguiera, pero mi amistad me pedía que preguntara, pues ante todo, era mi amiga.

—¿Sigo? —cuestioné. Sentía la oscuridad del anhelo apresándome, quería que se corriera como jamás lo había hecho, que se entregara a mí completamente.

—¿Tú quieres seguir? —me respondió temerosa. Para darle la seguridad que necesitaba, introduje dos dedos en su apretada vagina.

—¿A ti qué te parece? —indagué. Estaba empapada, mis dedos empujaban una y otra vez impregnándose de su humedad. Algo cambió en su mirada, en aquellos mullidos labios que se escondían bajo la mordida de sus dientes. Il salió al encuentro de mis dedos, elevando sus caderas una y otra vez, dando un sí en toda regla. La estrechez de aquel canal y los cortos impulsos que tiraban de mis dedos me alertaban de que estaba a punto de correrse—. Estás muy cerca, ¿verdad?, puedo sentirlo —aseguré y ella pasó su lengua por el labio inferior.

—Sí, estoy a punto —replicó y su voz se entrecortaba.

—Lo que voy a hacer ahora no lo hago nunca con mis clientas, Il sin embargo hoy voy a hacer una excepción contigo —le comenté. Eso era cierto, masturbaba a mis clientas, pero nunca con la boca, eso era demasiado íntimo y personal.

Me cambié de posición, tiré de Ilke hasta colocarla donde deseaba para embutir mi lengua entre sus piernas. No tardé en encontrar el erecto clítoris que se erguía a mi encuentro, lo estimulé sin dejar de trabajar el punto G con los dedos. Ilke tiraba de mi cabeza pegándome a su intimidad, se retorció, estaba muy agitada y caliente. Me sentía terriblemente complacido por su entrega. Ya no se escondía, gritaba, jadeaba y respondía abiertamente hasta que estalló en mi boca.

—¡Aaaaahhh! —gritó. Aparté los dedos saboreándola hasta el final, era dulce y picante a la vez, algo muy propio de ella. No me detuve hasta sentirla completamente saciada. Cuando terminó le di un tierno beso en el monte de Venus.

—¿Te ha gustado? —le pregunté con suficiencia, sabía que había hecho un trabajo excepcional.

—¿Y tú qué crees? —respondió acalorada— ¿Pero, tú no eres gay? —inquirió y yo me encogí de hombros.

—Casi todos los gais tenemos mujeres únicas que nos ponen casi tanto como un hombre y está claro que tú eres la mía aunque, no te emociones pues me siguen gustando los tíos a muerte —aseguré y le guiñé un ojo para restarle importancia, sin embargo mi polla estaba dura como el granito—. No obstante, reconozco que no ha estado mal —traté de restarle importancia, en el fondo sabía que no quería complicar las cosas con ella, era mi amiga y prefería que lo siguiera siendo a embarcarme en algo que no terminaría bien.

—No te preocupes, ya sé que te va más la carne en barra, pero gracias David, ha sido un “trabajo” fantástico —declaró y le sonreí complacido.

—Anda, vístete y vamos a tomar un café, tengo quince minutos hasta mi próxima clienta y quiero comentarte algo, tengo un trabajo nuevo de fin de semana y creo que te puede interesar, es fácil y se cobra mucha pasta —comenté y ella me miró interesada.

—¿De qué trabajo y de qué cantidad estamos hablando? —inquirió. Podía ver el símbolo del euro desfilando por sus ojos.

—Vístete y te lo cuento, te espero fuera. Por cierto, a esta depilación invito yo, dudo que pensaras gastarte doscientos euros en ella —comenté y su mandíbula se desencajó.

—¿Doscientos? —exclamó y la miré divertido.

—¿Crees que no lo valgo? —cuestioné y me acaricié los abultados pectorales bajando en cascada sobre mis abdominales.

—¡No! Estás que crujes y tu trabajo es impecable —afirmó pero parecía algo abochornada, así que le resté importancia.

—Pues, eso, te espero fuera, tenemos solo diez minutos, ya hemos perdido cinco, espabila.

Así fue cómo le conté lo de mi nuevo curro los fines de semana, el trabajo era muy sencillo, tenían un catálogo de modelos masculinos y femeninos de distintas razas, los organizadores de la cena escogían qué modelos iban a participar en cada banquete. Mi cometido era tumbarme desnudo, mientras la comida se servía sobre mi cuerpo; mayoritariamente era sushi y sus variantes. En el restaurante se ofrecían distintos tipos de servicio, en mi caso, los realizaba todos, raro era el fin de semana que no trabajara. Cuando el servicio lo realizaba una mujer se llamaba *nyotaimori* y la versión masculina *nantaimori*. Al principio Ilke se asustó un poco ante mi explicación.

—No lo entiendo, David, pero ¿cuál es mi función exactamente? ¿Van a comer la comida sobre mi cuerpo completamente desnudo con la boca? —cuestionó y me miró escandalizada.

—No, tonta, sí que es verdad que hay ciertos servicios “especiales” en los que sucede eso, pero siempre se da la opción al modelo a aceptar o no. Nunca se

impone nada. Lo que tú y yo haremos será que nos cubrirán nuestras zonas nobles con hojas de plátano y sobre ellas van depositadas las porciones de sushi. No hay contacto físico, es como una obra de arte. Les gusta contemplar la belleza de un cuerpo hermoso, mientras se degusta el sushi más exquisito y caro —le expliqué, pues no iba a decirle que yo practicaba todos los servicios excepto el de prostituirme, nunca había cruzado ese límite, no había necesidad. En cuanto le dije que iban a pagarle dos cientos euros por el servicio básico, su cara cambió. Estaba convencido que podía sentir su sueño de estudiar en París bajo la yema de sus dedos.

—¿Dónde hay que firmar? —preguntó y aquello me hizo sonreír.

—No es así de simple. Primero, has de pasar por treinta días de instrucción, no es tan fácil como parece, te enseñarán a estar quieta durante dos horas, a evitar estornudar, a controlar tu respiración, a no moverte bajo ningún concepto. Cuando termines esa instrucción, estarás lista para empezar. Si me dices que sí, les llamo y te acompaño a la primera entrevista —le comenté.

—Está bien, ¿cómo lo hacemos entonces? —cuestionó.

—Voy a llamarles, espera un momento —le dije. Estaba convencido que en cuanto mi jefe viera a Ilke la contrataría. Estaban buscando una chica con rasgos nórdicos y ella cumplía con creces.

Tras concertar la entrevista para esa misma tarde le recomendé que pasara por casa a prepararse. No quería adelantar acontecimientos y explicarle qué iba a ocurrir en la entrevista, prefería no ponerla nerviosa. Finalmente todo salió bien, Ilke pasó a formar parte de la plantilla del Ran, junto a mí.

Así comenzó todo, pues el Ran fue el detonante para que ella y Hiks se conocieran, a la par que terminó con su relación con Gio en el momento en el que este la vio trabajando allí.

No estaba seguro de si eso era bueno o malo, solo sabía que mi amiga se había

comprometido con ese japo, que según ella y sus llamadas telefónicas, la hacía muy feliz. Por su bien esperaba que así fuera, si con Gio no había sido posible, tal vez con Hikaru sí lo fuera.

2 Capítulo (David y Kenji)



Estaba en el aeropuerto con Laura y Marco, la hermana de Ilke y su marido. Con nosotros habían viajado Gio, Marta y Simón, el jefe de seguridad de Gio. No estaba muy de acuerdo con todo aquello, pero Laura me convenció de que su hermana podía correr peligro. Parte de la plantilla de Gio había desaparecido

misteriosamente de su club de sexo, el Masquerade, y de varios de sus locales nocturnos. Siempre eran chicas las que desaparecían misteriosamente y Marta era la encargada del caso. Habían estado investigando, tirando del hilo y sospechaban que Hikaru, el nuevo prometido de Ilke e hijo único del *kumichō* de los Sumiyoshi-kai, podía tener algo que ver. Aunque yo estaba convencido que lo que impulsaba a Gio eran los celos y las ansias de recuperarla.

El evento era descomunal, no sabía cuanta gente había en ese aeropuerto esperando para embarcar. Gio logró que le invitaran porque su fallecida madre era hija del *kumichō* de la Yakuza más importante de todo Japón, los Yamaguchi-gumi. A Gio se le conocía como Akira Watanabe, su nombre japonés. Cuando pasó una época en casa de su tío, conociendo sus raíces fue el nombre que le impusieron, pues Giovanni Dante les recordaba que su madre se fugó con el padre de Gio, incumpliendo el matrimonio de conveniencia que la familia había impuesto para ella. Toda la familia japonesa de Giovanni estaba invitada a la fiesta, aunque solo fueron su tío Kenjiro y sus primos Kenji, Kayene y Akiko.

Así fue como le conocí. Gio nos presentó antes de subir al avión. Cuando mis ojos se encontraron con aquel japonés de mirada intensa y carente de toda expresión, mi estómago se contrajo al instante.

—David, él es mi primo Kenji. Kenji, él es David, el mejor amigo de la prometida y de Laura, su hermana —explicó Gio. Aquellos ojos negros como el carbón me escrutaron de arriba a abajo, como si estuviera por encima de mí, yo agua y él aceite, mi parte dominante se reveló ante tal escrutinio, le tendí la mano esperando apretarla con fuerza para mostrarle quién mandaba de los dos. Él seguía rígido, igual que si le hubieran metido un palo por el culo, aunque estaba claro que yo le hubiera introducido otra cosa. Vestía impecable, con un traje negro que le sentaba como un guante, camisa blanca y corbata negra. En vistas de que no reaccionaba, su hermano Kayene intercedió.—¡*Yabai*^[2], Kenji, mira que llegas a ser estirado! ¿Es qué no recuerdas que los *gajin*^[3] se saludan

estrechando la mano o dando dos besos? —comentó otro nipón más joven y desenvuelto que apareció ante mis ojos. Era más jovial, muy guapo y con un toque más macarra que el estirado del traje que me había dejado con la mano en el aire—. Yo soy Kayene, el hermano guapo y divertido y este monigote de cartón piedra es Kenji, que parece que se le ha comido la lengua el gato y se ha olvidado hasta saludar. Nos estás haciendo quedar en ridículo —le soltó a Kenji y la expresión del hermano mayor seguía inalterable. Tras unos instantes se inclinó levemente, a modo del típico saludo japonés y se retiró, dejándome con Kayene—. No te preocupes, no suele ser tan rancio, supongo que debe sentirse nervioso con tanta gente importante a su alrededor, a mi hermanito no le gusta dar un paso en falso ¿sabes? Es el perfecto, por suerte yo no —me comentó y me gustó el desparpajo de Kayene, aunque no me atrajo en absoluto, en cambio el sieso de su hermano me había puesto a mil. ¡Joder, no recordaba algo tan fuerte desde el instituto!

—¡Y yo soy Akiko! —saludó una jovencita muy guapa de rasgos orientales y maravillosos ojos verdes que se plantó ante mí para darme dos sonoros besos.

—¡Akiko! —la riñó su padre— ¡Una buena japonesa no hace esas cosas! —Al parecer, el señor Watanabe era muy rígido con la educación de sus hijos, y estaba claro que solo le había salido bien con uno.

—Anda, *chichi*^[4], no te enfades —pidió Akiko al tiempo que frunció

sus morritos haciendo un puchero la mar de divertido, su padre puso los ojos en blanco dulcificando la mirada justo después. Estaba claro que esa chica hacía lo que quería con él y que era su ojito derecho.

—Comportaos bien, sed buenos, no me hagáis quedar mal. Debo ir con Kenji a presentar mis respetos a Hareaki por habernos invitado —declaró.

A Hareaki no le conocía todavía, pero Ilke me había comentado que era su futuro suegro, había perdido a su mujer y estaba un poco deprimido por ello. En cuanto

Kenjiro desapareció con su hijo mayor, Akiko volvió al ataque.

—Madre mía, eres guapísimo, con tu estatura y tu físico podrías ser modelo —dijo. Ella también era bastante alta, con un rostro y un cuerpo perfecto para el mundo de la moda.

—No le hagas caso a mi hermana —comentó Kayene intentando restarle importancia—. Su sueño es desfilarse en las principales pasarelas del mundo, aunque ya sabe que nuestro padre jamás la dejará —explicó enarcando las cejas.

—Al igual que a ti nunca te dejara ser el futuro *kumichō* —atacó ella, entrecerrando los ojos con malicia.

—Eso ha sido un golpe bajo, hermanita —respondió Kayene y ella sonrió victoriosa.

—Como dice la abuela, dos no se pelean si uno tiene una Katana, y en este caso quien la maneja soy yo —adujo. Tenía ovarios la jovencita. Interrumpí el rifirrafe entre los hermanos antes de que me salpicara.

—Pues yo creo que tiene mucho futuro en la industria de la moda, si quieres puedo presentarte a mi agente en España —dije dirigiéndome a Akiko y llamando la atención de ambos.

—¡Lo ves! Sabía que era modelo, tengo un ojo clínico para detectarlos —exclamó feliz y fijó sus hechizantes ojos sobre mí—. Además de guapo es listo, ¿te quieres casar conmigo? —preguntó atrevida Akiko, mientras yo le sonreía abiertamente. La verdad es que aquel par y sus pullas me divertían mucho.

—No creo que nuestro padre se tomara a bien que te casaras con un *gajin*.

—Nuestro padre no se tomaría a bien que me casara con nadie, ya sabes lo sobreprotector que es conmigo, no se da cuenta que soy distinta, quiero viajar, conocer mundo, ser una modelo famosa... —declaró y sus ojos soñadores

revelaban como un libro abierto todas aquellas fantasías y anhelos, provocándome mucha ternura.

—Dejad la cháchara para más tarde —nos interrumpió Gio—, debemos embarcar, tal y como nos han explicado, es una sorpresa para Ilke, así que los invitados debemos escondernos en la parte de atrás del avión —añadió. Estaba claro que trataba de que no se le notara el resquemor, de enmascararlo, sin embargo la rabia estaba instalada en él, podía sentirla.

—Está bien, primo Akira, pero yo me pido sentarme con David, quiero seguir conociéndole —apostilló Akiko que me tomó del brazo, me gustaba aquella pequeña descarada, tenía un punto que me recordaba a mi adorada Il, pero en versión oriental.

—Dudo que nuestro padre te deje —soltó Kayene que se cruzó de brazos observando a su hermana pequeña.

—Dudo que nuestro padre te deje —le imitó con mofa ella—. ¿Es que no sabes decir nada más? —Kayene resopló—. Además, justamente por eso tú te vas a sentar con nosotros, ya sabes que hay tres butacas en cada fila, tú nos cubres y así yo puedo charlar con David —le espetó. «Chica lista», pensé para mí. Tal vez no debería alentarla, no quería que se colgara de mí.

—¿Y qué me vas a dar a cambio? —preguntó su hermano esbozando media sonrisa, menudo par de interesados eran esos dos.

—¿Qué te parece no contarle a papá la fiesta que te montaste en casa con aquellas chicas en tu habitación cuando él no estaba? —«Pummmm», le acababa de estallar en toda la cara. Kayene abrió los ojos tanto, como sus facciones rasgadas le permitieron.

—¿Y cómo sabes tú eso, mocosa? ¡Si no estabas allí! —exclamó. Parecía incrédulo ante la afirmación de Akiko.

—No pienso revelar mis fuentes, la información es lo que hace a una mujer poderosa... —decretó y él bufó.

—¿Mujer? ¡Pero si eres una cría! —rebató despechado.

—Pues creo que esta cría te acaba de marcar un gol por toda la escuadra —apuntilló Akiko, que dio una vuelta luciendo su cuerpo—. Y te garantizo que de cría me queda poco. —Ambos contemplamos sus gráciles curvas. Estaba claro que era joven, pero no una cría como decía Kayene—. ¿Cuento contigo o hablo con nuestro *chichi*? —preguntó fingiendo inocencia. Todavía se me hacía extraño pensar que *chichi* era padre, y eso que Il me había advertido, pero no me veía yo saludando a mi padre y diciéndole «Hola, chichi», seguro que me soltaba una colleja por referirme a él como a la zona sexual femenina.

—Está bien, manipuladora, vamos —convino Kayene y así fue como me embarqué en uno de los vuelos más largos y entretenidos de mi vida.

No tenía ganas de ir a la fiesta de compromiso de los Fukuda, sin embargo sabía que mi vida estaba plagada de cosas que no me gustaban y que debía asumir. Todavía recuerdo cuando era pequeño y mi padre se sentaba conmigo para que recitara de memoria el código de la Yakuza, según él, el *Bushidō* era fundamental para interiorizar los valores de los Samurái, que eran nuestros antecesores.

—Recuerda, Kenji, este código es sagrado y se espera que un buen *kumichō* acate todos y cada uno de los siete principios que lo conforman. Memoriza conmigo —me decía muy serio—: GI es la honradez y la justicia. Sé honrado en tus tratos con todo el mundo.

Cree en la justicia, pero no en la que emana de los demás, sino en la tuya propia.

Para un auténtico samurái no existen las tonalidades de gris en lo que se refiere a honradez y justicia. Solo existe lo correcto y lo incorrecto.

—Gi —repetí yo.

—Muy bien, YU, coraje —enfaticaba siempre aquella palabra—. Álzate sobre las masas de gente que temen actuar. Ocultarse como una tortuga en su caparazón, no es vivir. Un samurái debe tener valor heroico. Es absolutamente arriesgado, es peligroso, pero sin duda también es vivir la vida de forma plena, completa y maravillosa. El coraje heroico no es ciego. Es inteligente y fuerte. Reemplaza el miedo por el respeto y la precaución —me explicó paciente. Ahora pensaba en el Yu y me sentía un fraude, obviamente de pequeño no sabía que el caparazón de la tortuga iba a ser más que un símil en mi vida. El valiente Kenji, el respetable Kenji, el cagado de Kenji, pensé para mis adentros. El futuro *kumichō* de los Yamaguchi-gumi viviendo bajo su caparazón.

—Yu —aseveré a mi orgulloso padre.

—JIN, hay que ser benevolente. Mediante un entrenamiento intenso el samurái se convierte en rápido y fuerte. No es como el resto de los hombres, pues desarrolla un poder tan grande que debe ser usado solo para el bien de todos. El samurái debe tener compasión y ayudar a sus hermanos en cualquier oportunidad que se le presente. Si la oportunidad no surge, se va a su encuentro —declaró con seriedad. De pequeño me gustaba pensar que esa era la palabra del héroe.

Me

apliqué en las artes marciales para convertirme en alguien tan fuerte y rápido como mi padre. Más tarde descubrí que el significado de la ayuda a los hermanos había derivado hacia un grupo cerrado que se auto protegía y que muchas veces, la oportunidad, de la cual se hablaba en el código, se salía del camino y era difícil encontrarla.

—Jin —él asintió.

—REI, el respeto y la cortesía. Ser un guerrero no justifica la crueldad. Los samuráis no tienen motivos para ser crueles, no necesitan demostrar su fuerza a nadie, salvo a sí mismos. Un samurái debe ser cortés siempre, especialmente hacia sus enemigos. Sin esta muestra directa de respeto hacia sus oponentes, el samurái no es mejor que los animales. Un samurái es temido por su fiereza en la batalla, no obstante es respetado por su manera de tratar a los demás. La auténtica fuerza interior del samurái se vuelve evidente en tiempos de apuros —relató con solemnidad. Si algo tenía mi padre era un toque limpio, como había oído a sus hombres. Sabía que podía ser letal y sus hombres se vanagloriaban, no era cruel, sin embargo si era necesario era mortífero con el enemigo.

—Rei.

—MAKOTO, honestidad y sinceridad absoluta. Cuando un samurái dice que hará algo, es como si ya estuviera hecho. Nada en este mundo lo detendrá en la realización de lo que ha dicho que hará. No ha de dar su palabra. No ha de prometer. El simple hecho de hablar ha puesto en movimiento el acto de hacer. “Hablar” y “hacer” son, para un samurái, la misma acción —dijo vehemente. En eso sí que

tenía fe mi padre, todo lo que decía lo cumplía y no había nada más que decir al respecto, por eso era muy respetado.

—Makoto —repetí ufano. En aquel entonces nunca pensé que podría ocultarle cosas a mi padre, pero es que sabía que mi verdad le decepcionaría y jamás volvería a mirarme como lo hacía. Prefería vivir la vida que mi padre deseaba para mí, antes que fallarle.

—MEIYO, uno de los más importantes, hijo, el Honor —manifestó y los ojos le brillaban de orgullo—. El auténtico samurái solo tiene un juez de su propio honor: él mismo. Las decisiones que toma y cómo las lleva a cabo son un reflejo de quién es en realidad. Nadie puede ocultarse de sí mismo, y los samuráis no

son una excepción —aseguró. Si había algo en lo que pudiera estar de acuerdo, era en eso, no podía ocultarme de mí mismo, solo yo conocía mi verdadera esencia.

—Meiyo.

—CHUUGI, lealtad. Para el samurái, haber hecho o dicho “algo”, significa que le pertenece. Es responsable de ello y de todas las consecuencias que conlleve. Un samurái es intensamente leal a aquellos que están bajo su cuidado, es responsable y permanece fieramente fiel. Las palabras de un samurái son como sus huellas: puedes seguirlas donde quiera que él vaya, por ello debe tener cuidado con el camino que sigue —proclamó. Estaba claro que yo solo tenía uno y debía seguirlo.

—Chuugi —dije en voz alta y clara.

Llevaba veintitrés años ocultando mi verdadero yo y siempre sería así. ¿Cuándo lo descubrí? No estoy seguro de haberlo hecho yo o que el destino me lo mostrara, pero creo que fue en la secundaria.

Todos mis amigos estaban obsesionados por las chicas. Estábamos en esa edad que actrices, modelos y cantantes volvían locos a todos los chicos. En clase se había puesto de moda traer revistas que habían robado a sus padres para hacernos una paja común en el baño del instituto. Mientras uno se quedaba fuera del baño, el resto entrábamos a apostar. Tanaka, era el que más revistas traía. Ponía una al azar en el suelo abierta por la página central, que solía ser donde estaba la chica del mes. Todos nos bajábamos los pantalones y nos pajeábamos, el tiempo terminaba cuando el primero se corría. Cuando eso sucedía, el resto debíamos detenernos aguantando el calentón durante el resto de la clase. Nunca había logrado terminar el primero, apenas me excitaba como el resto, hasta que un día sucedió. En vez de mirar a la chica, mire a Tanaka. Era un chico muy popular en el instituto, todas las chicas iban tras él por su físico, a mí me estaba costando desarrollarme, en aquella época era más bien alto y desgarbado aunque me tiraba mil horas practicando artes marciales. Tanaka era alto y muy

musculado, hacía gimnasia deportiva, incluso se rumoreaba que querían ficharlo para la selección japonesa que participaría en las próximas olimpiadas.

Miré de soslayo su miembro, lo tenía más largo y más grueso que la mayoría, una hermosa gota pendía de la hendidura de su capullo y yo solo podía pensar en arrodillarme ante él y saborearla. ¿Qué me ocurría? Nunca me había puesto tan duro y tan cachondo, fue tal la impresión, que en apenas unos segundos me corrí echando a perder

la página central de la revista. Cuando aquello sucedió, me sentí morir, sobre todo cuando Tanaka vino hacia mí con su miembro todavía en la mano para felicitarme por aquella proeza. El corazón estaba a punto de salir botando por mi pecho cuando sentí su mano palmeando mi espalda.

—¡Menuda corrida, tío, parecías una fuente! Has dejado la revista de mi padre hecha un asco.

—Lo-lo siento —dije tartamudeando. Tanaka no era un estudiante muy brillante, ni sus padres tenían mucho dinero, sin embargo había recibido una beca deportiva—, te daré el dinero —le respondí apurado.

—No te preocupes, mi padre tiene un huevo, ni se enterará, por cierto, nunca me había fijado, pero tienes una polla enorme —comentó. Los chicos me rodearon, no sabía dónde meterme, apenas se habían fijado en mí porque nunca se me había puesto tan dura como hoy.

—G-gracias, supongo —contesté mirando hacia el suelo y él me levantó la barbilla con el dedo.

—No te avergüences, Watanabe, a las tías les pone mucho una polla como la tuya, yo creía que la tenía grande, pero la tuya es descomunal ¿cuánto te mide? —me preguntó y me encogí de hombros—. No me digas que nunca te la has medido... —inquirió y negué con la cabeza— Pues eso vamos a solucionarlo.

Kobayashi saca la regla y tú Watanabe mastúrbate para mí de nuevo —ordenó. Sus ojos se entrecerraron, se guardó su miembro y fijó la vista en mi

entrepierna—. ¿Necesitas que te acerque la revista? —se arrodilló ante mí fijando la mirada en la erección que comenzaba a apretar mi mano imaginándole tomándome en su boca. Miró hacia arriba sonriente y yo me sentí morir. ¿Por qué me ocurría aquello?—. Veo que no te hace falta la revista —observó divertido— sigue así y

cuando la tengas completamente dura avísame, yo te la mediré, no quiero que hagas trampas —añadió y gruñí al pensar en su mano agarrándome la polla—. ¡Yabai! Que cachondo estás y eso que te acabas de correr! —exclamó y pensé que iba a hacerlo de nuevo si no me detenía.

—Ya, ya está —murmuré y el asintió, estiró la mano para que le dieran la regla, tomó mi pene y la colocó. Fue sentir su caricia y no pude evitarlo, me corrí en su mano, para mi sorpresa no se apartó, y eso que todos nos miraban perplejos. Tomó la medida y me miró sonriente sacudiendo la mano.

—¡Qué cabrón eres, Watanabe! ¡Veinticinco centímetros y de propina te corres en mi mano! ¡Eres un puto cerdo! —declaró y soltó una carcajada restándole importancia a mi orgasmo— ¡Eres un empotrador nato! El viernes te vienes conmigo de fiesta, estás malgastando eso que tienes entre las piernas, seguro que incluso eres virgen —comentó. Él había repetido un curso, aunque yo era de enero y ya había cumplido los quince, él tenía dieciséis. No quise responder, me di la vuelta para asearme. En ese momento golpearon la puerta del baño tres veces, era nuestra señal, debíamos salir. Todos lo hicieron, excepto Tanaka, que me esperó lavándose las manos. Cuando me di la vuelta me seguía mirando con una sonrisa ladeada, como si siguiera esperando mi respuesta.

—Lo-lo soy —sentencié refiriéndome a mi virginidad. Él lo entendió a la perfección y asintió.

—Eso ya lo sé, anda vamos, salgamos de aquí, el viernes por la tarde paso a recogerte por tu casa, no me falles y ponte guapo —me dijo al tiempo que me cogía del hombro y salíamos juntos al pasillo, una vez allí me soltó y regresamos a clase.

3 Capítulo (Kenji)



El viernes llegó, mi padre se alegró de que por fin tuviera un amigo con quien salir y si era deportista mejor. No había un solo chico en mi clase que no hubiera pasado por el escáner de mi padre. Lo sabía absolutamente todo de cada uno de ellos y de sus familias.

—Si llegáis tarde puedes decirle que se quede en casa, mañana no hay clase, eso sí, te quiero de regreso como muy tarde a las dos, aún eres joven para salir más allá de esa hora.

—Por supuesto, padre, muchas gracias —respondí cortés.

—No me decepciones, Kenji, recuerda el código y todo irá bien —declaró.

Estaba muy nervioso, no sabía dónde íbamos a ir o qué íbamos a hacer. Tanaka era muy informal vistiendo, así que opté por un jersey azul y unos tejanos, encima me puse una chaqueta oscura. Apareció montado en su Yamaha que le había tocado en un sorteo y siempre iba con ella al instituto. Se quitó el casco y me hizo una señal para que me montara. Estaba tan guapo con aquella chupa de cuero negra y unos tejanos en el mismo color.

—Sube y ponte el casco —dijo lanzándomelo y yo obedecí.

—¿Y tú? —pregunté montándome detrás.

—No lo necesito, anda móntate y agárrate fuerte —comentó. Nunca había montado en moto, así que hice lo primero que me dictó el corazón y me agarré con fuerza de su abdomen, palpando aquellos duros abdominales y embebiéndome en su calor. Si le molestó o no, no dijo nada, no pensé que había un asa atrás para cogerse.

Arrancó cogiéndome desprevenido y yo me apreté más fuerte contra su cuerpo. Aquello era una tortura, una locura, el casco olía a él, mi entrepierna se adaptaba a la perfección a su trasero, que estaba tan duro como el resto de su cuerpo. Mis hormonas revoloteaban agitadas y no pude evitar ponerme duro a cada acelerón.

Condujo cerca de hora y media, no sabía dónde me llevaba, pero cualquier lugar me estaba bien mientras fuera con él, además, cuanto más rato condujera, más podía disfrutar de su calor. No podía pensar en un lugar mejor que estar sentado tras él, agarrado a su torso. No quería cavilar, ni analizar lo que me ocurría con él, estaba tan asustado que el simple hecho de plantearme que Tanaka me gustara, me superaba, un ligero temblor me recorrió de pies a cabeza, no era frío,

sino un demoledor miedo que atenazaba todo mi cuerpo. Llegamos al lago Kawaguchiko a los pies del monte Fuji, para ver el atardecer más maravilloso del mundo.

Desmontamos y nos sentamos en la orilla de sus aguas, hacía frío, pero no me importaba, solo deseaba estar a su lado. Tanaka había traído una nevera portátil con cervezas. Abrió un par y me tendió una.

—¿Puedes beber conduciendo? —le pregunté, mi rígido código moral me decía que aquello no estaba bien.

—La mía es sin alcohol, no sufras —replicó y me mostró la etiqueta. El viento agitaba su pelo oscuro, lo llevaba algo largo, justo por encima del cuello y parecía muy sedoso, me hubiera gustado pasar la mano por su nuca y acariciárselo—. ¿Te ha gustado el paseo?

—Sí, nunca había montado en moto —aseguré y él sonrió, me gustaba que sonriera tanto, yo era más bien serio, taciturno y esa sonrisa me reconfortaba.

—Veo que no has hecho muchas cosas, eso de ser el hijo de Kenjiro Watanabe debe pesar ¿verdad? —inquirió y yo miré al horizonte, no se me daba demasiado bien expresarme, había pasado demasiado tiempo aprendiendo qué se esperaba de mí, así que me comportaba como todos pensaban que debía hacerlo, no me gustaba defraudar a nadie.

—A veces, supongo —contesté. Mi carácter reservado me impedía expresarme con naturalidad, me sentía forzado, así que pasé a otro tema—. ¿Dónde es la fiesta? —cuestioné y sus ojos no se habían

apartado un instante de mí, me sentía algo incómodo, ¿habría notado algo?

—Cambio de planes, no me apetecía salir de fiesta ¿te importa? —comentó como al descuido. Le miré a los ojos y negué. Lo que más deseaba era estar con él, así que me parecía perfecto—. Bien, entonces bebe tu cerveza y cuéntame

qué se siente al ser el primogénito de uno de los hombres más poderosos e influyentes del país —me dijo.

Si iba a contar eso necesitaba valor, así que sin pensarlo, bebí todo el contenido del botellín. Nunca había bebido alcohol, no obstante me habían dicho que ayudaba a desinhibirse. Por una vez deseé ser un poco como mi hermano Kayene, tan despreocupado y abierto, me esforcé por serlo con Tanaka apurando mi cerveza. Poco a poco se me fue soltando la lengua y a la primera cerveza le siguió otra. Me sentía algo mareado y amodorrado.

—Arriba, Watanabe, ya está bien de cháchara —me instó Tanaka desvistiéndose.

—¿Qué haces? —pregunté extrañado. Ya era de noche, hacía frío y el cielo estaba plagado de estrellas.

—¿Tú que crees? —me rebatió. Se quedó en pelotas con una facilidad pasmosa—. Voy a darme un baño, y tú deberías hacer lo mismo para bajar la cogorza, si te caes de la moto a ver qué le digo a tu padre —añadió. No podía dejar de admirar su perfecto cuerpo—. El agua fría revitaliza —dijo corriendo y zambulléndose en el lago

como un delfín. ¿Nadar desnudo con él? ¿Iba a poder hacerlo? —¡Vamos! ¡comete una locura conmigo!—me gritó desde el agua. No tenía nada que perder, así que me desprendí de la ropa y le seguí. El agua estaba tan fría que cortaba la respiración, Tanaka me esperaba bajo ella y en cuanto me vio dentro tiró de mí para hundirme y ahogarme.

Nunca había tragado tanta agua, pero ver su cuerpo desprovisto de ropa rozando el mío me llenaba de gozo. Comenzamos a jugar a las ahogadillas, aunque yo estaba en clara desventaja no me importaba, sentir como se subía encima de mí, su sexo sobre mis lumbares, su pecho contra mi espalda, su piel contra mi piel, no podía sentirme mejor. En un par de ocasiones sentí su mano cerca de mi sexo, como una ligera caricia carente de toda intencionalidad, sin embargo no pude

evitar que mi cuerpo respondiera a él, me había excitado, estaba duro como el granito y no sabía cómo comportarme.

Cuando se cansó de jugar, me animó a que saliera con él, me tomó de la mano y tiró de mí. Yo me resistí, porque aunque el agua estuviera como un témpano mi erección no bajaba, no quería que lo viera, se daría cuenta de lo que me sucedía cuando estaba con él. Pero era mucho más fuerte que yo y de un empujón logró sacarme. Tropecé y sus brazos me rescataron de una caída segura. Mi cuerpo estaba pegado completamente al suyo, mi sexo pujaba contra el suyo, que parecía tan rígido y dispuesto como el mío. «¿Serían imaginaciones mías?», nuestras respiraciones agitadas me decían que no. Le miré a los ojos algo avergonzado y me sonrió de nuevo, atrapó mi cara entre sus manos acariciándome las mejillas con sus

pulgares, para acercar su boca a la mía y besarme.

¡Tanaka me estaba besando! Y yo lejos de huir me deshacía entre sus brazos. Jamás había besado a nadie y ahora me encontraba besando a un tío. Su lengua empujaba entre mis labios, incitándome a que los abriera, invitándome a que me uniera a él. Con miedo salí a su encuentro, tanteé aquella extraña invasión con suavidad y cuando nuestras lenguas se encontraron me dejé llevar por aquella vorágine que me consumía por dentro. Era inexperto, pero le deseaba tanto que no podía dejar de imitarle, chupaba, succionaba con deleite, recorriendo aquella gruta sedosa y caliente. Con suavidad interrumpió nuestro primer beso y pasó el pulgar sobre mi labio inferior.

—¿Te ha gustado? —me preguntó, yo asentí y las comisuras de sus labios se elevaron— Me alegro ¿es tu primera vez con un chico, verdad? —inquirió de nuevo y volví a mover la cabeza afirmativamente— Lo suponía, llevo observándote todo el curso y no estaba seguro, pero el otro día en el baño me di cuenta de todo, te corriste porque me mirabas ¿no es cierto? —declaró. Yo desvié la mirada abochornado y él me levantó el rostro.

—No quiero que te avergüences, a mí también me gustas ¿sabes? Soy como tú y me oculto como tú —aseguró y su mano bajó hasta colocarse sobre mi pecho—. Este será nuestro secreto si tú quieres. ¿Eres bueno guardando secretos, verdad? —demandó y me aclaré la garganta.

—Sí.

—Eso pensaba, me gustaría saber en qué pensabas exactamente cuándo te corriste, no tengas miedo, puedes ser sincero y contarme cualquier cosa, ¿sigues el código samurái, verdad? —cuestionó. Me miraba con detenimiento analizando mi expresión—. Antes me dijiste que no podías mentir, cuéntame la verdad, en qué pensabas para correrte de aquel modo —me pidió. Sentí que las palabras apenas me salían.

—Pe-pensaba en saborearte —murmuré. Me miró con sorpresa y complacencia.

—Me gusta la idea, voy a dejar que lo hagas, pero mantén esos bonitos dientes alejados de mí, con tu inexperiencia no quiero que me muerdas la polla —comentó. ¿Iba a dejarme? Apenas podía moverme, no sabía cómo hacer aquello —. Arrodíllate Kenji y tómame entre tus labios con cuidado, piensa que soy un helado del

que vas a disfrutar. Yo te guiaré —afirmó y me empujó hacia abajo para que me arrodillara. Lo hice temeroso, fijando los ojos en aquel enhiesto miembro que se elevaba entre el vello oscuro, era hermoso e intimidante—. Separa los labios Kenji y hazme gozar.

Abrí la boca y su sonrosado glande entró en contacto con mi lengua, al principio comencé con tiento, movía la mano arriba y abajo por el grueso tallo, mientras lamía aquella cabeza redondeada, con la otra mano acaricié sus huevos, eran algo más ligeros que los míos, pero me gustaba darles vueltas en la palma de mi mano. Como premio a mi dedicación recibí una de sus preciadas gotas que manó de su polla, pude paladearla escuchando a Tanaka cómo gemía.

—Lo estás haciendo muy bien, pero ahora quiero follarte la boca, la tienes preciosa ¿sabes? Quiero que me acojas en ella hasta que me corra en tu garganta, ¿te apetece saborearme?

—*HAI* —respondí pues me gustaba su sabor, quería hacerle disfrutar.

—Muy bien, pues relaja la garganta, intentaré ser suave —declaró y me acarició el pelo húmedo—. Aunque no te garantizo que lo logre, me va el sexo fuerte y tú vas a convertirte en mi muñeco, sé que eso te gustará, necesitas alguien que te domine y yo lo voy a hacer, ahora obedece.

Separé de nuevo los labios para tomarle, no sabía qué debía esperar, nadie me había preparado para aquello. Tanaka me cogió por la parte de atrás de la cabeza y a cada embestida fue profundizando en la conquista de mi garganta. No tuvo compasión, sus gruñidos acompañaban el vaivén de su cadera que buscaba enterrarse en mí una y otra vez. Apenas podía respirar, me sentía como pez fuera del agua, no pude hacer otra cosa que agarrarme a sus glúteos e intentar relajarme para controlar las arcadas que me sobrevenían cuando alcanzaba mi campanilla, no me estaba gustando nada, ¿era posible que me hubiera confundido y no me gustaran los hombres? En un último empujón tocó fondo y el semen comenzó a inundarme resbalando sin remisión por mi garganta. Tanaka gritaba y yo me ahogaba, cuando apenas me quedaba un hilo de aire salió de mi garganta, entonces sí que boqueé como un pez, me doblé en dos y comencé a vomitar todo lo que había ingerido, semen y cerveza formaron un charco a mis pies.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado— ¿He sido demasiado intenso? —inquirió acariciando mi cabeza y yo le di un manotazo.

—¡No me toques! —le grité poniéndome en pie. Me sentía asqueado de lo que acababa de hacer, ¡le había comido la polla a un tío y se había corrido en mi garganta! Aquello no podía ser normal, me había confundido, estaba seguro.

—¡Kenji! —me llamó, mientras yo me metía en el lago, necesitaba librarme de su sabor, de su aroma, no quería nada que me recordara a él. Entró detrás de mí e intentó agarrarme.

— ni se te ocurra tocarme, maldito *okama* a^[5] —gruñí y Tanaka se quedó rígido.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó. No podía pensar, necesitaba salir de aquel lío en el que me había metido, sin embargo mi capacidad de razonar estaba sobrepasada por la experiencia y el alcohol.

—*Okama*, te he llamado *Okama*, eso es lo que eres, ¡yo no soy como tú! ¿Me oyes? Me confundí, no me gustan los tíos, ¡no soy un perverso como tú! —dejaré tan furioso, que no vi aterrizar el puño en mi abdomen hasta que sentí el impacto.

—Yo no soy ningún *Okama*, maldito gilipollas. Y si lo soy, tú eres exactamente igual que yo, tú eras el que me quería comer la polla y no yo ¿lo recuerdas? Yo solo me dejé hacer, había bebido y no sabía lo que hacía —me espetó. ¿Cómo? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Pero qué dices? ¡Tu cerveza no llevaba alcohol!

—Eso no lo sabe nadie, si me delatas es lo que pienso contar, si no quieres salir del armario es tu problema, sin embargo te gustan tanto las pollas como a mí, llevas clavándome la tuya desde que salimos de Tokio, ¿o crees que no me da cuenta? —voceó cabreado. Me sofoqué ante la observación—. Hace un rato te has empalmado en el agua y has deseado lo que ha ocurrido tanto como yo. Tal vez te has asustado, no lo sé, pero lo que sí sé es que lo querías, querías mi polla en tu boca.

—¡Basta!—le grité agitado. Salió del agua muy nervioso.

—Vístete, voy a llevarte a tu casa —sentenció cortante.

Salí del agua desorientado, había perdido el norte y el rumbo de mi vida, había

faltado a mis principios y me sentía aturdido, sin saber qué hacer o qué decir, era incapaz de digerir lo que había sucedido. Nos vestimos en silencio y nos largamos de allí sin decir nada. Aquel fue el último día que me dirigió la palabra. Tras dejarme en casa hecho polvo, desapareció de mi vida sin más. Desde entonces me ignoró y en mi fuero íntimo lo agradecí, quería olvidar lo que había sucedido, enterrarlo bajo tierra en un lugar muy profundo donde me encargaría que no echara raíces. Negar lo que había

sucedido, era el mejor camino para mi salvación. A partir de ese día iba a nacer el nuevo Kenji Watanabe.

4 Capítulo (Kenji y David)



Siete años, siete miserables años habían transcurrido intentando olvidar lo sucedido con Tanaka. Siete años intentando convencerme que se había tratado de algo puntual, que no me gustaban los hombres, que mi cerebro se había confundido y que estudiar en un colegio donde los chicos estudiaban separados de las chicas y solo se encontraban en el recreo, me había trastornado haciéndome sentir aquella extraña agitación con ese *gajin* de ojos café.

Terminé el instituto y estudié Dirección de empresas, ahora cursaba un MBA, para gestionar lo mejor posible los innumerables negocios de mi familia. Llevaba años conteniendo aquel impulso, negar aquella parte de mí me habían llevado a volcarme en los estudios, en cómo mejorar la gestión empresarial de la familia y en canalizar mi frustración a través de las artes marciales.

Ya no era aquel enclenque de quince años, mi cuerpo se había desarrollado, las horas dedicadas a mi entrenamiento habían dado sus frutos. No tenía el físico de Tanaka pero sí tenía un cuerpo atlético y definido, las chicas me miraban, sabía que despertaba el deseo en ellas, aunque no me importara lo más mínimo. Intenté salir con una chica en la universidad, todo parecía ir bien, los besos no me afectaban del mismo modo que como con Tanaka, pero tampoco me disgustaban. Lo malo fue cuando ella me pidió pasar a un segundo nivel, fui incapaz, no pude acostarme con ella. No me excitaba, por muy guapa que fuera y por mucho que me acariciara no lograba empalmarme. Decidí romper con ella, le dije lo típico, que necesitaba tiempo, que no era el momento, que debía centrarme en los estudios, que no era por ella sino por mí, aunque eso último era cierto, el problema lo tenía yo y no ella.

Desde que mi primo Akira o Giovanni, como se llamaba realmente nos visitó, decidí apuntarme a un módulo de español y cogí aquella asignatura como optativa en la universidad. Pensé que tal vez algún día me gustaría visitarle en Barcelona, y no estaría de más que conociera el idioma. Hablaba tres lenguas a la perfección, que eran el japonés, el ruso y el inglés, de español tenía un nivel

medio que me permitía comprenderlo y hablarlo decentemente. Teníamos negocios a nivel mundial así que los idiomas eran una herramienta fundamental para la expansión de nuestros negocios.

«David», paladeé su nombre, dejando que estallara en el arco de mi boca, que acariciara mi paladar degustándolo con mi lengua y llevarlo a través de la tráquea hacia el abdomen, lugar en el que se había instalado agitándome por dentro.

Era un poco más alto que yo, no mucho más, yo medía uno ochenta y tres así que debía rondar el metro ochenta y seis, u ochenta y ocho, no mucho más. Vestía de manera informal, con una sudadera azul marino y unos vaqueros que se ajustaban a sus formidables piernas. Extendió su mano cuando nos presentaron y fui incapaz de cogérsela, me dio miedo que se me notara que estaba temblando por dentro, era incapaz de despegar mis ojos de aquel rostro tan bello. Tenía una mirada intensa, bordeada por unas pestañas tupidas que enmarcaban unos ojos risueños y desinhibidos. Sus facciones eran angulosas, tenía la nariz recta, los pómulos altos y una boca suave y perfectamente delineada, que me moría por probar. Sacudí mentalmente mi cabeza.

¿Qué me ocurría? ¡No podía estar sucediéndome de nuevo! Su expresión pícaro y afable, cambió a una de extrañeza al ver que no respondía a su apretón de manos. Por suerte mi hermano Kayene intercedió salvándome del ridículo más absoluto. Mi postura, siempre fría y distante, ayudó a que mi hermano me excusara diciendo que era un estirado. Prefería eso a que hubieran notado que lo que realmente sucedía es que me sentía irremediabilmente atraído hacia él.

David irradiaba una extraña fuerza que me empujaba a querer saber más, y no solo a un nivel de amistad, que era lo más preocupante. Tenía el pelo castaño oscuro, con algunos reflejos dorados, corto de los laterales y más largo en lo alto de su cabeza, como esos modelos que salen en las revistas de peluquería. La barba de tres días que cubría parte de su cincelada mandíbula hacía que me

planteara cómo me haría sentir si la deslizara por mi cuello.

«¡*Yabai!*», necesitaba alejarme como fuera.

Mi padre interrumpió las presentaciones, los astros se habían aliado para darme justamente lo que necesitaba. Se excusó ante mi primo y sus amigos pues debíamos presentar nuestros respetos a Hareaki Fukuda, el actual *kumichō* de los Sumiyoshi-Kai, la segunda Yakuza más importante del país, después de la nuestra. El compromiso era el de su hijo con Ilke, una *gajin* de la cual se había enamorado. Se decía que era muy guapa, aunque yo no la conocía. Mi padre siempre había tenido la esperanza de aunar nuestras familias, aunque nunca lo hubiera expresado en voz alta. Le hubiera gustado que mi hermana Akiko se casara con Hikaru, el hijo de Hareaki. Aquella unión nos hubiera convertido en la Yakuza más importante de todo Japón los Yamaguchi-gumi junto a los Sumiyoshi-kai, hubiera sido algo muy grande.

Él nunca le dijo nada a mi hermana, pero a mí me lo dejó entrever con sus comentarios velados. Mi padre era incapaz de forzar a su princesa a algo indeseado, si Hikaru no se hubiera comprometido con la *gajin* imagino que hubiera arreglado un encuentro fortuito entre ellos. Mi hermana era preciosa, con unos rasgos capaces de enamorar a cualquiera, aunque era muy joven para casarse. Estaba convencido de que mi padre esperaba el momento oportuno, aunque llegó tarde. El corazón de Hikaru estaba ocupado, contaba con el beneplácito de su padre e iba a casarse.

—Fukuda —le saludó mi padre cuando lo tuvo frente a él.

—Watanabe —le respondió inclinándose hacia a él y después hacia mí.

—Gracias por la invitación —comentó mi padre y Hareaki elevó las comisuras de sus labios.

—No podíais faltar, recuerda que una vez casi fuimos familia —contestó solemne y aquello era cierto, la hermana de mi padre y madre de Gio estaba

comprometida a Fukuda. Sus familias habían llegado a un acuerdo para unir ambas familias, pero mi tía, ni corta ni perezosa, decidió fugarse con el padre de mi primo, un *gajin* de la mafia italiana. Aquello hizo mella entre ambas Yakuza, desde aquel momento la situación se tensó.

—Lo sé y esperaba llegar a serlo algún día, pero supongo que así es el amor —replicó cortés mi padre y Hareaki asintió.

—Los tiempos cambian Fukuda y parece que los *gajin* siempre aparecen para separar a nuestras familias, tal vez el hilo rojo del destino esté predestinado a no unirnos, aunque nunca se sabe...

—Tal vez —aseveró mi padre—, igualmente te agradezco la invitación —añadió. Uno de los hombres de Fukuda se acercó para informarnos que los novios ya venían. Debíamos embarcar antes que ellos en un vuelo que nos llevaría a Maldivas. Fukuda lo hacía todo a lo grande, habían alquilado todo un resort para la fiesta de compromiso con innumerables actividades para los invitados.

—Será mejor que embarquemos, mi hijo y su prometida están a punto de llegar, ya hablaremos más tarde.

—Por supuesto —convinimos. Nos despedimos y pusimos rumbo al avión.

Akiko y Kayene decidieron sentarse con David, menuda suerte la mía, me había tocado en la fila de al lado y un asiento por detrás, como la butaca de ambos era la del pasillo, no podía dejar de contemplar su perfil. Mi padre me hablaba y yo solo podía perderme en aquel rostro que me cortaba el aliento.

—Kenji, ¿me estás escuchando? —preguntó y sus palabras me llegaban como si estuviera a kilómetros de mí.

—Disculpa *chichi*, estaba pensando en los exámenes, pronto los tendré y estos días me van a impedir estudiar —respondí y él me miró complacido.

—Eres tan responsable que haces que me sienta muy orgulloso de ti. Estoy seguro que serás el mejor *kumichō* que hayamos tenido —sabía que lo sentía verdaderamente, que sus palabras eran ciertas, siempre me repetía que era el mejor heredero que un padre pudiera desear. ¿Qué ocurriría si alguna vez supiera la verdad? ¿Qué su hijo mayor era un fraude, un impostor? ¿Qué todo lo que veía y por lo que se sentía orgulloso era una quimera?

—Gracias padre, aunque me conformo con ser la mitad de bueno que tú —repliqué. Me dio un apretón en el brazo y se puso a hablar con su hombre de confianza, permitiéndome divagar en lo que realmente me importaba en aquel momento.

Mis ojos buscaron a David grabando cada uno de sus rasgos, marcándolos a fuego en mi cerebro para no olvidarlos jamás. Finalmente me dormí contemplando su sonrisa perfecta dedicada exclusivamente a mi hermana. Estaba agotado, llevaba dos noches sin dormir preparando los exámenes del MBA, estaba claro que en Maldivas no podría estudiar así que había adelantado todo lo posible. Su imagen flotaba en mi mente, poblando mis sueños.

Cuando desperté era de noche, casi todos dormían, incluso David. Tenía la cabeza ladeada en una postura imposible, me dieron ganas de ir hasta allí a recolocarle el cuello, seguro que se levantaba con dolor. Le imaginé sin jersey, ofreciéndole mi ayuda para aliviar el malestar de su espalda, se me daba bien dar masajes, tenía unas manos fuertes que deshacían los nudos con facilidad. Mi vejiga me había despertado de la ensoñación, fui al baño a aliviarme, con el pensamiento de la espalda de David entre mis manos. Por suerte estaba libre y no había movimiento alguno en el avión, entré y me bajé los pantalones para vaciarme. Es un placer doloroso, cuando la tienes a punto de estallar y la desaguas de golpe. Un escalofrío me sacudió, estaba empalmado por el sueño. Tal vez si me hacía una paja aplacaría aquella opresión que atenazaba mi vientre cada vez que le miraba. Volví al recuerdo del masaje, donde él yacía tumbado y

yo pasaba mis manos por su espalda. Comencé a acariciarme recreándome en cada músculo que amasaba en mi imaginación, David gemía bajo mis manos, sus pantalones habían desaparecido y solo una toalla blanca cubría sus nalgas. Bendita imaginación, que me dejaba hacer y deshacer a mi antojo. Escupí en mi mano para darme mayor placer y que fluyera con naturalidad. Con la otra, bajé la toalla de mi fantasía, para encontrarme un par de nalgas muy redondeadas como un melocotón maduro listo para ser degustado. Aumente la presión que estaba ejerciendo sobre mi miembro el cual estaba henchido, completamente excitado, listo para correrse. Pasé el dedo pulgar por mi glande impregnándome del líquido preseminal que había comenzado a brotar de él. Estaba caliente y pegajoso. Me ungué en mi esencia para buscar mi propio placer, mi respiración acompañada se desbocaba por momentos. Apoyé la espalda contra la puerta, en dos envites más iba a correrme. Me preparé para la ansiada liberación, estaba temblando del gusto cuando me alcanzó, mi corrida salió disparada contra la pared del baño a la vez que la puerta se abrió de repente catapultándome hacia atrás sin remisión. «¡Mierda!» pensé. ¡No había echado el cerrojo!

Mi espalda se topó con un torso duro que me agarraba por los hombros impidiendo que cayera, mientras mi corrida se escurría entre mis dedos cayendo al suelo del baño. No sabía quién había detrás de mí, quién me estaba sujetando, solo sentía el bochorno de tener que enfrentarme a la persona que me había encontrado en aquella embarazosa situación. Giré mi rostro sin saber cómo actuar, no podía guardarme la polla en ese estado, necesitaba asearme antes y entonces me topé con esos intensos ojos color café que me miraban curiosos, invadiéndome con su extraño calor.

Sentía el cuello agarrotado, me dolía por haberme dormido en aquella incómoda posición. Intenté recomponerme crujiéndolo hacia un lado y el otro. Miré a Akiko que dormía plácidamente sobre el hombro de Kayene, aquella muchacha

era un terremoto. Una sonrisa afloró en mis labios al recordar su apasionada diatriba sobre el mundo de la moda, y la cara de sorpresa que puso cuando se me insinuó de nuevo y le dije que antes me liaba con su hermano que con ella. Kayene, que hasta el momento había estado ocupado degustando la cena que nos habían servido, casi se atraganta de la impresión. Lo que ambos no sabían es que al hermano al que me refería no era él precisamente.

Sentía su mirada, no sabía si estaba en lo cierto o no, tampoco podía girarme porque habría sido muy descarado, pero la opresión que sentía en la nuca me decía que me estaba vigilando, pero no estaba muy seguro del motivo. ¿Estaría protegiendo a su hermana? ¿O por algún extraño motivo habría despertado curiosidad en él? ¿Cómo afrontaría la Yakuza el tema de la homosexualidad? En mi cabeza ya tenía una opinión formada y era que seguramente no lo llevarían muy bien, no conocía ningún jefe del crimen organizado gay, aunque seguro que existían.

Decidí tranquilizar a Kayene.

—Tranquilo era una broma —comenté y él recuperó algo el color.

—¿Entonces no eres gay? —preguntó esperanzada mi compañera de vuelo.

—Esa era la única parte cierta Kiki —respondí y ella suspiró como si se hubiera llevado la decepción de su vida—. Pero no te preocupes preciosa, seguro que un tipo guapísimo está esperándote en cualquier lugar, deseando que pongas patas arriba su mundo.

—Patas arriba se lo deja seguro —rezongó Kayene.

—El que fue a hablar, que no deja a títere con cabeza, todas las mujeres que no trae Kenji a casa, las trae Kayene —observó Akiko. «Qué interesante», pensé.

—¿Tu hermano mayor no tiene novia? —Kayene rebufó.

—A veces creo que va para monje, mi hermano es un sieso, seguro que aburre

tanto a las tías que pasan de su cara, siempre con ese aire aburrido, de don correcto. ¡Es un muermo! Es más soporífero que escuchar un partido de ping pong en la radio —argumentó y no pude evitar soltar una carcajada ante la salida de Kayene.

—No digas eso Kay, Kenji tiene muchas responsabilidades, sabes que papá siempre ha dejado mucho peso encima de él —le defendió Kiki sin embargo Kayene no opinaba lo mismo.

—Es un relamido y un lameculos, se podría haber opuesto a comportarse así para no dejarnos a los demás en el punto de mira —arguyó Kayene y Kiki se giró molesta.

—En el punto de mira te colocas tú solito, no es culpa de Kenji que te gusten las apuestas, que bebas más de la cuenta, te metas en peleas y que pierdas la noción de con cuantas te acuestas cada noche. Eso lo haces tú solito hermanito.

—¡Será posible! —exclamó exasperado— ¿Y tú qué sabes de todo eso?

—Te lo dije —replicó elevando la nariz respingona y cruzándose de brazos—, tengo mis fuentes.

Kayene acabó dejándola por imposible y nosotros seguimos hablando de desfiles y moda, aunque yo tenía la cabeza en otro lugar, ¿era posible que Kenji fuera gay y no hubiera salido del armario? ¿Podría yo hacerle salir? Aparté la idea de mi mente, seguramente eran ilusiones que me creaba con la esperanza de tener algo con el japo.

Estaba agotado de tantos vuelos y me moría de ganas de ver a Ilke, aunque sabía que hasta llegar a Maldivas era imposible. Lo mejor era dormir un rato, por lo menos descansar algo y el vuelo se me haría menos pesado. Cuando desperté una de las primeras cosas que hice por instinto fue mirar hacia atrás para encontrarme con que Kenji no estaba en su asiento. Yo necesitaba estirar las piernas como fuera, igual a él le había ocurrido lo mismo.

Paseé hasta el fondo del avión, mirando entre los asientos a ver si le veía, con tanto japonés junto tenía que fijarme y andar despacio, aunque estaba claro que no estaba en otro asiento. Llegué a la cola del avión, tal vez estuviera en el baño. La puerta estaba en verde, «Libre», pensé, «¿Dónde se habrá metido?». Seguían doliéndome las cervicales y necesitaba refrescarme, así que abrí la puerta sin calcular que alguien caería sobre mí de golpe. Gracias a mis reflejos, cogí al hombre que cayó en tromba sobre mí, jadeante, en un principio me costó procesar la información pero en cuanto su cuerpo tocó el mío tuve claro de quién se trataba.

El hombre que ocupaba todos mis pensamientos había caído en mis brazos sin yo pretenderlo.

5 Capítulo (David)



¡Joder tenía la polla fuera! Y menuda polla... para que luego digan que los asiáticos la tenían pequeña, con semejante desatascador no había tubería que se resistiera. Estaba chorreante, y no era precisamente pis lo que pendía de la punta... ¡Le había pillado afilando el lápiz, o más bien el tronco del árbol, de donde se sacó la madera para hacer el lápiz! ¡Por Dior, menudo ejemplar!

¡Seguro que era una especie protegida, esa polla era como una Sequoia! Deberían hacerle un monumento.

Una corriente recorrió la base de mi columna tironeando de ella. Le tenía cogido por los hombros y mi perspectiva me permitía contemplar aquella hermosura que me tentaba desde abajo. ¡Joder, era un dragón en toda regla! Y estaba claro que escupía aunque no precisamente fuego, era más bien un dulce que me moría por paladear.

Kenji torció el cuello y sus ojos se clavaron en los míos, nunca había pensado en cómo sería caer en un abismo, sin embargo estaba claro que sus ojos me llevaban hacia uno, muy oscuro y lleno de promesas.

La situación era embarazosa así que decidí tirar del humor y quitarle hierro.

—¿Eres del club de la milla de altura? —pregunté y sus ojos se entrecerraron como si estuviera evaluando lo que decía. Estaba claro que si sus hermanos hablaban inglés él también lo hacía—. Ya sabes, ese al cual se ingresa cuando has tenido una actividad sexual en pleno vuelo superando los mil seis cientos metros de altitud —le expliqué, pero él seguía impertérrito, ¿le habría dado un chungo? Seguí con la broma—. Aunque deberíamos leer las bases, no creo que un cinco contra uno te lleve a ingresar en él por muy grande y bonita que la tengas —añadí jocosamente y esta vez en lugar de entrecerrarse se abrieron al máximo, creo que nunca había visto un oriental con los ojos tan abiertos.

Se recompuso como pudo y sin decir nada entró de nuevo en el baño dándome con la puerta en las narices. Me pasé la mano por el pelo, estaba claro que no tenía humor, había metido la pata hasta el fondo con él. ¡No era gay! Mi olfato me había fallado y eso que casi nunca lo hacía, así que suspiré resignado. ¿Qué mosca me había picado para intentar tontear con él? Le esperé fuera, necesitaba disculparme y aclarar las cosas. Cuando la puerta se abrió apareció el Kenji que me habían presentado unas horas antes, completamente rehecho y con aquel aire

glaciar que congelaba a quien lo mirara

—Em, perdona tío por lo de antes, no pretendía incomodarte, a todos nos puede pasar, solo quise que no te sintieras mal por haberte pillado con las manos en la masa... —traté de excusarme. «O en la polla», pensé para mis adentros. El inclinó la cabeza sin decir nada, esa actitud me molestaba. Quiso pasar pero le bloqueé el paso y él me miró con fijeza— ¿Qué te ocurre conmigo? ¿Sientes aprensión por los occidentales es eso? ¿O es que como dice tu hermano tienes un palo metido por el culo? —le espeté. Me sentía muy irritado, aquella fría indiferencia me sacaba de quicio. Parece que la última afirmación le hizo reaccionar.

—Simplemente no tengo nada que decirte, ve con mis hermanos que son mucho más divertidos que yo y a mí déjame en paz —comentó envarado y volvió a hacer el amago de abrirse paso y yo como un imbécil se lo volví a bloquear, ese tío me irritaba y me atraía de igual manera.

—Está claro que cuando repartieron la simpatía tú te fuiste a por croquetas o a por sushi, que aquí seguro que croquetas no hay —le solté y un ligero tic en su mandíbula me indicó que se estaba poniendo nervioso.

—No necesito ser simpático, eso se lo dejo a Kayene, se le da mucho mejor que a mí —dijo serio. «Así que el malestar entre los hermanos es mutuo» pensé.

—Está claro que no se puede tener todo, cuando se es tan guapo a veces falta simpatía —repliqué aunque sabía que no debía decirle esas cosas, pero me salía solo. Su respiración se agitó, casi pude sentir como se estremecía y ver como la nuez le subía y bajaba con presteza.

—Gu-guapo —susurró, estaba claro que lo había desestabilizado, me acerqué un poco más tentando la suerte, o me salía bien o me estampaba una galleta en la cara, y no de la fortuna, precisamente.

—Muy guapo, pero eso tú ya lo sabes ¿verdad? —indagué y vi como tragaba

con dificultad, estaba tensando mucho el hilo y lo sabía—. Tal vez te apetezca que nos tomemos algo en Maldivas y nos conozcamos mejor —le tenté y recorrí su cuerpo de arriba abajo, deteniéndome en su entrepierna que parecía más rígida de lo que recordaba. Sonreí y volví a levantar la vista hasta que nuestros ojos se encontraron. Emanaba calor, mucho calor y su mirada brillante me invitaba a pecar, lamí mis labios y sus ojos viajaron hasta ellos. «Bingo».

—¿Está libre? —«Qué oportuno», pensé antes de girarme para responder a Marco. Fue suficiente ese simple gesto para que Kenji escapara de mí por la retaguardia, prácticamente se volatilizó hasta que alcanzar su asiento.

—Todo tuyo —respondí señalando el pequeño lavabo y maldiciéndome por no haber podido seguir presionando al japo. Estaba seguro que algo había y que por alguna extraña razón yo le gustaba tanto como él a mí..

—¿Todo bien? —me preguntó cabeceando hacia Kenji.

—Supongo, está muy bueno y no me importaría liarme con él, pero no las tengo todas conmigo.

—Ten cuidado —me advirtió—, esta gente no se anda con tonterías, se toman las ofensas muy en serio, no me gustaría amanecer y que te hubieran rebanado el pescuezo por intentar degustar el producto nacional.

—Tranquilo guaperas, no es mi intención, es un capricho o un entretenimiento, según se vea —repliqué y él asintió más tranquilo—. ¿Qué tal Laura? —indagué pues era mejor pasar a una conversación segura.

—Nerviosa, pensar que su hermanita se vaya a casar con un japonés que pertenece a la Yakuza digamos que no es muy tranquilizador.

—Imagino... ¿Y Gio? —Marco se encogió.

—Gio puede intentar negárselo a sí mismo, pero está enamorado de Ilke hasta la médula. Nadie le conoce mejor que yo y te garantizo que la ama como jamás ha

amado a nadie —me aseguró y yo también creía lo mismo sin embargo no estaba dispuesto a que volviera a jugar con ella.

—No le voy a permitir que la dañe de nuevo.

—Yo tampoco —afirmó rotundo y clavó su mirada gris con una promesa dibujada en ella—. Ahora Ilke es de la familia y también quiero su felicidad.

Dejé a Marco en el baño y regresé a mi asiento, cuando pasé al lado

del japo se hizo el dormido. El juego del gato y el ratón era uno de mis favoritos, a veces podía engañar, pues mi rostro en ocasiones podía parecer dulce, sin embargo nada más lejos de la realidad, en el fondo era un depredador y Kenji iba a ser mi presa.

El viaje fue largo y pesado, en cuanto aterrizamos perdí de vista a la familia de Gio.

Nos llevaron a un resort de lujo que era impresionante. Había unos bungalows o pequeñas casitas sobre el agua que eran maravillosas. Podía imaginarme perfectamente teniendo un tórrido encuentro en la piscina exterior del bungalow, mientras contemplaba el turquesa profundo de las aguas que me envolvían. ¡Joder, era el puto paraíso!

Además el resort contaba con un increíble spa, donde pensaba pasarme toda la tarde, por la noche era la cena sorpresa para Ilke así que iba a descansar, que me mimaran y que me arreglaran el dolor de cuello que me atenazaba.

Descansé todo lo que pude, y me sometí a todos los tratamientos que me permitieron, me encantaba que me mimaran. Un circuito de aguas, fuente de hielo, ducha escocesa, exfoliación completa, envoltura de algas, masaje completo y sesión de hidratación facial profunda con mascarilla de oro. Manicura, pedicura y por supuesto una buena sesión de peluquería.

Cuando me puse el frac, parecía que hubiera pasado un fin de semana de

relajación completo. Gio compartía el bungalow conmigo, aunque se había ido hacía una hora para hablar con Marta

y con Simón. Laura y Marco pasaron a buscarme.

—Vaya ¡estás guapísimo! ¿Cómo has hecho para tener esa piel y ese brillo? — Laura estaba embarazada y ese viaje tan largo le había pasado factura, aunque seguía estando preciosa.

—Genética —dije encogiéndome de hombros.

—Y tarde de spa —aclaró Marco tomando entre sus dedos el papel que había en la mesilla con todos los tratamientos que me habían realizado.

—¡Serás impostor! —exclamó carcajeándose Laura— Mañana pienso ir yo y pediré que me hagan todo lo que te han hecho a ti dos veces, ya sabes que siendo dos necesito el doble de mimos.

—Los mimos te los voy a dar yo esta noche Gatita —le insinuó Marco, al tiempo que la agarraba por detrás, mientras le acariciaba su redondo vientre y le mordisqueaba el cuello para deleite de ella, que cerró los ojos del placer que sentía.

—Esos también los quiero, pero mañana me dejarán tan fantástica que pasarás toda la noche enterrado en mí —respondió sugerente.

—Para eso no hace falta que vayas al spa, si quieres nos vamos a nuestro bungalow ahora mismo y...

—Quietos fieras —les interrumpí divertido, mientras Laura se sonrojaba—. Ahora toca ir a la fiesta de Ilke, además no está bien ponerme los dientes largos cuando no hay nadie con quién me pueda divertir.

—¿Estás seguro? —Marco arqueó una ceja y Laura nos miró a ambos.

—¿Me he perdido algo?

—Nada preciosa —dije con presteza—, unos días de celibato no me irán mal. Vamos que no quiero llegar tarde.

Fuimos al restaurante submarino del resort. Nunca había visto nada similar, cenar rodeado de cristal en las profundidades con peces tropicales paseando a sus anchas, era algo subyugante. Allí nos encontramos con Gio, Marta y Simón. Para que la familia de Hikaru no sospechara nada, Marta, la inspectora de policía, iba a hacerse pasar por la novia de Gio y Simón por el hermano de esta. No estaba muy seguro de si él se lo creería o notaría a la legua que todo era un embuste, aunque la inspectora parecía muy metida en su papel, no soltaba a Gio y se frotaba contra él a la mínima oportunidad. Por el contrario Simón la miraba con cara de pocos amigos, si alguien me hubiera preguntado, en vez de su hermano parecía el ex, cada vez que Marta le sonreía a Giovanni sus ojos se oscurecían de celos, no se le daba muy bien la interpretación.

Unos minutos después entró la familia Watanabe al completo, los tres hombres vestían smoking negro y Akiko un vestido largo de color rosa palo que le sentaba de maravilla, parecía que su piel fuera de porcelana. En cuanto me vio hizo el amago de venir corriendo, pero su padre la detuvo en seco, se agachó hacia su oído con cara de pocos amigos. Seguramente le estaba recordando cómo debía comportarse en público, el rostro contrito de ella lo decía todo. Por el contrario Kayene estaba la mar de relajado, llevaba las manos en los bolsillos con gesto despreocupado. Con tranquilidad se acercaron a nosotros y el saludo fue comedido, inclinaron la cabeza y les respondimos del mismo modo, siguiendo el protocolo. Busqué los ojos de Kenji, pero su mirada era esquiva, estaba claro que me rehuía. Tras el saludo se disculparon pues debían seguir presentando sus respetos a otros invitados.

—Debe ser agotador tener que comportarse siempre como los demás esperan de ti —reflexioné en voz alta dirigiéndome a Giovanni.

—La cultura oriental es muy distinta a la nuestra, ellos lo ven de un modo

distinto, para ellos es lo normal, viven para respetar las costumbres, sus leyes y a sus mayores.

—Eso es igual a vivir en una cárcel construida por la educación y la moral, una prisión sin barrotes, pero al fin y al cabo un lugar donde tu libertad está coartada por cadenas invisibles —repliqué.

—No sabía que eras un poeta David —arguyó Gio y su mirada azul estaba llena de interrogantes.

—No es poesía, es realidad.

—Ellos son felices así, no te precipites en tus conclusiones —trató de hacerme ver.

—No lo hago —afirmé y seguí contemplando la figura de Kenji, de anchos hombros y cintura estrecha. Se movía con elegancia, con ese porte que le hacía fluir entre la gente. Todos saludaban con prudencia y respeto a la familia, estaba claro que sabían con quién no se la podían jugar.

Cuando terminaron regresaron a nuestro lado, Kenji se mantuvo prudentemente alejado de mí, aunque no lo suficiente. Hareaki subió al escenario para anunciar que la pareja estaba a punto de entrar, nos pidió silencio y que se apagaran las luces. Aproveché ese instante para escabullirme y colocarme justo detrás de él, me acerqué más de lo necesario pegando mi erección contra su trasero, quería que me sintiera, que supiera que era yo y que estaba en ese estado por él.

—Hola, guapo —le susurré al oído, mientras él se tensaba y mi mano viajaba bajo la chaqueta de su smoking para agarrarle el paquete. Contuvo la respiración, se puso rígido y creció vertiginosamente entre mis dedos, ahí estaba la prueba que necesitaba, le palpé con deseo, masajeándole, notando a cada pasada como se engrosaba más y más. Su respiración se agitaba y su miembro crecía a un ritmo frenético. Las luces se prendieron y todos gritaron.

—¡ *Odoroki*^[6]!— Nadie me prestaba atención, los ojos estaban sobre la pareja, sobretodo sobre una increíble Ilke que lucía impresionante con un vestido de lentejuelas rojas.

—Me tienes muy cachondo Keni, desde el momento en que te vi quise que fueras mío, ¿notas lo cachondo que me pones? —le pregunté y apreté mi erección contra su culo, susurrándole al oído sin soltar su entrepierna—. Te espero esta noche en el bungalow que

hay al lado del que Gio y yo nos alojamos, está vacío, sé que sabrás encontrarlo y te garantizo que no te arrepentirás, será nuestro pequeño secreto, aunque con tu tamaño y el enorme placer que te voy a dar creo que va a ser descomunal — afirmé para después soltarle, el calor de su entrepierna me había abrasado los dedos. No dijo nada, ni tan siquiera se giró. Tampoco esperaba que lo hiciera, se acercó a su padre, le dijo algo a oído y desapareció. Imaginé que habría ido al baño, estuve a punto de seguirle para terminar lo que había empezado, pero con tanta gente pululando no era buena idea.

Además por muchas ganas que le tuviera, esa era la noche de Il y ella merecía toda mi atención

6 Capítulo (Kenji)



«¡No, no, no, otra vez no!» me grité para mis adentros y salí huyendo del comedor para refugiarme en los aseos. Había intentado evitarle por todos los medios desde nuestro encuentro en el avión, pero sentirle tan cerca, tocándome en público, me había dado tanto morbo que no me pude resistir.

«¡*Yabai!* ¿Qué narices iba a hacer?»

Entré en el baño con miedo de haber manchado los pantalones, pasé a uno de los cubículos y cerré por dentro, me bajé a toda prisa el pantalón para terminar lo que David había comenzado. Me sentía terriblemente excitado y frustrado a la vez. ¿Cómo iba a lidiar con aquella situación? Era lo que más odiaba, un maldito *Okama*, ese *gajin* del demonio despertaba esta parte de mí que creía aniquilada.

«¿Por qué?», bramé por dentro, lanzando mi puño contra la pared.

No tenía demasiado tiempo, debía presentar los respetos a los novios, tenía unos minutos para serenarme y lograr recomponerme.

Me limpié como pude con un papel, salí para lavarme las manos y mojarme la cara. Mi rostro inalterable estaba enrojecido, me brillaban las pupilas de deseo, porque tras la corrida le seguía deseando, no había logrado aliviarme, pues lo que necesitaba iba mucho más allá de una miserable paja.

«¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¡*Yabai!* ¿Es que no puedo ser normal?». Nadie en mi familia era homo, ninguno de los hombres de mi padre lo era, ¿entonces? ¿Por qué yo tenía que sentirme atraído por un hombre?

Miré mi reflejo, pensé en todo el tiempo que había invertido buscando una explicación a lo que me ocurría, leí libros a escondidas, incluso probé algún que otro brebaje que prometía curar la homosexualidad. De hecho creía estar curado, no al cien por cien, porque estaba claro que las mujeres no me atraían, pero si lo suficiente como para que los hombres tampoco lo hicieran, y ahora aparecía ese maldito *gajin* para poner del revés todo mi mundo.

Necesitaba dar una solución al problema, nunca había sido alguien que rehuía las vicisitudes, mi padre y mi código me habían enseñado a plantar cara, a no a huir. ¿Quería que nos viéramos esa noche? Muy bien, pues nos veríamos, pero para dejarle las cosas claras. Le quería lejos, muy lejos, lo suficiente para poder centrarme en mi vida y no en esas perversiones que parecían acosarme cuando él aparecía.

La fiesta de compromiso fue bien, aunque intenté no acercarme, no mirarle, sin embargo no pude evitar que la vista se me escapara hacia él innumerables veces.

En una de ellas nuestros ojos colisionaron y

me sentí arder, me consumía su mirada y la dominación que desprendía, se notaba que se sentía cómodo, no le pasaba como a mí. Sus ojos me decían que con él podía dejarme llevar, fluir como deseaba, bajé la mirada y me obligué a apartarla, aquello estaba mal, debía erradicar aquellos pensamientos de mi mente.

Las horas y los minutos decidieron ralentizarse, nunca una noche se me había hecho tan larga. Finalmente llegó la hora de regresar a nuestro bungalow. Había tres habitaciones. Una la ocupaba mi padre, otra Kayene conmigo y la última mi hermana. Se me hizo eterno tener que esperar a que todos durmieran, durante la cena me ocupé de averiguar dónde dormía David, no me costó nada. No estaba lejos, apenas nos distanciaban tres alojamientos. Cuando oí a Kayene roncar me levanté con sigilo. Llevaba una camiseta de tirantes blanca y unas bermudas de pijama, no iba a cambiarme de ropa, si me pillaban saliendo podía decir que no me podía dormir. Así que salí sin más, descalzo, despeinado, poniendo rumbo a su habitación.

La noche estaba despejada, hacía muchísimo calor y un manto de estrellas cubría el cielo. Aquel era un lugar idílico, estaba claro que Fukuda amaba a su prometida para hacer tamaña pedida. Era tarde y no estaba muy seguro de si David estaba despierto o no. Se veía una luz muy suave bajo la puerta, tal vez se había dejado algo encendido y ya dormía. Me planté frente a la puerta, indeciso, sin saber exactamente qué le iba a decir o cómo hacerlo. Golpeé con suavidad, mi estado de alerta se agudizó al oír un ruido en el interior. El bungalow se iluminó, estaba claro que David había prendido una luz, apenas podía contener la agitación, finalmente la puerta se abrió llevándose toda mi determinación de un plumazo. David había abierto con una minúscula toalla atada en la cintura, pequeñas gotas salpicaban su tórax resbalando entre aquellos preciosos abdominales. Tenía el pelo húmedo y se lo estaba secando con otra toalla.

—Disculpa si te he interrumpido yo... —comenté y su sonrisa me paralizó.

—Tranquilo, hacía mucho calor y decidí darme un chapuzón en la piscina, no sabía que era de agua salada así que he tenido que ducharme después, odio ir a la cama lleno de sal —me explicó y la imagen de su cuerpo cubierto por una fina capa de sal se me antojó más que sugerente—. Pasa estaba a punto de servirme una copa, ¿te pongo una? —me ofreció y negué con la cabeza, todavía recordaba

lo que me ocurrió con Tanaka, tras beber aquellas dos cervezas. Se apartó de la puerta para dejarme pasar, entró y fue a servirse un gin-tonic con las bebidas del surtido minibar— ¿Estás seguro de que no quieres uno? —inquirió de nuevo y volví a negarme, entré dentro, no quería que nadie me asociara a él. Aunque no me llevara mucho tiempo lo que iba a decirle, no podía arriesgarme a que alguien me viera. Dio un trago a la copa y me agité al ver su nuez ingiriendo el delicado líquido. Sus pestañas bajaron y se entreabrieron para mí— ¿Te apetece sentarte? —indagó y su voz era sugerente, envolvente, mi miembro se tensaba con solo escucharle.

—Estoy bien así —dije pegado a la puerta, la había cerrado pero necesitaba la seguridad de poder salir en cualquier momento.

—Pues yo creo que deberías beber algo para relajarte, se te ve muy tenso — comentó acercándose con suavidad y un ligero temblor me

recorrió de cabeza a pies—. Estaba seguro de que no te quitabas el traje ni para dormir —aseguró y aquella afirmación me hizo sonreír. David abrió los ojos con agrado—. Vaya, ha sido hermoso, tanto como ver una estrella fugaz, verdaderamente precioso, creo que debo sentirme muy afortunado por ver una de tus sonrisas ¿no es cierto? —Estaba a tan solo un paso de distancia, no podía disimular el nerviosismo que me producía sentirle tan cerca. David dio otro trago, dejó la copa en el recibidor y chupó su labio inferior captando toda mi atención. Eran unos labios gruesos, suaves, muy bien dibujados, bordeados por aquella barba sexy de tres días. «¿La llevaría siempre así?» me pregunté, pues la verdad es que le quedaba muy bien— ¿Qué miras Keni? ¿Ves algo que te guste? —preguntó sugerente poniendo una mano a cada lado de mi cabeza, dejándome encerrado entre ellas.

—Kenji, me llamo, Kenji —declaré y fijó sus ojos a los míos.

—Lo sé, pero para mí y solo para mí, vas a ser Keni —afirmó. Apenas podía

respirar el aire de su aliento, me faltaba el oxígeno y él era el único que insuflaba el suficiente aire como para poder existir—. Respóndeme Keni, ves algo que desees —repitió y mis ojos volvieron a sus labios los cuales se curvaron en una amplia sonrisa—. Ya veo, que sí. Me da mucho morbo que hables poco, aunque tienes la misma voz que tu hermano podría diferenciaros a millas de distancia —manifestó. Eso era cierto, lo único que Kayene y yo teníamos igual, telefónicamente podíamos parecer la misma

persona, aunque estaba claro que yo no tenía su soltura—. Si prefieres no hablar lo respeto, follar seguro que se te da mejor —garantizó avanzando hacia mi boca.

—¡No! —grité y se detuvo a escasos milímetros con un interrogante en la mirada.

—No, ¿qué?

—Que yo no soy como tú —respondí con un hilo de voz. Su mirada depredadora refulgió.

—No, claro que no. Porque yo vivo libre y tú en cautividad, pero ¿sabes qué? —inquirió y yo negué— Que eso a mí no me importa, cada cual vive su sexualidad como desea, si tú quieres ocultarte no seré yo quien te presione para salir pero déjame que te muestre lo que es, que te enseñe lo que se siente al no huir de quien eres, permíteme que insuflé oxígeno a tus secos pulmones, que te muestre otra manera de ser tú. Lo haré libremente, sin pedirte nada a cambio. No voy a quedarme aquí, mi vida está en Barcelona y la tuya en Tokio, nada de lo que ocurra estos días será revelado jamás. Tienes mi palabra, solo seremos tú y yo, yo y tú —declaró. Apenas podía

aguantarme en pie, era tal mi anhelo de lo que prometía que si no hubiera sido por la pared hubiera caído.

—Yo, yo, no soy gay —alegué. Aquellas palabras salieron de mi boca más como un mantra que como otra cosa.

—Claro Keni, ni yo tampoco, solo soy una persona que va a follarse a otra — dijo para después de eso lanzarse a por mi boca y ya no pude ni quise detenerle.

Me tomó con firmeza de la cabeza, marcando el ritmo en todo momento, su aura de poder me envolvía amansando a la fiera que

rugía en mí. Kenji el perfecto, Kenji el preocupado, Kenji el frío, Kenji el futuro *kumichō*. Por una vez iba a dejar de estar al mando,

dejaría de lado mi necesidad de proteger, de tenerlo todo bajo control. Por una vez iba a dejarme caer al vacío, a ceder el poder y la autoridad a otra persona, por una vez iba a ser libre de verdad. Cuando aquel pensamiento me embriagó, mis músculos se fueron relajando, una abrumadora paz interior penetró en mí con fuerza, expulsando toda duda a un mar sin retorno.

Mi lengua salió a su encuentro, acariciándole sin reservas, dejándome llevar por aquella extraña marea de deseo, a lo lejos escuché un sonido, me fijé con detenimiento, hasta que entendí que era yo gimiendo en su interior. David paladeaba ese sonido que brotaba una y otra vez, como si jamás tuviera suficiente. Me atreví a subir las manos y acariciar los tersos músculos de su espalda. Esta vez quién gruñó fue él, no dejé de acariciarle, sin prisa, memorizando cada surco, cada relieve de su firme cuerpo. Mis dedos tejían el mapa de su piel, leyéndola como el ciego que está dispuesto a entender lo que ocurre bajo las yemas de sus dedos. Las páginas de

su cuerpo me hablaban de una historia que estaba dispuesto a leer, llena de esperanza, pasión y libertad. Necesitaba tanto sentirme libre, aunque solo fuera esa noche.

Con un ligero tirón de mi labio inferior dio fin al beso, sentía la piel de mi rostro irritada por el firme vello de su barba, pasó la lengua por la zona que acababa de sensibilizar, escocía, estaba convencido que mi piel estaba enrojecida.

—Me gusta tu sabor Keni, es algo exótico y afrutado, algo que nunca antes había probado y que estoy dispuesto a disfrutar —declaró y yo

tenía el corazón completamente desbocado—. Voy a ser sincero contigo, en la cama me gusta dominar, me gusta ser yo el que marca el ritmo y pone las reglas, eso no quiere decir que tú no puedas decir nada al respecto, todo lo que hagamos será consensuado. ¿Has estado antes con algún hombre? —me preguntó. Lo de Tanaka no podía considerarse que hubiera estado con un hombre, simplemente le había comido la polla y había sido un desastre.

—No —respondí y me acarició el rostro con suavidad.

—¿Y con una mujer? —cuestionó de nuevo y aquello me avergonzaba más todavía, bajé la mirada y negué.

—Vaya, así que voy a ser el primero, que hermoso regalo —aseguró al tiempo que levantaba mi rostro—. No te preocupes, no te exigiré más de lo que me puedas dar, ¿estás de acuerdo en cederme el control? —inquirió y yo tomé aire. «¿Iba a ser capaz de hacerlo?», las dudas me asaltaban, David lo captó y me acarició el rostro con firmeza — Mírame Keni, solo estamos tú y yo, por una vez piensa en lo que necesitas aquí —comentó y llevó la mano a mi pecho, poniéndola sobre el corazón—, y no aquí —terminó de decirme

poniéndome los dedos de la otra mano sobre mi sien. Cada punto que tocaba ardía de necesidad, solo había una respuesta a su pregunta.

—Estoy de acuerdo, tú tienes el control —repetí. Él sonrió.

—Bien, pues entonces quiero que te desnudes para mí, el próximo día que vengas a visitarme y traspases esa puerta, te desprenderás de toda ropa y dejarás

los prejuicios fuera. Harás a un lado todas tus creencias y responsabilidades, te limitarás a sentir, porque me has cedido el poder y tu bienestar ahora es mío, confiarás ciegamente en

mí, en que sea capaz de cubrir todas tus necesidades —me explicó y yo notaba cómo el aire se hacía más denso, quería todo aquello que me decía, lo deseaba de verdad—. Necesito un salto de fe, un salto al vacío que me indique que estás dispuesto a ello, si lo estás desnúdate para mí —me ordenó David, dando un paso atrás concediéndome espacio. Sabía que con la camiseta de tirantes que llevaba ya había podido ver mis tatuajes, no parecía importarle, de hecho apenas había apartado sus ojos de los míos. ¿Qué pasaría cuando descubriera que tanto mi torso como mi espalda estaban llenos de tinta? Había gente a la que le producía repulsa y solo había un modo de averiguarlo.

Me levanté la camiseta muy despacio mostrándome ante él con el arte del *tebori*^[7] como único ropaje. Su mirada recorrió los dibujos de colores, dragones, flores de loto, símbolos de lealtad, familia, honestidad, coraje, mi piel hablaba de quién era, de lo que no podía olvidar. Mis tatuajes eran el caparazón de la tortuga, aquello que debía recordar día tras día, en lo que me refugiaba para ser quien debía.

—Es hermoso —dijo recreándose en los dibujos—. Debió doler.

—Hay cosas que duelen más y se ven menos —aseguré. Todavía no sé de donde nació aquella afirmación. Pero David la recogió sin decir nada.

—Despójate de todo, te he dicho que te quiero desnudo —me exigió. Cogí la goma de mi pantalón y lo dejé caer por mis estrechas caderas, no dormía con ropa interior, así que mi excitado miembro se irguió para darle la bienvenida. Me miró complacido—. Creo que ese dragón me gusta más que los otros dos que tienes en el pecho, tengo muchas ganas de saborearlo, ven conmigo Keni, vamos a la habitación.

Me moría de ganas de verle desnudo pero no dije nada, simplemente obedecí y le seguí, caminé tras él con la esperanza de que esta vez funcionaría. David se sentó en el borde de la cama, separó las piernas y me hizo una señal para que fuera hasta él. Me coloqué en medio de ellas, no sabía qué esperar de aquella situación.

—Me encanta tu polla Kenji, es como tú, grande fuerte, pero con una dulzura interior que está esperando ser descubierta —dijo y me acarició los muslos, subiendo hacia el interior de mis piernas, mi miembro dio un respingo ante la expectación goteando para él.

Una de sus manos acarició mis huevos, mientras la otra tomaba mi miembro con sutileza, recogió aquella gota con su índice, como si fuera algo muy preciado y la llevó hasta la punta de su lengua para saborearla cerrando los ojos, como si intentara captar los matices de un delicioso manjar. Mi glande no paraba de segregar líquido preseminal, aquella imagen era lo más decadente y erótico que había visto nunca. David abrió los ojos con una intensidad felina, separó los labios y de un solo movimiento me enterró en su boca hasta el fondo. Rugí del gusto, nunca antes había sentido nada igual, aquella garganta se adaptaba a mí a la perfección. Tenía la nariz de David sepultada en mi pubis y los huevos golpeando su barbilla. Su cálida respiración alborotaba el vello de mi ingle, sus fuertes manos apresaban mis nalgas con rudeza, seguro que me dejaba los dedos marcados, pero no me importaba, me gustaba ese punto de dolor. Una vez se hubo adaptado a mi tamaño comenzó a moverse, él marcaba el ritmo, llevando una y otra vez mis caderas a su encuentro, creía que iba a desfallecer.

Nunca nadie me había hecho una felación, y dudaba que alguien lo pudiera hacer tan bien. Su boca succionaba el glande con fuerza, para después dejarme entrar con abandono hasta incrustarme y tocar fondo, innumerables descargas de placer viajaban difusas por todo mi cuerpo. No estaba seguro de si a David le gustaría, pero me aventuré, enredé los dedos en su pelo y comencé a acompasar el

movimiento de vaivén empujándole hacia mí. Un gemido entrecortado escapó de sus labios, yo intentaba contener los míos, aunque me era prácticamente imposible, aquello era descomunal, jamás hubiera imaginado que el placer con un hombre fuera tan arrollador.

Sentía que algo grande se gestaba en mi bajo vientre, algo que era nuevo para mí, algo que me impulsaba a seguir y abandonarme como jamás lo había hecho. Ya no era David quien me empujaba, quién movía mis caderas, era yo quien embestía su boca con un ritmo infernal, un ritmo implacable que me llevaba a enterrarme en su profunda garganta una y otra vez, hasta que ocurrió, perdí el control y estallé. Exploté de un modo inhumano, desatando mi parte animal, cuando me descubrí corriéndome en su garganta me asusté, recordé lo que me había ocurrido con Tanaka, intenté salir aunque no fuera a tiempo, pero era imposible, David me tenía afianzado de tal manera que sin remisión me vacié en él gritando su nombre. Por mucho que empujé hacia atrás su férreo agarre me impidió que fuera a otro lugar que no fuera su boca.

Sentí como tragaba, como se llenaba de mi esencia, le miré a los ojos temeroso de lo que iba a encontrar, mientras el último coletazo del orgasmo me sacudía. No había dejado de mirarme, no había reproches en su mirada oscura, parecía complacido.

La realidad me sacudió como los golpes que me daba mi maestro en combate. Seco, me estaba dejando seco, tanto física como emocionalmente. Cuando ya no quedó más por dar, cuando la última gota fue tomada, me sacó de su interior haciendo que le añorara a cada centímetro de piel que quedaba descubierto.

7 Capítulo (David)



Había sido brutal, el esfuerzo de apartarme de su lado había sido titánico, hubiera seguido acariciándole durante horas con la boca, grabando su textura y sabor en cada rincón de mi lengua, aunque debía reconocer que me había costado relajar la garganta para albergarlo completamente. Por suerte, había contado con un gran maestro que adoraba las gargantas profundas y dominaba la técnica a la perfección, había sido muy paciente conmigo, enseñándome cómo respirar, la manera en la que debía relajar la glotis para que no me dieran arcadas y no atragantarme, pero lo más fundamental, fue aprender a disfrutar de aquel acto tan íntimo que requería tanta confianza por ambas partes.

Besé la punta del sexo de Kenji y lo dejé caer entre sus piernas, aun relajado era subyugante.

Era su primera vez, era virgen, nunca había estado con nadie, yo era

el primero a quien había entregado su primera relación sexual, con quién se había abandonado entregándose por completo. No quería asustarle, sabía que había sido muy intenso para él, y asumir que un hombre es capaz de hacer que te

corras no es fácil para alguien con sus principios.

—¿Estás bien? —le pregunté con delicadeza. Apenas logró mover la cabeza afirmativamente— Ven, siéntate a mi lado —le pedí. Se le veía confundido, desorientado, como si deambulara perdido en un lugar desconocido para él. No movió un solo músculo, sabía que me había escuchado y sin embargo permanecía rígido, igual que si hubiera perdido la movilidad y su cuerpo no respondiera. Me levanté para ponerme a su lado, estaba claro que era un momento duro para él. En cuanto percibió que me acercaba, dio un paso atrás. Era como un animalito asustado y yo el cazador—. Tranquilo, Keni, sé que la primera vez puede ser abrumadora —declaré. Mi tono seguía siendo bajo, sosegado. De repente rompió el silencio.

—¿Te-te ha gustado? —inquirió. Me miraba horrorizado, veía el infierno reflejado en la profundidad de sus ojos, imaginaba los demonios que debían estar atormentándole por dentro, clavando sus garras con ponzoña en los recuerdos que seguían hostigándole. Tal vez no debería haber dejado que terminara en mi boca, tal vez había sido excesivo para su receptividad, ¿me habría equivocado? Me acerqué sin hacer movimientos bruscos, para atraer su rostro y que pudiera leer el fondo de mi alma. No se apartó, era buena señal, necesitaba recuperar la frágil confianza que me había cedido.

—Mucho, eres, delicioso —afirmé y pasé el pulgar por su perfecto labio inferior.

—¿No-no te dio asco? —«¿Asco, estaba loco?», le miré con ternura y aplomo, con todo lo grande que era, no era más que un crío asustado.

—No, espérame un segundo, no te marches, voy a preparar una cosa y te doy tiempo para que te recuperes —le pedí. Estaba claro que necesitaba su espacio, un momento de intimidad para asumir lo ocurrido, mientras tanto, fui al baño y llené la bañera. Necesitaba un ambiente cómodo, sosegado, tratar con la gente siempre se me había dado bien, algunas de mis clientas llegaban con verdadero

pavor a depilarse, una de mis funciones era paliar su terror y convertirlo en una experiencia única. Cuando tuve el agua en su punto y con una ligera capa de espuma, fui a buscarlo, estaba exactamente igual que como le había dejado—. Ven, Keni, acompáñame —dije tomándole de la mano para llevarlo al baño—. Métete en la bañera, el agua caliente te hará bien —añadí. Kenji había vuelto a su extraño mutismo, a refugiarse en aquel hogar plagado de miedos e inseguridades, podía palparlos en la tensión de su espalda. ¡Madre mía! ¡Su espalda! Estaba tan tatuada como el pecho, pero decorada con carpas naranjas, era magnífico, me dieron ganas de tocarlas, reseguir el contorno y dibujarlas con los dedos, en el agua lo haría.

Se metió en la bañera humeante y antes de que se echara atrás, tiré mi toalla y me metí tras él. Le encajé entre mis piernas, asegurándome de que no iba a escapar. Se puso tan rígido que me dio lástima, parecía que se fuera a quebrar en cualquier momento. Tomé un bote de aceite de baño y sin mediar palabra comencé a masajear los nudos de su cuello, eso no era un cuello, era una cordillera de contracturas, seguramente el estar tan tieso todo el día y el exceso de responsabilidades, le hacían estar así. Soltó un gruñido en cuanto ejercí mi magia, no hablé, le dejé tranquilo, sumido en sus pensamientos, le quería receptivo y para ello, debía relajarlo. Con mucha paciencia Kenji se fue ablandando, la respiración era mucho más pausada.

—Te mentí —soltó de repente, poniéndome en alerta.

—¿Me mentiste? —pregunté con cuidado— ¿Respecto a qué?

—No ha sido mi primera experiencia sexual —respondió. Un nudo de celos constriñó mi abdomen, dejé que continuara, mientras seguía pasando las manos por su piel, terminé con el masaje y le invité a refugiarse en mi pecho agarrándole de los dragones que decoraban el suyo. Con mucho tiento le llevé hacia mí—. ¿E-estás enfadado? —me preguntó. Su varonil voz tembló.

—¿Debería estarlo? —cuestioné yo, pues sabía que la manera más sencilla de desarmar a alguien era con otra pregunta.

—No lo sé, no fui completamente sincero.

—¿Y por qué no lo fuiste?

—Tuve miedo —aseguró. Su corazón dio un brinco, realmente estaba pasándolo mal.

—Conmigo no has de tener miedo, Keni, yo no soy el resto del mundo, conmigo puedes ser tú, comportarte como desees, decirme lo que piensas en cada momento. No estoy aquí para juzgarte, solo pretendo darte un soplo de aire fresco, una vía de escape, soy tu paseo por la playa al atardecer, el sol que calienta tus pies, cuando andas descalzo por la hierba; la montaña a la que escalaste para gritar sin que nadie te oyera. Soy tu remanso de paz, un lugar donde las mentiras y los subterfugios únicamente te dañan a ti ¿lo comprendes? —le expliqué. Tras unos segundos su cabeza cayó hacia atrás, rindiéndose por completo— Conmigo puedes ser tú y solamente tú —afirmé y besé su pelo con ternura.

—Tenía quince años y él dieciséis, nunca me había gustado nadie y él despertó algo en mí que no supe gestionar. Me llevó a un lago precioso, nos bañamos desnudos y después me hizo hacerle lo que tú me has hecho hoy —comenzó a contarme. «Vaya, así que había sido eso, dos adolescentes y una mala experiencia»—. Solo que a mí no me gustó, me ahogaba y él seguía, tenía un miembro grande, lo clavaba en mí una y otra vez hasta que se corrió y yo vomité —terminó de decirme. Menuda introducción al mundo gay, aunque está claro que tener un mentor de dieciséis años no ayuda. Le mojé el pelo y comencé a enjabonárselo, hay muchos puntos de tensión en la cabeza, más de los que imaginamos, quería aliviarle a todos los niveles.

—Imagino que no fue una buena experiencia.

—No lo fue, después de aquello, nunca más estuve con nadie.

—Bueno, entonces no me has mentido del todo, comer una polla y vomitar después, no puede considerarse dejar de ser virgen —comenté pues quería quitarle dramatismo a su historia, que entendiera que no había sido tan grave como su mente creía—. Tuviste un mal inicio ¿y qué? A todos se nos rompen los huevos fritos la primera vez. Además, hacer una garganta profunda, que es lo que te he hecho yo, requiere de mucha práctica, disciplina, paciencia y un buen maestro. Está claro que un chaval de dieciséis años, por muy aventajado que sea, no lo es, las hormonas os hicieron una jugarreta que no supisteis gestionar.

—¿Tú lo tuviste? —preguntó.

—¿El qué? —respondí extrañado.

—¿Un buen maestro? —inquirió de nuevo, pero no parecía celoso, simplemente curioso.

—Por suerte sí, aunque también he tenido polvos para echarse a llorar, aunque preferiría no tener que contarte ninguno —declaré y escuché una suave risa—. ¿Eso ha sido lo que creo? —demandé y él giró la cabeza llena de espuma, parecía un gracioso cupcake oriental, me quedé estupefacto contemplando una ancha y maravillosa sonrisa.

—¿El qué? —indagó y le brillaban los ojos.

—Si contándote mis pésimas relaciones sexuales logro arrancarte más sonrisas como esa, me puedo tirar toda la noche, tengo una vergonzosa colección de situaciones humillantes, como aquella vez que tuvo que venir el médico porque el idiota con el que salía había llenado la bañera con champagne —comencé y él me miró extrañado, está claro que el champagne a simple vista no es dañino, pero las ocurrencias de un psicópata de dieciocho años con pocas luces, sí—. Ricardo, que así se llamaba mi noviete del momento, me vendó los ojos para celebrar el primer mes que hacíamos juntos. Al parecer, había visto esa escena

en una peli porno y se le antojó de lo más erótica —seguí con mi explicación, Kenji me escuchaba con atención—. Hizo que me metiera dentro a cuatro patas y cuando me tuvo listo, lleno de lubricante, me encajó una botella en el culo —añadí y los ojos se le abrieron de golpe con unas chispitas que comenzaron a titilar en el fondo oscuro—, comenzó a masturbarme moviendo la botella a la vez, hasta ahí todo bien, una vez me hube corrido me quitó la venda e intentó sacarme la botella, y digo intentó porque el muy imbécil había cogido una botella vacía, sin corcho, no se había parado a pensar que en la peli la botella estaba llena, así que había hecho ventosa en mí y era imposible desalojarla de ahí —continué relatando. La cara de Kenji era un drama, no sabía si reír o llorar.

—¿Y qué ocurrió?

—Por suerte, su hermano mayor estaba en el último curso de medicina, el médico que te dije al inicio de la historia, así que le llamamos para que me sacara la botella del culo. Menudo bochorno, como no estaba seguro de qué hacer, terminó llamando a su profesor, y puedes imaginarte la conversación... “Señor Martínez, el novio de mi hermano tiene una botella de cristal metida en el culo ¿cómo se la saco?” Finalmente tuve que ir al hospital, pues el señor Martínez no creía que el muchacho estuviera capacitado para ello, llamaron a una ambulancia donde el cachondeo fue poco... “Muchacho, ¿nadie te ha explicado que ponerse ciego no es lo mismo que metérsela por el ciego?” O... “Ir pedo no quiere decir que hayas de beberte la botella por el culo” —le describí gesticulando. Su rictus comenzó a tensarse y sin poderlo controlar, estalló en carcajadas. Le dio un ataque en toda regla, pataleaba en la bañera, lloraba de la risa, no podía detenerle. Me pareció un momento increíblemente hermoso, íntimo y muy personal. Su cuerpo se sacudía desatado y yo no podía dejar de contemplarle maravillado—. ¿O sea que, te hace gracia, no?

—Lo siento, es que es muy gracioso —respondió, pero seguía desternillándose de mí.

—Pues, vas a aprender a no reírte de las desgracias ajenas —repliqué y lancé mis dedos ninja para realizar mi mejor tortura: las cosquillas. Kenji intentaba detenerme, pero no podía, se le iba la fuerza por las innumerables carcajadas que nos envolvían a ambos.

Me sentí ridículamente feliz y me hizo pensar que a veces en las cosas más sencillas se esconde la verdadera felicidad. Quién iba a decirme, que la experiencia más bochornosa de mi vida iba a convertirse en el ingrediente indispensable para la receta del momento más feliz que jamás había vivido. Cuando tuve suficiente, cambié las cosquillas por caricias, recorrí aquellos bellos tatuajes, delineando cada sombreado, cada línea, cada hermoso detalle trabajado con una precisión abrumadora. Llegué a los pezones, su risa se había convertido en suaves jadeos. Toqué los tensos botones y tiré de ellos, primero con delicadeza, después con fuerza. Kenji respondía bien al dolor, justo como a mí me gustaba, estaba convencido de poder usar mis juguetes con él. En el tema del sexo era un explorador nato, no practicaba sadomasoquismo, pero si me gustaban los roles de dominantes y sumisos para algunos juegos. Tenía varios juguetes que me moría de ganas por probar con él. Sospechaba que a Kenji le iba a encantar todo aquello, aunque quizás, no tuviéramos tiempo, era mejor aprovechar el presente y dejarme de futuros con mi japo.

Tras retorcerle los pezones con avaricia y arrancarle un sinfín de gruñidos, deslicé mis manos hacia abajo. Sentía mis huevos pesados, estaba muy excitado, pero también sabía que esa noche era solo para él, lo mío debería esperar.

Tome su sexo erecto entre mis manos, dispuesto a hacerle la mejor paja de su vida. Quería que atesorara buenos recuerdos de lo que íbamos a compartir, que desechara su mala experiencia anterior y descubriera que ser gay no era nada malo, oscuro o enfermizo.

Me gusto volver a contemplar todas aquellas emociones desfilando por su rostro, ver cómo el placer lo inundaba hasta hacerlo estallar entre mis dedos. Después,

se relajó apoyándose completamente laxo contra mí, lo mantuve allí abrazado, sintiendo como el frenético latido de su corazón se convertía en un remanso de paz. Estuvimos allí hasta que el agua se enfrió. No hacía falta decir más, a veces un silencio transmite más que muchas palabras. Cuando no hay confianza suficiente, los silencios se hacen incómodos, cuando la hay conllevan libertad.

—Salgamos de la bañera —le dije tras enjuagarle el pelo. Era muy tarde, debían faltar unas tres horas para que los más madrugadores se levantaran.

—¿Vamos a la cama? —preguntó, mientras se incorporaba. Mi entrepierna lanzó un quejido.

—No —respondí tomando dos toallas y pasándole una para que se secase. Me miró con extrañeza, ¿era temor lo que veía en la oscuridad de sus ojos?—. Tranquilo, no ocurre nada, me encantaría ir a la cama contigo, pero es muy tarde y queda poco para que amanezca, dudo que quieras que te encuentren aquí, conmigo —puntalicé pues ambos estábamos en un bungalow que no era el nuestro. Asintió no muy convencido y sus ojos se dirigieron a mi abultada entrepierna.

—Pero tú no te has... —trató de decirme y envolví rápidamente mis caderas con la toalla.

—No sufras, llevo corriéndome muchos años, soy corredor de fondo, podría escribir un libro con mi dilatada experiencia sexual, he hecho verdaderas maratones, así que por un día no me va a pasar nada. Lo importante es, que tú hayas disfrutado de la experiencia de hoy —afirmé y le di un beso tierno en los labios que rápidamente se convirtió en uno mucho más profundo, Kenji me había agarrado llevando el beso a otro nivel. Me encontré gimiendo en su boca. Detuve el beso, si seguíamos así debería llevarlo a mi cama y no era ese el objetivo. Presionó su erección contra la mía.

—¿Me deseas? —me preguntó Kenji. «¿Cómo me hacía y me preguntaba eso?»

Era tan inocente tras esa fachada de perdonavidas.

—Desde el primer instante que te vi, Keni, pero ahora no es el momento. Recuerda que yo estoy al mando, yo decido qué es lo mejor en cada momento —respondí. Le costó asentir, no parecía muy convencido, doblegarse ante mí no debía resultarle fácil.

—Está bien —claudicó. Salimos del baño y contemplé su bonito cuerpo, mientras se vestía.

—Me gustan mucho tus tatuajes, sobre todo los de la espalda, son carpas ¿verdad?

—Son Carpas Koi ¿conoces su significado? —indagó y se subió los pantalones quedándose con el torso desnudo.

—No, pero me gustaría conocerlo —repliqué y me miró con los ojos brillantes.

—Las Carpas Koi son originarias de China, hay una leyenda que dice que este pez fue capaz de ascender por el cauce del río Amarillo y atravesar una de sus inmensas cascadas. Unos demonios les estaban imposibilitando llegar, para ello aumentaron con su maléfica magia la altura de las cataratas para reírse más y ponérselo aún más difícil, pero aun así, ellos no desistieron hasta que finalmente uno de ellos logró alcanzar la cima. En ese momento, el dios del cielo sonrió y lo convirtió como recompensa, en un gran dragón de oro. Ese mismo dragón celestial persigue las perlas de la sabiduría por todos los cielos como recompensa por su esfuerzo y coraje. Desde aquel día, todos los peces Koi que con fuerza y valentía logran alcanzar la cima, son convertidos en dragones celestiales. Las cataratas hoy en día son conocidas como ‘La Puerta del Dragón’ y los peces koi debido a su fuerza, resistencia y perseverancia son considerados símbolo de alcanzar el destino, de superación y cumplimiento de las metas en la vida —me explicó. Yo le estaba escuchando embelesado por aquella profunda voz y lo que escondían sus palabras—. Mucha gente se tatúa Carpas en mi país,

las koi, son símbolo de resistencia frente a las vicisitudes, un símbolo del éxito que nos enseña a alcanzar nuestros propósitos. Además de representar sabiduría, conocimiento, longevidad y lealtad. Incluso los samuráis del Periodo Muromachi deseaban lograr tener su valentía —siguió contándome y parecía sentirse orgulloso de llevar aquellos tatuajes—. Por su significado, mucha gente se tatúa una carpa koi en Japón —bajó el tono—. Además, la palabra “koi” (コイ) significa carpa pero también amor o afecto. Tanto mi hermano Kayene como yo llevamos este tatuaje aunque algo distinto.

—Me gusta el color naranja de tus carpas —observé, él se echó a reír.

—Otro como mi hermana Akiko, debe ser que a los que os gusta la moda convertís el rojo en naranja —comentó riendo. Las miré mejor y seguí viéndolas naranjas, sí que era un naranja rojizo, pero al fin y al cabo no era naranja cítrico.

—O tal vez sea que tú seas incapaz de distinguir entre azul cerúleo y el cian, y para ti todo sea azul —le rebatí y volvió a sonreírme, con lo que mi entepierna volvió a lanzarme una descarga.

—Puede, no obstante aunque tú y Akiko las veáis naranja, son de color rojo —replicó y no quise contradecirle—. Fue de ese color con el que me las tatuaron.

—Pues, si es tan importante para ti el tono, deberías quejarte al tatuador y que te las repasara —declaré y me miró divertido.

—Se nota que nunca te han tatuado con el arte *Tebori*, algunos hasta se desmayan del dolor.

—¿En qué consiste? —indagué. Me gustaba que alguien tan reservado se soltara y me contara cosas era una señal inequívoca de que se sentía a gusto conmigo. Kenji siguió explicándome lo que le pedía.

—La técnica del tatuaje *Tebori* consiste en ir pinchando la piel con agujas muy finas, mientras se hace presión con la otra mano sobre la piel. Las agujas tienen

una parte en madera o metal, desde la cual el tatuador las sujeta de una manera muy particular. Estas son embebidas con la tinta y luego se punza la piel para ir perforándola e ir introduciendo la tinta —relató. Solo con oírle ya me dolía, y pensar que él tenía todo el tronco y los brazos tatuados. Me miraba risueño, supongo que por la cara de aprensión que debía estar poniendo.

—Solo por eso no voy a volver a discutir sobre el color de tus peces,

ya comienzo a verlos rojos —aseguré y él caminó hacia mí con convencimiento.

—La carpas de Kayene son moteadas blancas y rojas, además de más pequeñas, las mías son de color sólido. Además, el rojo simboliza el amor o la fuerza que puede tener el ser humano para atravesar todo tipo de adversidades en la vida. En el *koi* es usado para destacar que se puede sobrevivir en aguas de corrientes adversas o demasiado agitadas —afirmó con rotundidad. Le miré a los ojos.

—¿Y no te cansas de nadar siempre a contra corriente? ¿No te apetece dejarte llevar y fluir con el río en vez de intentar llegar a la cascada? —cuestioné. Su boca se tensó, sin embargo no se apartó cuando le acaricié el pelo.

—A veces me canso, no lo voy a negar, pero tengo muy claro quién soy y lo que se espera de mí, además, al final de la cascada me convierto en dragón, no lo olvides —aseveró. Era tan joven y tan responsable, tenía una carga tan grande sobre sus hombros, que solo podía pensar en aligerarla.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Veintidós.

—Pareces mayor —comenté y Kenji frunció el entrecejo.

—Vaya, gracias por llamarme mal conservado —respondió con retintín— ¿Y tú?

—Veinticinco —contesté y él se encogió de hombros.

—Pareces más joven —declaró.

—Eso es porque me cuido y no intento vivir una vida que no me corresponde, las responsabilidades envejecen y tú tienes demasiadas —aduje. Kenji me lanzó una mirada triste.

—No puedo cambiar mi vida David, sé que tal vez no lo entiendas o no lo compartas, pero mi vida es esta —manifestó. Estaba claro que ni lo entendía, ni quería comprenderlo, la existencia de Kenji era una muerte en vida. Levantó la vista esperanzado—, aunque tú me has dado hoy más de lo que imaginas, atesoraré este día como el mejor de mi vida —garantizó.

Sus palabras me conmovieron, tomé su cara y me propuse besarle de nuevo, solo iba a ser un beso... Kenji estalló, como la crisálida que sale de su capullo. Su beso se tornó violento, lleno de acuciante necesidad, estaba fuera de control y yo solo podía responderle. Sus manos recorrieron mi cuerpo a voluntad, sin restricciones hasta alcanzar mi toalla y arrancarla. Al principio busco mi pene con prudencia, pero en cuanto vio que no le apartaba comenzó a familiarizarse con él. Sus manos se tornaron tan exigentes como su boca y yo por una vez me dejé arrastrar, dejé que hiciera conmigo lo que deseara, no me impuse, no ordené, Kenji necesitaba tomar las riendas y yo iba a cedérselas.

De mis labios pasó a mi barbilla, recorrió con los suyos mi pecho, tomó mis pezones y los torturó deliciosamente, mientras seguía dándome placer con la mano. Poco a poco fue bajando, escurriéndose por mis abdominales hasta quedar de rodillas ante mí. Clavó los ojos en mi glande que ya estaba húmedo por él y después me miró.

—No es necesario, Keni —alegué. Él sonrió, abrió la boca y me capturó en ella. Gruñí llevando mi cuerpo hacia atrás, era muy dulce, me saboreaba amorosamente, a mí me iba el rollo más duro, sin embargo Kenji tenía la capacidad de excitarme con el simple aleteo de sus pestañas.

Fue a su ritmo, uno muy suave y lento. Empapó mi sexo con su saliva

convirtiéndolo en una barra rígida y resbaladiza. Mis gruñidos de placer le envalentonaron, comenzó a intentar darme cabida, si no le ayudaba no iba a lograrlo, pues yo no tenía sus gloriosos veinticinco centímetros, no obstante con mis veintidós no me quedaba corto, además, mi polla era ligeramente más gruesa.

—Tómatelo con calma, respira por la nariz, relaja la garganta, ahueca las mejillas y ralentiza tu respiración. Necesitas acostumbrarte a mi tamaño, reconocerme en tu boca y dejarme espacio, tómate tu tiempo, Keni —le expliqué entre jadeos. Él clavó aquella intensa mirada en la mía y respondió.

—*Hai, sensei*^[8] —respondió y me sentí un poco Miyagui en Karate Kid. Tras su afirmación, y humedecerse los labios, se lanzó al ataque.

Tuve que hacer acopio a toda mi fuerza de voluntad, para no correrme en el momento que introdujo la mitad de mi miembro en su boca. Además, no dejaba de acariciarme los huevos que se calentaban en la palma de su mano. Era una deliciosa tortura, a medida que Keni ganaba confianza, mi sexo incrementaba la profundidad, hasta que lo logró, me encajó completamente en él.

—Eso es, guapo, me estás dando mucho placer ¿sabes? —gruñí, cuando en esa posición hizo como si tragara— ¡Joder, Keni, eso ha sido brutal! No lo hagas si no quieres que acabe corriéndome en tu garganta, cuando esté a punto te avisaré para que me saques y acabar fuera. No te preocupes, estoy limpio, no tengo ninguna enfermedad que pueda contagiarte —aseguré, pero él no respondió, siguió con su cometido, como si no me hubiera oído, cada vez que su nariz tocaba mi pubis, el tragaba, y yo apenas podía aguantar, el ritmo se volvió más rápido. Keni aprendía a un ritmo enloquecedor, era muy apasionado y yo no podía más. Le tomé de la cabeza y con cuidado comencé a follarle la boca, no se quejó en las embestidas más violentas, las tomó y las acogió, estaba mostrando un control absoluto, mientras yo me había desbocado y estaba a punto de estallar —. Voy a correrme, Kenji, déjame salir —proferí. Como me tenía cogido por los glúteos, fue escucharme, percibir mi salida y enterrarse más profundamente en

mí, absorbiéndome, tragando, hasta que con ese movimiento subyugante me hizo estallar en su garganta. Me daba terror causarle otro trauma, intenté apartarme con todas mis fuerzas, sin embargo parecía anclado a mí. No pude hacer más que rezar porque aquello no ocurriera y dejarme llevar por el placer de saber que ahora mi esencia también estaba en su interior.

Cuando hube descargado completamente y el último espasmo de placer me sacudió, Keni se retiró y yo caí de rodillas frente a él. —¿E-estás bien? —le pregunté con miedo. Me sonrió con una pequeña gota brillando en la comisura de sus labios.

—Nunca había estado mejor. ¿Lo-lo hice bien? —inquirió nervioso. Una extraña alegría me inundó, cogí su rostro, lamí aquella pequeña gota y me saboreé en su boca. Nos tumbamos en el suelo besándonos hasta quedarnos sin aliento.

—Ha sido increíble —afirmé. Su cabeza descansaba sobre mi pecho y mis dedos se enredaban en su pelo.

—¿De verdad? —repitió y su pregunta sonó esperanzadora.

—No tengo ninguna necesidad de mentirte, ha sido perfecto —confirmé. Besé su cabeza y nos quedamos allí acurrucados, los ojos me pesaban y no me di cuenta de cuando el sueño me alcanzó.

8 Capítulo (Kenji)



Di un bote como un resorte, ¡Yabai, me había dormido! Me levanté apresuradamente contemplando a David que descansaba plácidamente, era hermoso, con aquellos rasgos tan cincelados. No pude evitar suspirar. Le coloqué un cojín bajo la cabeza y una sábana sobre el cuerpo, quería que estuviera cómodo después de lo que acabábamos de compartir, ni se inmutó y siguió durmiendo plácidamente. Me puse la camiseta y salí sin hacer ruido.

Miré el reloj, en cinco minutos sonaría el despertador, corrí hasta llegar al bungalow y entré sigilosamente, intentando que nadie se percatara del tiempo que llevaba fuera. Para mi sorpresa cuando entré en la habitación Kayene ya estaba despierto y me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde estabas? —inquirió. «Piensa, Kenji, piensa», la falta de sueño me nublaba el pensamiento.

—Salí a correr —respondí y él soltó una carcajada.

—Y yo soy la reencarnación de Buda, te largaste a las tres de la mañana, hermanito, y no has vuelto hasta ahora, ni dando la vuelta a la isla habrías tardado tantas horas... —comentó jocosamente. «Y parecía tonto cuando lo compramos», me dije— Además, no estás sudado, aunque sí despeinado y

desprendes un extraño olor, Kayene se acercó a mí con la intención de olisquearme, me puse nervioso y le empujé.

—No tengo que darte ninguna explicación, tú tampoco me la das cuando sales a follar con tus amiguitas... —repliqué enfadado y él me miró con sorpresa.

—¿Te has pasado la noche follando? —preguntó. Técnicamente no, pero por algún motivo que desconocía una sonrisa escapó de mis labios— ¡¿No?! — exclamó mi hermano— ¡No es posible! ¡Si yo ya te había dado por perdido! ¿Con quién has follado? —demandó y me miró inquisitivamente intentando averiguarlo. Estaba claro que jamás lo haría— Espera, ya lo sé, ¿la hija de Yamamoto? —indagó y yo negué—. No claro, es demasiado joven y sus padres le han colocado un cerrojo en las bragas —comentó, caminando nervioso de un lado a otro—. ¿La hija de Izumi? —siguió con el interrogatorio y sacudí la cabeza con disgusto— Es cierto, parece más un cruce entre un león marino y una foca del ártico, ¿te has fijado en los pelos que tiene en el bigote? —dijo y solté una carcajada por lo que Kayene me miró con asombro— ¿Te has reído? ¡No me lo puedo creer! No sé a quién te has follado, pero sigue haciéndolo, parece que te hayan sacado el palo del culo —declaró y yo no pude evitar pensar en que se sentiría al alojar a David en él. Un escalofrío serpenteó en mi columna, para tensar mi entrepierna. Aquella imagen me estaba poniendo duro.

—Voy a darme una ducha —alegué. «Y fría a ser posible» añadí para mí mismo. El día de hoy iba a ser muy largo...

Tocaba hacer una excursión en moto de agua, buceo y no sé cuántas cosas más... Estaba agotado, aunque me moría de ganas por verle de nuevo.

Éramos unas treinta personas, las que íbamos a la excursión a Vilamendhoo. Durante el viaje me mantuve prudentemente alejado de David, que parecía estar fresco como una rosa. Me puse algo nervioso cuando Akiko tonteó con él, aunque estaba convencido de que mi hermana no le interesaba.

Una vez en la isla nos dividieron en grupos, en el nuestro estaban mis hermanos, Hikaru, Simón, Marta, Gio y un par de chicas más, entre ellas la foca del ártico, que decía mi hermano.

Me gustó bucear y ver los innumerables peces de colores, aunque no podía evitar contemplar a David en cuanto podía, y él hacía exactamente lo mismo, nos buscábamos bajo las aguas, cada vez que sus ojos se encontraban con los míos mi corazón latía agitado. Cuando terminamos la sesión de snorkel tocaba el paseo en moto de agua. Para mi sorpresa, Akiko dijo de ir con Hikaru, Kayene con una de las chicas, que obviamente, era la guapa. Marta con Simón y la del bigote dijo que a ella no le gustaba ir en moto que prefería quedarse en tierra, así que mi primo Gio se ofreció a hacerle compañía. Todos los astros se habían alineado para que a mí me tocara con David. Sus ojos me abrasaron cuando nos dieron la nuestra.

—Buenos días, Keni —me susurró cuando nadie nos oía, haciendo saltar mi corazón.

—Buenos días.

—Gracias por lo del cojín y la sábana, me gustó saber que te preocupas por mí —comentó y yo le lancé una sonrisa tímida.

—De nada, ¿has montado alguna vez?

—¿En qué? —inquirió y su mirada pícaro me calentó, estaba claro que no hablaba de la moto.

—¿En qué va a ser? En moto de agua —contesté. Estaba convencido que me había ruborizado. David asintió, estaba muy guapo con un bañador en color azul marino. Yo llevaba uno en tono rojo y una camiseta de manga corta negra, los tatuajes eran algo muy íntimo y solo me quedaba sin ropa si era estrictamente necesario, incluso haciendo snorkel me la dejé puesta.

—No es la primera vez que subo, pero siempre he montado detrás, de paquete — dijo remarcando la última palabra rozando mi pierna con su abultada erección. Un sudor frío recorrió mi cuerpo al imaginarla pegada a mí—. ¿Te importa conducir a ti? —preguntó y yo tragué con dificultad, ¿me agarraría por la cintura? ¿Se encajaría en mi cuerpo? Solo había un modo de averiguarlo.

—No, me importa, de hecho me encanta ir en moto.

—Perfecto, entonces, subamos —anunció. David llevaba una pequeña mochila en su espalda, no estaba seguro de qué llevaba, pero no quiso desprenderse de ella. Montamos y como imaginaba se acopló completamente en mi trasero, toda duda quedó resuelta cuando sus manos me agarraron con posesión y frotó su erección contra mí. —Arranca, Keni, y veamos qué eres capaz de hacer — comentó. Yo estaba tan encendido que aceleré saliendo precipitadamente hacia las aguas turquesas. David gritó de puro júbilo y yo reí contagiado por él.

El sol nos bañaba, el agua nos salpicaba refrescándonos a cada salto y las manos de David me encendían colándose por debajo de la camiseta. Me tenía agarrado del pecho y no dejaba de pellizcarme los pezones, estaba muy ofuscado, aceleraba una y otra vez con brusquedad. Cada vez que tiraba de ellos, mi ingle se resentía tensándose más y más.

—Mmmmm —ronroneó en mi oreja— tienes los pezones como pitones, quiero chupártelos, estoy muy caliente, Keni, me pones muy cachondo —dijo frotándose contra mi trasero.

Estaba jadeante, me mordió el cuello, estiró la goma de mi bañador y comenzó a masturbarme.

—Aaaaaahhhhhh —grité, mi vista había dejado de enfocar bien, lo veía todo borroso del placer.

—¿Sabes cuantas ganas tengo de follarte? ¿De hacerte

completamente mío, Keni? Quiero abrirte para mí, meterme en tu culo una y otra vez, quiero correrme en tu interior y que sientas que estás marcado por mí ¿Quieres que te folle, Keni? ¿Quieres saber lo que es tener mi polla alojada en ti? —preguntó sin dejar de tocarme. No podía soportarlo más, ese lenguaje medio soez, el sol, sus manos, su voz.

—Aaaaaahhhhh —vocee otra vez a punto de alcanzar el orgasmo. Pero entonces, envolvió mis huevos y los apretó.

—No guapo, no, no vas a correrte hasta que yo no lo haya hecho en tu culo, responde, Keni ¿quieres que te folle? —me interrogó de nuevo. ¿Quería? A quién pretendía engañar, no había pensado en otra cosa desde hacía horas.

—Sí —respondí tajante—, quiero, lo necesito —aseguré y él comenzó a masturbarme de nuevo.

—Muy bien, ¿ves aquel atolón de allí, el que tenemos justo en frente? —comentó y al tiempo mordisqueó el lóbulo de mi oreja.

—S-sí —contesté titubeante.

—Llévanos allí, Keni, voy a hacerte mío, vas a entregarte y te voy a follar —sentenció y no pude más que acelerar, sentía una necesidad extrema, quería hacer lo que me pedía, le necesitaba igual que respirar.

Paré el motor, no parecía que hubiera nadie allí, la vegetación era bastante espesa y el lugar extremadamente pequeño. David desmontó de un salto y me ordenó que me bajase yo también, ni me lo planteé. Nos colocamos en un lateral de la moto muertos de deseo, me tomó de la nuca empujándome hacia él y me besó con violencia. Necesitaba aquella fuerza desbordante que David ejercía sobre mí, me estaba magullando los labios, los mordía, los apresaba con fuerza y tiraba de ellos para chuparlos después, era un sentimiento primitivo el que me empujaba a someterme a él

—Eres mío, Keni —murmuró en mi boca— date la vuelta, bájate el bañador y apoya tu vientre sobre la moto, ofrécete a mí si es lo que realmente deseas —dijo y yo miré nervioso a un lado y a otro, me preocupaba que alguien nos pudiera ver. Tomó mi cabeza y la fijó hasta hallar mis pupilas reflejadas en las suyas—. Sin dudas, sin reservas, sin restricciones, decidiste entregarte a mi cuidado yo velaré por los dos ¿recuerdas? —me preguntó y yo asentí—. Ahora haz lo que te he pedido y separa las piernas —volvió a ordenarme. Me bajé el bañador mostrando mi miembro rígido, David lo miró complacido, agarró del vello de mi pubis y tiró de él arrancándome un grito, era dolor, pero también era placer—. No me molesta, pero te prefiero sin él, esta noche te rasuraré para mí —declaró y mi polla golpeó su mano, como si fuera un cachorro que buscaba la caricia de su amo—. Parece que a tu dragón le gusta la idea de raparle la melena —añadió y sentí mucho calor al pensar en él haciendo algo tan íntimo, David no tenía vello en sus partes y me encantaba como se veía, tal vez a mí también me quedara bien. Me tomó de los hombros y me volteó, apoyando mi tronco en el cálido asiento, no me había dado tiempo a quitarme el bañador, lo tenía enrollado en los pies, hice el amago de levantarlos para liberarme, pero me detuvo—. No, quiero que sientas que de algún modo te tengo atado, esa estrechez hará que no puedas abrir las piernas completamente, que es justamente lo que deseo, vamos a pasarlo muy bien, Keni —me explicó para después separar mis glúteos. Noté como me observaba, estaba seguro que miraba con fijeza mi fruncido agujero, yo lo apretaba sin saber qué esperar—. Tienes un culo muy bonito, muy apetecible —comentó, mientras pasaba un dedo arriba y abajo con sutileza y trazaba pequeños círculos directamente en mi ano. Me costaba respirar, quería saber si aquello me iba a gustar, o por el contrario me iba a doler, o a disgustar—. ¿Estás nervioso?

—Sí —afirmé cuando hurgó con mayor profundidad.

—No lo estés, necesito que te relajes para que esto sea placentero para ambos, voy a ayudarte.

David comenzó a mordisquear mis cachetes, a cada dentellada un lametazo, no podía relajarme y encima estaba terriblemente excitado. Cuando se acercó peligrosamente a mi puerta trasera y la lamió, creí que moriría, separaba mis nalgas con determinación, saboreando una y otra vez aquel sensible punto. Con los dedos índice y corazón presionaba mis posaderas de dentro hacia fuera para abrirme y facilitarle el acceso. Su tentadora lengua empujaba en mi interior para después trazar un sendero del ano al perineo, aquello era muy placentero, tanto que me tenía resollando.

Mi cabeza estaba apoyada sobre el asiento, al cual me agarraba con fuerza.

—Keni, estás muy cerrado, voy a necesitar ayuda para dilatarte bien —comentó y mis músculos se contrajeron—. Tranquilo —añadió pasando la mano por mi espalda—, tengo justo lo que necesito en mi mochila. Notarás algo frío, voy a lubricarte para que esto sea más fácil para ambos, no te muevas, lo estás haciendo genial —afirmó.

Yo tenía un millón de dudas que hacían que me planteara si aquello era una buena idea o no. Oí cómo abría la cremallera y justo después algo helado cayendo entre mis nalgas, tal y como me había advertido. Separó mi carne para que el líquido penetrara en aquella oscura gruta, adentrando sus dedos que descendieron retorciéndose en mi interior.

— Respira, Keni, eso es, siente como me abro camino, estoy expandiéndote, necesito hacerlo para que no te duela, hasta que no haya logrado meterte tres dedos con facilidad no te follaré, quiero que sea muy placentero, y solo lo será si te ablandas. Tu musculatura está muy apretada aquí dentro, ¿lo notas? —me explicó e introdujo el dedo y mi ano se contrajo— Vamos a hacer que estés más flexible y accesible para mí —dijo y llevó la mano que tenía apoyada en mi lumbar hacia mi polla. La tomó para bajar y subir la piel con determinación, yo no podía concentrarme en ambas sensaciones, así que me dejé llevar por la más placentera, olvidando aquel cuerpo extraño que empujaba en mi retaguardia—.

Eso es, muy bien ¿lo sientes? —me preguntó. Habrían transcurrido un par de minutos cuando volvió a hablarme. —Ya tienes dos de mis dedos dentro —me susurró y yo no me había dado cuenta—, vamos a por el tercero. —Sentí la presión y mi carne abriéndose para él. —¡Estás tan caliente y apretado! Me muero de ganas de enterrarme dentro —exclamó. Yo estaba jadeante, la paja me tenía humeante y David con sus dedos estaba haciendo magia—. ¿Notas el placer, Keni? Te estoy haciendo un masaje en la próstata, eso hace que tanto sientas por delante como por detrás ¿estoy en lo cierto?

—Sí —rugí, estaba al rojo vivo.

—Solo un poco más, guapo, y podré hacer lo que tanto deseamos, eso es, empuja hacia mis dedos, así, búscame —me alentó. No me había dado cuenta, era cierto, movía el culo hacia arriba, estaba muy inflamado.

—Por favor, David, te necesito, hazlo ahora, te-te quiero dentro —le rogué. Se detuvo provocador.

—¿Estás seguro? —inquirió.

—¡Sí! —clamé yo.

—¿Quieres que use condón? Estoy limpio, pero si tú quieres que...

—¡No! Quiero lo que me habías dicho, quiero que te corras dentro, quiero que me marques, que me llenes de ti —le supliqué. No veía su rostro, pero estaba casi seguro que estaba complacido.

—Muy bien, Keni, pues vamos a ello —accedió y sacó los dedos, presionó mis glúteos para darse mayor acceso, colocó la punta de su glande en mi entrada y se sumergió directamente hasta el fondo, la musculatura de mi culo cedió ante él, alojándolo por completo.

—¡Aaaaahhhh! —gritamos al unísono.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado, se había quedado quieto.

—No, por Buda, sigue, sigue y no te detengas —le pedí. David empujaba como un loco, me encantaba el hormigueante deseo que se avivaba entre mis piernas.

Era increíble, nunca había creído posible que algo me gustara tanto. David me tomó por el pelo, tirando de él para que levantara la cabeza, mientras seguía follándome. Los gruñidos roncros rebotaban en el atolón, parecíamos dos animales en pleno rito de apareamiento. ¿Podría correrme solo con eso? Estaba convencido de que sí, pues mi grueso sexo se golpeaba contra la moto mandándome latigazos de placer a cada embestida.

—David, creo que voy a correrme —le dije.

—¿Lo crees o lo sabes? —cuestionó.

—Lo sé —afirmé con rotundidad.

—¿No necesitas que te pajee?

—No, estoy a punto ¿y tú? —quise saber pues temblaba de la anticipación.

—También, Keni, vamos a correr juntos ¿te parece?

—Sí, por favor —le imploré. Estaba desenchajado por el gusto que sentía, necesitaba mi ansiada libertad.

—Vamos a ello, guapo, córrete para mí, Keni, voy a llenarte.

Nos corrimos al mismo tiempo, rugiendo de pasión. Noté como el primer chorro caliente me inundaba y mi esperma se estampaba contra la moto. Los dos gritábamos sin resuello abandonándonos al placer más absoluto.

Me había entregado a David y había sido alucinante.

9 Capítulo (Kayene)



Estaba mudo, congelado en el sitio, viendo como a mi hermano se lo follaba un tío, el *gajin*, para ser exactos. ¡*Yabai!* ¿Quién hubiera dicho que mi perfecto hermano era homo? ¿Y en qué lugar me ponía ese descubrimiento?

Estaba harto de que Kenji fuera el perfecto y yo el desastre, mi padre adoraba a Akiko por ser la pequeña y la única chica, a Kenji por ser el hijo perfecto y su

futuro heredero, y después estaba yo que era el último mono, el desastre, la oveja negra de la familia, el rebelde, el inconsciente que solo se metía en líos de los que me debían sacar. Parecía que estaba descatalogado, el mueble fuera de temporada que no le interesaba a nadie.

La chica con la que iba en la moto se había mareado y tuve que regresar a la isla, mi hermano y David estaban desaparecidos y era la hora de comer, todos andábamos buscándolos así que me ofrecí voluntario para salir a por ellos, sin embargo lo que no esperaba encontrarme era que a mi hermano se lo estaba tirando un tío. Le habían sacado el palo del culo para meterle otro, aunque pensándolo bien, tal vez es que se estaba entrenando para ese magistral momento. Estaban tan entregados que no habían oído el ruido del motor de mi moto, ahora no me quedaba más cojones que esperar a que terminaran y fingir que acababa de llegar haciéndome oír.

Por si me quedaba alguna duda al respecto de lo que había sucedido entre ellos, nada más terminar se besaron con la pasión de un par de enamorados, se asearon mutuamente en la orilla, para después tumbarse y prodigarse arrumacos. No podía creer lo que mis ojos veían, pero estaba claro que no me engañaban, la situación comenzó a caldearse de nuevo entre ellos y antes de que siguieran arranqué de nuevo la moto, le di gas y la conduje hasta la orilla.

En cuanto me planté ante ellos estaban sentados como si hubieran estado descansando y contemplando las olas, como si no hubieran estado jugando al teto.

—Hola —les saludé— ¿todo bien? —pregunté. David seguía con su sonrisa franca, pero mi inexpresivo hermano le costaba disimular que algo sucedía. Tenía los labios hinchados y enrojecidos. Mi venganza comenzaba a fraguarse a fuego lento.

—Em, sí, Kayene, paramos a descansar —respondió solícito David.

—¿Y tú estás bien, Kenji? Tienes la cara enrojecida y los labios hinchados, es como si te hubieran estado besando muchas horas —

comenté mordaz. Su cara era un poema, aunque intentara ocultarlo.

—Es una reacción alérgica —repuso David con agilidad—. Cogí un par de ostras y nos las comimos, creo que le han hecho reacción —me explicó. Yo enarqué la ceja. «¿Una ostra? En todo caso una buena cigala es lo que le había causado reacción».

—Comer lo que no se conoce puede resultar un peligro, tal vez deberíamos ir al médico a que le echara un vistazo, no vaya a ser que la ostra se le indigeste y vaya a mayores.

—No hace falta —contestó seco mi hermano— será mejor que regresemos, seguro que descansando se me pasa —añadió. Su moto estaba al lado de la mía y en cuanto se levantó le vi andar con incomodidad.

—¿En el culo también te ha afectado la ostra? Parece que te haya picado una medusa en el ojete por tu manera de andar —apostillé. Me estaba divirtiendo de lo lindo. Su espalda se tensó.

—Llevo mucho rato sentado, se me habrá dormido la pierna —adujo, sin embargo ni siquiera me miró, de pronto me percaté de que en la moto había una mancha blanquecina y goteante.

—¿Qué es eso? —pregunté desmontando de la mía.

—Crema solar, se me cayó un poco.

—Pues yo necesito —dije e hice el amago de ir a cogerla, aunque no iba a tocar esa espesa corrida. Kenji se adelantó, tomándola entre sus dedos y aplicándosela por toda la cara. «¡Menudo ascazo!», casi no aguantaba la risa.

—Lo siento, yo también la necesitaba —expuso y le miré con disgusto, como si

me molestara lo que acababa de hacer, cuando en realidad me estaba muriendo de las ganas de carcajearme en su cara. Ya le estaba bien, ahora llevaba un lifting natural que le pondría la cara más tiesa que la polla. Incluso David tenía los ojos abiertos ante lo que acababa de hacer.

—Bueno, será mejor que regresemos, unos chicos que iban en Kayak me dijeron que tuviera cuidado, que habían oído unos rugidos salvajes saliendo de aquí, igual hay alguna fiera entre la espesa vegetación, ¿vosotros oísteis algo? — comenté. David me miraba divertido, como si le hubiera pillado la gracia a la situación.

—Lo único que hemos oído es a un muchacho muy listo y muy vivo que no deja de parlotear. Monta en tu moto Kayene y regresemos para comer, no sea que la bestia peluda venga a por ti —repuso David. Me dio la sensación que me había pillado, tanto como yo a ellos. Ninguno de los dos dijimos nada más y regresamos a la isla.

Tenía un arma de destrucción masiva en mis manos y debía pensar qué iba a hacer con ella, estaba claro que mi hermano no quería que supiéramos que era gay. Tal vez pudiera usar eso en mi favor.

Tokio, cuatro años después.

Estaba tumbado en el suelo con aquel cabrón pisándome el gaznate.

—Te lo advertí, Watanabe, con mi jefe no se juega, si hubieras mantenido la polla en la bragueta, todo hubiera ido bien, pero como comprenderás, a mi jefe no le ha hecho gracia que te hayas follado a su novia después de desplumarle jugando a las cartas —me explicó aquel maldito matón del tres al cuarto que me estaba asfixiando.

Eso me pasaba por beber y no ser precavido, me había pillado con la guardia baja, mientras me follaba a aquella preciosidad. Tenía razón, no había sido muy inteligente por mi parte estar en el mismo hotel donde se alojaban ellos y que encima pertenecía a Fujioka. Sin embargo ya estaba hecho. Candy, que así se hacía llamar la novia de Arashi Fujioka, no había dejado de provocarme durante toda la noche. Todo comenzó como un juego, me estuvo tentando durante toda la partida de cartas, intentando desconcentrarme con su profundo escote, deslizado los tirantes descuidadamente para mostrarme un sonrosado pezón o incitándome con su mirada felina, no obstante de nada le sirvió, por explosiva que fuera, cuando estaba en una timba de póker, mi atención se centraba en el juego y nada ni nadie lograba perturbar mi mente o mi concentración. Cuando terminé con un buen fajo de yenes en el bolsillo, me retiré habiendo dejado sin liquidez a Fujioka, pero quería más, siempre quería más, así que cuando Candy se disculpó para ir al baño la seguí, la empujé contra la puerta para besarla, calentarla y dejarla sin aliento, no contento con eso me llevé a la dulce Candy a la suite donde me alojaba, para comerme su delicioso caramelito y follarla a gusto.

¿Cómo iba a imaginar que el maldito cabrón de su novio tenía una cámara en la habitación y que me iba a pillar en pleno orgasmo? Bueno, él no, dos de sus hombres. Los muy hijos de puta esperaron el momento preciso en el que me estaba corriendo para echarse encima de mí. Candy salió asustada y a mí me llovió una somanta de hostias, aunque a ellos también. Con toda seguridad tenía el labio partido, notaba el sabor metálico de la sangre inundando mi boca. No tenía demasiadas opciones para desembarazarme de ese par, pero no me iba a rendir, lo iba a lograr sí o sí. Me dirigí al que me pisaba el cuello.

—Dile a tu jefe que si para intentar ganarme necesita poner a una mujer de señuelo para una piraña, era lo mínimo que le podía ocurrir —le escupí, el matón me presionó la tráquea con más fuerza, apenas me quedaba aire, necesitaba relajarme y pensar, cosa que no había hecho hasta el momento o sino no estaría

en esa situación.

—Pues lo que te va a ocurrir a ti, guaperas, es que por muy Watanabe que seas vas a acabar en el fondo del río, como la piraña que eres, pero en vez de vivo y coleando, lo harás con los pies por delante —dijo con retintín. No tenía demasiado tiempo, el oxígeno se me estaba agotando a marchas forzadas y el otro capullo estaba sentado encima de mí inmovilizándome. Por suerte al que me pisaba la nuez le sonó el teléfono. El tono del padrino resonó en la habitación, «menudo capullo», pensé—. Sujétalo, es el jefe, quiere hablar conmigo —comentó. El otro hombre con cara de pocos amigos asintió, tenía una oportunidad. El tipo estaba medio agachado encima de mí, era ahora o nunca. Tomé impulso, le di un cabezazo para dejarlo aturdido y de paso le rompí la nariz, comenzó a sangrar profusamente, era como un cerdo en el matadero. No contento con eso, golpeé con fuerza sus zonas nobles dejándolo inútil. El del teléfono no se lo esperaba, acudió con rapidez, soltando el aparato en vistas de que era el siguiente—. ¡Detente! —me gritó antes de que le embistiera con todas mis fuerzas, era más alto y más ancho que yo, un auténtico muro, pero no contaba que incluso estando ebrio, yo tenía mucha más técnica, habilidad y había peleado con tipos más duros que él, así lo corroboraba la cicatriz que cruzaba mi ceja partiéndola en dos. Ahora no iba a pillarme desprevenido, no me iba a detener ni en broma, cuando entraba en el modo asesino a sueldo me cegaba por completo.

Me lancé con rapidez usando la robustez de su cuerpo para coger impulso y realizar una proyección que lo lanzó contra el suelo. Allí me senté sobre su pecho dispuesto a partirle el cuello, un movimiento sería suficiente. La puerta de la habitación se abrió con violencia y antes de que se lo pudiera crujir, alguien me agarró por detrás bloqueándome. Solo había una persona capaz de agarrarme de ese modo.

—Suéltalo de inmediato, Kayene —escuché. «¡Mierda! ¿Qué hacía Kenji

aquí?». Su voz cortante, lejos de calmarme me encendía todavía más.

—Suéltame tú, este cabrón ha estado a punto de matarme.

—¿A caso no lo merecías? Si tuvieras la polla quieta y mantuvieras la cabeza fría no pasarían este tipo de cosas —soltó tajante—. Haz el favor de vestirte, Kayene, ya me he disculpado en tu nombre con Fujioka, venir a su casa para dejarle sin blanca y tirarte a su mujer no es plato de buen gusto para nadie —me regañó. Yo me levanté de un salto zafándome del agarre e intenté empujarle, pero Kenji me esquivó y acabé estampándome contra el mueble del televisor—. Déjalo ya, Kayene, y no hagas más el ridículo —me ordenó. Sus palabras afiladas estaban destinadas a hacerme daño, lo sabía y también sabía que no iba a sacar nada de esa situación.

—¿Te crees un superhéroe? No te necesitaba, ¿me oyes? Lo tenía todo controlado, yo no tengo la culpa de que Fujioka no sepa complacer a una mujer, además, si no quiere que se la folle otro debería dejar de salir con putas —dije gritando para que me oyera alto y claro a través de los micrófonos que seguramente tendría instalados. Tomé mi ropa, le empujé con el hombro para abrirme paso y me vestí saliendo de la habitación, pasaba de estar ni un segundo más con mi hermano.

Fuera, dos de nuestros hombres me esperaban, Kimura agitó la cabeza en señal de negación, mientras yo me limpiaba el labio.

—¿Has sido tú, verdad? —le pregunté fijando la mirada sobre él— Tú le has dicho que estaba aquí.

—No hizo falta, el señor Fujioka llamó a su hermano, para negociar por el agravio —me contestó. «¡Yabai!»

Estaba harto, necesitaba espacio, la sombra de mi hermano era como el árbol que te impide ver la cima. No me detuve ni cuando le oí gritar mi nombre, tomé la

moto y conduje como un loco hasta llegar a casa. Una vez allí, Kenji no se hizo esperar, entró en tromba en mi habitación, nuestro padre no estaba pues había salido a controlar un par de negocios en el norte del país, así que estábamos solos en casa. Akiko llevaba cuatro años fuera, viviendo su aventura de supermodelo tras su fracaso sentimental.

Lo cierto es que mi hermanita la lio parda cuando se acostó con Hikaru Fukuda, en la fiesta de compromiso de este. Finalmente sí se comprometió, pero con mi hermana y no con Ilke. Fue obligado a casarse con ella tras arrebatárle la virginidad, y eso que él no sabía de quién se trataba o por lo menos eso dijo en aquel momento. Ese matrimonio no le dio la felicidad de un buen esposo, sin embargo sí le aportó la libertad para largarse de Tokio y hacer lo que le vino en gana, la admiraba por ello.

Mi hermanito había seguido la estela de nuestro padre con la precisión de un reloj suizo, nunca le conté que lo vi en aquella isla, tampoco estaba seguro de qué debía decirle, o tan siquiera de que lo que había visto fuera algo más que pura experimentación... Sabía que algunos hombres habían tonteado con el mismo sexo, no era algo que me escandalizara, yo mismo había realizado algún trío, aunque nunca me había seducido la idea de que me dieran como a él, era una frontera que no me apetecía traspasar. Tal vez Kenji fuera más abierto de lo que imaginaba y tenía una vida sexual más loca que la mía con todo lo estirado que parecía.

Nunca más vi al *gajin* de David, sabía que se había hecho muy amigo de mi hermana y que le había ayudado a abrirse paso en la moda, pero nada más. Estaba claro que lo que fuera que tuvo con Kenji, había sido puntual.

Mi hermano estaba a escasos metros de mí.

—¿Sabes lo que nos ha supuesto tu locura para qué no acabaras siendo comida para peces? —me espetó.

—¡Lárgate! ¿Quieres? —dije quitándome la camiseta, me importaba una mierda lo que me dijera, necesitaba una ducha de agua caliente.

—¡No pienso largarme hasta que me digas por qué no dejas de meterte en líos, estoy harto de salvarte el culo a la menor ocasión! —me gritó.

—¿Salvarme a mí el culo? Mejor sálvate el tuyo no vayamos a tener cualquier día un disgusto con lo que te metes en él —le solté. El rictus de Kenji se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? Tienes menos futuro de *kumichō* que un enfermo de párkinson robando en una cristalería.

—Claro, porque tú lo harías mucho mejor que yo, ¿no? El rey de las apuestas, las noches de sexo desenfrenado y las drogas.

—Eso fue una tontería, una etapa en la que estuve experimentando —aduje Kenji resopló.

—¿Estar enganchado a la cocaína se le llama experimentar? Que yo sepa tuvimos que ingresarte unos meses —respondió. Estaba llegando al límite.

—A unos nos va meternos rayas y a otros pollas, las tonterías y las malas decisiones en esta familia están a la orden del día, ¿no crees hermanito? —contesté con despecho. Aquella escena seguía atravesándose por mi mente.

—¿C-cómo dices? —inquirió desenchajado. Y a mí la cabeza me iba a estallar, si no quería soltar algo de lo que me pudiera arrepentir mejor sería que le obligara a irse.

—Será mejor que te vayas, no he tenido una buena noche y no hago más que decir tonterías, eso no es nuevo para ti —traté de zanjar la discusión. Podía estar celoso de él, pero al fin y al cabo era mi hermano, no le odiaba.

—Solo espero que este tipo de incidentes no vuelvan a suceder, céntrate Kayene,

hay un puesto para ti como mi mano derecha —adujo. ¿Trataba de convencerme? Lo tenía crudo, yo ya había tomado un camino, uno sin retorno hacia el lado más oscuro y no pensaba salir de él.

—Dirás como tu brazo ejecutor —solté por lo bajo. Había hecho cosas que no me gustaban, no para mi hermano, pero sí para otros, quería abrirme camino por mis propios medios y eso había hecho que me metiera en asuntos poco recomendables, granjeándome unos cuantos enemigos. No importaba, iba a formar mi propia Yakuza y para ello debía forjarme un nombre y una reputación, no ser conocido como el hermano de Kenji Watanabe.

—De eso nada, he dicho como mi mano derecha —volvió a decir y se acercó a mí—. Eres bueno con los números, casi tanto como yo, además eres observador y un gran estratega, si canalizaras bien tu energía en vez de dedicarla a lo que no debes, podríamos hacer grandes cosas juntos.

—Déjalo Kenji, de verdad, necesito un respiro. Tal vez mañana vea las cosas de otro modo —declaré. Sabía que en el fondo mi hermano quería ayudarme, era el odio hacia lo que él representaba lo que me impedía avanzar hacia la luz, la oscuridad es lo que mi alma anhelaba. Mi alma estaba condenada, siempre sería su sombra, el segundón, el hermano del medio, el paria que todo lo hacía mal.

—Está bien, descansa —dijo resignado, después salió de mi habitación cerrando la puerta y dejándome a solas con mis demonios.

10 Capítulo (Kayene)



¿Cuándo caí en aquella vorágine? Apenas lo recuerdo. Mis años en la universidad fueron una locura, quise quedarme en el colegio mayor del campus y vivir la vida universitaria, mi padre no se negó, al fin y al cabo, estaba estudiando finanzas. Como decía Kenji los números se me daban bien y dedicarse al blanqueo de capital necesitaba buenos gestores y economistas.

En fin, que como las mates eran lo mío, apenas estudiaba, para mí no suponían un esfuerzo, me pasaba el día de fiesta en fiesta y de cama en cama, y aún así, sacaba buenas notas. Era muy fácil ligar con aquellas chicas ávidas de un tío bueno con dinero, porque no nos engañemos, si algo tenía era que estaba muy bueno.

Mi punto macarra y el hoyuelo de la mejilla derecha, que se marcaba al sonreír, siempre me había ayudado a colarme bajo cualquier falda, por estrecha que fuera. Quedaban pocas chicas que no hubieran pasado por mi cama y las que quedaban era, o bien porque no me interesaban o porque la falda era demasiado estrecha. Había una en concreto que además de estrecha tenía el cierre atascado,

parecía forjada de hierro en vez de algodón, y esa falda tenía nombre propio: Katsumi Ishiguro.

Éramos compañeros de clase en algunas asignaturas, la chica era un bombón de lima-limón, dulce por fuera y ácida por dentro, con ese aire de institutriz remilgada que hacía que te rechinaran los dientes, y que sin embargo a mí, me daba ganas de arrancarle la ropa con la boca. Siempre tan correcta, tan discreta, con esa piel de porcelana y esa melena negra que le llegaba a media espalda, definitivamente, Katsumi me volvía loco. En toda la carrera no me había mirado fuera de lo estrictamente necesario, y no había sido porque no intentara que lo hiciera, incluso llegué a acostarme con su compañera de cuarto para llamar su atención y tirármela a ella. Pero ni mostrándome como Buda me trajo al mundo e invitándola a hacer un trío con nosotros lo logré, esa chica tenía una determinación de acero.

Era una chica de clase alta, hija de un alto cargo del gobierno, el ministro de finanzas, no había una chica más recatada a quien me apeteciera tanto clavarle mi espada. Lejos de ahuyentarme, me ponía tremendamente cachondo, era una especie de reto y a mí me encantaba el juego. No podía dejar de imaginarla encima de mí completamente desnuda, cabalgándome desatada presa de la pasión.

De momento había sido misión imposible, pero un buen jugador de cartas sabe que ha de esperar la jugada maestra, yo buscaba una escalera de color que me hiciera escalar hasta sus bragas para hacer full de ases entre sus piernas.

Todavía recuerdo aquel día, en medio de un atasco, cometiendo la mayor locura que jamás había hecho por una chica. Era lunes, habían pasado las vacaciones de verano e iba de regreso a la universidad, estaba en el último año de carrera, un último esfuerzo y todo terminaba. Había salido justo de tiempo y me encontré en pleno embotellamiento, por suerte iba montado en mi nueva Kawasaki Ninja H2

R, era un lujo de moto, sus sorprendentes trescientos diez caballos de potencia le permitían volar raso a trescientos cuarenta kilómetros por hora. Era una moto de gran cilindrada, hecha para circuito, no matriculable, pero como en todas partes, con dinero mi padre lo había conseguido. Me la regaló cuando terminé los exámenes con una sorprendente matrícula de honor. Gracias a la coca y las anfetas claro, sin embargo eso no se lo iba a decir. Me mantuve despierto noche tras noche, logrando que por un día mi padre se sintiera orgulloso de mí, no importaba que tras aquella semana de locos, me hubiera enganchado a esa mierda, si lograba por una vez que mi padre me viera me daría por satisfecho. Después de aquella semana sin dormir, caí en picado, por suerte eran vacaciones y hasta el curso que viene no debía regresar. Seguí consumiendo, forzando la máquina, participando en fiestas los fines de semana, las bacanales de sexo y alcohol eran increíbles, necesitaba tirar de las drogas para aguantar.

En una de las orgias me pasé, caí en un coma etílico y tuvieron que

llevarme al hospital, tras dar positivo en drogas mi padre no lo dudó, me ingresó en una clínica de desintoxicación el resto del verano, hasta que le aseguraron que estaba limpio de toda esa mierda. Otra medalla para el niño bonito de la casa, nuestra relación se tensó, por un momento pensé que me iba a echar de casa, había pasado todo el verano en aquella clínica para yonquis, cuando él tenía previsto que echara una mano a mi hermano en la empresa, «qué mala suerte, pobre Kenji», al parecer tuvieron que coger una alumna en prácticas, o algo así, para que me reemplazara y le echara una mano por mi culpa. Que se jodiera, ojalá le hubiera tocado la más fea y torpe de todas.

Tras el encierro tocaba regresar a la realidad, hubiera sido fácil salir del atasco colándome entre los coches, pero no lo hice, algo me detenía y sabía exactamente qué. Delante de mí había un Toyota Yaris de color rojo, con un cartel que decía “Se vende” y un número de teléfono. El corazón me dio un vuelco, estaba seguro de que se trataba de su coche y de su teléfono.

Desde mi reloj marqué el número, un dispositivo integrado en mi casco me permitía hablar con total seguridad. Sabía de quién era el auto y a quién pertenecía aquella melena negra que se agitaba nerviosa en el asiento trasero.

—*Hai* —contestó una dulce voz femenina, mi bragueta dio un brinco al reconocer a Katsumi al otro lado de la línea. Me aclaré la garganta.

—Buenos días, he visto que tiene algo en venta que me gustaría mucho comprar —comenté y su respiración se agitó.

—¿Le interesa mi coche?

—Digamos que más bien me interesa lo que hay dentro —respondí y por unos instantes temí que me colgara.

—¿Se trata de una broma? Mire, no tengo ganas de perder el tiempo, llego tarde a mi primer día de clase y no estoy de humor, así que si no se trata de algo serio me temo que le voy a colgar —me soltó. Estaba claramente alterada.

—Yo de ti no lo haría, Katsumi —aseguré. Me gustaba sentir que tenía el control.

—¿C-cómo sabe quién soy? —me preguntó y la voz le tembló ligeramente, no quería que pensara que era un acosador.

—¿Por qué no te giras y miras hacia atrás, princesa? —contesté y me levanté la visera completamente negra que me confería un anonimato absoluto. Se volteó, aunque no estaba seguro de que me reconociera.

—¿*Wa-watanabe*?

—Para ti Superman, porque si ahora mismo sales de ese cochecito y te montas detrás de mí, voy a sacarte volando hasta la uni, convirtiéndome en tu superhéroe favorito y llevándote en menos de cinco minutos ¿qué dices, princesa? —cuestioné. Otro silencio, la paciencia no era una de mis virtudes, si

es que tenía alguna—. No tengo todo el día, preciosa, así que elige, o te quedas con el pelele de tu chófer y llegas tarde o mueves tu precioso trasero y lo pegas al mío —le informé. Creí oír algo parecido a un improperio, estaba convencido que mi tono le molestaba, no estaba acostumbrada a que nadie le hablara así—. Contaré hasta tres, uno, dos... —comencé y vi que le decía algo al conductor saliendo del coche precipitadamente. ¡Joder, estaba preciosa! Llevaba un vestido de tirantes vaporoso de color melocotón que le caía justo por encima de la rodilla. Tenía una figura grácil, de curvas suaves, nada exagerado, pero a mí me parecía perfecta. Me quité el casco y se lo pasé.

—*Hai* —susurró cogiéndolo ligeramente sonrojada.

—*Hai* —respondí. «Recupérate o parecerás un idiota» me regañé—, ahora entiendo porqué te ha costado tanto venir a mí, además de tener que mover doscientos seis huesos, seiscientos cincuenta músculos y cincuenta billones de células, le has de sumar esos kilos que has cogido durante el verano y que han hecho que ya no parezcas un palo —le dije con una sonrisa socarrona, ella me miró ofendida—. Tranquila, no me mires así, era un cumplido. A veces eres tan siesa que me pensaba que guardabas la escoba en el culo como medio de transporte, aunque está claro que lo haces por si te quedas sin coche ¿no? —comenté socarrón. Me miró horrorizada, iba de mal en peor, ir de gracioso no me funcionaba con ella, normalmente las chicas se reían y coqueteaban conmigo, con Katsumi no funcionaba, parecía al borde de lanzarme el casco a la cabeza—. Es broma, lo de la escoba y lo de los kilos, no sé qué trauma tenéis las mujeres con engordar, con lo que me gusta coger a mí una buena curva —alegué y ella puso los ojos en blanco—. Anda, ponte el casco y súbete —le pedí pues estaba claro que solo iba a hablar yo—, aunque vas a deberme un favor y me lo pienso cobrar.

—¿Vas a llevarme o me monto otra vez en el coche? No estoy para aguantar tus tonterías, tener gases y aguantárselos solo lleva a tener ideas de mierda que es lo

único que has soltado hasta ahora —me replicó. Cuando se dio cuenta de que había estallado y de lo que había dicho, se llevó las manos con horror a la boca. Yo solté una carcajada, esa Katsumi era toda una sorpresa—. Disculpa, no pretendía, no sé qué me ocurrió, yo... —intentó disculparse, apreté el hoyuelo y sus ojos se desviaron hacia él.

—No te preocupes, me lo merecía, vamos, señorita, monte en su corcel y agárrese fuerte que sino no llegaremos ni mañana —respondí restándole importancia. Se puso el casco y se subió detrás mía, di un brusco acelerón para obligarla a que se apretara contra mí con fuerza, cuando sentí su pelvis encajándose contra mi trasero y sus manos apresándome como si la vida le fuera en ello, una fuerte sacudida me recorrió todo el cuerpo.

Me metí entre los coches como un salvaje, acelerando todo lo que pude para llevarla a tiempo, como le había prometido, por una vez iba a convertirme en el salvador de alguien y no en su verdugo. Cumplí con mi promesa y reduje los cinco minutos a tres, pero menudos tres minutos, tenía la bragueta a punto de estallar contemplando aquellos muslos blancos pegados a mis tejanos. Los imaginaba rodeándome le cintura para dejar que bombeara entre ellos una y otra vez.

En cuanto me detuve en el aparcamiento, pensé que Katsumi saldría huyendo despavorida, pero no fue así. Me bajé el primero para ayudarla, tomarla de la cintura, pegarla a mí y quitarle el casco con delicadeza. Bajo él, no había una mirada de terror, sino un brillo de pícaro emoción.

—Ha sido increíble —susurró arrebolada. «Tú sí que eres increíble», pensé para mí.

—¿Te ha gustado? —indagué y le sonreí con mi demoledora curva de ataque, ella desvió los ojos hacia el hoyuelo, ese era mi señuelo, nunca fallaba.

—Mucho, mis padres nunca hubieran permitido que montara, tuve que rogarle al

guardaespaldas y contarle con quién iba para que me dejara.

—¿Le dijiste que ibas a venir conmigo? —pregunté esperanzado.

—No exactamente —comenzó a decir. Se había puesto algo nerviosa, unía las dos manos por encima de su falda—, le dije que eras tu hermano —añadió e hizo una pausa como si no supiera cómo continuar—, su reputación le precede y a ti la tuya —terminó bajando el tono de voz para lanzar aquella acusación que me estalló en pleno rostro.

—Entiendo —dije separándome de ella como si abrasara, para disimular miré el reloj—. Creo que llegas tarde, será mejor que te marches no vaya a influirte con mi mala compañía —comenté sarcástico. Katsumi levantó la mirada preocupada, dándose cuenta de lo que había dicho sin pronunciarlo.

—Yo... no quería... Es que él es tan responsable y tú tan... —tartamudeó pues no se le ocurría qué decir y aquello todavía me hundió más, ¿pero cómo pretendía ser bueno para ella si para nadie lo era?— Tú eres tú —terminó sentenciando. Ahí estaba, me había enjuiciado y condenado, no digo que no lo mereciera, sin embargo me molestó, me fastidió que todo el mundo me prejuzgara sin molestarse en intentar conocerme. Estaba claro que para los demás era pura fachada y que mi interior era tan negro como mi exterior. Nadie se preocupaba en conocerme, me lanzaban al cesto de los parias sin contemplaciones, sin darme una oportunidad. ¡Estupendo! Yo tampoco se la pensaba dar a ellos.

—Tranquila, en el fondo es la verdad, no me debes nada Katsumi, vuelve a tu cuento de hadas lleno de príncipes y princesas, que el dragón se larga a otra parte, si sabes lo que te conviene te mantendrás alejada de mí, porque a las buenas chicas como tú me las meriendo —solté y ella me miró con temor, hacía bien—. Busca un caballero como mi hermano y aléjate de los cabrones que solo te quieren para que seas comida de dragones.

Me había herido, pero no quería mostrárselo, otra vez Kenji tenía que pasarme la mano por delante, incluso sin estar presente.

Cogí el casco, me monté en la moto y desaparecí, después de eso no tenía ganas de cruzármela en clase. Iría a emborracharme y a pasar un buen rato en algún club. Allí las chicas no me menospreciaban, me deseaban. Ahogaría las penas entre unos buenos melones. Las princesas no estaban hechas para los dragones.

11 Capítulo (Katsumi)



Deslicé los dedos por las frías teclas de marfil, incluso aquel momento que para mí debía ser liberador, me resultaba encorsetado. Desde los cuatro años, mi padre había decidido que debía asistir a clases de piano, compró el mejor, un Steinway Grand serie D en color blanco, se decía que ser propietario de un Steinway era una declaración de intenciones, una forma de filosofía y de ver la

vida donde solo lo mejor es aceptable; estaba claro que para mi padre era así. Lo instaló en el salón principal de nuestra gran casa, dándole la notoriedad que merecía aquella pieza de valor incuestionable.

Según mi padre, con él amenizaría las veladas que organizaba con altos cargos del país, la música era una disciplina perfecta para las mujeres y nuestro carácter delicado. Mi padre tenía muy claro cómo debía ser una mujer, sobretodo, las de su familia.

Jamás me negué a nada, sabía cuál era mi cometido y lo que se esperaba de mí, era una buena hija y vivía para ser el orgullo de mi familia, aunque a veces me costara refrenar a mis demonios interiores. Había aprendido con el paso de los años a contener mis contestaciones, a mi madre le costó muchísimo atarme la lengua en corto, pero finalmente aprendí, Kat, como así me gustaba llamar a mi yo contestón, estaba guardada en mi interior a buen recaudo, a veces mantenía conversaciones con ella, Katsumi la obediente y Kat la rebelde, a falta de hermanos, una buena pelea entre mis dos personalidades era lo mejor, lo más liberador a lo que podía aspirar.

Mi padre era el ministro de economía de Japón, un hombre con fuertes raíces que seguía los principios del confucianismo más extremo, algunos lo hacían desarraigado, pero él pertenecía a un club secreto en el que los hombres más radicales y con mayor poder seguían con esta ideología que parecía extinguida. Se hacían llamar *Shinjitsu*, es decir, “la verdad”, pues para ellos no había nada más verdadero que regirse por el código *Onna-daigaku*. Aquel código milenario, para muchos machista y retrógrado, establecía para la mujer tres caminos de obediencia ciega: al padre si eres soltera, al marido si estás casada y a los hijos varones si eres viuda. Es decir, obediencia perpetua, hasta la muerte. Además, justificaba la expulsión de la esposa del seno familiar por siete razones: desobedecer a los suegros, ser estéril, ser habladora, robar, cometer actos lujuriosos, tener envidia o padecer una enfermedad incurable. Por ello, intentaba ser más bien tímida, poco habladora y obviamente virgen, aunque Kat me tentaba una y otra vez con imágenes de chicos guapos como Kayene Watanabe.

Era mirarle y echarme a

temblar como una hoja, sacudía a Kayene de mi mente regresando a mi padre.

Volviendo a mi padre, era un hombre más bien parco y autoritario, con una moral muy alta que me recordaba día tras día, por lo menos así era en casa, de puertas a fuera, era mucho más moderado. Decía que un adecuado político ha de ser un buen estratega y en política no vendía ser radical, los tiempos estaban cambiando y él debía fingir que lo hacía con ellos. Una de sus representaciones magistrales era yo misma, me había matriculado en la universidad y estaba a punto de terminar la carrera, una que nunca llegaría a ejercer, estaba claro que mi futuro era el mismo que el de mi madre, que no era otro salvo ser la perfecta esposa del hombre que mi padre escogiera para mí. Estudiaba en la universidad porque el ministro de finanzas debía apoyar la figura de la mujer en la universidad como futuro tejido productor del país, no hubiera estado bien que él dijera que la mujer no servía para trabajar y que su lugar era detrás de su marido cuidando del hogar.

Además de mi carrera, tenía otras actividades siempre supervisadas por él, me apuntaba a todo lo que, bajo su criterio, una buena japonesa debía conocer, arte, poesía, música, danza y literatura eran las materias adicionales que formaban parte de la educación como mujer que debía recibir. Por suerte, no eran actividades que me desagradaran, disfrutaba del arte en todas sus vertientes, aunque muchas veces mi mente viajaba a occidente, a aquellas mujeres fuertes que veía en las películas con capacidad de decidir sobre sus vidas. Lo hacía con añoranza y mucha resignación. De nada me servía discutir con Kat de lo que realmente me hubiera gustado para

mí, debía conformarme y aguardar con esperanza que mi futuro esposo fuera agradable y menos radical que mi padre. Si fuera así, focalizaría todo mi esfuerzo en poder educar a mis hijas con una visión muy distinta a la que me habían sometido a mí. Me sentía como el cuento del pájaro en la jaula de oro, tenía todas mis necesidades cubiertas, pero al fin y al cabo, era una jaula y lo que yo ansiaba en mi fuero íntimo era volar.

Otra de las fabulosas ideas de mi padre fue que durante el verano hiciera prácticas en una de las empresas de la familia Watanabe. Allí fue donde conocí a Kenji, yo iba a clase con el buenorro de Kayene «¡Cállate Kat!», no tenía muy claro por qué, pero cada vez que pensaba en él, mi otro yo aparecía con fuerza, yo lo refrenaba, pues sabía que no me convenía. Cada vez que sus ojos negros me miraban mi respiración se agitaba y no podía evitar empapar mis braguitas, era una tortura, así que lo evitaba ignorándolo. Kayene era guapo como el pecado y se comportaba como un demonio, supongo que por eso activaba a Kat. Hacía que un extraño hormigueo se instalara en mi bajo vientre y me hiciera pensar en cómo sería ser una de sus chicas, en que me besara a mí, no a ellas y me hiciera las cosas que le vi hacer en una ocasión.

Un día que regresaba de mi clase de piano a la residencia y le pillé en plena faena con mi compañera de cuarto. Los dos estaban desnudos, él la empujaba por detrás clavándose en ella una y otra vez, mientras ella jadeaba con cara de placer absoluto. Nunca había visto un hombre desnudo y mucho menos uno que me hiciera temblar de la cabeza a los pies. En cuanto se percató de que estaba allí, salió del interior de mi amiga y se puso en pie, con aquella cosa grande y larga apuntándome, no pude evitar mirársela, era muy grande y brillante. «¿Qué se sentiría? A mi compañera parecía gustarle mucho lo que le estaba haciendo». El muy descarado se plantó delante de mí y me dijo: —Cobro por mirar, si te quedas te tocará participar, así que, o te desnudas y te unes a la fiesta o te largas por dónde has venido.

Obviamente no acepté y me marché corriendo para refugiarme en la habitación de mis otras amigas, no les dije nada de lo que había visto u ocurrido, pero esa noche no pude evitar acariciarme pensando en él. Sobre todo, después de que mi compañera me refregara lo buen amante que era y lo bien que lo había pasado con él. Yo reservaba esa parte para mi marido, la lujuria no podía formar parte de mi vida, lo decía el código. Cuando alguna vez me había acariciado, nunca había llegado al llamado orgasmo, me sentía mal y algo en mi interior me impedía que

lo alcanzara, me bloqueaba, me ponía nerviosa, empezaba a sudar y tenía que detenerme. Suponía que me ocurría por aquellos pensamientos que tenía implantados desde pequeña en el cerebro. «Una lobotomía es lo que te hace falta» «¡Cállate, Kat!», «Cuando te hayan casado con el hermano gemelo del presidente de Corea del norte, te echarás las manos a la cabeza por no haberle dado zanahoria al conejo con el guaperas de Watanabe» Resoplé, me daba muchísimo miedo el hombre que elegiría mi padre para mí, esperaba que por lo menos no fuera muy desagradable a la vista, estaba claro que mi marido querría mantener relaciones íntimas conmigo y yo debería acatarlo. Esperaba no sufrir demasiado o como Kat decía, me arrepentiría toda la vida de no haber aceptado la proposición de Kayene.

Estaba ilusionada con la llegada del verano, al finalizar el curso debía hacer prácticas para la carrera, sería lo más cerca que estaría del mercado laboral. Mi padre llegó a un acuerdo con el señor Watanabe para que las realizara en una de sus empresas, era uno de los empresarios más importantes de todo Japón y mi padre tenía algunos tratos con él. En concreto iría a una sucursal de Watanabe Enterprises S.L., que dirigía su hijo mayor.

El primer día estaba nerviosa, pero poco a poco fui ganándome la confianza de Kenji, era fácil hablar con él, los dos lo hacíamos en la misma sintonía. Me extrañó no coincidir ningún día con Kayene, temblaba ante la posibilidad de encontrarme con él en los pasillos, pero las semanas pasaron y no había rastro de él, así que le pregunté a Kenji por mi compañero de clase... o sea, su hermano. Me explicó que él apenas aparecía por las oficinas y con rapidez pasó a otro tema, di por hecho que no quería hablar de Kayene y me limité al trabajo. Fueron unas de las mejores vacaciones de mi vida, pues al lado de Kenji me sentía realizada como mujer. El mayor de los Watanabe también era guapo, aunque no tanto como Kayene, tenía un rictus adusto que me recordaba al de mi padre, aunque no tuvieran nada que ver. Raramente le había visto esbozar una sonrisa, era serio, responsable, profesional y distante, no tenía aquella picardía embaucadora que agitaba mi mundo interior. Aunque debía reconocerlo, nos

llevábamos bien, éramos muy parecidos, compartíamos aficiones y se nos daba bien trabajar juntos, me lo ponía todo muy fácil, formábamos un buen equipo.

Con el dinero que gané mi padre me animó a cambiar de coche, era mi primer sueldo y estaba bien que lo invirtiera en algo que

necesitara, cuando me saqué el carné me compró uno de segunda mano para mostrar que era un hombre preocupado y no derrochador, la intención de ahora era que el pueblo viera que su hija había ganado dinero trabajando y que lo invertía comprando un auto nacional para reforzar la economía del país. Todo estaba calculado para él. Me hizo poner un cartel en el coche con un número de teléfono prepago, obviamente no iba a dar el número de su hija a todo Japón. Se trataba de ganar credibilidad y apoyos. “El ministro Ishiguro enseña a su hija el valor del dinero” “La hija de Ishiguro vende su coche para comprar otro con el dinero ahorrado durante el verano...” Seguramente aquellos serían algunos de los titulares. Era como un teatro de sombras chinescas en el que cada uno debía interpretar su papel. Lo que jamás imaginé es que Kayene llamaría a ese número en pleno atasco y que yo fuera capaz, por una vez, de degustar la libertad aunque solo durara tres minutos. Me sentí viva, vibré agarrada a su fibrado cuerpo recorriendo las calles de Tokio a toda velocidad. El corazón me palpitaba enloquecido, lleno de una energía desconocida para mí.

Cuando aparcó delante del campus quería que el tiempo dejara de existir, que se congelara y me dejara saborear aquella sensación unos instantes más. Pero estaba claro que nada detiene al tiempo, ahí estaba mi realidad y Kayene Watanabe no formaba parte de ella, era mejor alejarle y con ello la tentación que suponía para mí. «¿Estás loca?», me preguntaba Kat. «Tírate a sus brazos y déjale que te haga

vivir por una vez». Era incapaz de hacer eso, le seguí la conversación sin demasiado acierto y lo único que logré con los nervios fue ofenderle.

Tras aquel día me ignoró el resto del curso, seguramente era mejor así. Seguí quedando con Kenji, habíamos descubierto muchas aficiones en común y nos gustaba pasar tiempo juntos. Me invitaba de vez en cuando a ver una exposición,

a ir a un concierto de música clásica, al ballet o simplemente a cenar. Una noche cuando me acompañó a la puerta de casa, fijó sus ojos negros sobre los míos y me besó. No pensaba que Kenji sintiera algo semejante por mí, no había notado ni un ligero coqueteo o algo que me indicara que le gustaba de algún modo. «¿Entonces por qué pensabas que te invitaba a una exposición, al ballet o a cenar? ¡Está claro que ese tío te quiere follarse!» «Pero yo creía que éramos amigos», le reprendí a Kat, mientras Kenji seguía besándome. Le dejé hacer, nunca me habían besado y quería saber qué se sentía. Fue agradable, no noté esas mariposas que describen en los libros, pero tampoco estuvo mal, fue suave, tierno y muy dulce, en ningún momento intentó propasarse o meterme la lengua en la boca como había visto en las películas. Después, me besó en la frente y se marchó sin decir más. No estaba segura de qué había supuesto aquel beso entre nosotros, hasta que Kenji, su padre y los míos nos reunieron en casa para cenar. Parecía una cena informal, sin embargo nada más lejos de la realidad.

—Hija —dijo mi padre cuando habíamos llegado al postre—, el señor Watanabe y yo, hemos observado que la amistad entre Kenji y tú ha ido creciendo a lo largo de estos meses —comentó. El hijo mayor de Watanabe me miraba y yo me sonrojé, pues recordaba alguno de los besos que me había dado como despedida al finalizar nuestras últimas salidas—. ¿Es así?

—Sí, padre —respondí comedida.

—A tu madre y a mí nos complacería mucho una unión con la familia Watanabe, y ya que parece que ha nacido algo más que una amistad entre los dos, hemos decidido que deis un paso más para que nuestras familias se unan —declaró. Yo estaba mirando la servilleta que movía nerviosa entre mis dedos cuando mi padre me llamó la atención para que le mirara al rostro—. Creemos que una boda sería lo más acertado y llenaría de dicha a ambas familias, así que estaría bien que os comprometierais. Ya tienes veintiún años y debes pensar en tu futuro como mujer —añadió. Según las creencias de mi padre si llegabas a los veinticinco sin estar casada ya no eras una buena mujer japonesa. Sabía que mi futuro estaba

decidido, que aquel era un mero formalismo y que seguramente habría llegado a un provechoso trato con Watanabe para realizar aquella unión, pues mi padre sabía el poder que suponía esa familia en Japón—. ¿Estás de acuerdo? —insistió. Lejos de lo que pudiera parecer mi padre no me estaba formulando ninguna pregunta, me estaba informando de que Kenji iba a ser mi marido.

—*Hai* —respondí por lo menos no iba a casarme con un mutante—.

Vuestra felicidad es la mía y si creéis en nosotros como marido y mujer os complaceré aceptando vuestra decisión —terminé diciendo. Supe que era la respuesta que todos esperaban oír cuando asintieron. Brindamos y después nos dejaron un rato a solas en el jardín.

—¿Estás bien? —me preguntó mi prometido mientras paseábamos.

—Sí, solo un poco nerviosa, no esperaba prometerme tan pronto —declaré y él asintió, se paró en seco frente a mí y me acarició el rostro, pocas veces me tocaba, sin embargo esta era una caricia destinada a sosegarme.

—Seré un buen esposo Katsumi, tú y yo somos iguales, hemos crecido bajo los códigos de nuestras familias, dispuestos a seguir con sus principios, a ser lo que ellos esperan que seamos, cumplir con nuestro deber y hacerlo con honor —aseguró. Si cerraba los ojos podía imaginar que en lugar de Kenji estaba con Kayene, era lo único que tenían igual, la voz.

—Lo-lo sé —afirmé temblando ligeramente.

—¿Entonces, ves bien que nos prometamos? ¿No hay nadie que ocupe tu tierno corazón? No me gustaría que hicieras algo de lo que pudieras arrepentirte después —indagó. La imagen de su hermano sobrevoló mi mente, pero rápidamente la rehusé lanzándola fuera. «¿Qué opinaría Kayene de que fuera a convertirme en su cuñada?». ¿Acaso importaba? La decisión ya estaba tomada y Kenji iba a ser mi marido.

—Lo veo bien, Kenji —aseguré y él me sonrió condescendiente.

—Muy bien entonces, les diremos a nuestros padres que fijen la fecha, no deberás preocuparte por nada Katsumi, yo cuidaré de ti como ha hecho tu padre todos estos años e igual que ha hecho con tu madre —declaró. Con aquella frase y el posterior beso que Kenji me dio, sentenció mi destino. Una gruesa losa cayó sobre mí dejándome apenas sin aire, era la tapa de un ataúd pues iban a enterrarme en vida. ¡Iba a tener la misma relación que mis padres! Eso acababa de decir, estaba convencida de que el ahogo que sentía no era felicidad, debía sentirme feliz, ¿no?

—¿Podré ayudarte en la empresa? —pregunté con un hilo de voz, el torció el cuello para contemplarme, era mucho más alto que yo tanto que apenas le llegaba al pecho.

—Podemos hablarlo, aunque tu padre ya me ha explicado que te gusta más ocuparte de la casa y de los niños, no hace falta que te esfuerces, yo trabajaré por los dos para darte la vida que mereces —me explicó. Bajó a mis labios y los besó como siempre hacía.

Los ojos me escocían, aunque sabía que mi destino siempre había sido ese, no estaba preparada para ello. Iba a ser una sombra, relegada siempre a las órdenes de mi esposo, a caminar detrás pegada a sus zapatos y nunca a su lado. Le esperaba en casa a que regresara después del trabajo con la cena lista y los niños acostados. Iba ser relegada a ser su pájaro de jaula dorada, condenado a mirar la libertad entre caros barrotes. Esa iba a ser mi vida y cuanto antes lo aceptara mejor para todos.

En cuanto entramos en el salón, nuestros padres nos informaron de las fechas que habían escogido, en unas semanas haríamos oficial el compromiso durante una comida familiar, después daríamos un comunicado a los medios y finalmente dentro de seis meses sería su mujer.

Kenji iba a ser mi marido y yo iba a dejar de ser Katsumi Ishiguro para

convertirme en Katsumi Watanabe, borrar mi apellido solo era el primer paso para mi perpetua invisibilidad.

12 Capítulo (David)



Tokio unas semanas después

Llevaba meses sin verle y ya no podía más, había viajado a Japón para darle un ultimátum. Estaba harto de vernos a escondidas como si fuéramos un par de delincuentes.

Cuando regresé a Barcelona después de lo sucedido en Maldivas, pensé que no le iba a ver más, pero un día de repente, sin previo aviso y meses después, le encontré parado ante la puerta de mi piso, al principio no podía creerlo. Kenji había terminado el MBA y estaba guapísimo, al parecer le había pedido a su padre pasar un mes en España para perfeccionar el idioma y de paso tomarse unas merecidas vacaciones. No pude evitar ir hacia él y devorarle la boca con desesperación, le había extrañado muchísimo, tanto que no había podido acostarme con otro tras mi llegada.

No podía dejar de pensar en él y verle en todas partes, en cada oriental que se cruzaba en mi camino, una vez casi asalto a uno de los clientes del Ran pensando que era él, menudo bochorno... Me pareció que era su voz,

tenía prohibido abrir los ojos, así que cuando le escuché cerca de mi oído y vi que se inclinaba sobre mi pecho para tomar un bocadito de sushi, le invité con sutileza a probar el rollito de cigala que tenía entre las piernas con la boca. El pobre hombre no dijo nada, se alejó de mí tras mi proposición y no comió nada más durante el resto la noche. Estaba desesperado por encontrarle tras unas palabras o un rostro de rasgos exóticos y ahora estaba allí, derritiéndose bajo mis labios.

Subimos a mi piso con premura, ni le pregunté porqué estaba aquí, era tal la desesperación de estar con él que lo primero que hice fue arrastrarle hacia arriba, sin apenas despegarme de su boca, meterle en la habitación y desnudarle para perdernos entre mis sábanas como tantas veces había imaginado. Kenji no se resistió, más bien se arrancó la ropa con ferocidad antes de que pudiera desabrocharle la camisa.

—No sabes cuantas veces te imaginé aquí, desnudo y dispuesto para mí —le dije engulléndolo con la mirada.

—Pues aquí me tienes, como me pediste, sin ropa esperando a que hagas lo que desees conmigo —respondió y su afirmación cayó directa en mi entrepierna.

Mi habitación estaba diseñada para el placer, mi piso era mi santuario y allí hacía y deshacía todo lo que me apetecía. Tenía una cama enorme, con el cabecero de hierro forjado, y cubierta con

sábanas de seda negras, me gustaba dormir desnudo envuelto en ellas. Todo tenía un sentido en mi cuarto, el cabecero no era así por

capricho, sino porque me gustaba atar a los hombres con quienes me acostaba y hoy iba a hacerlo con Kenji.

—Sube a la cama —le ordené—, te quiero a cuatro patas con los brazos extendidos hacia delante y las piernas separadas.

Los ojos le brillaron lujuriosos adelantándose a lo que iba a venir, su anhelo era

el mío, quería abrasarle de deseo para hacerle arder conmigo. Se colocó, tal y como le había pedido, me gustó comprobar que tras la última noche que habíamos pasado juntos había decidido seguir rasurándose por completo.

Fui al cajón de mi cómoda y saqué dos corbatas negras, era mi prenda fetiche para atar a mis amantes, me gustaba aquella prenda suave, masculina y resistente. Caminé hasta sus manos, pasé la primera por el cabecero y até su muñeca con firmeza un fuerte jadeo escapó de su boca presioné el nudo contra la piel. Le acaricié el cuerpo, deleitándome con su tacto a medida que avanzaba hacia el otro extremo, Kenji reaccionó estirándose como un gato en celo.

—Eso es, guapo, me gusta que estés tan cachondo —le dije, él tenía la carne erizada y los tatuajes se movían llenándome de lujuria. Tensé la segunda corbata inmovilizándole, dejándole a expensas de lo que quisiera hacerle—. Me encanta verte así, pero todavía no he terminado contigo, quiero que estés completamente indefenso, que sientas mi poder sobre el tuyo. Voy a tener autoridad completa sobre

ti y sabes que seré capaz de anticiparme a tus deseos y a tus necesidades, que voy a darte justo lo que requieres en cada momento. ¿Quieres sentirte así, Keni?

—Sí, por favor —respondió y transmitía urgencia, podía ver cuán empalmado estaba, la punta de su rígido miembro se frotaba contra

las sábanas mojándolas de deseo.

—Bien —comenté. Fui al arcón de los juguetes y saqué una barra separadora, la até a sus tobillos para que no pudiera cerrar las piernas de ningún modo, ofreciéndome unas hermosas vistas de su apretado trasero que pronto lo abriría para mí. Tras colocársela le di un fuerte cachete que resonó en la habitación. Kenji gruñó con fuerza, mientras contemplaba mis dedos marcados en su carne —. ¿Te ha gustado, Keni?

—S-sí —susurró. Estaba convencido de ello. Di otro golpe contundente en la

otra nalga haciéndole resollar de nuevo.

—Esto es por no despedirte de mí como debiste, no me gustó no poder follarte tu culo la última noche —dije.

El compromiso de Ilke fue prácticamente una pesadilla, todo se complicó e hizo que no pudiéramos terminar lo que comenzamos.

Puse mi boca sobre las nalgadas para reseguir el contorno con mi lengua, Kenji gimió y yo le solté un cachetazo todavía más fuerte en el glúteo libre. Su carne elástica restallaba, me picaba la palma y a él debía sucederle lo mismo, tras calmarlo con mi saliva, volví al arcón,

tomé un plug anal que todavía no había estrenado y me moría por probar. Eran como tres esferas unidas entre sí, de más pequeña a más grande, la última tenía un tamaño considerable, ideal para que Kenji se abriera en todo su esplendor. Cogí el bote de lubricante y un flogger de finas tiras de cuero. Me puse justo detrás, su espalda estaba tensa, expectante, deseaba lo que iba a suceder, podía oler su deseo. Lancé un chorro de lubricante en su hendidura, provocando que se contrajera, unté el dilatador y lo presenté en aquella boquita fruncida que me miraba descarada, quería arrasarlo por completo.

Tracé círculos a la par que empujaba con suavidad, penetrándole sosegadamente, mientras manejaba el flogger con destreza sobre las hermosas marcas rojas que le había dejado avivando su intensidad y su color.

—Aaaaaaahhhhhh —sollozaba. Aquel sonido entre quejido y placer era un trance hipnótico que me llevaba a empujarle al siguiente estado, la intensidad de las acometidas iba in crescendo, junto con las lamidas de las cintas y los gritos de placer.

¡Flop! Había entrado la segunda bola, el agujero la constreñía sin piedad, tenía el trasero completamente sonrosado, tal y como a mí me gustaba, en aquel estado la piel estaba muy sensible y receptiva, era el momento de cambiar de lugar.

Pasé el flogger entre sus piernas, acariciando con la empuñadura el camino que separaba el plug y sus testículos, sabía que Kenji era muy sensible en aquel punto y que su excitación crecía por momentos. El agujero de su trasero se abría pidiendo más, aunque al ser un trasero joven y sin experiencia, el anillo de músculos que formaba el recto era estrecho, necesitaba su tiempo para habituarse.

Agarré el mango y cuando menos se lo esperaba lancé las tiras hacia arriba golpeándole los huevos. Con la otra mano rotaba la empuñadura del dilatador empujando hacia adentro.

—Aaaaaaaahhhhhhhh —gritó de placer de manera muy intensa, faltaba muy poco para insertar el dilatador del todo por lo que comencé a sacudirle con golpes cortos y certeros, hasta que el trasero absorbió la bola por entero y Kenji entró en una vorágine de sensaciones, temblaba como una hoja—. Mas, más, por favor, David, necesito más, más fuerte, más profundo, más, más, máaaaaaaahhhhhhhhh —gritaba.

Una fuerte sacudida me avisó de lo que iba a acontecer, yo estaba más que listo, la falta de actividad sexual y la entrega de Kenji me habían puesto al límite. Solté el flogger, le quité el tapón anal y me situé tras él bajándome los pantalones y los calzoncillos, no era momento de comedirse, necesitaba penetrarle sin contemplaciones. Al sentir el calor de mi polla chilló enloquecido, le agarré la suya y le masturbé con fuerza, la misma que usaba en cada embestida hasta

que ambos estallamos desesperados. Kenji terminó sobre mis sábanas y yo en su trasero, lejos de salir de su interior me quedé allí durante unos minutos abrazando su cuerpo con el mío, besando aquel mar de tinta que tanto había extrañado.

—Hola, Keni —le dije en un susurro, hasta ese momento no me había dado cuenta que ni siquiera le había saludado.

—Hola, David, te echaba de menos —contestó. Aquellas simples palabras me llegaron al alma, nada me había llenado de tanto gozo como sentir que a Kenji le sucedía lo mismo que a mí.

—Y yo, japo, y yo —repetí apartándome con cuidado.

Le liberé de los agarres y me tumbé en la cama junto a él para hacerle el amor como se merecía, adorando cada rincón de su cuerpo y marcándolo como mío. El tiempo que estuviera iba a vivirlo intensamente.

Un mes pasó Kenji en Barcelona y fue muy intenso. Yo trabajaba de día y le amaba de noche. Además, hicimos muchísimas cosas juntos, le llevé a locales de ambiente donde disfrutó más de lo que esperaba, al ser tan exótico los chicos se le ofrecían continuamente y tuve que espantar a unos cuantos, mientras Keni me miraba divertido.

Kenji experimentó la libertad, los paseos de la mano viendo la puesta de sol en Sitges, besarnos como dos enamorados sin que nadie nos reprendiera por ello, ir a ver una peli y ponernos en las butacas de la última fila para terminar haciéndonos una mamada mutuamente. Tuvimos experiencias sexuales muy variadas, quise regalarle a Kenji momentos que atesorar, que se llevara experiencias únicas como tener sexo en el cuarto oscuro de una discoteca, a la vez que distintos cuerpos nos tocaban y acariciaban. Él había venido a mí para experimentar, a saciar su curiosidad, y yo estaba deseando mostrarle un mundo nuevo en el que ser feliz.

Cada día me esperaba fuera del trabajo y juntos disfrutábamos como una pareja más, le costó entender y aceptar a qué me dedicaba en el salón, aunque no podía exigirme nada, nosotros no teníamos una relación de pareja y aunque así hubiera sido, yo tenía muy claro que nadie iba a coartar mi libertad.

Un día me preguntó por mis sueños de futuro cuando caminábamos por uno de los barrios más caros de Barcelona.

—Pues me gustaría tener mi propio negocio, abrir aquí mi local y no tener que ser yo quien diera los masajes, sino tener un grupo de trabajadores que lo hicieran por mí. Tengo muy claro qué necesitan las mujeres y sé cómo dárselo. Estoy convencido de que me forraría —aseguré y él sonrió.

—Te veo muy seguro de ti mismo —comentó. Lo atrapé contra la pared, mientras le besaba y frotaba mi paquete contra el suyo.

—¿Acaso dudas de mis habilidades? —dije lamiéndole el labio y él me devolvió la afrenta besándome. Por detrás pasaban dos treintañeras y una comentó en alto:

—Si él duda de tus habilidades ¿por qué no pruebas conmigo? O mejor aún, tal vez os podría enseñar a ambos las mías —declaró. Kenji se puso rojo, yo enarqué una ceja girándome hacia las chicas que tenían pinta de trabajar en alguna oficina cercana. Llevaban ropa cara y una manicura que mostraba que no pasaban por apuros económicos, mi mente comenzó a funcionar, ante mí tenía dos clientas potenciales.

—O tal vez os gustaría caer en mis manos en el salón de estética donde trabajo y que os dispensara uno de mis trabajos especiales —respondí. Me miraban relamiéndose.

—¿Y dónde dices que trabajas? —preguntó una. Saqué la cartera y les extendí una tarjeta.

—Pedid hora con David el jardinero milagroso —comenté con mi mejor sonrisa, ellas me miraron divertidas—. Hago arreglos a vuestro jardín dándoos mucho gustirrinín, os aseguro que no os arrepentiréis, ninguna de mis clientas lo hace —afirmé, mientras les guiñaba un ojo a ambas que soltaron una sonrisita.

—¿Y si os queremos a los dos? —soltó la morena que había ofrecido sus

habilidades.

—Creo que mi amigo es más de carne, en cambio a mí me gusta la variedad, un poco de carne y un poco de pescado.

—Pues llamaré para que me hagas un buen fondeado —contestó pasando su lengua por el labio inferior. Kenji resopló a mi espalda.

—Llama y pide hora, no te decepcionaré, preciosa —aseveré y ella asintió.

—Ten por seguro que lo haré, estoy deseando tenerte entre mis piernas —alegó. La chica ya no se cortaba, era una descarada de cuidado.

—Te espero —dije y alzando la mano me despedí, entendieron la indirecta y se marcharon, cuando me giré para mirar a Kenji parecía enfadado—. ¿Te ocurre algo? —le pregunté y él se cruzó de brazos.

—¿Te parece bien lo que acabas de hacer? —inquirió y yo me encogí.

—Coquetear forma parte de mi trabajo, soy como un mago, creo ilusiones, situaciones que ellas creen reales y ellas las pagan.

—Claro, porque ahora me dirás que no haces cosas íntimas con ellas —bufó y yo me encogí de hombros.

—Es un juego, japo mío, las hago disfrutar con las manos, ellas lo pasan bien y yo cobro una pasta. ¿Cuál es el problema? —demandé. Estaba verdaderamente molesto, lo veía por la posición agresiva de su cuerpo, parecía un perro a punto de atacar, nunca le había visto de aquel modo.

—¡Te prostituyes! —gritó dejándome lívido. Un señor que pasaba por detrás se nos quedó mirando, mientras Kenji respiraba agitado.

—Haz el favor de calmarte, ¿quieres? —le pedí tomándole del brazo con fuerza

y él se soltó.

—¿Es que ves lógico lo que haces? ¿Te parece bien? —me interrogó. Aquello se nos estaba yendo de madre.

—Un momento Keni, creo que no te debo ninguna, pero ninguna explicación al respecto —comencé pues tenía que dejarle las cosas claras—. Tú y yo no somos nada ni vamos a serlo jamás —le aclaré, sentía ser tan rotundo, sin embargo no iba a ilusionarme con un

imposible, tal vez necesitara un baño de realidad—. Tú no eres libre, además no eres muy distinto a ellas, has venido aquí para

usarme y luego regresar a tu país ¿o acaso vas a hacer otra cosa? ¿Piensas quedarte y que juguemos a las casitas? —cuestioné mirándole fijamente y él apartó la mirada, yo resoplé resignado. Ya me costaba lo suficiente controlar mis sentimientos hacia él, para que encima me echara cosas en cara. Él era quien no apostaba por nosotros, se largaría y yo seguiría con mi vida, no podía pensar en si le hacía daño o no con mis decisiones, porque al fin y al cabo él tenía tomadas las suyas. Le tomé el rostro para que me mirara de nuevo intentando suavizar la situación—. Mírame, Keni, no puedes exigirme nada cuando tú tampoco me lo ofreces, además no pretendas que mienta jugando a ser alguien que no soy, no me van los subterfugios, yo no soy el que tiene miedo a mostrarse al mundo tal y como soy, así que no me pidas que me comporte de un modo distinto o que renuncie a lo que hago porque a ti no te parece bien —expuse. Sabía que no le gustaba lo que estaba oyendo, pero me daba igual, si su opción personal era agachar la cabeza y esconderla como las avestruces, la mía era mostrarme como los pavos reales, nadie iba a hacer que me ocultara en la sombra y mucho menos que me disfrazara de algo que no era—. Igual a ti te han educado de ese modo, pero no a mí. Soy libre Kenji, libre de tomar mis propias decisiones, de estar con quien quiero, como quiero y hacer lo que me venga en gana —sentenció. Él se apartó de mí de malas maneras.

—Si quieres prostituirte pues adelante, como tú dices, puedes hacer lo que te venga en gana, no somos nada —me espetó y aquello me dolió.

—Exacto, eso define perfectamente lo nuestro —solté. Hablaba desde el resquemor, que me confirmara que lo nuestro era simple

sexo no era plato de buen gusto para mí, aunque lo tuviera claro—. No eres mi padre, ni mi novio, ni nadie que pueda decidir sobre quién soy o a qué me dedico. En primer lugar porque no lo toleraría, ni a ti ni a nadie. Como te he dicho no eres mucho mejor que ellas, ¿o acaso no has venido a España a por mis servicios? —le pregunté sarcástico. Sus ojos se pusieron en visión túnel, apretaba los puños y resoplaba continuamente intentando controlar el temperamento que pugnaba por estallar.

—¡*Yabai!* —exclamó dando media vuelta y largándose. No me moví, necesitaba calmarme, estaba tan enfadado o más que él. No iba a tolerar que nadie gobernara mi vida, era mayorcito para saber qué debía hacer, el problema era suyo y no mío si no lo asumía.

Si esperaba que fuera tras él se equivocaba de lleno, no le detuve, tenía dinero y las llaves de casa, así que le dieran viento fresco, a ver si se le aclaraban las ideas de esa cabeza cuadriculada. Me molestó enfadarme con él por una tontería, sobretodo porque al día siguiente salía su avión, el que le llevaría de regreso a su mundo, a su realidad, donde yo pintaba menos que nada.

Di una vuelta solo, pasé por casa de Laura y tomé algo con ella, necesitaba despejarme, pensar. Lo que le sucediera a Kenji no podía afectarme de aquel modo, sobretodo porque si una cosa estaba clara es que no era para mí. Un par de horas más tarde regresé al piso, estaba más tranquilo, necesitaba aclarar el tema con Kenji, me sabía mal que las cosas terminaran así entre nosotros. Para mi sorpresa estaba vacío, no había rastro ni

de él, ni de sus cosas, lo único que quedaba en la mesa del salón era un cheque con más dinero del que había visto jamás. Al lado una nota donde ponía:

“Gracias por tus servicios, aquí tienes tus honorarios por un mes”

Estuve tentado a romper en mil pedazos aquel cheque por lo que insinuaba, pero no era persona de tomar decisiones en caliente, sin embargo esa noche salí y follé, follé como nunca lo había hecho, no me importó con cuántos hombres o mujeres me acosté aquella noche, necesitaba expulsar la ira que me corroía las entrañas tras aquella afirmación. Me sentía frustrado por lo que acababa de ocurrir. Me sentía herido, utilizado y sobretodo abandonado. Al día siguiente tomé una determinación, tal vez para Kenji había sido un puto y por lo tanto me merecía aquellos honorarios, ese dinero iba a hacer que cumpliera mi sueño y no iba a renunciar a él.

Ya que había decidido a no apostar por nosotros, yo había decidido apostar por mí.

13 Capítulo (Kenji)



Juro que intenté olvidarle. Regresé a Japón con una herida sangrante en el pecho que se negaba a cicatrizar. Odié lo que le dije a David, odié lo que le escribí en aquel papel y me alegré de que no devolviera mi dinero al ver que aquella cifra se descontaba de mi cuenta bancaria, sabía que seguramente no sería suficiente para taponar el daño que le había infringido, pero por lo menos me hacía sentir menos culpable imaginando que usaba el dinero para cumplir su sueño.

De algún modo necesitaba expiar mis demonios, aquellos que me acosaban a cada instante recordándome lo intransigente que había sido con él. David me había abierto las puertas de su mundo sin reservas y yo le había fallado a la mínima de cambio. Me sentí celoso, esa era la realidad, por mucho que intentara disfrazarla. Que absurdo, ¿cómo podía sentir celos de algo que jamás sería mío? Él estaba mucho mejor sin mí, sin alguien con tantos miedos y obligaciones que no iba a poder darle jamás una relación normal.

Mi día a día se convirtió en rutina, no había un solo día en que no le extrañara o

en el que no pensara en él y los momentos tan dulces que habíamos vivido juntos. Le necesitaba con una fuerza abrumadora, por mucho que intentaba hacerme a la idea que era un imposible, mi barco se negaba a llevarme a otro puerto que no fuera el suyo, me sentía perdido, sin timón y abocado a la deriva para estamparme contra las rocas por renunciar a él. Una absurda congoja se dedicaba a constreñir mi pecho por las noches despertándome, empapando de frío sudor las sábanas. Me odiaba y me maldecía por amarle y ser incapaz de luchar por ello, era un cobarde pues no solo engañaba a mi familia y a mis amigos, sino que también me engañaba a mí mismo. Era una auténtica vergüenza.

La única verdad, la única cosa que era cierta en mi vida era que me había enamorado irremediabilmente de él y que no podía hacer nada para cambiar la situación. Viviría con aquel amor imposible hasta el fin de mis días, rememorando aquel mes como el más feliz de mis días.

Pasaron seis meses hasta que supe algo de él, mi hermana Akiko me escribió un mail desde Estados Unidos, ella y David estaban participando en un desfile, al parecer Akiko se marchaba al día siguiente a la semana de la moda en París, mientras David volaba a Hawái para una sesión de fotos para un catálogo de bañadores, que le harían permanecer en la isla todo el fin de semana. El corazón volvía a agitarse en mi pecho, bombeaba fuertemente cada vez que mi hermana pronunciaba su nombre, era una señal, era mi oportunidad de disculparme con él y no pensaba desaprovecharla, así que me interesé por ella, para que no sospechara le metí un rollo que había escuchado que habría un temporal en Hawái y le pregunté dónde era la sesión de fotos de David. La pobre me dijo que no habían oído nada, que la sesión era justo delante del hotel donde se hospedaría David, el Four Seasons Maui, en Wailea.

Ya tenía el lugar, ahora solo necesitaba la estrategia. Le dije a mi padre que necesitaba tomarme unos días de descanso, estaba trabajando tan duro en la

empresa que no se pudo negar. Reservé una suite con jardín privado, iba a echar toda la carne en el asador para recibir su perdón. Compré un montón de juguetes de esos que le chiflaban a David y tomé el avión privado de mi familia para ir a la isla. No iba a arriesgarme a que me pararan en pleno aeropuerto con la maleta llena de dilatadores, dildos y demás artilugios.

En mi cabeza fui fraguando el plan para que cayera rendido en mis brazos. Estaba nervioso como un colegial

El aterrizaje en el aeropuerto de Kahului fue perfecto. Una limusina me estaba esperando para llevarme al hotel. El hotel se encontraba cuatro minutos a pie de la playa, desprendía lujo y fastuosidad por los cuatro costados, integrándose sorprendentemente bien con la vegetación del entorno, tenía unos hermosos jardines que rodeaban las tres piscinas y tres restaurantes de cocina variada. Me recibieron con un cóctel de bienvenida que estaba delicioso y el botones llevó la maleta a la habitación. Simplemente era perfecta, sumamente amplia y decorada en tonos beige que contrastaban con elementos en color turquesa, rememorando el tono azul de sus aguas.

Había escogido aquella habitación por tres razones, tenía un hermoso jardín privado, una bañera redonda para cuatro personas situada al lado de la cama que era de madera clara con cuatro postes macizos que subían hasta el techo. Lo tenía todo calculado.

Pedí que no me molestaran para poder preparar con tranquilidad todo lo necesario, después escribí una nota y la dejé en un sobre en recepción a su nombre, junto con una tarjeta de la puerta de mi habitación. Esperaba que con aquello fuera suficiente, era pronto todavía y necesitaba verle.

La amable recepcionista me informó en qué lugar se realizaba la sesión de fotos pues me hice pasar por uno de los asesores del equipo de la sesión, por lo que me creyó y no me costó demasiado sonsacarle la información. Me escondí entre la

maleza como un burdo espía para verle de lejos, estaba increíblemente guapo. El tiempo que había estado alejado de mí le había sentado de maravilla, estaba más moreno y musculado, sus perfectos dientes blancos brillaban, mientras posaba junto a otros hombres y mujeres.

Me puse celoso cuando uno de los chicos le pellizcó el trasero y le mordió el cuello sugerentemente. Tenía claro que David no era un monje y seguramente se habría estado acostando con otros, aunque a mí me hubiera sido imposible, sin embargo es que yo estaba enamorado de él.

Jugaron en el agua de un modo muy sugerente, me estaba poniendo enfermo ante la escena.

—¡Chicos! Cambio de bañador, rápido —gritó uno de los estilistas, ni cortos ni perezosos agarraron los bañadores y vinieron corriendo hacia donde yo estaba, me encogí al máximo para que no me vieran.

Los dos se desnudaron, el otro modelo era muy guapo, tenía los rasgos más suaves, y aspecto de surfero pues llevaba el pelo largo y los ojos claros. Cuando David iba a vestirse aprovechó y se acercó a él, frotando su entrepierna contra la de David, ni corto ni perezoso se puso a comerle la boca arrinconándolo contra un cocotero. Me dieron ganas de salir del escondite y lanzarme a por él.

—Vamos, Gorka... Para, que nos están esperando —se quejó David apartándolo ligeramente.

—No me digas que no te da morbo saber que están todos ahí esperándonos, y nosotros comiéndonos la boca, me encantaría que me follaras ahora mismo —comentó el tal Gorka y David sonrió.

—Eso lo puedo hacer más tarde, ahora tenemos trabajo —respondió David. «¿Más tarde? ¿Se lo estaba tirando? ¿Y qué esperabas?», me reprendí a mí mismo sabiendo que no iba a esperarme eternamente.

—¿Entonces por qué me estás tocando la polla? —inquirió y David le miró extrañado.

—Yo no te estoy tocando la polla —dijo y los tres miramos hacia la entrepierna del modelo que soltó un alarido gigante. Tenía un enorme cangrejo en las pelotas agitando las pinzas como loco—. ¡No te muevas joder! —chilló David exaltado —¡He visto ese bicho en un reportaje de la tele, es un cangrejo de los cocoteros capaz de cortarte los huevos por entero! —le informó.

Gorka dio un salto y sin hacerle caso salió a la carrera, hacia el equipo. Agitaba las manos igual que una damisela en apuros, mientras el bicho seguía amarrado en su entrepierna, justo cuando llegó hasta ellos y en vista que lo de la carrera no había surtido efecto, le atizó un golpe al cangrejo que salió despedido por los aires cayendo sobre la cabeza de uno de los directores de la sesión. La cosa se fue de madre, el hombre no sabía muy bien que pasaba solo oyó el griterío y la gente señalando su cabeza. Dio un manotazo a ciegas y el pobre cangrejo, que estaba agarrado a su pelo cual jinete del apocalipsis, salió despedido hacia atrás llevándose el setenta por ciento del peluquín. ¡Madre mía, aquello parecía la tapa de un inodoro abierta mostrando calva blanca y reluciente que contrastaba con el moreno aguerrido de la cara!

Todos comenzaron a reír y el hombre a ponerse de color rojo bogavante, fue tal su bochorno e indignación que se puso a gritar enloquecido dando por finalizada la sesión, no quería a nadie allí y mandó a todo el mundo de regreso al hotel.

David había salido de entre la maleza con el bañador puesto y reía por lo bajo ante la escena, rápidamente fue al lado de Gorka que estaba completamente abochornado. Verles tan bien y tan cercanos me dolió. Estaba tan alterado por todo lo que había visto que no pensé en nada más que no fuera en volver a mi cuarto, reculé sin ser visto y regresé a la habitación.

Había sido un necio, David había rehecho su vida y yo venía a fastidiársela,

estaba claro que le gustaba ese modelo, y lo entendía, el chico era muy guapo. Él había conseguido pasar página, mientras yo me estancaba en el pasado, me sentía fatal sin saber qué hacer o cómo actuar.

Me daría un baño, recogería las cosas y después me largaría, no importaba el número de horas que tuviera que volar para regresar a Tokio, en aquel momento todo me daba lo mismo. Llené la bañera y me desnudé, necesitaba purificar mi alma como fuera, que el agua se lo llevara todo, cerré los ojos por un momento e intenté imaginar cómo sería la vida si pudiera ser libre con David. Estaba tan agotado que me dormí, me desperté con un ruido a mis espaldas que me sobresaltó al darme la vuelta, allí estaba, era él que me miraba fijamente, con las aletas de la nariz dilatadas como si le costara trabajo respirar.

—¿Qué significa esto Kenji? —dijo lanzando la nota sobre mi cama— ¿Qué narices haces aquí? —preguntó. Ahora no podía quedarme en blanco, tenía que reaccionar y por su cara hacerlo más que bien para no cagarla .

—He venido a disculparme —respondí y él se cruzó de brazos.

—Dime algo que no hayas escrito en ese absurdo papel. ¿Es por el dinero? ¿Has venido a que te devuelva lo que me pagaste por mis servicios? — cuestionó. Me costó tragar, aquellas palabras que le escribí se me atoraban en la garganta.

—Estuve muy desacertado en aquella ocasión, aunque me alegro que aceptaras el dinero, no por tus servicios, obviamente. Esperaba que lo cogieras para no sentirme tan culpable por lo que te había dicho y para que pudieras realizar tu sueño —traté de explicarle. Una risa que no alcanzó sus ojos escapó medio rota.

—Tiene gracia, los que tenéis dinero pensáis que con billetes todo se arregla y hay cosas que el dinero no cura Watanabe, la dignidad no se paga. El dinero va y vuelve pero la dignidad no se recupera. Intentaste rebajar la mía y eso, no hay dinero que lo pague, lárgate por dónde has venido Kenji —me espetó. Fue a

marcharse y yo me levanté.

—¡Espera! —le pedí y salí de la bañera sin nada más que una lluvia de gotas que corrían por mi piel, sabía que lo que decía era cierto, había pisoteado su dignidad y no había nada más importante para un hombre que conservarla intacta. Me miró y lo vi, fue un instante, algo fugaz, sin embargo aquella chispa que se prendió por un segundo en el marrón de su mirada fue suficiente para alentarme a seguir—. Me equivoqué David, fui un imbécil, un idiota y un necio, no supe gestionar las emociones que sentí, fui más insensible que una piedra, me volví loco de celos por aquellas mujeres, pensando en que las acariciarías igual que lo hacías conmigo, porque las complacieras igual que a mí. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por ti y te juro que aunque he intentado arrancarte de mi mente y de mi corazón ha sido imposible, sigo sintiendo exactamente lo mismo que el primer día, esa extraña locura que me empuja una y otra vez hacia ti, que aunque sepa que lo nuestro es imposible, no puedo evitar desearlo con toda mi alma —declaré. Caminé hasta quedarme a un paso de él—. Te necesito David, eres el soplo de aire fresco que me alcanza tras haber respirado aire corrompido toda mi vida. Contigo puedo ser yo, sin tapujos, sin restricciones, eres la única persona que hace que la palabra felicidad cobre sentido en mi vocabulario. Sé que no puedo darte una relación normal, que no puedo ser lo que necesitas pero es que me ahogo sin ti, yo... —seguí abriéndome a él hasta que algo me pellizcó en la garganta, impidiéndome seguir hablando, sentí un calor abrasador en la mejilla que poco después alcanzó mi pecho.

Me sorprendí al ver que se trataba de una gota, una que había caído del lagrimal hacia abajo. ¿Era aquello una lágrima? Hacía siglos que no lloraba y ahora no podía parar aquel torrente que se deslizaba por mi rostro, un flujo silencioso que brotaba de mi alma, sin emitir sonido alguno. David cerró los ojos por un instante, tomó aire y al segundo siguiente le sentí en mi boca, pegándose a mi cuerpo y haciéndome gemir. Su lengua se enredaba con la mía, mientras sus dedos se anclaban en mi nuca, imponiéndome un ritmo abrasador.

No sé el rato que pasamos simplemente besándonos, rememorando el sabor del uno en los labios del otro, recordando cuanto nos gustaba pasar las horas simplemente recorriendo nuestros labios.

—Joder, ¿cómo puedes hacerme esto? —susurró contra mi boca.

—Porque no puedo vivir sin ti —declaré. David gruñó y regresó haciendo de sus besos mi codiciado hogar. Recorrió con sus manos mi húmeda espalda y apretó mis nalgas para que clavara mi erección en la suya.

—Estás muy duro Keni —comentó y yo suspiré al oír aquella palabra cariñosa que tanto había extrañado.

—Por ti —aseguré, él compuso una sonrisa torcida, le estaba empapando pero parecía no importarle.

—Lo sé —respondió. En ese momento, alguien llamó a la puerta y yo me quedé muy quieto cuando escuché que preguntaban por David. Él me miró fijamente —. No voy a engañarte, me estoy acostando con una persona, solo es sexo pero lo estoy haciendo.

—Lo sé —afirmé tembloroso—. Os vi en la playa —añadí. Si él era sincero yo también debía serlo.

—¿Y qué viste?

—Vi cómo os rozabais y cómo os besabais —le aclaré. David asintió.

—¿Y te gustó? —inquirió curioso. Yo me encogí de hombros.

—El chico es guapo, pero solo tenía ganas de arrancarle de tus brazos para ocupar su lugar —repliqué. David sonrió complacido.

—Y si te dijera que ambos podríamos complacerte, ¿qué me dirías?

—me interrogó. El corazón me dio un vuelco, no había hecho nunca ningún trío y David me estaba proponiendo justamente eso— No me ocultes lo que piensas

Keni y responde la verdad, ¿te gustaría?

—No lo sé, yo solo he estado contigo aunque no puedo negar que me da cierto morbo —respondí y David me acarició el rostro.

—Está bien, ¿sabes que yo nunca haría nada que supiera que no puedes tolerar verdad? ¿Qué puedes confiar plenamente en mí?

—Lo sé —sentencié solemne.

—Muy bien, entonces espérame aquí —me pidió. David fue a la puerta, la entreabrió y habló algo con quien estuviera al otro lado, después Gorka entró en la habitación. Estaba muy guapo con un polo salmón y unas bermudas beige. Ambos entraron recorriéndome con la mirada de un modo apreciativo, el surfero se acercó a mí sonriente.

—Hola, delicioso rollito de sushi, me llamo Gorka.

—Y yo Tiburón —contesté yo dejándolos a ambos helados, después los dos estallaron a risas y respiré tranquilo, menos mal que habían pillado el chiste...

—Tienes tu punto japo, me gustas, pero la única ballena que hay en esta habitación está entre mis piernas —proclamó. Le miré sin disimulo la entrepierna, aunque ya había visto el género y no era tan grande como David.

—Más que ballena yo creo que lo que te pasa es que la tienes llena

—comenté con un juego de palabras y volvió a sonreír.

—En cambio tú sí que tienes un buen tiburón —apreció. Mi miembro se estiró y él se relamió—. David me ha propuesto algo y quiero saber si tú estás dispuesto, a mí me gustas, ¿te gusto yo a ti? —demandó. Se quitó el polo y se bajó los pantalones quedándose desnudo, admiré su bello cuerpo, delgado y fibrado, con un buen apéndice semierecto entre las piernas.

—Sí, estás muy bien.

—Genial —dijo y se acercó un poco más a mí—, entonces vamos a jugar los tres. Seguro que vamos a pasarlo en grande.

—He traído unas cosas —comenté señalando la maleta, Gorka la tomó y la abrió sin contemplaciones—, todo es nuevo, está sin usar —añadí. Creí necesario que lo supieran. Me miró sonriente y después deslizó la vista sobre David.

—Parece que el tiburón viene preparado —manifestó sacando un vibrador negro extra grande—. ¿Qué quieres que hagamos Dave? —preguntó y a mí me molestó un poco que tuviera un mote cariñoso para David, al igual que David lo tenía conmigo, yo nunca le había puesto uno.

—De momento quiero que te estires en la cama Gorka, quiero que hagáis un sesenta y nueve y que Kenji esté a cuatro patas encima de ti, quiero su culo a mi disposición para hacer con él lo que me plazca —ordenó David. A Gorka le brillaron los ojos y se estiró en la cama con rapidez.

—Ven aquí sushi, voy a hacerte la mejor mamada de toda tu vida.

—Esa ya me la hizo David —respondí con rapidez, mientras David miraba a Gorka con cara de prepotencia.

—Está bien pues la segunda entonces, ven y sube cómo te ha ordenado el jefe, lo vamos a pasar muy bien.

14 Capítulo (David)



No puedo negar que primero me enfadé al ver la nota, sin embargo cuando le vi, le escuché y rompió a llorar, no pude más que reconocer lo mucho que le había extrañado.

Había abierto mi propio salón en Barcelona y gracias a Dios iba bastante bien, aunque de momento no lo suficiente, hacerse un nombre era un proceso arduo, para hacer frente a los costes aceptaba trabajos que me iban saliendo como modelo y que estaban bien remunerados.

En cuanto le besé supe que estaba perdido, que los intentos de olvidarle no habían surtido efecto.

Le había pedido a Gorka que me esperara fuera pues no pensaba arreglar las cosas con él, solo cantarle las cuarenta, sin embargo la realidad es que todo dio un giro inesperado y ahora me encontraba a punto de realizar un trío. Gorka era divertido y estaba bien para pasar el rato, pero nada más, era muy complaciente y sumiso, ideal para jugar con Keni sin problemas.

Cuando mi japo aceptó la propuesta no pude ponerme más contento y cuando le oí bromear casi me da un pasmo. Vale que no había sido el chiste del año, pero viniendo de él era todo un logro.

En el momento en el que vi la sorprendente maleta que se había traído auestas no pude más que sonreír, aquello era todo un arsenal, ni un asesino a sueldo iba tan bien armado, aunque estaba claro que Kenji con todo aquello solo podía matarme a polvos. ¡Allí había de todo! Era como una vendedora de Avon aunque en vez de cremas y pintalabios iba cargado de pollas de goma, vibradores y tapones anales. Me pareció muy tierno que se hubiera tomado tantas molestias, sabía perfectamente que a mí me encantaban ese tipo de juguetes.

Les ordené hacer el sesenta y nueve observando complacido cómo la idea les gustaba a ambos, Kenji ya no estaba traumatado con las felaciones y Gorka estaba deseoso de llevarse ese premio a la boca, era un chupador nato, yo en cachondeo siempre le llamaba Gor el mamador pues no le hacía ascos a un buen miembro. Gorka decía que no había hombre feo sino polla de pigmeo, mientras el tío con el que se acostara la tuviera grande no le importaba nada más.

Gorka animó a Kenji a que se pusiera sobre él, y este, tras lanzarme una última mirada lo hizo. Subió colocándose tal cual le había

pedido, a cuatro patas con el trasero abierto hacia mí, en el borde de la cama para que hiciera y deshiciera lo que se me antojara. En cuanto Gorka vio su fascinante miembro lo asió con glotonería, deseoso de encajarla hasta el fondo de su garganta, no se hizo

esperar y en cuanto le tuvo bien colocado lo engulló. Keni gruñó y respondió llevándose la del modelo a la boca. Me estaba poniendo cachondo a marchas

forzadas, contemplarles dándose placer gimiendo y moviéndose, embistiéndose mutuamente las bocas me ponía malo.

De momento solo iba a usar el lubricante, tenía muchas ganas de follármelo, aunque cogí unas cositas para después. Llegué a su trasero dispuesto a dilatarlo, primero con la lengua y después con los dedos, ambos gruñían y yo me acariciaba. Cuando le tuve bien ensalivado, dilaté el estrecho agujero con los dedos. Acaricié su punto G y Keni se tensó. Gorka lo quitó momentáneamente de su boca.

—Tiburón, sé bueno y méteme el dedo en el culo, y hazlo sin disimulo, necesito que me toques como está haciendo David contigo, dame placer —le pidió. Kenji se sacó el miembro de Gorka de la boca, para chuparse los dedos e insertarlos en Gorka que rugió —. ¡Joder, eres endemoniadamente bueno! Mmmmm, vamos listillo, amórrate y chúpame el frenillo —dijo y Kenji volvió al ataque enloqueciendo a mi amigo.

Tiré lubricante en su trasero y alojé un tercer dedo en él.

—Aaaaaahhhhh —gimió para después zamparse a Gorka sin contemplaciones.

El modelo, volvía a tener el miembro de Keni entre sus labios estirados al máximo para darle cabida, a la par que Keni se movía dentro de él. Era el momento, ambos estaban disfrutando de lo lindo, ahora me tocaba a mí. Saqué los dedos y me ensarté en él. Kenji gritó por la violencia del embate pues no fui suave, no podía serlo, lo

tomé sin contemplaciones, empujando una y otra vez acariciando los tatuajes con los que soñaba cada noche y azotando las nalgas que tanto me habían hecho sufrir. Keni a su vez no pudo evitar follar la boca de Gorka con la misma intensidad que yo utilizaba con él. Por suerte al modelo no le importaba y encajaba las estocadas con maestría.

—Cuando me haya corrido yo podréis hacerlo vosotros, no quiero que caiga nada fuera de su sitio ¿me oís? —les ordené y ambos farfullaron—. Daré eso como bueno.

Seguí montándole sin piedad, sabía que ellos ya llevaban un rato así, que debían

estar conteniéndose, mis huevos estaban muy pesados, apenas podía aguantar más hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para retrasar el momento, Kenji estaba temblando, sabía que el estado de excitación al que los estaba sometiendo era tan elevado que no podían controlar los espasmos de sus cuerpos.

—Muy bien chicos lo habéis hecho muy bien, ¿estás preparado Kenji? — pregunté y un sonido sordo que pretendía ser un sí llegó a mis oídos— Muy bien pues vamos allá.

Aumenté el ritmo hasta alcanzar el límite y me corrí. ¡Joder que bien me sentía! No paré de moverme, notando el caliente esperma envolviendo su estrechez. Era mío, mío de nuevo y se estaba rindiendo a mí. Una vez saciado seguí moviéndome en su interior, por simple morbo, me gustaba sentirle caliente y mojado, me complacía sobremanera el pensar que estaba conteniéndose por mí. Una vez estuve satisfecho y mi polla completamente relajada, tomé un consolador anal con vibrador, salí de él taponando la entrada con aquel dildo de gran tamaño y lo encendí. Tenía unas estrías que incidían justo en el punto G. Keni ya no jadeaba sino que rugía, no podría aguantar mucho más tras el intenso placer que le sacudía una y otra vez.

—Muy bien chicos, ahora os toca a vosotros ya os podéis correr —les di permiso y fue pronunciar la última palabra y el sonido del goce más primitivo estalló en la suite. Gritaban, se sacudían y tragaban, era muy bello contemplar el placer ajeno. Sus cuerpos serpenteantes dejándose llevar por la pasión animal, moviéndose una y otra vez recubiertos de una fina capa de sudor.

Cuando terminaron se quedaron muy quietos, el vibrador seguía trabajando en el trasero de mi japo y es que nos quedaba el segundo asalto.

—Levantaos —les ordené y a duras penas lograron ponerse en pie—. Me habéis complacido mucho pero no hemos terminado, Gorka, hazle una paja, le quiero duro de nuevo, esta vez va a ser su polla la que entre dentro de mí.

Tampoco habíamos hecho eso nunca, normalmente yo era el dominante, pero hoy me apetecía tenerle enterrado en mis profundidades. La noticia les sorprendió a ambos y la polla de Kenji saltó ante

mis palabras.

—Parece que la idea le gusta —dije señalándola.

—¿E-estás seguro? —preguntó dubitativo.

—¿Tengo pinta de no estarlo? —rebatí. Cogí una bala vibratoria, la embadurné de lubricante, la presenté en el trasero de Gorka y la introduje con facilidad activando el mando a distancia.

—¡Joder, esta bala es increíble, no veas cómo azota la muy hija de perra, creo que me la voy a quedar!

—Toda tuya ballena —le respondió Kenji—, no pienso usarla después de ti —aseguró. Mi amigo le sonrió y comenzó a masturbarle.

—Tienes tu punto gracioso sushi, tal vez te apetezca venir a visitarme algún día a San Sebastián, te enseñaría los tesoros ocultos del País Vasco —comentó. Aquello me puso nervioso, apreté la mandíbula, obviamente no podía decirle a Kenji que no se viera con él, pero imaginarlos juntos y sin mí no me gustó.

—Gracias por la invitación pero en caso de que aceptara siempre iría con David —afirmó y aquello hizo que me diera un fuerte tirón en el pecho.

—Por mí no hay problema, donde caben dos caben tres ¿verdad Dave? Además David y yo nos complementamos muy bien en la cama, y contigo me lo estoy pasado en grande —replicó Gorka. Me puse un poco de gel para que no me costara estar con Kenji, su tamaño era brutal. Di otra velocidad a la bala de Gorka y este gruñó con fuerza.

—Menos cháchara y más placer ¿no creéis? —dije pues no quería que Gorka molestara a Keni con lo que habíamos hecho o dejado de hacer.

—Lo que tú digas —convino el modelo.

Tomé dos clamps para los pezones y se los coloqué a Gor tras ponerlos erectos con la boca. Kenji nos miraba expectante, sabía que ese juguete también le gustaba a él, pero para Kenji opté por unos aros constrictores. Cuando tuve listo a Gorka fui a por él, presioné

sus pezones castigándolos con fuerza, Kenji me miraba con los ojos brillantes y

la boca entreabierta, sabía que le estaba complaciendo. Cuando los tuve bien tiesos le coloqué los aros y presioné hasta ajustarlos al máximo, eran como dos pequeñas cerezas, así que no pude evitar pasar la lengua por ellas momento en el que Gorka aprovechó para estimular mi esfínter.

Seguí besándolos y lamiéndolos, los dedos masajearon mi flexible ano para facilitar el acceso a Kenji. Mi japo apoyó los brazos hacia atrás elevando los pezones hacia mí, se ofrecía mientras su entrepierna crecía por segundos.

—Estás listo —me susurró Gorka al oído. Hice que Kenji se sentara en el borde de la cama y le hablé mirándole a los ojos.

—Lo vas a hacer bien y me vas a dar mucho placer, no te preocupes por nada ¿vale?

—*Hai* —respondió. Besé sus labios y me di la vuelta para acoplarme.

—Encájala en mí Keni —le pedí. Sus muslos fuertes esperaban acogerme, su enorme glándula comenzó a pujar para abrirse camino, lo hizo muy despacio, dejando que me abriera a su paso, sintiendo cada centímetro de él en mí. Fui bajando, descendiendo por el abismo de su grosor hasta encajarme por entero y sentarme sobre él.

Apoyé la cabeza en el hombro de Keni, sus pezones se apretaban contra mi espalda. Buscó mi boca con hambre, dispuesto a darse un festín con ella, me la comió con descaro, al tiempo que Gorka metía en su boca otra parte de mi anatomía. Era un placer indescriptible, ambos deleitándose al mismo tiempo, me sentía completo. Keni tomó los

duros botones de mi pecho y comenzó a retorcerlos igual que yo le hacía a él. No había un solo punto erógeno de mi cuerpo que no estuviera activo. Terminado el beso comencé a montarlo, arriba y abajo, moviéndome sin descanso sobre él, Gor la chupaba de vicio, me encantaba aquella situación llena de decadencia.

Mi japo y yo jadeábamos, Gorka succionaba con ahínco, mientras los dedos de Kenji dibujaban mi cuerpo. Placer, todo era placer, me agarré de su cuello incrementando la velocidad, me ardía el culo por su grandeza, pero el grado de goce apenas se podía soportar.

Gor se tocaba, mientras me complacía con la boca, los tres nos habíamos abandonado los unos en brazos de los otros con el único objetivo de disfrutar, envueltos en la voluptuosidad del momento.

Fui el primero en correrme, no avisé, con mi amigo no tenía por qué hacerlo, estaba habituado. Me vacié en su garganta, al tiempo que Kenji seguía llenando mi recto con su esencia, cuando Gorka me dejó completamente limpio se subió a la cama para continuar.

—Besaos, quiero correrme en vuestra boca viendo cómo os besáis, yo también quiero estar en vuestro interior —nos pidió y nosotros accedimos con gusto.

Sin salir de mi japo nos besamos con desenfreno, nuestras bocas abiertas recibieron a Gorka y nuestras lenguas le paladearon. Fue un acto muy íntimo, una vez completamente descargado, mi amigo acercó la suya a nosotros y se degustó paseando sus labios y su lengua en nuestras bocas, terminamos con un beso a tres bandas que puso fin a aquel festival del sexo.

—¡Joder ha sido brutal! —exclamó. Tras besarnos por última vez Gorka se levantó, se quitó la bala y los clamps para acto seguido meterse en el jacuzzi— ¿Me acompañáis? —preguntó. Tras un último beso con Keni, ambos aceptamos.

Pasamos la tarde los tres juntos, disfrutando abiertamente del sexo sin tapujos, cuando llegó la noche Gorka se fue a su habitación y nos quedamos solos.

—Gracias —me dijo Keni sonriente—. Ha sido indescriptible —añadió. Yo le acaricié el rostro con suavidad.

—Lo sé, has vivido tan poco —comenté. Me sentía melancólico, me daba lástima todo lo que Kenji iba a perderse por seguir siendo quien no era. Me miró fijamente.

—Los momentos que vivo contigo son suficientes para darme esperanza y afrontar la realidad, ¿puedo pedirte algo? —me

preguntó. Estábamos tumbados de nuevo en la cama y yo le acariciaba el pecho.

—Pide.

—Quiero seguir viéndote hasta que te canses de mí, no voy a pedirte

exclusividad, no soy tonto, sé que tendrás tus necesidades y yo no voy a poder estar ahí siempre, sin embargo me gustaría que nos pudiéramos ver aunque fueran un par de veces al año, si son más, pues mejor, haré lo posible por verte las veces que pueda, pero necesito esto David, necesito saber que mi vida no se va a limitar a cumplir con lo que mi familia espera que sea, necesito saber que tendré una vía de escape. Un encuentro contigo que me hará mantener la ilusión de que mi vida no va a ser una auténtica mierda, un rayo de luz en mi perpetua condena de oscuridad. Entiendo que en algún momento te cansarás de mí, cuando eso suceda y ya no me

desees, me alimentaré del recuerdo de lo que una vez tuvimos, y podré recrearme en él para aguantar —me expuso tomándome la mano—. Sé que no debería pedirte esto, pero no puedo dejar de hacerlo, estos meses sin ti han sido un infierno, te siento aquí —declaró y cogió mi mano para llevarla a su pecho, justo encima de su corazón. Yo tenía un nudo en la garganta que apenas me permitía hablar o respirar—. Tal vez no debería sentirte en este punto pero lo hago, junto a mi familia, junto a los que más quiero y respeto, aquí te has abierto un hueco y no puedo desterrarte a otro sitio —afirmó. Sabía que aquello era lo más parecido que iba a recibir a una declaración de amor por su parte, pero curiosamente era suficiente

porque yo también le tenía incrustado en el corazón. Capturé sus labios y le besé con devoción, tratando que entendiera que yo sentía lo mismo, me separé con tiento cuando nuestros labios dolieron ante tanta entrega.

—Acepto —respondí. Sus ojos se llenaron de una alegría desmedida y esta vez solos, en la intimidad de nuestras emociones hicimos el amor, entregándonos sin reservas como una pareja que se ama con el corazón.

15 Capítulo (Kenji)



Noche antes del compromiso oficial con Katsumi

Estaba nervioso, David me había mandado un mensaje, venía a Tokio a verme, las cosas no me podían ir mejor. Llevaba cuatro años con David y por fin había encontrado la compañera ideal para casarme. Katsumi era dulce y delicada, hermosa, lista y sobre todo una buena japonesa obediente, que acataría lo que le dijera.

Cuando la conocí haciendo prácticas en la empresa de mi padre supe que sería la elegida. Era una mujer de naturaleza sumisa, educada en el seno de una familia tradicional, acostumbrada a reverenciar las órdenes de su padre para después cumplir las de su futuro marido, así que nunca me daría problemas. Podría tener mi vida paralela con

David y a Katsumi en casa cubriéndome las espaldas, tenía tantas ganas de

contárselo. No había querido decirle nada por teléfono, cuando David me dijo que venía a Tokio pensé que era el momento ideal.

Mi hermana también estaba aquí, había vuelto hacía unas semanas para divorciarse de Fukuda, iba a casarse con un ruso del cual se había enamorado y en pocas semanas debíamos viajar a Rusia para el enlace.

Kayene, seguía en su mundo, no sabía nada del compromiso, al igual que mi hermana o mi abuela, Katsumi y yo lo habíamos llevado en secreto, mi hermano estaba tan ocupado metiéndose en líos que era incapaz de fijarse en algo que no fuera su propio ombligo. Me daba pena la distancia que se había impuesto entre nosotros, cada vez le sentía más lejos y me daba la sensación que no podía hacer nada por recuperarle, quería a mi hermano sin embargo las cosas que hacía le alejaban de mí sin remedio.

Llegué al piso que tenía alquilado a las afueras de Tokio, lo alquilé cuando se me ocurrió, que un par de veces al año, en vez de viajar yo, podía hacerlo David. Normalmente venía una semana donde dormíamos todas las noches juntos, de día yo me iba a trabajar y él aprovechaba para hacer turismo. Nunca salíamos de allí juntos por miedo a que alguien nos relacionara y terminara descubriéndonos. Era un piso pequeño y cómodo, para nosotros dos no necesitábamos más. Cocina integrada en el comedor, una habitación amplia con un baño de lujo, en el que pasábamos horas amándonos en el agua, porque aunque nunca se lo había dicho, estaba claro que le amaba.

Preparé la mesa y la llené de comida, había un restaurante cercano al piso que servía comida a domicilio y que nos gustaba mucho. Calculé el tiempo, debía estar al caer, me desnudé y le esperé como le gustaba, colocado sobre un sofá Kamasutra que habíamos comprado, con un plug de gran tamaño enterrado en mí, para que en cuanto llegara fuera descorchar y listo.

La puerta se abrió y mi corazón se aceleró, la ropa de David caía al suelo, sus manos alcanzaron mis piernas para hurgar entre ellas, sacar el tapón e internarse

en mí.

—Aaaaaaaahhhhhhhh —gemí ante la fuerza de su acometida.

—Hola, guapo —siseó mordéndome el lóbulo de la oreja—. Ya sabes cuánto me gusta que me recibas así.

—Lo-lo sé, por eso lo hago —mascullé, mientras seguía bombeándome.

—Joder Keni, tu culo es perfecto, y veo que te has puesto el lubricante efecto calor, tengo la polla ardiendo —comentó. Los dientes de David mordisqueaban mi cuello y yo bufaba complacido—. Levanta, quiero tumbarme y que me montes, al tiempo que te tocas para mí, quiero ver tu cara cuando te corras y que me llenes el pecho con tu simiente —me ordenó. Su forma de hablar tan cruda y descriptiva me ponía a mil. Salió de mí para que me colocara como me había pedido, me puse en pie y él se tumbó. Cada día estaba más guapo, había cogido unos kilos de masa muscular, estaba algo más ancho y definido.

—Se te nota el entrenamiento.

—¿Te gusta? —dijo tumbándose—. Pues deberás darle las gracias a Aleksis, mi nuevo entrenador personal, es griego y muy guapo —aseguró. Una punzada de celos me recorrió el cuerpo.

—¿Tú y él...? —insinué, no sabía por qué se lo había preguntado, acordamos que David podría hacer lo que quisiera, yo también por supuesto, aunque había sido incapaz de hacer algo con otro que no fuera él, o que no hubiera sido invitado por él.

—No, aunque sé que me tiene ganas, tal vez cuando vengas a Barcelona le proponga que nos acompañe, si a ti te apetece, ahora ven, no quiero hablar de él, quiero estar contigo y solo contigo —me aclaró. Que me dijera eso me impulsó hacia las nubes. Subí al sofá y me puse de cuclillas insertándome en él. Ambos rugimos—. Eso es Keni, ¡joder! Te tenía tantas ganas... Sube y baja, mientras te masturbas, ya sabes cuánto me pone que hagas eso.

Le obedecí, como siempre hacía, me clavaba en él una y otra vez, mi mano trabajaba todo el recorrido desde la punta hasta la base, no apartaba los ojos de los suyos, a David le gustaba que no desviara la mirada mientras follábamos, era

muy intenso, una comunión que iba mucho más allá de un simple polvo.

—Estoy tan cerca David.

—Lo sé, tu deseo gotea sobre mis abdominales —respondió. Miré hacia abajo y era cierto, David trazaba el dibujo de un corazón en su ombligo con el líquido que caía. Me excitó muchísimo, tanto que tras unos movimientos más de muñeca me corrí manchándole por completo. El chorro cayó en su barbilla, en su pecho y abdomen, hacía muchos meses que no estaba con él por lo que yo estaba muy lleno, necesitaba tanto aquella descarga, pero sobre todo le necesitaba tanto a él.

—Ahora me toca a mí, follarte duro Keni —me exigió. Bajé y subí con fuerza, mientras él se acariciaba ungiéndose en mi crema, no podía pensar en nada más erótico que ver como mi esencia penetraba en su piel. Mío, era mío, me deje caer tan fuerte como pude y David estalló, le sentí recorriendo todo mi interior, alojándose muy dentro,

nadie me había llegado como él, David me completaba a un nivel imposible de alcanzar.

Cuando la última sacudida lo dejó laxo, me estiré encima suyo para besarle como me apetecía desde que entró. Después nos quedamos simplemente tumbados abrazándonos.

—Este sofá es la mejor compra que pudimos hacer, es la leche.

—Desde luego, un dinero muy bien invertido —confirmé. No me apetecía moverme demasiado pero tenía hambre—. Traje la cena, ¿quieres que nos duchemos y cenemos? Tengo algo que contarte que creo te va a gustar.

—¿Ah sí? —preguntó jugueteando lamiendo mi cuello— ¿Y qué es?

—Te he dicho cenando, anda vamos —contesté y me incorporé tirando de él para ir a la ducha, como siempre ocurría terminamos deleitándonos en nuestros cuerpos por segunda vez, en esta ocasión fui yo quien tomó a David, mientras el agua caía sobre nuestros cuerpos. Saciados y agotados, nos sentamos a cenar, menos mal que la cena era fría.

Antes de hablar de Katsumi, mi hermana, su divorcio y su futura boda copó la conversación. Tras eso vino el negocio de David, iba viento en popa y su nombre

como empresario comenzaba a ganar peso, estaba muy contento y receptivo así que había llegado el momento de contarle aquello que iba a hacer nuestro día redondo.

—Bueno pues ahora creo que me toca a mí contarte la buena noticia, estoy convencido que te encantará —comenté. Su amplia sonrisa me hechizó.

—Adelante, sorpréndeme guapo —dijo. Él estaba con un vasito de sake en la mano que le había tendido para que brindáramos.

—Muy bien, pues mañana es mi fiesta de compromiso y en unos meses me caso —anuncié y le miré expectante sabiendo lo que eso suponía para nosotros, libertad para estar más tiempo con David una coartada perfecta para pasar más tiempo juntos, podría viajar con más frecuencia y vernos más. La cara de David se congeló, el vaso se escurrió entre sus dedos estampándose en el suelo y rompiéndose en mil pedazos.

—¿Se trata de algún tipo de broma de mal gusto? —preguntó. Tenía el rostro desencajado.

—No, ¿es que no lo entiendes? Me caso con una mujer, una vez casado nuestra relación mejorará, ¡podremos pasar más tiempo juntos! —traté de explicarle. Los ojos se le oscurecieron.

—¡¿Qué nuestra relación mejorará?! —masculló entre dientes— ¡¿Pero tú que mierda te crees que tenemos?! —bramó levantándose de golpe y tirando la silla al suelo, originando un gran estruendo. Su cara ensombrecida se encogió en un rictus de dolor— ¡Mierda! —gritó. Salió cojeando hacia el baño y yo le seguí.

—¿Qué te ocurre? —le interrogué. Él levantó el pie, uno de los cristales se había clavado en él haciendo que sangrara profusamente— Deja que te ayude —le dije y saqué el botiquín para ayudarlo.

—Dámelo puedo arreglármelas yo solo.

—No seas tonto que a mí no me cuesta nada.

—Tonto es precisamente lo que soy, y uno muy grande, más que tonto diría yo, debo llevar un cartel de gilipollas, y otro que dice dame por el culo, obviamente eso se te da genial, como hemos comprobado hace un momento —me espetó.

¿Qué le ocurría? No

entendía nada, pensaba que se iba a poner contento y me estaba liando una bronca que no venía a cuento. Se quitó el trozo de cristal—. ¿Sabes cuántos kilómetros he hecho para venir a Tokio y que me digas que te casas? Aunque no solo eso, me lo dices como si fuera algo genial para nosotros, ¿pero en qué mundo vives? ¿Desde cuándo eso es bueno para nosotros? —demandó. Yo necesitaba hacerle entender que mi boda era lo mejor que nos podía ocurrir. Tomé el agua oxigenada y unas gasas para curarle.

—David, Katsumi es un cielo, no nos incomodará, es una chica tradicional acostumbrada a obedecer, hará y aceptará todo lo que yo le diga —traté de explicarle, él soltó una risa seca.

—¿Me estás diciendo que no follarás con ella? ¿Qué no tendrás hijos? ¿Eres capaz de excitarte con una mujer? Que yo sepa las veces que lo hemos intentado has sido incapaz de hacer otra cosa con ellas que no fuera sexo oral —me interrogó. Aquello era cierto, un par de veces lo intentamos y fracasé en ambas, las mujeres no me ponían nada, no me ocurría lo mismo que con David.

—Buscaré una solución, ya veré como arreglo lo de la cama con mi mujer, tal vez use juguetes, no lo sé —comenté y él resopló—. No te entiendo ¿cómo puedes no alegrarte? —le pregunté. David se colocó una tirita en el corte y suspiró.

—Sé que no debería sentir lo que siento Kenji, me lo he repetido una y otra vez créeme, sin embargo aunque lo intento no puedo evitarlo, tal vez no sea el mejor momento para decirte esto pero te quiero —me soltó a bocajarro y me quedé sin respiración—. Y no como un polvo —prosiguió—, te quiero como pareja, como el hombre de mi vida, como la persona con la que quiero compartir mi futuro aunque

sepa que es un imposible. Sabía que este día llegaría, que te casarías y que cuando sucediera sería nuestro fin. Nunca me elegirás a mí por encima de tus creencias, tu deber o tu familia, lo asumo, desde un principio sabía que era así, nunca me engañaste y lo tenía claro, no obstante algo sucedió, algo que lo

cambió todo, esperaba que no sucediera jamás te lo juro, pero ocurrió sin más, me enamoré irremediablemente de ti japo —declaró. No me miraba con alegría, más bien con una triste resignación ¿era así como le hacía sentir mi amor?—. No espero que sientas lo mismo, ni voy a pedirte que lo dejes todo por mí, no soy idiota, sé que no lo vas a hacer, así que hoy doy por terminado todo aquello que tuvimos —sentenció. El corazón iba a estallarme de amor y de dolor, era una sensación que me colapsaba dejándome sin saber muy bien cómo reaccionar—. No sufras no me dolerá eternamente, sé que tarde o temprano lo superaré. No te echo la culpa, el corazón no es algo que podamos controlar, pensamos que podemos dominarlo, que sabremos manejarlo a nuestro antojo y elegir qué hacer con él en cada momento, sin embargo no es así, nada ni nadie puede gobernarlo, es un espíritu libre nacido para agitarse cuando cree enamorarse y no detenerse por mucho que le grites stop —siguió y la melancolía se instaló en el fondo de su mirada—. Por las noches me tumbaba mirando a la luna, sentía tus abrazos aunque sabía que nos separaban millones de pasos. Miraba nuestras fotos, aquellas que nos hacíamos el uno en brazos del otro, ¿recuerdas? Nos las hicimos a escondidas, anhelando que nuestras miradas no fueran prohibidas. Soñaba con un mundo paralelo, en el que nada ni nadie impidiera lo nuestro. Pero ya ves, los sueños también se apagan opacando sus brillantes colores, tiñéndolos de oscuridad y entonces solo nos queda caminar hacia delante, sin detenernos ni por un instante a mirar atrás —manifestó. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de una enorme bola que no dejaba de crecer ante las palabras de David—. Formaré parte de tus recuerdos, así como tú vivirás eternamente en los míos, nuestra historia permanecerá en ellos grabada a fuego pues para mí, lo nuestro ha sido amor verdadero.

«No podía ser ¿estaba terminando conmigo?» Volvía a sentir la piel de mi rostro ardiendo, como aquella vez en Hawái. Cuando vi mi rostro en el reflejo del espejo entendí por qué mi alma dolida lloraba en silencio, en el fondo sabía que tenía razón, yo nunca antepondría el amor al honor. Él nunca ocuparía el lugar que realmente le correspondía a mi lado porque nadie en mi mundo lo aceptaría.

Sin embargo una parte de mí, una muy egoísta, me empujaba a no dejarle marchar, a retenerle a sabiendas de que siempre debería permanecer en la sombra, como algo feo y prohibido, cuando era quien me llenaba de la más absoluta felicidad. Jugué sucio e intenté gastar mi último cartucho antes que perderle.

—Creía que te alegrarías, que aceptarías esa vida conmigo antes que una vida sin mí —alegué. David se puso en pie juntando su frente con la mía.

—No te culpo Kenji, tal vez me haya enfadado porque no esperaba esto pero no te culpo, siempre supe quién eras, nunca me engañaste, no obstante no voy a aceptar ser tu eterno amante, lo siento —me respondió. «Tenía que decírselo, tenía que contárselo, tal vez si lo hacía lograría detenerle».

—David, yo también te amo —me declaré mirándole a los ojos—.

Nunca había sentido con nadie lo que siento contigo, eres mi refugio, el único que me da abrigo cuando me sumerjo en la helada realidad. No puedo plantearme una vida sin ti porque simplemente carece de sentido. Mi corazón late cuando te respiro, cuando te escucho, cuando te siento y se marchita cuando te alejas. Vivo con la ilusión de volverte a ver en algún momento, de saborear tus besos y fundirme en tu cuerpo. No puedo soportar la idea de que a partir de ahora ya no vaya a ser así, porque sin ti yo muero.

Sus labios tomaron los míos sedientos aunque su sabor era el de la despedida, lo sentía, lo notaba, en cada caricia imprecionaba su adiós. Ambos llorábamos, nuestros besos de amor y a sal flotaban a la deriva de nuestros sentimientos en un mar incapaz de razonar. No dormimos en toda la noche, la pasamos recorriendo nuestras pieles memorizando cada recodo sabiendo que no habría otro modo de que nos volviéramos a ver. Ni siquiera deshizo la maleta, señal inequívoca de que no pensaba quedarse. A la mañana siguiente debía ir a casa pues era mi compromiso oficial. No podía quedarme con él e intentar que razonara, traté de que se quedara por todos los medios pero se negó, me dijo que me acercaba a casa y que después se marcharía, que era lo mejor para ambos.

Cuando nos despedimos, le besé por última vez a través de la ventanilla del

coche, aun a riesgo de ser descubiertos. No podía despedirme de él y no besarle por última vez. Lo último que me dijo fue:

—Uno no puede navegar sin viento si es un velero Keni, solo espero que con ella seas feliz, siempre te llevaré en mi corazón. —Después arrancó el motor y se fue.

Hice acopio a toda mi voluntad para no salir corriendo tras él, enviar toda mi vida a la mierda como deseaba, para lanzarme a la aventura de ser feliz junto a él. Mis pies no se movieron, aunque eso fuera lo que más deseara, no podía hacerlo. El coche desapareció en el horizonte y con él mi esperanza de ser feliz, hoy mi corazón había muerto y ahora solo me quedaba cumplir. Entré en casa para asumir mi destino, era el futuro marido de Katsumi Ishiguro y futuro *kumichō* de los Yamaguchi-gumi, el amor para mí no era importante, cogí el caparazón de mi tortuga interior, colocándolo sobre mis hombros, donde debía estar el código que regiría mi vida, aquel que me ayudaría a sobrellevar la amarga existencia que me esperaba.

16 Capítulo (Katsumi)



Hoy me comprometía oficialmente con Kenji, estaba muy nerviosa, pues sabía que esto iba a suponer un antes y un después en nuestras vidas.

Estábamos en la puerta de los Watanabe esperando a que nos abrieran, mi madre estaba también muy nerviosa, no paraba de repetirme que fuera prudente y que no me mostrara excesiva en mi conducta, una buena japonesa debe ser respetuosa y prudente.

Mi suegro abrió la puerta para darnos la bienvenida, era viudo, así que no tenía una esposa que atendernos, nos quitamos los zapatos y pasamos al salón donde la abuela de Kenji nos esperaba sonriente, a mi prometido no se le veía por ningún lugar y a Kayene tampoco. Fue pensar en él y agitarse mi corazón, hacía tiempo que no le veía y estaba nerviosa por ello. Nos saludamos con cortesía y la *sobo* de Kenji nos acercó unos vasos de té que aceptamos gustosos, al poco rato apareció Kayene, vestido informal y algo despeinado. No pude evitar que aquella extraña sensación me recorriera de arriba a abajo cuando me miró sorprendido, mi suegro se acercó a él, estaba claro que para reprenderle, pero

como siempre Kayene se encogió y vino hacia nosotros con una expresión indescriptible.

Saludó a mis padres como marcaba el protocolo y después vino hacia mí. La boca se me secó, debería estar prohibido ser tan endemoniadamente sexy y guapo, con esa mirada soñolienta tras despertar de lo que seguramente fue una juerga de órdago.

—Katsumi Ishiguro —paladeó mi nombre, mientras yo me sonrojaba—. Quién iba a decir, que ibas a ser la elegida de mi hermano... —comentó. Yo seguía mirando sus pies sintiendo el calor de su mirada— Aunque claro, no sé de qué me extraño, sois tal para cual, ambos tan buenos hijos, tan respetables, la pareja perfecta —añadió. Sabía que su tono escondía algo, que lo decía con resquemor, no alegrándose realmente por nosotros ¿qué le pasaba? Levanté ligeramente la vista para encontrarme con la oscuridad de su mirada—. Enhorabuena, supongo.

—*Arigatō*^[9].

—Kayene ¿quieres un té? —preguntó su abuela para romper la tensión del momento.

—Claro, *sobo* —respondió yendo hasta ella y tomando un vaso—. ¿Y se puede saber dónde está el afortunado? Es raro que el puntual de Kenji no esté por aquí —apostilló. Mi suegro miró con nervosismo el reloj.

—Estará al caer, ¿por qué no le enseñas el jardín a Katsumi, mientras yo les muestro la casa a sus padres y ultimo detalles con ellos?

—Será un honor —afirmó. «¿Estar con él a solas? ¿Es que estaban locos?» Aunque íbamos a ser familia y debía acostumbrarme a estar a solas con él—. ¿Vamos querida cuñada?

—*Hai* —asentí más nerviosa de lo que me atrevía a reconocer.

La casa era grande, amplia, la típica casa tradicional de una familia con poder

adquisitivo, se notaba en los espacios y la calidad constructiva de los materiales. En cuanto estuvimos algo alejados de la casa y sin nadie que pudiera oírnos, Kayene no tardó en comportarse como el desvergonzado que era.

—Estás preciosa, Katy —comentó. Yo me quedé inmóvil cuando usó aquel diminutivo tan similar al que yo usaba para hablar conmigo misma. «¿Casi acierta, eh? Reconócelo Katsumi, este chico es el que te gusta y no el sieso de su hermano» «¡Cállate, Kat!», le ordené. «¿Por qué? ¿Acaso no es cierto? El hermano de tu prometido te pone mucho más que él, y no me extraña, mírale el paquete, este seguro que te echa un buen casquete». Sabía que no debía fijarme en él de ese modo, pero no podía evitarlo, me atraía como un imán. Intenté tomar distancia.

—Me llamo Katsumi y no Katy, no creo que a tu hermano le haga mucha gracia esa familiaridad entre nosotros —dije y él se acercó invadiendo mi espacio.

—¿Eso crees, Katy? ¿Crees que no le gustará esta intimidad? Que yo recuerde tú y yo nos conocemos de mucho antes que tú y él, porque dime ¿cómo os conocisteis?

—Fue durante las prácticas del verano pasado, esas a las que tú no acudiste —le informé y se quedó pensativo.

—Ya entiendo, una lástima que no pudiera estar, si hubiera sabido que eras la becaria tal vez me habría planteado realizarlas junto a ti, o encima de ti —soltó y una sacudida electrizante recorrió todos los poros de mi piel, se encontraba tan cerca de mí—. Así que ganaste puntos con el estirado de mi hermano... Dime Katy ¿aprendiste de Lewinsky y le comiste la polla a mi delicado hermanito? ¿O tal vez fue él quién te comió el conejito? —me interrogó, yo abrí la boca con sorpresa.

—¡Serás cerdo! —exclamé pues no me pude contener— Eso es lo que seguramente me habrías pedido tú, pero está claro que Kenji es muy distinto a ti,

siempre me ha tratado con mucho respeto y jamás me ha pedido eso que acabas de sugerir o me ha hecho nada que no entre en los límites del decoro —le respondí indignada, mientras una sonrisa curvaba sus labios.

—Interesante, así que el imbécil de mi hermano teniendo una preciosidad como tú, ha decidido ser un témpano de hielo en vez de dedicarse a hacerte arder —comentó y dio otro paso más y luego otro, hasta que su avance me obligó a clavar la espalda contra un árbol, no tenía escapatoria, Kayene era un depredador y yo un animalito acorralado—. Te garantizo que si hubieras sido mi becaria yo no habría hecho lo mismo, pequeña —dijo. Su aliento estaba sobre el mío—. Eres deliciosamente tentadora Katy, con tu porte de muñequita inalcanzable, tu ropa de niñita recatada que pide a gritos ser arrancada —declaró y a cada palabra suya mi sexo se mojaba, ¿qué me ocurría?—, con esos labios rojos que suplican ser devorados —adujo y para reforzarlo me acarició el grueso labio inferior con el pulgar y yo lo separé. «¡Yabai! ¡Había separado los labios! ¡Ahora pensaría que lo estaba invitando a besarme!» «¿Y no estás haciendo eso Katsumi? ¿No le estás invitando a que te bese? ¡Confiésalo! Te mueres porque tome tu boca, que se aplaste contra ti y meta su lengua para saber qué se siente cuando besas a alguien que deseas», Kat perturbaba la tranquilidad de mi mente.

—Pero tú no eres Kenji —le rebatí con más agilidad de la que sentía—, él es un caballero y jamás haría nada que pudiera ofenderme.

—En eso estamos de acuerdo, Katy, yo no soy Kenji —confirmó y bajó la boca, sé que podía detenerle, que me podría haber opuesto, pero no lo hice.

Kayene tomó mis labios sin que yo me opusiera, sin que yo le frenara, pero lo deseaba tanto... Iba a casarme con su hermano y solo me había besado Kenji, necesitaba comprobar que había tomado la decisión correcta. Cuando sus labios colisionaron contra los míos, la realidad cayó en tromba sobre mí, nunca jamás Kenji haría que sintiera aquella pasión demoledora que arrasaba con todo. La boca de Kayene me tomaba, me saqueaba con hambre infinita, sin preguntas, sin

reservas. No era para nada como mi futuro marido que siempre me trataba con delicadeza. Él era subyugantemente posesivo y tremendamente caliente. No pude evitar gemir cuando su lengua acarició la mía, cuando la chupó y succionó sin reservas. ¡*Yabai!* Kenji jamás me había besado así y yo no había sentido ni una quinta parte de lo que estaba sintiendo con él, mis manos subieron a su nuca, mi lengua envolvió la suya, seguramente de un modo torpe, pero no me importaba, no podía ni quería detenerme. Oí un gruñido cuando interné los dedos en su pelo, algo duro se clavaba en mi abdomen y mi vagina palpitaba inquieta. Su mano derecha se coló entre nosotros, para acariciar mi pezón que estaba completamente erecto, gemí con fuerza y su garganta lo capturó, mientras abarcaba mi pecho con la mano acariciando el inhiesto botón. «Kat, tengo que detenerlo», mi otro yo estaba desatado dejando que Kayene tomara todo lo que le viniera en gana, mi prometido no me había acariciado así ni una sola vez. «Solo un poco más, Katsumi, esto es lo único que vas a tener de él, disfrútalo», la mano de Kayene descendió por mi abdomen hasta la pierna, levantó parcialmente la falda del vestido para acariciar la delicada piel del muslo. Tenía las piernas abiertas y una de sus rodillas las mantenía separadas, su dedo jugueteó peligrosamente con la goma de mis braguitas y aquello me puso en alerta, estábamos llegando demasiado lejos, tenía que detenerle. «Vamos, Katsumi, no seas aguafiestas, solo un poquito más, déjale que te toque, necesitamos saber qué se siente». En cuanto su dedo se coló bajo ellas y recorrió mi humedad, le empujé, en un principio se resistió, sin embargo tras revolverme nerviosa sacó el dedo y me dio algo de espacio. Ambos nos miramos resoplando, estaba convencida que su aspecto no debía ser mucho mejor que el mío, tenía los labios hinchados y rojos, estaba todavía despeinado y llevaba la palabra sexo tatuada en la frente.

—Esto no tendría que haber ocurrido —dije, pues mi yo responsable había regresado, mientras él seguía igual de irresponsable que siempre.

—¿Qué no debería haber ocurrido, Katy? ¿Qué te besara? ¿Qué respondieras?

¿Qué tus pezones se endurecieran? ¿O que te humedecieras loca de deseo? — cuestionó y me mostró los dedos brillantes para después olerlos y llevárselos a la boca.

—¡No! —grité descontrolada al verle hacer algo tan íntimo, estaba probando algo que debía ser solo para mi marido.

—Eres deliciosa, me encantaría tomarte con mi boca hasta que estallaras en ella, ¿sabes cuantas cosas placenteras podría hacerte? Te garantizo que no pensarías en Kenji ni una sola vez —afirmó. ¡Era, tan, tan, ohhhhhh, no podía con él! Me abalancé enfurecida para sacudirle.

—¿Qué sucede aquí? He oído un grito —nos interrumpió una voz. Era la dulce abuelita de Kayene que salía preocupada hacia nosotros. Algo tenía que inventarme, comencé a sacudir a Kayene haciendo aspavientos con las manos, agitándolas como una animadora, dando vueltas a su alrededor. Tenía que justificar mi aspecto desencajado...

—Una avispa gigante, señora Watanabe, una muy grande, con un aguijón enorme, la ha tomado con su dulce nieto y no quería que le picara —me inventé. La mujer entrecerró los ojos.

—¿Dulce? ¿Mi nieto? —me interrogó y cada vez estaba más cerca.

—Sí, *sobo* —me secundó Kayene—, era un abejorro y su aguijón era gigantesco, creo que le crecía por momentos cada vez que se acercaba a Katsumi —añadió. Kayene me miraba divertido ante mi incomodidad—. Creo que la miel de Katsumi era su verdadero objetivo y no yo —dijo y el muy canalla pasó la lengua por sus labios, como si rememorara mi sabor, me puse roja como un tomate y ni corta ni perezosa le lance un cachetazo en toda la mejilla, iba a aprender a no jugar conmigo. «¡Quince puntos para la señorita por esa hostia tan bendita!», estalló Kat. Le había marcado los cinco dedos en la mejilla. Kayene estaba de espaldas a su abuela, así que esta no veía nada.

—Lo acabo de matar —declaré sacudiendo la mano—, creo que a este abejorro ya se le han quitado las ganas de clavar su aguijón donde no debe. Si me disculpáis, voy a lavarme las manos —argumenté. Kayene había encajado el golpe con estoicismo.

La palma me escocía, le había dado con ganas, pero lo que más me quemaba estaba entre las piernas. Ahora sabía lo que jamás tendría con Kenji y lo que podría tener con Kayene, eso me llenaba de un desconuelo difícil de asimilar. «Vamos, Katsumi, no seas dramática, te ha dado un buen beso y te ha tocado un poco el panal, eso no se merece ese final. Le has dado un bofetón de tres pares de narices, ¿no crees que ha sido suficiente castigo por haber degustado el jugo de tu higo?», resoplé ante las ocurrencias de Kat, ¿cómo podía vivir en mí alguien tan distinto? «En todo caso si alguien debe beber de mi higo no es él, ni debe menearme el panal, ni nada de todo eso». Me perdí buscando el baño. Tras abrir un par de puertas acerté y me desubiqué por la imagen que me devolvía el espejo «Woow, mírate, pupilas dilatadas, labios hinchados, pelo despeinado, si la abuela te ha creído con la historia del abejorro es porque no ha visto tu abeconejo. Se te nota a la legua que te han dado un buen meneo y que te ha gustado», obviamente era así, pero pasaba de reconocerlo. «¡Cállate, Kat! Kayene no tenía derecho a ir tan lejos, yo solo quería comparar un beso, nada más». «Ya, pero no puedes negar que te ha gustado, y más de lo que quieres reconocer, tienes la piel sonrosada, la respiración desacompasada y un brillo que debería ser ilegal en los ojos» «Mi aspecto es lo de menos, esto no va a volver a suceder y punto, Kayene es mi cuñado, así que a partir de ahora mantendré las distancias con él» «Eso será si puedes».

Cuando me hube relajado, mojado la cara y recompuesto, regresé al salón, Kenji ya había llegado y mis padres terminado el tour por la casa. Estábamos todos juntos cuando volvió a sonar el timbre, me ofrecí a abrir yo misma la puerta, lo que fuera por no estar en la misma habitación que Kayene, que lucía una mejilla enrojecida. Kenji me acompañó hasta la puerta.

—*Kon'nichiwa* —me saludó una chica de ojos color hierba nada más abrir, era realmente preciosa, estaba convencida de que era la hermana de Kenji. Mi prometido me había dicho que era modelo, pero jamás creí que fuera tan espectacular. Aquellos ojos eran inverosímiles, había pocos orientales con ese tono a no ser que fueran mestizos. ¿Sería el caso de Akiko?

—*Kon'nichiwa* —le respondí—. ¿Tú eres Akiko, verdad? —pregunté adelantándome a ella.

—Sí ¿y tú eres? —contestó y parecía sorprendida, supongo que era lógico, no me conocía de nada y nadie sabía lo del compromiso.

—Ella es Katsumi —me presentó Kenji, mientras me tomaba por los hombros rompiendo la línea del decoro, aquello hizo que me sonrojara—, mi prometida —aclaró. Akiko estaba claramente asombrada, incluso diría que demasiado—. No pongas esa cara, *shimai*^[10], el día que viniste tenías suficiente con lo tuyo como para contarte nada. Anda, pasa, imagino que esa maleta quiere decir que ya lo has solucionado todo, ¿verdad? —inquirió. No sabía de qué hablaban, pero no quería interrumpir.

—Sí, está todo arreglado.

—Muy bien, pues entonces entra, tenemos comida familiar para hablar de la boda —añadió y otra vez aquella cara de sorpresa, estaba claro que Kenji había guardado el secreto más que bien. Akiko entró y pasamos al salón

El señor Watanabe la recibió con alegría.

—Hija, ven aquí, deja que te presente a los señores Ishiguro, son los padres de la prometida de tu hermano, el señor Ishiguro es el ministro de finanzas de Japón —le explicó y ella les saludó amablemente.

—Encantada, señor, señora —cumplió para después dirigirse a su hermano—. ¡Menuda noticia!

—Sí, estamos todos muy contentos señora Fukuda —respondió mi padre, que obviamente sabía con quién estaba casada Akiko.

—Watanabe —le corrigió—, acabo de divorciarme. Aquella noticia me golpeó al igual que lo hizo con mis padres, para nosotros el divorcio era impensable, una deshonra, aunque estaba claro que para la familia de Kenji no, Akiko parecía orgullosa de su decisión y su padre no decía nada al respecto

—¡Oh, cuanto lo lamento! —exclamó mi madre que estaba acongojada, para ella un divorcio era una desgracia.

—Yo no, ya sabe lo que dicen, mejor sola que mal acompañada —le rebatió Akiko. Kayene soltó una carcajada, mientras mi madre la miraba horrorizada.

—Kayene, un poco de respeto —le reprendió mi suegro.

—Disculpad, no he podido evitarlo —dijo Kayene que me miraba de reojo y yo intentaba evitarlo de todas, todas.

—¿Qué os parece si nos sentamos a la mesa? La comida debe estar apunto — comentó el señor Watanabe tratando de normalizar la

situación, sin embargo el timbre volvió a sonar.

—¿Esperas a alguien más? —le preguntó Akiko.

—Tú ya has sido una sorpresa —aseguró. ¿Eso quería decir que no preveían que Akiko viniera?

—Ya voy yo, por lo menos haré algo útil en esta familia —soltó Kayene que se marchó para regresar con un *gajin* muy alto y muy guapo. ¿Quién sería?

—Misha —susurró Akiko. Estaba claro que mi cuñada le conocía.

—Hola, *krasivyy*, ¿no vas a saludarme? —inquirió. Para mi conmoción y la de mis padres, Akiko salió corriendo a su encuentro para abrazarle rompiendo todo el protocolo. ¿Es que su padre no iba a reprenderla?

—Menudo recibimiento, si lo sé vengo antes —declaró el tal Misha que bajó la cabeza y besó a Akiko delante de todos. No pude evitar sentir envidia por esa libertad que parecía tener Akiko, hasta que su padre carraspeó ligeramente. La conducta de la hija de Watanabe iba a ser el tema de conversación en mi casa durante semanas, no como algo positivo, sino más bien todo lo contrario.

—Disculpad todos por no haberos presentado, él es Misha Smirnoff, mi prometido —nos explicó Akiko. Lo que faltaba, mi madre se llevó las manos al cuello completamente perturbada.

A partir de ahí todo se precipitó, Misha soltó unas palabras preciosas al padre de Akiko, explicando lo que sentía por su hija y pidiéndole su mano, mientras mis padres no salían de aquel estado de estupefacción contagioso. Según lo que entendí, aquello era un mero formalismo, lo de la boda ya estaba decidido pues iban a casarse en unas semanas. El padre de Akiko aceptó el compromiso y Misha, ni corto ni perezoso, se arrodilló sacando una cajita de terciopelo verde, la puerta volvió a sonar, pero nadie hizo caso, estábamos centrados en aquella cajita que se abría y en las palabras del ruso.

—¿Akiko Watanabe, aceptas ser mi futura esposa? —preguntó Misha. La mano de mi cuñada temblaba en la suya

—Vaya, sí que has corrido... —escuchamos de pronto y todos nos giramos hacia aquella voz poco amistosa— ¿Así que la prisa que tenías era para esto? —demandó el hombre que acababa de llegar, al que Misha miraba fijamente, yo sí sabía quién era.

—¿Akiko, qué ocurre? ¿Quién es este?

—Vaya, así que no le has hablado de mí —comentó despectivo, acercándose para tenderle la mano a Misha.

—Hikaru Fukuda, hasta hace media hora, marido de Akiko Fukuda y supongo que ahora ex marido de la misma.

¡Por Buda, menuda situación! Al parecer los hombres no se conocían y el prometido de mi cuñada no sabía que estaba casada con anterioridad a él. Mis padres y yo escuchábamos sorprendidos aquella rocambolesca historia, Kenji los observaba muy serio y Kayene parecía estar disfrutando de lo lindo. Se pusieron a discutir allí mismo, echándose un montón de cosas en cara, finalmente Akiko aceptó el anillo delante de su ex y la cosa se puso peor. Mi suegro les invitó a seguir la discusión en el despacho, desapareciendo los tres en él.

—Y así es nuestra encantadora familia —dijo Kayene dirigiéndose a mis padres—. Llena de sorpresas y verdades a medias, Katsumi lo pasará en grande entre nosotros.

—Kayene —lo reprendió Kenji y el tono de advertencia no pasó inadvertido a mis padres—. Haz el favor de comportarte, hoy es mi fiesta de compromiso y la de Katsumi, así que tengámosla en paz.

—Cierto, querido hermano, cómo olvidar tan relevante hecho, antes en el jardín tu novia me ha dicho lo ilusionada que estaba con el enlace. Tienes muchísima suerte de que te quiera tanto —comentó y yo no me pronuncié al respecto.

Misha, que seguía con nosotros, tomó las riendas de la situación calmando el ambiente, aunque pareciera mentira no parecía afectado, y mis padres se fueron relajando con su don de gentes. El señor Watanabe apareció con Akiko minutos después, no había rastro de Fukuda, al parecer se había ido, me daba un poco de lástima, aunque obviamente no conocía los hechos. Kenji se separó de mí para hablar con su hermana, momento que Kayene aprovechó para venir al rincón donde yo estaba.

—Te recomiendo que no te cruces en mi camino, cuñada, a no ser que quieras que termine lo que he empezado.

—Tranquilo, no pensaba hacerlo.

—Eso ya lo veremos, pero recuerda que si te cruzas lo tomaré como una

invitación, así que ándate con ojo y atente a las consecuencias.

17 Capítulo (Kayene y Katsumi)



Aquello era lo último que me esperaba y lo último que podía hacer mi hermano para afianzar el odio que sentía por él. Katsumi, mi Katsumi iba a casarse con el imbécil de Kenji. Me costó recuperarme de la sorpresa, cuando salimos al jardín estuve a punto de sacudirla para que entrara en razón, ¿cómo iba a casarse con mi hermano? ¿Cómo iba a renunciar a estar conmigo que era quién realmente la deseaba?

Tuve claro qué tenía que hacer algo, debería jugar sucio, ¿pero desde cuando a mí me importaba mancharme las manos si eso suponía ganar el premio? La arrinconé contra el árbol y la besé, sentía las señales de su cuerpo, olía la excitación que le provocaba. Estaba convencido de gustarle tanto, como ella me gustaba a mí. Cuando puse mis labios sobre los suyos fui incapaz de detenerme, quería un simple beso, uno que la hiciera recapacitar y aclararle las ideas, uno que la sacudiera de pies a cabeza para hacerle entender que era a mí a quién realmente deseaba.

Estaba dispuesto a que me sacudiera, a llevarme mi merecido por tal osadía, pero lejos de eso cedió bajo mi boca, se abrió a mí como una dulce flor de loto para equipararme en pasión y entrega. ¡Yabai! Cuando me cogió de la nuca y me tanteó con la lengua, casi me corro. No podía ser más tierna y apasionada, ni en

mis mejores sueños besarla había sido así. Seguí avanzando, acaricié uno de sus pezones que pujaba por ser atendido, ella seguía abandonada haciendo ruiditos para que yo los atrapara y los hiciera míos.

Continué mi aventura por su cuerpo, con suavidad, despacio, dándole tiempo a que se acostumbrara a mí o me detuviera en cualquier momento, colé la manó bajo su vestido acariciando la suave piel de sus muslos y ascendiendo hasta su entrepierna. La tenía abierta y por extraño que fuera, seguía dispuesta a recibir mis atenciones, acaricié la goma de su braguita, era suave, seguramente de algodón en cuanto tuve la oportunidad colé los dedos para abrasarme con la miel más pura que hubiera acariciado nunca. Estaba empapada, no humedecida o ligeramente mojada, literalmente empapada, mis dedos resbalaban por sus jugos y yo no podía ser más feliz, aquel sexo estaba anegado por mí.

Y entonces todo se precipitó, mi pequeña flor se asustó, me empujó y mi abuela terminó de rematar un momento que había sido el más increíble de toda mi vida. La pequeña Katsumi se inventó una ridícula historia de una avispa y yo terminé con un bofetón en todo el rostro por haberla azuzado demasiado, sin embargo no me importó, había merecido la pena.

Ella entró en la casa y yo me quedé un instante en el jardín, necesitaba que me bajara la erección. Mi abuela se acercó a mí por la espalda.

—¿Qué crees que estás haciendo, Kayene Watanabe? —me preguntó. Puse las manos delante de mi cuerpo y me giré.

—No sé a qué te refieres, *sobo* —respondí pero los ojos de mi abuela me taladraban como nadie.

—¡Oh sí! Lo sabes perfectamente muchacho, ella es la prometida de tu hermano ¿a qué estás jugando? Ambos sabemos que el abejorro sigue vivo y el aguijón listo para atacar —resopló. Mi abuela era la leche, no había una mujer más clara que ella, la adoraba.

—Ya sabes cómo soy, culo veo, culo quiero —repliqué. Era mejor que pensara eso, que lo que me sucedía realmente con Katsumi, además negárselo a mi abuela no me serviría de nada, era más lista que nadie.

—Pues el culo que quieres ya tiene dueño y resulta que es tu hermano.

—Eso parece y como has visto ya lo ha dejado lo suficientemente claro —dije haciendo alusión a la marca que lucía en el rostro.

—¿Seguro? ¿Entonces por qué me da la sensación que esto no acaba aquí?

—No lo sé, *sobo* —aseguré y la besé en la mejilla— será la edad —añadí. Ella abrió mucho los ojos y yo le sonreí de aquel modo que sabía la derretía.

—Eres terrible, igual que tu abuelo que en paz descanse, el mismo ímpetu, la misma soberbia y la misma belleza arrebatadora con ese hoyuelo de seductor.

—Y por eso soy tu nieto favorito —comenté y la apreté en mis brazos aun sabiendo que no era lo correcto, pero con mi *sobo* podía permitirme aquellas licencias.

—No les hagas daño, Kayene, tu hermano y Katsumi han tomado una decisión y hay que respetarles.

—¿Aunque se estén equivocando? —demandé. Ella me miró con profundidad.

—Aun así.

—Será mejor que entremos dentro no vaya a liarla más de lo que ya lo he hecho.

Sabía que mi abuela tenía razón que debía alejarme de Katsumi y eso era justamente lo que iba a hacer.

Meses después: Boda de Kenji y Katsumi

Tenía el corazón que se me iba a salir por la boca, se casaban, hoy se casaban. Había hecho lo indecible para no cruzarme con ellos, si Katsumi venía a casa me

inventaba una burda excusa para irme al momento, intenté por todos los medios no acercarme a ella, hasta hoy, aunque en algún momento fallé, debo reconocerlo, pero había esperado que Katsumi se desdijera, que reaccionara y entendiera que Kenji no era su pareja de vida.

Ver la ceremonia, fue como ver una película sentado en el sofá, sabiendo que no puedes hacer nada por cambiar el rumbo de las cosas. Ver como se casaba con mi hermano y ataban sus vidas para siempre me dejó un profundo agujero en el pecho. Optaron por una ceremonia al estilo tradicional, como era de esperar, mi hermano entró al templo con mi padre y Katsumi con su madre.

Estaba preciosa con aquel *shikamuro*^[11] rojo y blanco, no sabría describir su expresión, así como tampoco la de mi hermano, no hubieron sonrisas de complicidad, como las debería haber en una boda donde los novios se aman, eran como una lata de coca cola desbravada, desprovista de las burbujas que la hacían chispeante.

La ceremonia no duró más de veinte minutos en los cuales, ambos cumplieron con el ritual de purificación, recitaron sus votos e hicieron ofrendas a los Kami. La ceremonia culminó tras el *San Sankudo*, que significa tres veces tres a nueve, un rito que se da después del intercambio de los anillos y los *juzus*^[12] a través de los cuales hicieron una promesa de matrimonio ante *Gohonzon*^[13]. Tomaron tres vasos de sake, que representan al cielo, la tierra y el

hombre, en tres sorbos, como marcaba la tradición. Primero mi hermano y después ella, el matrimonio ya era oficial, Katsumi era su mujer y yo su cuñado.

Mi hermano estaba imponente con su *montsuki*^[14] negro y dorado con el emblema de nuestra familia, eso debía reconocerlo, formaban una bonita pareja, sino fuera porque ella me pertenecía a mí, o por lo menos así lo sentía.

Había llevado a una de las chicas con las que habitualmente me acostaba a la boda, no pensaba ir solo y que Katsumi pensara que iba a llorarla por los rincones.

La semana anterior a la boda, durante un inevitable momento que volvimos a quedarnos solos, la besé de nuevo, ella me devolvió el beso con aquella entrega que me hacía sospechar que solo se casaba con mi hermano para contentar a su familia. En un arrebato, cuando el beso fue un poco más allá, le pedí que no se casara y que se escapara conmigo, no podía declararle mi amor o pedirle matrimonio, no estaba seguro de lo que sentía exactamente por ella, necesitaba tiempo para averiguarlo y Katsumi también. Fui un necio, ella se apartó de mí como si de golpe le repulsara, me dijo que no, que había sido un error y que no volvería a ocurrir, después se marchó y hasta hoy no la había vuelto a ver.

Durante el banquete opté por beber, pasaba de mirar a los novios para encontrarme con su asquerosa y falsa felicidad. Era una boda muy concurrida, así que no me di cuenta de que el *gajin* de mi hermano estaba allí, hasta que le sentaron en mi mesa junto a Akiko y Fukuda. Mi hermana había logrado arreglar finalmente sus diferencias, el ruso nos salió rana, mientras que Hikaru no se dio por vencido luchando por ella hasta el final. Estaban felizmente casados y esperando un bebé.

La relación con mi cuñado se fue estrechando, hasta llegar a un punto en el que me convirtió en su mano derecha, ahora trabajaba para él, a la vez que Akiko e Hikaru impulsaban la compañía de cosméticos que había creado mi hermana, y que se estaba expandiendo a nivel mundial. Observé al *gajin*, no me quedaba muy claro qué pintaba él allí, a no ser que, lo que vi en Maldivas no fuera un hecho puntual. Aquel pensamiento me abrió una ranura a la esperanza, si no era por eso ¿qué pintaba David en la boda?

—Disculpa la pregunta, pero ¿a ti quién te ha invitado? —le pregunté directamente.

—¡Kayene! —me reprendió mi hermana— ¡No seas desagradable!

—Tranquila, Kiki, es lógico que sienta curiosidad.

—Me invitó Kenji, creyó que a Kiki le gustaría que estuviera con ella.

—Que considerado mi hermanito...

—¡Pues claro! David es mi mejor amigo, además me ayudó mucho el tiempo que estuve separada de Hikaru, así que es lógico que Kenji le invitara. Y tú — señalo al *gajin*— no tienes por qué darle

explicaciones al maleducado de Kayene.

—No importa de verdad —replicó y observé un movimiento en la mesa de los novios, Kenji miró fijamente a David y movió ligeramente la cabeza. En cuanto mi hermano desapareció David se levantó de la mesa alegando que debía hacer una llamada. Le seguí con la mirada, hasta ver cómo se internaba en el mismo lugar por el que había desaparecido mi hermano, necesitaba ver con mis propios ojos qué ocurría entre ellos.

—Mira que eres desagradable cuando quieres, Kay, con lo majo que es David y has de ponerle en esa tesitura.

—Simplemente me extrañó que Kenji le invitara, solo se han visto un par de veces que yo sepa, en el compromiso de Hikaru y cuando estabas a punto de casarte con el ruso —comenté. Hikaru y Akiko intercambiaron miradas, unas que me parecieron de lo más sospechosas, por eso era bueno jugando al póker, sabía perfectamente cuando intentaban engañarme o iban de farol.

—David se ha portado muy bien con nosotros —intervino Hikaru— y no hay que olvidar que me ayudó a recuperar a tu hermana —añadió. Se echaron una mirada tan almibarada que casi vomito.

—Sí, bueno, ya —quise restarle importancia— no sé por qué le dais tanta trascendencia a una simple pregunta, era curiosidad y parece que estéis buscando una excusa para justificar que David esté aquí, como si tratarais de ocultarme algo —declaré. Aunque mi hermana quiso disimular no pudo, aquel gesto con el

ojo la delató, siempre que se ponía nerviosa o mentía se le disparaba y yo lo sabía. Fukuda en cambio jugó bien sus cartas, mostrándose frío e inexpresivo.

—No sé a qué te refieres —puntualizó mi hermana.

—Serán paranoias mías, si me disculpáis voy al baño.

Me levanté y fui tras los amantes secretos, estaba convencido de que era eso lo que ocultaban. Había un edificio anexo, allí es donde se habían dirigido.

No voy a negar, que me costó dar con ellos, pero finalmente lo hice. Tras abrir unas cuantas puertas con sumo cuidado les descubrí en el baño. Me quedé muy quieto, apenas había una ranura por donde mirar. David tenía los pantalones bajados y mi hermano estaba de rodillas, tenía la polla de David en la boca, mientras este se la follaba muy duro. Por unos instantes me quedé observando, sin hacer nada, igual que cuando les vi en Maldivas, después reaccioné, necesitaba una prueba, después ya decidiría qué hacer con ella. Saqué el móvil y me puse a grabar, la puerta estaba ligeramente entreabierta, lo justo para poder mirar sin ser visto. Me quedé hasta el final, David se corrió en la boca de Kenji y cuando terminó, mi hermano se levantó para devorarle la boca con un ansia infernal.

Paré la grabación y me di la vuelta para irme, pero justo detrás a unos pasos de mí estaba Katsumi, si ahora entraba al baño los descubriría ¿era mi oportunidad? ¿Dejaba que Katsumi entrara y lo descubriera todo?

Aunque quería hacerlo no pude, di dos zancadas, la tomé de la mano,

abrí la puerta que tenía al lado y que resultó ser el cuarto de las escobas y la metí dentro conmigo.

—¿Estás loco o es que te has fumado algo? —le pregunté a Kayene cuando sentí su respiración demasiado cerca.

—Te advertí sobre lo que te ocurriría si te cruzabas en mi camino, ahora solo puedes enfrentarte a tu destino —afirmó. Estaba en mi boda, sintiéndome la mujer más desgraciada del mundo, sabiendo que no era con Kenji con quien quería estar habiendo probado los besos de Kayene. Se tiró a por mis labios y como siempre, los saqueó haciendo que me deshiciera debajo de ellos.

Kayene era voluptuoso, arrollador y sus besos bloqueaban mi capacidad de pensar o razonar con cordura. Era sentirle en mí y abandonarme al pecado más absoluto. Gruñó en el interior de mi boca, con tantas capas de ropa sentía que me ahogaba. El espacio era muy reducido, el interior estaba oscuro y no podía ver nada, solo sentirle y cómo le sentía. «Vamos, Katsumi, eso es, recórrele la espalda, ¡*yabai*, qué bueno está! y eso que te está clavando en el vientre no es un teléfono, precisamente» «¡Cállate, Kat!» «No te preocupes que no pienso hablar, lo que realmente quiero es follar» «No puedo hacer eso con él soy virgen, mi virginidad es de mi marido» «Igual que la de la virgen María, échale la culpa al espíritu santo y deja que este buenorro te meta el mango». La mano de Kayene levantó mi kimono para meterse dentro, como aquella vez en el jardín. Cuando acarició mi humedad el gruñido se hizo más intenso. Sabía que no estaba bien que dejara a Kayene hacer eso, ahora estaba casada, pero es que necesitaba tanto saber qué sentiría siendo suya.

—¡*Yabai*, Katy estás empapada! ¿Sabes cómo me pone el saber que estás así por mí, por lo que te hago? ¿Por mis caricias? —me interrogó, mientras sus dedos resbalaban arriba y abajo, hurgando entre mis pliegues, tanteando mi entrada. ¿Mi entrada? Ahí sí que me puse nerviosa.

—No, no, no, Kayene, no puedo, yo... estoy casada con Kenji.

—Shhhhhh, tranquila —trató de calmarme. Seguía con aquel masaje que amenazaba con hacerme estallar de un momento a otro—. Mi hermano no tiene que saber nada de esto, ¿acaso crees que él no te oculta cosas, mi bella Katy? —soltó. ¿A qué se refería? No podía pensar, su boca atormentaba mi cuello, a la

vez que trazaba círculos con su dedo sobre el clítoris. Gemí con fuerza—. Eso es, bella mía, entrégate a mí, regálame tu placer —me ordenó y volvió a acercar el dedo peligrosamente a la entrada para empujar hacia dentro—. Estás tan cerrada que me encantaría enterrarme en ti.

—¡Soy virgen! —exclamé sin control, por todo aquello que Kayene me estaba haciendo sentir. ¡Ala, ya lo había dicho! Se detuvo por un instante, pero fue un lapso de tiempo muy breve, después volvió a atormentarme haciendo pasar mi humedad por toda la vagina. Clave las uñas en sus hombros ante el placer que me causaba.

—No te preocupes, hermosa Katy, salvaguardaré tu virginidad para el capullo de tu marido, pero tu primer orgasmo va a ser mío, le regalaste a él tu primer beso, te has convertido en su mujer, le entregarás tu virginidad, pero yo voy a ser el primero a quien entregues eso —me aclaró. Su boca volvió a capturarme y sus mágicos dedos a masturbarme.

Nunca me había corrido, no sabía qué se sentía, pero estaba convencida que si alguien podía mostrármelo ese era Kayene. «Déjale, Katsumi», me suplicaba Kat, «entrégate a él, deja que te descubra qué se siente, además te ha dicho que no va a sacarte la serpiente».

Poco a poco me fui relajando, a cada pase de sus dedos mi vagina se contraía de placer, cada vez que intentaba penetrarme con uno de ellos, se cerraba como una ostra.

—No pienses tanto, Katy, esto solo es placer, aunque entre en ti voy a ser suave, no voy a romper tu himen, déjame acceder, déjame que te demuestre que siente una mujer cuando es amada de verdad —me pidió y aquellas palabras me desarmaron. ¿Amor, me estaba hablando de amor? ¿Kayene me amaba? ¿Era aquello posible? Uno de sus dedos se coló en mi interior, le tenía dentro y estaba hurgando buscando algo que no tardó en encontrar.

—¡Ohhhhh, ohhhh! ¡Oh madre mía! ¿qué es eso? —pregunté pues nunca había sentido nada como aquello

—Esto, querida, es tu punto G —me explicó y mil escalofríos me recorrían por dentro, no quería que se detuviera.

—Por favor, Kayene, no pares, madre mía, no sé qué estás haciendo, pero lo siento, sé que se acerca.

—Por supuesto que se acerca —dijo con suficiencia, mientras con el pulgar friccionaba mi clítoris con fuerza—. ¿Notas lo rígido que se ha puesto, lo cachonda que estás? Cuando un hombre sabe tocar bien el clítoris, siempre tiene las puertas del cielo abiertas, preciosa, déjame abrir las tuyas, siéntelo, Katy, déjate llevar, no lo retengas, córrete en mi mano —me pidió. La respiración se me había entrecortado, era como si Hiroshima estuviera a punto de estallar entre mis piernas, levanté los brazos intentando asirme a algo y...

¡BUM!

—¡Joder! —gritó Kayene dejándome al borde y retirándose por completo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —indagué. La puerta se abrió y me eché a temblar pensando que alguien nos había pillado, pero no era así, había sido él que la había abierto para dejar entrar algo de luz. Había un montón de productos en el suelo y Kayene se echaba la mano al ojo—. ¿E-estás bien?

—¡Mierda! ¡No podías quedarte quietecita! ¡Te iba a regalar un puto orgasmo y tienes que darme con una botella en el ojo! —bramó. Estaba muy cabreado y a mí sus malos modales me enfadaron.

—¿Qué tu ibas a regalarme qué? Mira, guaperas, yo no soy la que te ha empujado al armario de las escobas para intentar pulirme el pavimento.

—¿Pulirte el pavimento? Ahora no te hagas la ofendida después de estar

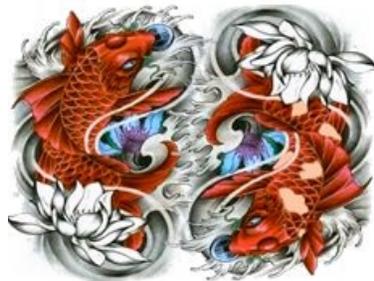
rompiendo aguas en mi mano, gimiendo como una loca, y diciendo “ooohh, ohhh, Kayene ¿qué es esto?” —dijo infantilizando la voz.

—Eres un verdadero capullo ¿me oyes? No sé cómo me he prestado a esto, pero no va a ocurrir nunca más ¿me estás escuchando? Esta noche voy a perder la virginidad con mi marido y va a darme más placer del que tú me hubieras dado jamás —le espeté. Kayene se quedó rígido al oír mi amenaza, incluso yo me quedé sorprendida, pero es que ese tipo sacaba lo peor de mí—. Me alegro que haya sido la botella la que se te ha clavado en el ojo, porque si hubiera tenido un poco de sentido común tendría que haberte estampado el puño. Está claro que la bebida me ha llevado a eso —solté enfurecida aunque era mentira, yo solo había bebido agua durante la comida, pero alguna excusa tenía que buscar para justificar mi inapropiado comportamiento. Él enarcó una ceja.

—¿Ahora le echas la culpa al alcohol? Pues creo que lo has eliminado todo por ahí abajo mientras frotaba la perla de tu almeja.

—¡Eres un cerdo! —exclamé y le metí un empujón que no se esperaba, Kayene trastabilló y terminó cayendo de culo en un cubo repleto de agua sucia, comenzó a lanzar improperios y cuanto más intentaba levantarse, más encajado se quedaba. Abrí la puerta del todo para salir, entretanto Kayene se peleaba por librarse de aquel recipiente que parecía encantado de haberse encontrado con su culo. Antes de salir por la puerta le miré fijamente para decirle—: Ya se sabe que las perlas no están hechas para la boca de los cerdos, así que vete olvidando de la mía, espero que el cubo de agua fría te apague el detector —declaré rabiosa y salí dando un portazo, dejándole a oscuras y con el culo en remojo. No se merecía menos que eso.

18 Capítulo (Kayene-Katsumi)



Estaba jodido, verdaderamente jodido. La boda había finalizado y ya estábamos en casa, los novios iban a pasar la noche de bodas aquí, pues Katsumi se mudaba a vivir con nosotros hasta que terminaran la vivienda que estaban arreglando. La obra había sufrido retrasos y durante unos meses la feliz pareja debería dormir aquí. Además, el viaje de novios estaba pospuesto por la climatología, había un huracán que azotaba México y que no les dejaba despegar, por lo que decidieron esperar a que el tiempo mejorara.

Era lo que me faltaba, mi habitación estaba pegada a la de Kenji, solo nos

separaba un baño que compartíamos, al cual se accedía desde las dos habitaciones. Así que iba a pasar la noche escuchando los gemidos de Katsumi, sería mejor que me emborrachara, terminara con un coma etílico y pasara de todo.

Mi padre ya se había ido a la cama, yo estaba bebiendo en el jardín cuando oí unos pasos detrás de mí. Solo estaba el servicio y la feliz pareja, así que pasé de girarme. Los zapatos y la ropa que se detuvieron a mi lado me advirtieron de quien interrumpía mi “feliz momento”. Ahí estaba Kenji, el causante de todos mis males con una copa en la mano y cara de pocos amigos.

No estaba para tonterías, estaba muy enfadado, así que si me buscaba, me iba a encontrar.

—Menuda sorpresa, pensaba que ya estarías encima de tu mujer follándotela hasta reventar —solté y Kenji me fulminó con la mirada.

—Haz el favor de no hablar así de Katsumi ¿quieres? Se merece un poco de respeto por tu parte, si estás de mala leche con el mundo no tienes por qué pagarlo con ella —me gruñó y yo solté una risa seca. Qué gracioso, pero esta vez el que tenía ganas de buscarle las cosquillas era yo, sentía una rabia ciega por lo que iba a ocurrir dentro de un momento y mi lengua estaba completamente desatada.

—Dime, hermanito, ¿cómo piensas tirarte a tu mujer? ¿Te vas a poner un cinturón con un dildo? ¿O tal vez directamente con un consolador? —le pregunté. El alcohol comenzaba a afectarme, ya nada me importaba y estaba harto de toda aquella situación.

—¿Cómo dices?

—Digo que no tengo muy claro en qué equipo juegas, ¿eres de los muerde almohadas o de los sopla nucas? Porque si eres de los muerde almohadas lo tienes jodido para tirártela, muy jodido... —declaré y di otro trago, a la par que

encendía el móvil para ponerle el vídeo que había grabado por la tarde. Kenji fijó la vista en la pantalla, se puso lívido por un instante, después tomó mi móvil con rapidez y lo lanzó contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos. Solté otra carcajada— ¿Crees que por haber roto el móvil esa escena ha desaparecido? — cuestioné, él me cogió de las solapas de mi americana levantándome del banco.

—¿Qué quieres? ¡Fue un error! ¿Me oyes? ¡Un maldito error! Yo iba bebido y...

—Y te resbalaste con la pastilla de jabón, mientras David te enseñaba su gran polla, no pudiste frenar y por arte de magia su enorme tranca se encajó en tu garganta. Una vez a cuatro patas no ibas a hacerle el feo, así que le chupaste la verga hasta sacarle el trofeo. Muy propio de ti, Kenji, espero que esa polla recién exprimida te saciara la barriga —apostillé. Kenji me levantó del banco y me golpeó con rabia en el abdomen

—¿Esto es lo que quieres, maldito cabrón? ¿Qué nos liemos a hostias? Llevas años buscándome y hoy me vas a encontrar —me amenazó e hizo un amago de darme, pero reaccioné a tiempo y quién recibió fue él—. No sabes las ganas que te tengo —dijo con sangre en el labio.

Comenzamos a golpearlos, teníamos demasiadas cosas pendientes, demasiados años de resquemores acumulados, supongo que él por ser quién debía ser y yo porque él tenía todo lo que yo deseaba. Lo necesitábamos, estábamos sedientos de expiar nuestros demonios particulares, aunque fuera a través de los golpes. Cuando lancé el último directo a su mandíbula él me bloqueó con una llave de defensa, estábamos agitados, despeinados y sudados, nuestras miradas estaban perdidas, igual que nuestras vidas.

—Basta, Kayene, he tenido suficiente.

—¿En serio? —le interrogué removiéndome para soltarme de su agarre.

—Sí, tengo cosas más importantes en qué pensar que en pelearme contigo como si fuéramos un par de críos —alegó y me soltó poco a poco, se sentó en el banco

y apuró su copa. Realmente nunca le había visto en aquel estado de desesperación. Creo que era la primera vez que le veía como a un ser humano y no como a un Dios perfecto, ¿era posible que Kenji estuviera sufriendo tanto como yo tras aquella fachada de hielo?

—Hace mucho que lo sé —le solté de golpe. Lejos de tensarse, sus hombros cayeron, como si estuviera abatido.

—¿Cuánto? —me preguntó sin levantar la mirada.

—Desde Maldivas, os vi el día de las motos de agua —le expliqué. Entonces sí que levantó el rostro fijando su mirada a la mía.

—¿Y por qué no dijiste nada? —inquirió extrañado, yo me senté a su lado.

—¿Y qué se supone que tenía que decir? Hola, chicos, jugando al

teto... —cuestioné, él soltó una risa sin alegría.

—Se lo podrías haber dicho a nuestro padre, jugar las cartas a tu favor para obtener lo que siempre quisiste —expuso. Curvé los labios hacia arriba.

—Aunque no lo creas y aunque a veces yo mismo lo dude, me queda algún principio que otro. Si hubiera hecho eso y nuestro padre me hubiera elegido como futuro *kumichō*, solo por ese motivo, no me habría sentado bien. Tal vez no me creas, pero lograr mi sueño por descarte y porque mi hermano sea gay, no hubiera sido plato de buen gusto —declaré. Nunca había sido tan sincero con Kenji.

—Lo entiendo y si yo te soy franco, si yo hubiera podido elegir, hubiera preferido nacer el segundo, gozar de tu libertad para hacer lo que quisiera y no estar supeditado a tener la vida que otros deseaban para mí. Yo no elegí ser el elegido y no elegí enamorarme de un hombre en vez de una mujer —comentó. Vaya, así que era mucho más que vicio...

—¿Le quieres?

—He intentado negármelo, pero para qué seguir haciéndolo cuando esa es la mayor verdad de mi vida. Amo a David con toda mi alma, pero sé que no puedo, que me debo a quién soy.

—¿Te debes a quién eres o a quién quieren que seas?

—Para el caso es lo mismo, sabes que nunca voy a defraudar a nuestro padre, no lo soportaría.

—Claro, para eso ya estoy yo, ostento el título de defraudador oficial —repliqué con ironía.

—¿Sabes?, me siento aliviado por poder hablar contigo de esto y que no me juzgues por ello. Sé que no he sido el mejor hermano que hayas podido tener y lo siento —aseguró. «¿Un momento, ¿Kenji se disculpaba conmigo?».

—¿Qué tú me pides perdón a mí? ¿Es que ser gay afecta al cerebro? ¿Por qué dices eso?

—Pues porque nunca te pregunté, di por hecho que eras un rebelde sin causa que solo quería fastidiar y no me di cuenta, que lo que ocurría es que te pasaba lo mismo que a mí, no eras quién querías ser y lo gestionabas a tu manera. Tal vez si hubiera estado más atento tú no habrías caído en las drogas y en el alcohol y...

—Alto, alto, alto —le frené—. Ahora no te victimices, ni te responsabilices de algo que solo fue cosa mía. Sabía lo que hacía en cada momento, así que el único culpable de eso fui yo, jugué y me quemé. Tú no tuviste la culpa, además ahora ya estoy desenganchado, bebo y fumo de tanto en tanto, no lo voy a negar, pero no soy un adicto —aseguré, él soltó el aire que estaba conteniendo...

—Gracias, se puso en pie y sacó algo de un bolsillo.

—¿Qué es eso? —le pregunté curioso.

—Esto es mi salvación para esta noche, como bien has dicho debo

montar a mi mujer y soy incapaz de que se me levante por bonita que sea — declaró pesaroso. Abrió la palma de la mano para mostrarme una pastilla azul, mientras yo le observaba sorprendido.

—¿Viagra? ¿Piensas que lo que tu mujer se merece es un tío que se la tire porque se ha tomado una viagra? ¡Katsumi es virgen, se merece algo mucho mejor que eso en su primera noche! —exclamé enfadado. Kenji entrecerró los ojos, parecía que me estuviera evaluando en vez de plantearse qué iba a hacer con su mujer. Me sentía muy molesto, mi hermano iba a poseer lo que yo más deseaba, le iba a arrebatar la virginidad siendo gay y solo para que nadie sospechara que lo era ¿Qué primera vez le iba a dar a su mujer? Seguro que incluso le salía un sarpullido.

—Te gusta —sentenció, mirándome fijamente, me sentí sorprendido y cuando lo notó fue como si le acabara de ser revelado algo maravilloso, a la vez que yo me sentía como el culo—. Sé sincero, Kayene, ¿te gusta Katsumi? ¿Te gusta mi mujer? —me preguntó. Di una patada a una piedra con todas mis fuerzas.

—Aunque eso no debería importar... ¡Sí joder, me gusta! Desde el instituto — respondí. Mi hermano abrió los ojos y sonrió abiertamente, creo que nunca había visto tantos dientes en su boca—. ¿Quieres decirme por qué estás tan jodidamente contento?

—Porque tengo la solución a nuestro problema.

—¿Ah sí? Ilumíname, lumbreras.

—Podemos intercambiarnos —propuso, yo solté un bufido, menuda mierda de idea.

—Claro, porque somos gemelos idénticos, no me jodas, Kenji —resoplé. Mi hermano tiró la pastilla al suelo y la aplastó—. ¿Qué cojones haces? ¿Ahora

cómo te la vas a follar?

—No pienso hacerlo, lo harás tú —aseguró. Mi hermano entrecerró los ojos y sonrió.

Estaba muy nerviosa, mi marido no subía a la habitación y yo estaba más que lista con el camisón nupcial puesto. Sabía qué era lo que me esperaba, había visto alguna película a escondidas, también había leído algún libro y en mis carnes había sentido lo que Kayene me había hecho. Pero no creía estar preparada para que Kenji me tomara como mujer y menos aún, después de lo que había compartido con el idiota de su hermano en el cuarto de las escobas. «Sí, sí, idiota, pero bien que te mojabas del gusto», replicó Kat. «Eso no tiene nada que ver, es cierto que me hizo sentir cosas, pero seguro que mi marido me hace experimentar lo mismo o más» Kat soltó un bufido, «eso no te lo crees ni tú, con lo soso que es Kenji no vas a saber en tu vida lo que es un orgasmo». Tal vez Kat tuviera razón, ¿y si era incapaz de disfrutar con mi marido por considerado que fuera?

La puerta de la habitación se abrió y Kenji entró vestido con su kimono nupcial, estaba muy guapo, no podía negarlo sin embargo no era Kayene. Se acercó hasta el tocador donde yo estaba sentada cepillándome el cabello. Me daba vergüenza estar tan desnuda delante de él pues llevaba un camisón de encaje completamente transparente con una braguita a juego que me había comprado mi madre. Me dijo que en el lecho me debía a mi marido, que no debía decir que no a nada y que siempre debía estar hermosa y dispuesta para él.

Kenji me acarició el pelo y un escalofrío me recorrió la nuca.

—Estás preciosa, *tsuma*^[15].

—*Arigatō otto*^[16]

—¿Sabes qué va a ocurrir esta noche? —preguntó y asentí sin pronunciarme—
No quiero que temas nada, seré suave contigo, no haremos nada que tú no
desees.

—¿Nada? —le interrogué esperanzada, él sonrió.

—Bueno, algo sí que haremos, me refiero a que si cualquier cosa que te
desagrada debes decírmelo, seré todo lo complaciente que pueda, sé que es tu
primera vez, así que seré delicado —me explicó. «Mejor eso que nada», pensé.
«Tendrías que haberte tirado al hermano, por lo menos ahora podrías comparar y
saber lo que es tocar el cielo antes de descender al infierno». «¡Cállate, Kat!»—.
Solo voy a pedirte una cosa, *aisuru tsuma*^[17].

—Por supuesto, ¿qué deseas?

—Siempre que venga a ti será con la luz apagada, no quiero que haya ningún
tipo de iluminación en la habitación por pequeña que sea, o en su defecto,
cuando a mí me apetezca te vendaré los ojos —me comentó y yo lo miré
extrañada.

—¿Acaso no te gusto? —le interrogué pues según mi madre a los hombres les
encanta contemplar el cuerpo femenino, así que no entendía lo de apagar la luz.
Lo de que me vendara igual era un fetiche, sabía que había hombres que les
gustaba atar a sus mujeres o que llevaran tacones.

—No es por ti, es por mí, no me gusta que me miren cuando comparto intimidad
con mi pareja, concédeme eso ¿sí? —me explicó. ¿Por él? «¿Tendrá alguna
cicatriz o alguna deformidad?» pensé aunque no iba a negarme a esa solicitud
por extraña que me pareciera, si no le veía era casi como si no estuviera con él,
tal vez fuera lo mejor, si cerraba los ojos y solo le escuchaba podría imaginar que
era Kayene y no él quien me tomaba, ya que su voz era exacta. Definitivamente
eso me ayudaría.

—Está bien, como tú quieras —concedí y él me tendió la mano.

—Ven, tumbate en la cama y espérame, voy al baño, no tardaré nada.

Me estiré nerviosa y él desapareció tras la puerta, apagando la luz de la habitación para sumirme en la más absoluta oscuridad. Intenté relajarme, pero fue imposible, estaba temblando como una hoja y fría como el hielo, ¿cómo iba a tolerar que me tocara y que me besara íntimamente cuando a quien realmente deseaba era a Kayene? Entonces la puerta se abrió, aunque no vi nada, el baño estaba tan oscuro como la habitación, lo único que sentí fue el colchón hundirse a mi lado, después una mano que silenciosamente recorría mi brazo como si temiera que en cualquier momento fuera a desaparecer.

—*Hai men bou*^[18].

—*Hai* —respondí nerviosa. Sabía que debía dejarme hacer pero algo dentro de mí me impulsaba a rechazar el contacto.

—Tienes una piel muy suave, ¿sabes cuantas veces he pensado en acariciarla, la de noches en vela que he pasado soñando con besarla, o la cantidad de veces que me he tocado pensando que era tu mano quien lo hacía? —me preguntó. «¿Kenji me estaba diciendo que se había pajeado conmigo?» No podía creerlo, hasta que un beso ligero como una pluma cayó sobre mi hombro sacándome de ese pensamiento. La piel de mi brazo se erizó, sabía que mi marido estaba siendo paciente, pero no sabía si podría tolerar lo que quisiera hacerme— Ahora voy a desnudarte muy despacio *oujo*, no quiero que tengas miedo, esto va a ser muy placentero para ambos, yo voy a ocuparme de que así sea —aseguró.

Kenji se movió en la cama tomando el bajo del camisón para elevarlo con sutileza paseando el encaje por todo mi cuerpo, lo subía pegando las manos a mis costados delineando toda mi silueta. Cuando llegó a los pechos los dejó arropados por el encaje, no esperaba que se detuviera, ni que bajara la cabeza para tomar uno de mis pezones salvaguardado por el encaje, acunando uno de mis senos entre sus manos. Suspiré ante ese primer contacto, me pareció tremendamente íntimo y erótico, para mi tranquilidad a mi cuerpo parecía

agradarle la situación. Su boca me tomaba con fruición, la lengua trazaba el contorno de la pequeña aureola provocándome y endureciéndome. Los dientes de Kenji mordisqueaban el duro botón, mientras la mano derecha pellizcaba el otro, estimulándolo. Jadeé y me sorprendió aquel sonido de complacencia, me quedé muy quieta, a la par que Kenji obraba aquella extraña magia que me hacía reaccionar sin desearlo.

—Eres deliciosa, Kat, ¿te gusta lo que te hago? —me susurró. «¿Kat? ¿Cómo sabía eso?», que me llamara así me sobresaltó, era como si estuviera buscando a mi otro yo, a la descarada, a la que deseaba salir para disfrutar de los placeres de la vida. «¿Y qué si es así?, a los hombres les gustan las mujeres activas en la cama no las mojigatas como tú. Tal vez así sea mejor, la dulce Katsumi puede seguir soñando con el malote de Kayene, mientras la descarada de Kat toma el mando con Kenji. Parecía una buena solución, aunque no podía pensar que el rostro que me poseyera no fuera el de Kayene. «Imagina lo que quieras Katsumi, pero ríndete, entrégate y responde a tu marido».

—Sí, me gusta.

—¿Quieres que me detenga? —cuestionó. «¿Acaso podía elegir?

¿Quería elegir?» pensé.

—No, sigue —respondí y la mano de Kenji bajó por mi abdomen reverenciando cada porción de piel hasta llegar a mis braguitas, una vez allí contuve el aliento. Su boca abandonó mi pecho y él se incorporó un poco para deslizarlas por mis piernas, ya nada cubría mi sexo, sentía el fresco aire recorriéndolo sin tapujos. Con sumo cuidado separó mis piernas para besarlas, desde el tobillo hasta el interior del muslo. Su nariz rozó mi clítoris y aspiró, aquello me dio tanta vergüenza que intenté cerrar las piernas, pero su fuerte agarre me lo impidió.

—No te cierres a mí, *men bou*, solo estaba grabando tu aroma en mi memoria,

me gusta saber que te excito, que hueles así por mí.

—Kenji, yo...

—No —me interrumpió—, no me llames así, cuando te haga el amor, quiero ser *Koi* para ti.

—¿*Koi*? ¿Cómo la carpa? —le interrogué extrañada.

—Exacto, ¿te importa, *men bou*? Son muy importantes en mi vida, significan alcanzar los sueños y tú eres mi mayor sueño hecho realidad —declaró. Me costó tragar al oír semejantes palabras de su boca pues no sabía que sentía algo tan profundo por mí.

—Como desees, *otto* —afirmé. Él paseó su boca por toda la otra pierna deteniéndose para morder o chupar puntos más que sensibles, cuando regresó al interior de mis muslos, mi respiración estaba agitada, y mi vagina expectante ¿iba a acariciarme cómo Kayene? ¿Me gustaría? Sus dedos separaron mis pliegues y...

«Ooooooh, oooooh, ohhhh. ¿Qué estaba siendo eso? ¡No podía ser! ¿Era, era?»

19 Capítulo (Kayene y Katsumi)



No podía creer que la tuviera entre mis labios, que su jugoso sexo se abriera ante mí y que lo estuviera degustando con fruición. Katsumi, mi Katsumi se abría como una flor, un tanto recelosa, pero terriblemente receptiva. Debía tener en cuenta que creía que era Kenji, así que usar motes cariñosos era lo más sencillo para mí, no soportaba la idea que me llamara por el nombre de mi hermano, así que lo primero que se me ocurrió fue Koi, como las carpas que ambos lucíamos

en la espalda.

Le levanté las piernas y las encajé en mis hombros, dispuesto a deleitarme con aquella ambrosía. Su respiración irregular y la dulzura que emanaban sus piernas me decían que iba por buen camino. Katsumi era silenciosa aunque aquello lejos de molestarme me excitaba mucho más. Sus suaves jadeos, la respiración entrecortada junto con el chapoteo de mi lengua en su sexo, era lo más erótico que había oído nunca. Los labios de su vagina se habían endurecido, los besaba sin prisa, mordiéndolos con suavidad para pasar mi lengua por toda su extensión. Era su primera vez y necesitaba que fuera perfecta.

Llegué a la entrada de su vagina y la tanteé, encajándome con tiento, rebañándola por dentro. Sentía sus manos apretarse contra las sábanas, me hubiera encantado ver su rostro a la vez que le daba placer, el modo en que sus facciones se contraían y sus mejillas se arrebolaban sin embargo me conformaba con tenerla sin importarme el precio. Iba a ser mía, mía y solo mía.

—K-k-k-koi —susurró entrecortada— ¿qué estás...? ¿Me estás...? ¡Oh por Buda! ¿Qué me estás haciendo? —sollozó y no pude más que sonreír.

—¿Tú qué crees que hago? ¿Acaso no lo sientes?

—Demasiado —rezongó por lo bajito, mientras mi sonrisa se ampliaba—, pero es que me estás besando ahí ¿eso es correcto?

—No hay nada incorrecto entre dos personas que se entregan la una a la otra *men bou*, además, eres tan dulce aquí abajo —añadí y la lamí de arriba a abajo.

—¿Y te-te gusta? —preguntó. Me gustaba esa Katsumi curiosa.

—Me encanta, después dejaré que te pruebes en mis labios, que puedas paladear tu sabor en mi boca, pero ahora es solo mío, relájate y disfruta ¿o acaso no te gusta lo que te hago? —la interrogué, al tiempo que sorbí el clítoris y un pequeño gritito de sorpresa asomó por su garganta, llenándome de júbilo.

—Mucho, me gusta mucho.

—Me alegro —aseguré volviendo a tironear del tenso botón lo que provocó que Kat de nuevo gritara, ahora que la tenía no pensaba soltarla.

Comencé a prepararla para mí, masajeándola con los dedos, era jodidamente estrecha, mi polla iba a sentirse sensacional enterrándose en ella. Con ese pensamiento me puse más duro que el monte Fuji. Colé la punta del primer dedo, mientras seguía tironeando del tierno brote. Katsumi clavaba sus talones en mi espalda y empujaba su cadera contra mi barbilla, eso era muy buena señal, se estaba dejando llevar. Interné el dedo hasta que di con la barrera de su virginidad, aquella que decía que yo iba a ser el primero, el único que iba a poseerla y me llenó de regocijo. No porque Katsumi fuera virgen, eso era lo de menos sino porque era el primero en algo, nunca me había sucedido antes, siempre llegaba tarde a todo y era relegado al segundo lugar. Con ella eso iba a ser diferente, iba a ser su primer amante, el primero que iba a hacerle alcanzar las estrellas, porque no iba a tolerar menos que eso y menos con una mujer por la que sentía tantas cosas.

Palpé su interior hasta dar con el punto G, quería volverla tan loca de pasión que me rogara que la poseyera, eso nos facilitaría mucho las cosas. Se contraía, se agitaba, resollaba y empujaba.

—*Yabai Koi*, no sé qué me está pasando pero está claro que algo me pasa, nunca había sentido algo así, ¿qué estás haciendo? —inquirió. Estaba dilatando tan bien que pude encajar el segundo dedo

—Estoy acariciando tu punto G aunque me gusta más llamarlo punto Globo.

—¿Punto globo?

—Exacto Kat, porque voy a hacer que alcances las nubes con él.

—Ooooohhhhh —resopló y yo me activé por completo, buscando dejarla al

borde del precipicio. Sus caderas empujaban enfebrecidas, mis dedos resbalaban con fluidez y el clítoris parecía a punto de estallar. Las contracciones vaginales cada vez eran más intensas, se sucedían intermitentemente precediendo a la tormenta perfecta, aquella que se estaba originando en el vértice de sus piernas.

—Eres el paraíso Kat, mi paraíso, el lugar al que siempre desearé volver, noche tras noche, día tras día —afirmé. Katsumi ya no se contenía, jadeaba abiertamente.

—Estoy a punto, siento como el globo se eleva, estoy aaaaaaahhhhhhhh —gritó. Había estallado, era el momento, la ola perfecta así que subí con rapidez sin bajar las piernas de mis hombros y de un empujón la penetré. No fui el más cuidadoso del mundo, pero esperaba que su orgasmo me ayudara a aliviar el dolor, una vez dentro me detuve un instante para que se adaptara a mí.

—¡*Yabai!* —exclamó con fuerza— Ni se te ocurra parar ¿me oyes?

Es la primera vez que llego y el globo se deshinchó, enciende el motor y agita la cola carpa del demonio, como me dejes así te juro que, que... Oooooooooohhhhhhhh —chilló de nuevo. La embestía una y otra vez, no quería suavidad, me tenía loco, completamente fascinado, su sexo me constreñía, a la vez que su orgasmo se alargaba, era una puta locura. Yo gruñía y Katsumi gritaba completamente arrebatada, no pude contenerme mucho más, la deseaba tanto que me corrí en los últimos coletazos de su éxtasis.

—Katttttttttttttttttttttt —bramé llenándola de mí, hasta que no quedó nada. Me había vaciado por completo, la había tomado violentamente con una penetración que había alcanzado su cervix, teniendo en cuenta mi tamaño estaba acojonado por lo que pudiera decirme ¿la habría dañado?—. ¿Estás bien? —pregunté con miedo. Ella rio, mientras yo le bajaba las piernas de los hombros, no quería salir de ella y al parecer ella tampoco. Enroscó sus piernas en mi cintura y se abrazó llenándome de dicha.

—¿Estás de broma? —respondió y acurrucó la cabeza contra mi pecho depositando un dulce beso en él, fue algo breve y espontáneo— Ha sido increíble, una locura, me habían dicho que dolía, que debía aguantar, pero nadie me había preparado para esto, ha sido fascinante, tú has sido increíble, mil gracias *otto* por convertir este momento en el mejor de mi vida nunca hubiera imaginado que subir en globo fuera tan placentero —me dijo y su sincera declaración me llenó de orgullo. Me tumbé a su lado acunándola en mis brazos gozando de aquel momento de calmada intimidad, entonces Katsumi me sorprendió—. No sé si se puede o no pero ¿podemos repetir? —inquirió muy suave como si le diera apuro preguntar. Mi polla reaccionó al instante endureciéndose en su interior.

—Las veces que quieras, pero ¿estás segura? ¿No te duele?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, necesito sentirlo de nuevo para saber que no ha sido un sueño, que puedo experimentar algo tan extraordinario contigo, hazme tuya de nuevo Koi, hazme tu mujer.

—Tus deseos son órdenes para mí, *tsuma*.

Me desperté sola en la habitación, no sabía qué hora era, pero me dolía todo el cuerpo y me sentía terriblemente satisfecha. Palpé al otro lado de la cama deseando encontrar a mi marido para besarle y darle los buenos días, pero la cama estaba fría y vacía.

Encendí la luz para observar las sábanas manchadas, recorrí las rosas que se habían formado en ella, había sangre seca en mis muslos y me sentía algo irritada, pero no importaba, todo había dejado de importar con aquel hallazgo. Me sentía feliz, mi marido me había hecho feliz, estaba convencida que las cosas iban a funcionar entre nosotros.

Tras estirarme satisfecha fui al baño a asearme. Me senté en el

taburete de la ducha, para enjabonarme, mientras se llenaba el *ofurō*^[19]. Un baño de humeante agua caliente era justo lo que necesitaba. El jabón recorrió mi cuerpo; entretanto, mis manos se detenían sobre las marcas que mi marido me había dejado, sonreí al recordar la manera en la que sus labios succionaban mi piel, durante la segunda vez. Una al lado del pezón, otra en el pubis y otra entre los muslos, ¿quién hubiera dicho que era tan fogoso? Pensaba que ese estilo le pegaba más a su hermano que a él.

Tracé el contorno rojizo del chupetón del pecho, donde la pasión y la boca de Kenji, habían hecho de las suyas. No pude evitar sonreír ante el recuerdo, al parecer la experiencia no había sido tan terrible, ser su mujer no iba a ser tan insoportable, cerré los ojos y me relajé.

—Por la sonrisa que tienes en los labios diría que mi hermano supo saciarte — escuché de pronto y los abrí de golpe para encontrarme a Kayene con solo una toalla atada a su cintura, contemplando mi desnudez con desfachatez. Me encogí dentro de la bañera cubriendo todo lo que pude.

—¿Qué narices haces aquí Kayene? ¡Haz el favor de largarte! ¡Estoy desnuda!

—¿En serio? No lo había notado, pensaba que eso que por ahí asomaba eran dos mandarinas y tú una bandeja de frutas —comentó. ¡Sería necio!—. Relájate, estás muy arisca esta mañana cuñadita, ¿es que mi hermano no te dejó del todo satisfecha? ¿O tal vez lo que ocurre es que necesitas un hombre de verdad para cubrir tus exigencias de gata salvaje? —me preguntó. Kayene se acercó al taburete que estaba justo a mi lado, encendió la ducha quitándose la toalla sin pudor. Se quedó completamente desnudo ante mis ojos. No pude evitar recorrerle, desear aquel cuerpo anguloso lleno de músculos de acero, bajé por los abdominales hasta detenerme en cierta parte de su anatomía que se levantaba orgullosa. «No le mires ahí, no le mires ahí», me repetía sin poder apartar la vista, mientras aquello crecía cada vez más. «Mmmmm, mira eso Katsumi, el aguijón del abejorro quiere clavarse en tu pitorro», sacudí la cabeza intentando

acallar a Kat— ¿Te gusta lo que ves? —inquirió bamboleando el aguijón, sacándome así de mi ensimismamiento.

—Pues no, no me gusta, la tienes pequeña comparada con la de mi marido que es descomunal. Simplemente la miraba para comparar y saber, que me he quedado con el caballo ganador —le solté. Sabía cuánto molestaba a los hombres lo del tamaño de su miembro, así que aspiraba a que diciéndole eso se largara.

—¿Estás segura que Kenji la tiene más grande? ¿Quieres verla de cerca? Tal vez anoche no se la pudiste ver bien, las malas lenguas dicen que es muy vergonzoso, que no le gusta la luz como a los vampiros, por eso siempre lo hace a oscuras —replicó. Su voz profunda me incitaba sobremanera, sabía que no estaba bien, pero no podía evitar sentir cosas hacia él—. En cambio a mí, preciosa me gusta mirar con quién estoy follando, me gusta que cuando mi pareja llegue al orgasmo lo haga perdido en mi mirada, para descubrir esos matices, aquello que me dice que he hecho un buen trabajo y que está disfrutando tanto como yo. No hay nada más hermoso que ver el éxtasis en el rostro de una mujer —observó. La boca se me había secado ¿por qué me decía todo aquello? ¿Cómo podía afectarme tanto? ¿Así sería con él? ¿Sexo desinhibido? ¿Luz en la oscuridad? ¿Miradas de pasión?—. ¿Qué te parece preciosa Katsumi? ¿Quieres que te muestre un mundo lleno de color? ¿Quieres embarcarte conmigo en el placer más absoluto? Te juro que no dejaría un rincón de tu cuerpo sin venerar —aseguró. Yo contuve un gemido cuando mi sexo se contrajo—. Ya no eres virgen, nada puede impedir que te tome como ambos deseamos, ahora podemos dejarnos ir sin preocuparnos.

Me costó tragar, el agua recorría su cuerpo y yo le deseaba tanto. «Dile que sí, mira que pedazo de piragua, este te la mete hasta debajo del agua» «¿Es que estás loca? ¡Estoy casada! Y no estoy para ponerme a practicar piragüismo Kat», intenté recuperar la cordura.

—Vamos Katsumi acepta el juego.

—Yo no jugaría contigo ni al escondite.

—Pues toda la que prueba mi polla repite —respondió y yo resoplé, mientras él, con toda la parsimonia del mundo, se sentó en el banco para enjabonarse.

No era extraño ir a baños mixtos y estar desnudos para socializar, pero yo jamás había ido a ninguno, además se trataba de Kayene, era mi cuñado, el hermano de mi marido, el hombre del que me creía enamorada antes de casarme, o más bien encaprichada. Ahora le tenía ahí, como Buda lo trajo al mundo, compartiendo conmigo aquella intimidad, pasando sus grandes manos por aquel cuerpo duro y resbaladizo, acariciando los tatuajes que cruzaban su pecho. ¡Madre mía que pecho! «¡Y fíjate en sus abdominales, tiene tantos cuadrados que puedes jugar una partida de ajedrez sobre ellos!». «¡No voy a jugar al ajedrez en su abdomen!». «Piénsalo bien podrías comerle ese pedazo de alfil con tu reina y marcarte un jaque mate». «Ni jaque mate, ni nada de nada, esto no está bien Kat». Debía mantener la distancia y dejárselo claro.

—Mira Kayene, no creo que a Kenji le guste que estés aquí conmigo —aseguré mirándole de refilón. «*Yabai* qué bueno estaba» No podía dejar de mirarlo aunque quisiera, el problema era que con Kenji habíamos estado a oscuras, así que solo podía imaginar el cuerpo de mi cuñado montándome anoche, de hecho era su rostro era el que había imaginado en todo momento. Estaba claro que estaba enferma. Mi marido complaciéndome y yo pensando en el demonio de Kayene. En cuanto se quitó los restos de jabón se puso en pie, acercándose peligrosamente al borde del *ofurō*, yo me encogí a más no poder «¿no pretendería besarme?». Casi me fundí con la pared. Ese fue el momento que Kayene aprovechó para internarse con rapidez en el agua en el estrecho espacio que había dejado, estábamos piel con piel, desnudos y solos.

—Creo que te sorprenderías pequeña Katsumi, Kenji puede ser muy generoso en determinadas cosas —empezó. Sorprendida ya estaba, le tenía pegado a mí, mientras mi vagina no dejaba de lanzar señales bajo el agua, intentando llamar la

atención del torpedo de Kayene—. Mi hermano y yo siempre lo hemos compartido todo, incluso el baño. Cuando se marchó esta mañana me dijo que cuidara de ti, que hiciera realidad todos tus deseos y eso es justo lo que voy a hacer —añadió tomándome del rostro y besándome.

¡Bummmmmmm! Todo estalló en mil pedazos cuando su boca tocó la mía, las barreras que había intentado alzar estaban por los suelos. «¿Y qué esperabas? El tío está como un queso ha nacido para ser devorado», Kat ya andaba haciendo de las suyas. «Además te ha dicho que lo comparte todo con Kenji, no vas a ser tú quien venga a cambiar las normas de la casa» «Dudo que Kenji quisiera compartir a su mujer con su hermano Kat» «Peores cosas se han visto, además le ha pedido que cumpla tus deseos y no nos engañemos, él es lo que más deseas». Eso sí que era cierto, no había nada que no deseara más que a él, tal vez si estuviera una sola vez con él podría quitármelo de la mente, «exacto, debes probarlo y después olvidarlo, solo por esta vez Katsumi, déjate llevar».

Kayene profundizó el beso y yo le respondí, mis dedos se enredaron en su nuca y me encontré entre sus brazos, deseando cualquier cosa que pudiera ofrecerme. Me acarició un pecho llevando mi pezón al límite. Grité en su garganta y él continuó con aquella tortura embriagadora. Bajó la mano y enterró un dedo en mí con facilidad. Volví a gritar, me dolía pues aún estaba muy sensible, sin embargo en un breve lapso de tiempo comencé a excitarme y a desear más. Mi carne rogaba por él, mi clítoris se agitaba bajo su pulgar a la par que el grueso índice recorría mi interior.

Era bueno, tan bueno como Kenji, la única diferencia entre ambos, era que Kayene era con quien quería estar. Estaba completamente enfebrecida, no podía parar de jadear, de empujar mis caderas sin control, ya no sabía quién besaba a quién con más entrega. Apartó su mano para colocarme sobre él, completamente abierta y dispuesta, me agarró del trasero y lo apretó contra su erección. Gemimos al unísono mientras yo me frotaba contra su rigidez, arriba y abajo

buscando alivio. Abandonó mis labios para bajar por la barbilla y tomar un pezón, arqueé la espalda hacia atrás ofreciéndome por entero.

—Joder Katy, qué buena estás, no voy a cansarme nunca de ti —declaró. Sus manos me empujaban una y otra vez hacia él, quería que se enterrara en mí, le quería dentro. Cuando me succionó con fuerza chillé con total abandono, estaba segura que ahora mi otro pecho lucía su marca—. Eso es preciosa, grita, déjate ir, quiero follarte Katy, quiero marcarte, mírame, mira a quién te vas a entregar —me ordenó agarrándome de la nuca para hacer que nuestros ojos se encontraran, estaba completamente ida, arrasada por todo lo que Kayene me hacía sentir—. Quiero que me montes nena, quiero que me folles y que lleves el mando, quiero que me uses, que hagas conmigo lo que quieras y que te corras encima de mí —añadió. «Por Dios qué hombre, deberían haberle puesto Dios del sexo de nombre»—. Guíame Katy, llévame hasta ti —solicitó. Estaba completamente hechizada, quería todo aquello que me decía, toqué su grosor bajo el agua y gruñó. Era grande, ancho y muy suave. Moví la mano por instinto arriba y abajo, recorriendo toda su extensión. Volvió a gruñir con más fuerza—. Eso es pequeña, tócame, me vuelves loco —exclamó. ¿Loco? Yo sí que estaba loca, Kayene sonrió devastándome con aquel hoyuelo—. Hazlo cuando te sientas preparada, cuando estés lista, estoy deseando que me montes pequeña amazona —anunció. ¡Y yo quería montarlo! «¡Vamos a demostrarle cómo se monta a un potro salvaje!». Me senté sobre sus caderas llevé el grueso glande hasta mi abertura y...

Toc, toc, toc.

—¿Katsumi estás ahí? —preguntaron del otro lado. ¡Por Buda era Kenji! ¡Estaba en casa, Kayene me había engañado! Me quedé muy quieta, sin saber qué hacer. Kayene fijó sus ojos sobre los míos negó con la cabeza y decidió por los dos. Me tomó por los hombros clavándome en él, fue tal la impresión de sentirle dentro que no pude evitar gritar.

—Aaaaaaaahhhhhhhh.

—¿Katsumi estás bien? —inquirió Kenji tras la puerta. Las manos de Kayene habían pasado a mi cintura y me movía arriba y abajo desatando el placer más absoluto.

—Contéstale —me susurró mordiéndome el lóbulo— o entrará para ver cómo te follo. ¿quieres eso Katy? ¿Quieres que nos mire? —indagó. Me cogió a pulso y se levantó clavándome contra la pared, empotrándome literalmente en ella mientras yo clavaba los dientes en su hombro, era subyugante— Vamos nena, contéstale y deja que te haga alcanzar el paraíso —me pidió. Kayene bombeaba dentro y

fuera matándome a cada acometida, intenté aclararme la garganta.

—Ehm, s-sí Kenji, e-estoy bien, solo me resbalé al oírte, necesito unos minutos, ¿te-te importa? —comenté. Estaba temblando, estaba cometiendo una atrocidad, pero no podía ni quería detenerme ahora, aunque mi marido estuviera al otro lado de la puerta, era una mujer horrible.

—No tranquila, termina lo que estés haciendo, te espero aquí para que desayunemos juntos —comentó y una sonrisa maliciosa se curvó en los labios de Kayene, me mordisqueó el cuello sus acometidas se volvieron salvajes.

—Deberás ser silenciosa pequeña Katy ¿podrás hacerlo? —me retó. El ritmo de sus caderas era frenético al igual que el de mi corazón, mi sexo estaba rígido de placer, le necesitaba tanto, me estaba dando tanto—. Mírame nena, estás tan bonita, quiero recordar cada aleteo de tus pestañas cuando te corras para mí —me exigió. Estaba tan cerca, podía sentir el orgasmo tomando fuerza, concentrándose en mi bajo vientre. Kayene se enterró profundamente y si salir comenzó a frotarse, masajeándome el clítoris con astucia.

—Oh, oh, oh —resollaba yo pues se me entrecortaba la respiración del gusto.

—Eso es, lo siento, estás tan cerca... Mira cómo me aprietas, parece que quieras tragarme por completo, vamos hermosa Katy estalla para mí, córrete, córrete — me ordenó.

No pude aguantar más y cuando fui a gritar llevada por el clímax,

Kayene me tomó en sus labios para silenciarme, embestirme y terminar junto a mí. No podía dejar de estremecerme, había sido maravilloso, estaba ahí encajada, desnuda con la lengua de Kayene acariciando la mía y sintiendo su simiente en mí interior, quería imprimir ese momento en mi memoria, cuando caí en la magnitud de lo que acababa de suceder.

—¡No has usado condón! —exclamé y Kayene se separó un poco.

—Estoy limpio.

—¿Qué estás limpio? ¿Qué estás limpio? No tomo la píldora pedazo de animal —dije aporreando su pecho. Estaba convencida que ahora vendrían los insultos, me diría que era una descerebrada por no usar precauciones, pero ¿quién iba a decirme que me iba a acostar con él? Su mirada buscó la mía, sin embargo lejos de asustarse sonrió y acercó su boca a mi oreja.

—Me encantaría pensar que mi hijo crece en tu vientre, verle crecer dentro de tu barriga y que engordaras por mí, no hay nada más erótico que una mujer embarazada —declaró y volví a empujarle.

—Bájame, ¿estás enfermo o qué? —Kayene se resistía a dejarme ir— No puedo quedarme embarazada de ti, estoy casada con tu hermano pedazo de alcornoque, suéltame, esto no tendría que haber pasado nunca —bramé y él soltó una carcajada ronca.

—Pues yo creo que estabas muy dispuesta a que sucediera, yo no le veo el problema, todo queda en casa, nena.

—¿Qué no ves el problema? ¡Bájame pedazo de animal! ¿Cómo le he podido

hacer esto a mi marido? ¿Y tú? ¿Cómo le has podido hacer esto a tu propio hermano? —le interrogué furiosa. Logré que me bajara, en cuanto mis pies tocaron el suelo del *ofurō* salí cubriéndome con un albornoz.

—Soy así de cabrón, ya lo sabes.

—¡No vuelvas a acercarte a mí Kayene Watanabe! ¿Me oyes? Lo que ha pasado hoy no va a volver a repetirse jamás, nunca más. No voy a tolerar que me pongas un dedo encima —le amenacé completamente convencida de mis palabras.

—Eso ya lo veremos gata salvaje, ya lo veremos.

Salí de la habitación casi a la carrera, la bañera quedaba en un rincón así que podía salir sin que Kenji viera a su hermano. ¡Qué había hecho! ¿Cómo había sido capaz? «A lo hecho, pecho», replicó Kat. «No estoy para refranes, acabo de engañar a mi marido con su hermano el día después de mi boda, soy despreciable». «Vamos Katsumi no seas victimista, esto tarde o temprano iba a suceder» «Pues no debería haber sucedido». «Serás jodida, si no te lo tiraste el día de antes fue porque no pudiste. Que aquello que se te clavaba en el cuartito de la limpieza no era el mango de la escoba precisamente».

Estaba claro que estaba predestinada a que aquello ocurriera antes o después, pero no iba a repetirse, no iba a tolerarlo, iba hacer lo que fuera para que no sucediera nunca más.

20 Capítulo (Kenji y Kayene)



Mi mujer salió del baño, estaba muy guapa, tenía el pelo húmedo, los labios hinchados, la piel sonrosada y los ojos brillantes. Y eso junto a los ruidos que había escuchado tras la puerta, solo podían decir una cosa: Kayene.

Mi hermano se había pasado toda la noche haciéndole el amor, cuando Katsumi se quedó dormida presa del agotamiento, regresó a su habitación, donde yo le esperaba. Me explicó todo lo sucedido, punto por punto, por si Katsumi preguntaba algo que no me pillara por sorpresa. Katsumi era virgen, tal vez tuviera preguntas que hacerme. Me alegraba que mi mujer hubiera disfrutado tanto, en su primera vez. Aunque mientras mi hermano hablaba, podía ver una espina clavada en el fondo de su mirada, que ella pensara que había sido yo quien la hacía gozar y no él, le atormentaba.

Sabía que necesitaba estar con ella como Kayene y no como Kenji, así que cuando me pidió permiso para seguir intentándolo con Katsumi, porque necesitaba saber que ella estaría con él por propia voluntad, no pude negarme. Sabía que lo movían sentimientos muy profundos, seguramente los mismos que me impulsaban a mí a no querer renunciar a David. Si era sincero conmigo mismo, no esperaba que lo lograra tan rápido, aquello me produjo cierta

punzada, no estaba celoso por amor, obviamente, pero me molestaba que mi mujer se hubiera rendido a él con tanta facilidad, no estaba acostumbrado a perder frente a mi hermano.

El aspecto de Katsumi reflejaba culpabilidad, apenas levantaba el rostro para mirarme a los ojos, me molestaba que entre ambos estuviéramos haciendo que se sintiera mal, necesitaba compensarla.

—Buenos días Katsumi, ¿ha sido placentero tu baño? ¿Te sientes bien? —le pregunté. Ella se sonrojó, acercándose muy despacio.

—Mucho, *otto*.

—Me alegro, ven siéntate, he traído el desayuno para que repongamos fuerzas después de lo de anoche —comenté y su sonrojo se acentuó—. No debes avergonzarte *tsuma*, lo que ocurrió anoche es lo que sucederá a partir de hoy cada noche si es que lo deseas claro —proseguí, pero ella seguía cabizbaja—. ¿Acaso no lo deseas? —indagué y levantó la cabeza de golpe, atemorizada.

—No, no es eso, supongo que no sé cómo comportarme después de lo que ocurrió.

—Es lógico que te sientas incómoda, anoche fue tu primera vez y debes sentirte extraña. Solo quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa, soy tu marido y me preocupo por ti, no quiero hacer o decir nada que te disguste.

—Lo sé *otto*.

Tenía los ojos brillantes, como si estuviera a punto de echarse a llorar, maldije a Kayene por hacerla sentir así. Instantes después, mi hermanito hizo su aparición magistral.

—¿Qué tal los recién casados? ¿Lo pasasteis en grande anoche? La verdad es que no escuché mucho ruido, dime Katsumi, ¿mi hermanito te complació? —la interrogó, ella levantó la mirada echando fuego por los ojos.

—Más de lo que ningún hombre lo ha hecho jamás —le espetó y casi suelto una carcajada ante el enfado de Kayene, pues teniendo en cuenta que él era el único que se la había tirado se estaba enfadando consigo mismo.

—Vaya, así que no eras virgen —atacó y se encogió de hombros— pensaba que sí, a Kenji no le suelen gustar los objetos de segunda mano—. Ella golpeó la mesa.

—Por muy cuñado mío que seas no voy a tolerar que pongas en entredicho mi pureza o la falta de ella, además no tengo que darte explicaciones pues mi marido es Kenji y no tú. Si en esta familia nadie te ha parado los pies lo lamento mucho, pero conmigo no va a ser igual —le explicó exaltada y Kayene silbó.

—Vaya y parecías una mosquita muerta, ha sido casarte y convertirte en dragona —dijo jocosamente. Kayene giró la cabeza hacia mí—. Si folla igual que discute estás de suerte porque te va a hacer arder.

—Ya basta Kayene —le pedí. No podía dejar que siguiera azuzándola así—. Katsumi se merece todo tu respeto, no puedes hablarle así, no es justo. Discúlpate ahora mismo —le regañé y él hizo una reverencia.

—Querida Katsumi, lamento si he ofendido tus delicados oídos con mis elucubraciones, no volverá a suceder —dijo y ella respiró profundamente.

—Acepto tus disculpas.

—Estupendo, ahora os dejo, voy a ver si encuentro una chica tan bonita como la tuya que quiera hacerme tan feliz como a ti —soltó y la cara de mi mujer era un poema, estaba claro que Kayene solo buscaba ponerla celosa, él solo tenía ojos para ella. Aunque parecía que ella no se daba cuenta.

—Lo lamento Katsumi, Kayene puede ser bastante odioso a veces, aunque no es un mal tipo.

—Lo sé, creo que siente celos de ti —me respondió ella y yo me encogí.

—No es fácil ser el segundo hijo, y más cuando deseas todo lo que conlleva ser el primero, pero cada uno debe conformarse con su realidad y amoldarse a ella lo mejor posible ¿no crees?

—Por su puesto —convino. Estaba claro que había hecho una buena elección con Katsumi, ella nunca me llevaría la contraria—. ¿A ti te gusta ser el primer hijo? —me preguntó, a la par que le daba un bocado a la tostada.

—Como te he dicho no se trata de si me gusta o no, debemos aceptar la vida que a cada uno le corresponde, en mi caso me debo a mi familia, a mi código y a lo que los miembros de los Yamaguchi-gumi esperan de mí. Debo ser un buen hijo, un buen *kumichō*, y por supuesto un buen esposo para ti —le expliqué mirándola fijamente, para ver cómo le incomodaba mi última afirmación. Seguramente porque se sentía culpable por haber yacido con Kayene, imaginando que el de anoche fui yo. Debería calcular mejor mis palabras para que no se sintiera incómoda. A partir de ahora trataría de hacerlo mejor, entre mi hermano y yo deberíamos hacerla feliz.

Barcelona, el parto de Akiko.

Habían pasado varios meses desde la boda, David se había negado a hablar conmigo en todo este tiempo y yo le extrañaba a más no poder. Durante los meses siguientes logré una estabilidad con mi relación a tres bandas. Nos habíamos mudado a mi casa nueva los tres, en un principio Katsumi parecía reticente, pero como esposa obediente acató mi decisión.

Las habitaciones eran una réplica a la de la casa de mis padres, cada noche Kayene tomaba mi lugar y le hacía el amor a mi mujer hasta casi entrada el alba. Cuando ella dormía saciada, cambiábamos de habitación. Tal vez no fuera la

mejor solución del mundo, pero era la que teníamos.

Sabía que en alguna ocasión Katsumi había vuelto a caer sin remisión en los brazos de mi hermano. Estaba convencido de ello, pues cuando ocurría, mi pequeña esposa pasaba varios días cabizbaja. Intenté hablar del tema con Kayene pero siempre me salía con las mismas, me decía que por lo menos una vez cada tanto necesitaba sentir que no era una máquina sexual, pero sobre todo que necesitaba saber que no había perdido del todo a Katsumi, que ella seguía sintiendo algo por él, aunque por las noches se entregara “supuestamente” a mí.

Quise hacerle entender que hacer pasar a mi mujer por aquella situación la estaba destrozando, que ella no lo pasaba bien, pues cuando yacía sabiendo que era Kayene pasaba unos días alicaída, seguramente porque creía que me estaba traicionando. Pero Kayene no entraba en razón, le daba igual lo que le dijera, me decía que era la única condición que él había impuesto y que debía respetarla.

Estaba convencido que el problema era que cada día estaba más y más enamorado de ella, y eso hacía que me planteara si lo que estábamos haciendo era algo positivo, o nos estallaríamos encima como la bomba de Hiroshima, arrasando con todo de un modo devastador.

Mi padre no entendía muy bien porqué Kayene se mudaba con

nosotros, le dije que creía que ejercíamos una influencia positiva en él. De hecho Kayene se metía en menos problemas de lo habitual, el tenerle entretenido por las noches con mi mujer hacía que no hiciera de las suyas y eso hizo que mi padre claudicara. Apenas salía y si lo hacía era para controlar los negocios de Hikaru que prosperaban a un ritmo frenético, sabía que mi hermano era bueno en los negocios, no lo dudaba y el tiempo me estaba dando la razón, Hikaru estaba muy complacido, decía que era el mejor hombre que podía estar a su lado, confiaba en él ciegamente.

La verdad es que a mí también me había demostrado que era una persona en la

cual se podía confiar, nuestra relación había mejorado mucho y día tras día me sentía más cerca que nunca de él.

Dos días antes de que Akiko se pusiera de parto mi mujer trajo una noticia que cambiaría el rumbo de todos los acontecimientos.

—*Otto*, ¿podemos hablar? —me preguntó, yo estaba en el despacho revisando papeles de las empresas cuando ella entró, parecía preocupada.

—Claro *tsuma*, ¿qué sucede? —respondí. Ella traía un palito blanco entre las manos que cuando estuvo lo suficientemente cerca depositó sobre la mesa. Nunca había visto uno pero podía intuir de qué se trataba. Mi mujer no tomaba métodos anticonceptivos así que cuando vi dos franjas rosas en aquel cacharrito de plástico, y a ella tan agitada, supe de inmediato qué ocurría— ¿Esto es lo que imagino que es? —la interrogué y ella torció el cuello mordiéndose el labio.

—No sé qué imaginas y tampoco si te alegrará la noticia, así que no sé cómo debo dártela, no estoy muy segura de cómo debo sentirme al respecto pues es algo de lo que todavía no habíamos hablado —me comentó, mientras apretaba los dedos frotándolos como si tuviera frío, estaba convencido de que estaba nerviosa—. No puedo ocultarte algo así, de modo que te lo soltaré sin tapujos —dijo y levantó la vista aferrándose a la mía—. Estoy embarazada —soltó sin demasiada alegría. Me planteé por unos instantes qué debía suponer la maternidad para Katsumi. Debería ser algo hermoso, al fin y al cabo una de las metas de toda esposa era engendrar bebés, y más una tan tradicional como ella. ¿Entonces por qué no parecía complacida? ¿No deseaba tener hijos?

—¿No te gusta la idea de llevar a mi hijo en tu vientre? —indagué y su mirada titubeó.

—¿A ti te complace *otto*? —contestó ella. ¿Era eso? ¿Creía que no quería el bebé?

—Por supuesto, siempre he querido tener hijos —afirmé. Me levanté volteé la

mesa y le di un cálido abrazo, ella se tensó ante el primer contacto, no era muy dado a abrazarla, ni a darle muestras de afecto, de eso ya se encargaba Kayene por las noches, además nuestra cultura me facilitaba mucho las cosas en aquel terreno. No amaba a Katsumi, pero sí que sentía cariño por ella, igual que el que podía sentir por mi hermana.

Poco a poco se fue relajando hasta que la puerta de mi despacho se abrió de golpe. Kayene hizo su aparición magistral, mientras mi esposa volvía a tensarse.

—Vaya, ¿interrumpo algo tortolitos? Está claro que aunque hayan pasado los meses seguís igual de enamorados pues no lográis sacaros las manos de encima —observó. Katsumi estaba completamente rígida, intentó separarse, pero no la dejé, paseé la palma de mi mano tranquilizadamente por su espalda.

—Bueno, más que interrumpir llegas en el momento justo, mi esposa acaba de darme una gran noticia, ¿quieres hacer los honores y contárselo tú misma *tsuma*? —le pregunté a Katsumi, en ese instante mi móvil sonó, ¿por qué sucedían esas cosas en los momentos más cruciales? Miré la pantalla, era una llamada importante—. Disculpadme —les dije y me alejé de ellos—, debo contestar es urgente. Podéis quedaros aquí, no tardaré mucho —alegué. Tenía problemas con una de las empresas a quienes blanqueábamos capital, había habido una filtración y nos estaban pisando los talones. Debía darle prioridad o podíamos vernos con el culo al aire.

Cuando Kenji desapareció del despacho Katsumi se puso en guardia mirándome encendida, colocándose en posición de ataque ante la mesa.

—¿Qué quieres Kayene? —demandó y le sonreí acercándome a ella.

—Sabes perfectamente lo que quiero preciosa Kat, llevamos muchos días sin

intimar y tengo ganas de ti —aseguré.

Como Kayene apenas había logrado estar con ella tres veces, tres memorables veces que tenía grabadas a fuego en mi cerebro. Acostarme con Katsumi siendo yo mismo era lo mejor del mundo, necesitaba ver la entrega en su rostro, ansiaba saber que aún era importante para ella, porque para mí, Kat era mi vida. Conformarme con verla entre las sombras intentando cubrir sus necesidades y cumplirlas, aunque fuera de un modo indirecto, me tenía descolocado. No me gustaba ocultarme, no había nacido para ello, aunque mi familia se empeñara una y otra vez relegándome al segundo término. Necesitaba que entendiera que para mí, era realmente importante así que hice algo que creía completamente necesario para ello.

Le pedí permiso a Kenji para que Katsumi echara una mano en la ONG de Hikaru junto a mí. Era tan buena o más que yo con los números, se le daba genial la contabilidad, además de los patrocinios o las donaciones, que eran sumamente importantes para nosotros. Svetlana, necesitaba una mano derecha en esas áreas y Kat era ideal, tenía muchísimos contactos con gente de poder, personas que podían ayudarnos aportando su dinero, porque no nos engañemos, una ONG siempre necesita fondos. Las buenas conexiones de su familia y su don de gentes, hacían que Kat fuera ideal.

En un principio me costó que Kenji aceptara, para él Kat era una delicada flor japonesa, mientras que para mí la flor ocultaba el espíritu de una guerrera indomable, aquella que se entregaba al placer cada noche. Kenji no conocía a la verdadera Kat pero yo sí. Cuando me dio el beneplácito y se lo comuniqué a ella, no pudo contenerse y se arrojó a mis brazos entregándome un beso lleno de pasión y anhelo. El primero y el último que me daría de aquel modo tan desinhibido, pero que yo atesoraría con mayor recelo. Los ojos le brillaban así que supe que aquella noticia la había llenado de felicidad.

Katsumi, no era como el resto del mundo la veía. Interpretaba un papel, igual

que mi hermano, en eso ambos se parecían. Era una mujer de fuertes convicciones, inteligente, apasionada y con unas ganas increíbles de cambiar el mundo, por eso era tan importante que trabajara allí.

Gracias a trabajar juntos en la ONG había logrado que, en determinadas ocasiones, me mirara con otros ojos y por lo tanto sucumbiera ante mí. Reconozco que habían sido pocas veces para todas las que lo había intentado, sin embargo cada vez que caía en mis brazos no podía evitar que mi alma se calentara afianzando lo que sentía por ella.

Hikaru llevaba unos días en Japón, estábamos ultimando detalles sobre la gestión de la ONG, quería ampliar el ratio de influencia para poder socorrer a más gente, sobre todo a personas en riesgo de exclusión social y ello conllevaba esforzarse todavía más. Había venido por pocos días ya que el parto de mi hermana se acercaba, el tiempo iba en nuestra contra, debíamos trabajar de sol a sol para dejarlo todo listo. Se sorprendió gratamente por las donaciones que había logrado Kat, así como las decisiones tan acertadas que había tomado respecto a los números. Negoció con muchos proveedores y ahora éramos mucho más rentables. La alabó en incontables ocasiones, dándome las gracias a mí por sumarla al equipo, Kat parecía complacida por ello.

Yo llevaba un tiempo intranquilo, hacía unas semanas que se mantenía alejada de mí, sin un motivo aparente, tenía claro que me rehuía y me preocupaba que el motivo fuera que se hubiera cansado de mí y de mis constantes atenciones. ¿Era posible que ya no sintiera nada por mí? ¿Se estaría enamorando de mi hermano pensando que era él quien la complacía por las noches? Cuando entré en el despacho y les vi abrazados no pude evitar pensaren ello.

—Apártate Kayene, la última vez te dije que no podía ser, que estaba mal lo que estábamos haciendo, soy la mujer de tu hermano y lo que ha ocurrido entre nosotros no va a volver a suceder —me dijo por lo que parecía obvio que mis elucubraciones eran ciertas, no obstante no podía suceder, ella era mía, así que

avancé de nuevo arrinconándola contra la mesa, presionando mi erección contra su vientre, buscando sus labios sin demora. Logré robarle un beso, fue fugaz, pues rápidamente se revolvió—. ¡Basta! ¡Te he dicho que no Kay, fuera lo que fuera lo que tuvimos se terminó y ahora tengo un motivo que me va a dar la suficiente fuerza para resistirme a ti! —me gritó. Estaba muy caliente, que me parara los pies lejos de enfriarme me espoleaba aún más. ¿Se estaría haciendo la dura o realmente ya no me deseaba? Era imposible, debía ser la primera opción, debía seguir presionándola hasta que sucumbiera.

—¿Y cuál es ese motivo dulce Kat? —le pregunté. Ella miró de reojo sobre la mesa y yo que era mucho más alto que ella capté con rapidez el objeto que había sobre ella. Parecía un test de embarazo, no es que fuera un experto, pero lo había visto en las pelis y los anuncios de la tele. Había dos franjas rosas que lo cruzaban, eché la memoria hacia atrás recordando lo que siempre decía un amigo mío de la universidad: «Si follas sin condón, prepárate para la reclamación». «Si en el test salen dos rayas, será mejor que te vayas». Se me hizo un nudo en el estómago al instante. ¡Mi Kat, mi dulce Kat estaba esperando un hijo mío! No pude evitar sonreír, apretarla contra mi cuerpo y hacerla girar suspendida en el aire, ella me agarró de la nuca y dio un grito de sorpresa, la bajé y tomé sus labios con fiera posesión, hasta que sentí como me aporreaba intentando separarse.

—¡Suéltame animal! ¿Es que te has vuelto loco?

—Loco por ti, dulce Kat ¡estás embarazada! ¡Vamos a tener un bebé! —exclamé y ella me miró con extrañeza.

—¿Cómo que vamos? ¡Voy a tener un bebé de Kenji! —explotó y la realidad impactó sobre mí. La ilusión me había cegado, estaba claro que para Katsumi el bebé que esperaba era de mi hermano y no mío. Una furia ciega me envenenó, ni siquiera podía celebrar algo tan maravilloso con ella, hasta eso era de mi hermano. Las siguientes palabras casi las escupí.

—¿Y cómo estás tan segura de eso? Que yo sepa ambos te hemos follado, así que ese bebé podría ser tan mío como de él —bramé.

Ella volvió a empujarme para soltarse.

—¡Es de Kenji! ¿Me oyes? No es tuyo! —negó con rotundidad y yo esboqué una sonrisa torcida.

—Tan grave sería tener a mi hijo en tu vientre, ¿acaso no le querrías igual? —cuestioné y ella negó con la cabeza.

—Tú y yo hemos estado muy pocas veces juntos, las probabilidades de que sea tuyo es de una entre un millón —aseguró, aunque estaba claramente acogojada.

—Pero te recuerdo que ni tú usaste precauciones ni yo tampoco, así que ese bebé puede ser tan mío como de mi hermano, es fácil echar cuentas. ¿De cuánto estás?

—le pregunté y ella miró al suelo.

—De poco, apenas una falta —respondió. Así que era eso, yo tenía razón, podía ser de cualquiera.

—Ahí lo tienes entonces, puedes llevar a mi hijo en tus entrañas —alegué. Ella sacudió la cabeza y después me miró como si la estuviera atacando, se llevó las manos al abdomen ¿por qué hacía eso? ¿Acaso pensaba que iba a hacerle algo a mi bebé?

—Este bebé es mío y de mi marido, porque nosotros vamos a ser sus padres, quienes le vamos a criar así que poco importará si el espermatozoide que alcanzó mi óvulo fuera tuyo o de él, porque quien lo va a llenar de amor, quien le va a enseñar a ser un hombre o una mujer de bien va a ser Kenji y no tú —sentenció. Aquello me sentó como una patada en las pelotas, y de ahí fue un golpe directo al corazón, sobre todo porque era cierto. No importaba que Katsumi llevara a mi hijo porque para mi hijo, Kenji sería su padre y yo un añadido.

La cólera volvía a envolverme, a llenarme de una rabia irracional, cargada de

dolor y frustración. La miré, me miró y antes de hacer o decir algo de lo que pudiera arrepentirme, di media vuelta y me largué dando un portazo y dejando en aquella habitación lo que más amaba de este mundo. Cogí la moto y conduje como un loco, hasta llegar a mi lugar especial, aquel sitio donde me refugiaba cuando sentía que el mundo giraba en mi contra, allí donde nadie me veía, donde estaba solo yo. Desmonté para mirar la ciudad de Tokio desde la cima y grité, desgañitándome preso del sufrimiento que me desgarraba por dentro, aquel que llenaba de fuego mis pulmones y que me llevaba a golpear el suelo una y otra vez. No importaba si me reventaba los nudillos, mi aflicción era tal que no sabía cómo sosegar el torrente de pena que me oxidaba por dentro.

Una punzada dañina martilleaba mi cerebro, recordándome una y otra vez que aquella iba a ser mi realidad, que era irrevocable y que nada podía hacer para cambiarla. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo me había enamorado de ella de aquel modo tan desgarrador que me rompía el alma en mil pedazos?

Me quedé allí lacerando las rodillas, clavadas en piedras afiladas mientras la sangre goteaba por mis puños. Acaricié el espeso líquido

que emborronaba llenando de color el gris del suelo.

¿Qué era yo? ¿Qué representaba? ¿Realmente le importaba a alguien lo que me sucediera? Me sentía utilizado, amargado, lleno de exasperación, porque realmente en la profundidad de mi alma, sabía que si desaparecía a nadie le iba a importar. Era una herramienta para todos: para mi hermano para encubrir su homosexualidad, para Katsumi para complacerla en el lecho y para mi padre para recordarle lo bien que le había salido su hijo mayor.

Era un deshecho, un cero a la izquierda, ese a quien nadie quiere pero que todo el mundo utiliza, ¿y todo para qué? Para intentar que los demás vieran más allá de mi fachada de cabrón redomado. Estaba claro que nadie lo hacía pues para el mundo siempre sería el mal hijo, el mal hermano, el mal cuñado. No estaba

hecho para recibir cosas buenas ¿lo merecía? Tal vez sí o tal vez no, pero eran las cartas que me había tocado jugar en aquella partida de mierda. Estaba claro que desde que nací, mi mano era la perdedora. Cuando la vida me presentó su carta, cuando la vi por primera vez, creí que algo mágico podía suceder, que podría incluirla en mi baraja, pero estaba equivocado, Katsumi nunca iba a ser mía, nunca iba a darme la mano ganadora, porque ilusionarme con un nosotros era lo mismo que ir de farol.

21 Capítulo (Kenji y Kayene)



Cuando regresé al despacho tras la llamada, Katsumi estaba temblando y doblada en dos.

—¿Qué te ocurre *tsuma* estás bien? ¿Y Kayene? —le pregunté. Me daba miedo que estuviera así por él.

—Se marchó —respondió y su rostro lleno de dolor me alertó—. Me duele mucho Kenji, no estoy bien —sollozó. Miré su abdomen, cómo lo agarraba con fuerza para después fijarme en un hilillo rojo que descendía por sus piernas. «¿Aquello era sangre?». No quise preocuparla.

—Vamos Katsumi te llevaré al hospital, necesitas que te vea un médico — comenté y la cogí en brazos, grité a uno de mis hombres para que llevara el coche y volé para que la revisaran.

Por suerte solo fue un susto, el médico nos dijo que a veces sucedía, sobre todo cuando la madre estaba estresada o preocupada, le recomendó reposo absoluto durante el primer trimestre del embarazo. Katsumi debía cuidarse y el bebé

también, para ello nos dio unas pautas: debía estar en la cama la mayor parte del tiempo, estar muy relajada, evitar las relaciones sexuales y nada que pudiera sobresaltarla. Por lo menos durante dos meses.

Una vez al mes el doctor la visitaría en casa para ver que todo estuviera bien.

—Pero me volveré loca Kenji, no sé estar desocupada —exclamó y la miré con ternura.

—Tranquila pequeña, voy a darte justo lo que necesitas en este momento con la persona más preparada que hay en este mundo para ello, la he llamado y estará encantada de estar unos meses en casa.

—¿Qué persona?

—Mi *sobo*, ella cuidará de ti y de nuestro hijo. Sabrá entretenerte y cuidarte, mientras yo esté trabajando, te garantizo que vas a estar en las mejores manos.

Mi hermano no apareció por la noche, tal vez fuera mejor así, aunque necesitaba explicarle lo que me había dicho el médico ya que no podría tocar a Katsumi en los próximos meses, aunque estaba seguro que lo asumiría antes que poner en peligro a su propio hijo.

A la mañana siguiente llegó mi abuela que se puso muy contenta por

la noticia, lo que no esperábamos era recibir la llamada de mi padre diciendo que Akiko estaba de parto. Como mi mujer no podía viajar, no me quedó más remedio que llamar a mi suegra, obviamente mi abuela quería conocer a su bisnieta, así que tras localizar a Kayene nos marchamos a Barcelona junto con Hikaru. No tuve tiempo de contarle nada de lo sucedido hasta que estuvimos en pleno vuelo. Todo había sido muy frenético, mi padre nos metió muchísima prisa en coger cuatro cosas y salir volando. Una vez en el avión me senté al lado de Kayene que no tenía muy buen aspecto.

—¿Se puede saber que te ocurre? ¿Por qué desapareciste ayer? Katsumi...

—No quiero que la nombres me oyes, estoy harto de vosotros —replicó y dio un trago a la copa que tenía entre las manos.

—¿Pero qué mosca te ha picado? Hasta ayer todo iba bien, ¿es por lo del embarazo? ¿No estás contento?

—¿Contento? —resopló— Claro estoy dando saltos de alegría, mi hijo crece en el vientre de tu mujer para ser criado como tu futuro hijo, debería estarte muy agradecido —contestó sarcástico. No lo había visto desde esa perspectiva, entendía parte del desconsuelo de Kayene pero no sabía qué esperaba él de toda aquella situación.

—¿Qué creías que iba a suceder Kayene? Si no querías embarazarla haber usado condón —le dije y me fulminó con la mirada.

—Las cosas no se reducen solo a eso Kenji, ¡la quiero joder!

¿Puedes entender eso? ¡Me he enamorado de ella y la quiero para mí! — exclamó. Aquello fue otro golpe para mí— Pensaba que con el tiempo el encaprichamiento iría a menos pero ha sucedido justo al contrario, pues ha ido creciendo hasta convertirse en algo insoportable. No sé cómo gestionarlo, no puedo hacerlo, además ahora voy a ser padre de un niño que nunca sabrá quién soy... —me explicó derrotado llevándose las manos al rostro.

—Lo siento Kayene, tal vez no fue buena idea pedirte que me suplantaras — observé. Debí haber asumido mi papel y no pedir aquello a mi hermano, ahora estaba tan jodido como yo—. He sido un egoísta, te pedí un sacrificio que no tenías porqué aceptar, te metí en una guerra que no era la tuya —añadí, él soltó una risa seca.

—¿Ah no? ¿No era mi guerra? Creo que la convertiste en mía desde el momento en el que te casaste con la mujer que yo quería solo por encubrirte —replicó mordaz. Me sentía como una mierda, no solo había destrozado mi vida sino también la de mi hermano.

—Lo siento, yo en ese momento no sabía... —alegué. ¿Podía sentirse alguien peor que yo?

—Lo sé —suspiró—. Todo esto se nos ha ido de las manos, yo también creía que lo que me proponías era lo mejor, de lo contrario no hubiera aceptado, pero ahora no veo la salida por mucho que la busco, tal vez tengo que alejarme y dejar que viváis vuestra vida por mucho que me duela. Le he estado dando muchas vueltas y no veo otra solución —comentó. No podía hacer eso, si él se iba todo estallarí, yo no podía cumplir con mi mujer y... ¡Yabai, menuda mierda!

—Sé que es muy egoísta lo que te voy a pedir, pero por favor Kayene no te vayas te necesito más que nunca, no puedes abandonarnos y menos ahora que Katsumi está tan delicada —le rogué. Sabía que estaba jugando sucio, no me sentía orgulloso pero algo tenía que hacer. Centró la atención sobre mis palabras.

—¿Delicada? ¿Ocurre algo?

—Ayer, cuando te fuiste comenzó a sangrar —le expliqué. Su mirada se llenó de horror y me agarró de las solapas.

—¡¿Por qué no me dijiste nada está bien?! ¡¿Ella y mi hijo están bien?! —me gritó. Estaba fuera de sí.

—Tranquilo y habla más flojo o nos van a oír —traté de calmarlo pues mi padre y nuestra abuela estaban un poco más adelante que nosotros, Hikaru estaba como loco andando arriba y abajo del avión, debía ser duro estar a miles de kilómetros, mientras tu esposa está de parto de mellizos—. Ayer no pude avisarte ya que tenías el móvil apagado. Ella y el bebé están bien pero el médico ha recomendado reposo absoluto, por eso no ha viajado con nosotros. Apenas va a poder moverse de la cama los primeros meses y nada de sexo ni sobresaltos. El médico dijo que lo que le sucedió podía ser debido a estrés, así que hay que dejarla tranquila —le aclaré, él estiró de su cabello.

—Todo ha sido culpa mía, discutimos por lo del niño, seguro que por eso... —dijo completamente abatido, necesitaba a mi hermano, no podía dejar que se marchara.

—Cálmate, lo importante es que ahora está bien. Su madre cuidará de ella durante nuestra estancia en España, y eso te dará tiempo para reflexionar sobre qué prefieres —observé. Debía presionarlo, aunque me jodiera—. Respetaré tu decisión si quieres seguir tu camino sin estar con la mujer que amas y sin ver crecer a tu hijo —añadí sintiéndome como un hijo de puta por jugar tan sucio, pero algo tenía que hacer. Kayene nunca sería feliz sin ellos y yo le necesitaba también.

Esa era nuestra realidad, no había más que decir. Kayene se quedó en silencio mirando a través de la ventanilla y yo decidí dejarlo tranquilo, por ahora no podía presionarlo más. Cada cual tenía sus demonios y yo ahora, debía pensar en los míos.

Íbamos a alojarnos en un hotel, para no perder tiempo fuimos directos al hospital, mientras el chófer llevaba nuestro equipaje allí. Cuando llegamos no esperaba que lo primero que vieran mis ojos fuera él. Estaba en la puerta, apoyado contra la pared de la entrada, tan guapo como siempre, con un tejano desgastado de color gris y una camiseta de manga corta que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Mi estómago se contrajo, cuando sus ojos alcanzaron los míos, dejé que Hikaru, mi abuela, mi padre y mi hermano subieran, y yo me quedé allí, sin dar explicación alguna, con los nervios, nadie se percató. En cuanto nos quedamos solos le saludé.

—Hola, David —le hablé. Mi corazón palpitaba a un ritmo ensordecedor.

—Kenji —respondió serio. Me saludó como si fuera cualquiera, aquella indiferencia me dolió.

—¿Podemos hablar? —le pregunté y él intensificó su mirada.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar, todo quedó muy claro en Tokio, ¿por cierto, donde está tu mujer? ¿No ha venido? —cuestionó David. Yo aparté la vista, era desgarrador pensar que a quién tu amas ha dejado de amarte.

—El médico le ha prohibido viajar en su estado —solté sin pensar que después debería aclarar lo que acababa de decir.

—Lo siento ¿qué le ocurre a Katsumi? —se interesó. ¿Mentir? No era una opción.

—Está embarazada —contesté bajando la voz, mientras pensaba en las consecuencias tan devastadoras de aquella confesión. Aunque a él pareció no importarle, aquella fría indiferencia me estaba enloqueciendo.

—Entiendo. Enhorabuena, supongo —dijo. No podía aguantar la situación, necesitaba aclarar las cosas con él.

—Tenemos que hablar, David —le insté al tiempo que le tomaba del brazo, pero él se soltó de inmediato, como si mi contacto le diera repulsa.

—Creo que ya no hay más que decirnos, tú tienes tu mujer, vas a ser

padre, ya tienes la vida que deseabas, ahora solo has de vivirla —me espetó. Aquello no era cierto, ¡no tenía la vida que deseaba! ¡Él mejor que nadie debería saberlo!

—Sabes perfectamente que eso no es lo que deseo —repliqué y di un paso al frente jugándomela, acercando mi aliento al suyo, necesitaba tanto su contacto como respirar.

—Pues parecías tener muy claro qué deseabas cuando le diste a Katsumi el sí quiero, y parece que también lo has tenido muy claro cuando me dijiste que no la tocarías y ahora está esperando un bebé —respondió sarcástico. Por lo menos

sus ojos ya no me mostraban indiferencia, era más bien ira y dolor, sentimientos que conocía más que bien. Si por lo menos sentía eso significaba que todo no estaba perdido.

—Lo que siempre tuve claro es que ella era mi deber, pero nunca ha sido ni será mi amor ¿sabes por qué? —le interrogué. Avancé un poco más, a la vez que la espalda de David chocaba contra el muro. Vi indecisión, curiosidad, «Pregunta», le insté con mi mirada, «pregúntamelo». Sus labios se movieron.

—¿Por qué? —cuestionó. Ahí estaba, curvó media sonrisa, le tenía justo donde quería. Tome su cara entre mis manos pegando mi erección contra la suya, ahí estaba, dándome la bienvenida, aunque David intentara negarlo, sabía que su cuerpo no podía.

—Porque soy incapaz de amar a otro que no seas tú —declaré. Sus

ojos se abrieron ante la sorpresa y mi boca le tomó con el ansia del

dependiente, David era mi droga y no quería que dejara de serlo. Su cuerpo temblaba junto al mío, nos devorábamos con hambre voraz, engullendo nuestros labios y nuestras lenguas, como si el tiempo jamás hubiera transcurrido entre nosotros. Un ligero carraspeo nos detuvo, respirábamos agitados, giramos la cabeza para encontrarnos con Kayene. Me separé con tranquilidad de David, mientras mi hermano miraba al frente dándonos privacidad, cosa que agradecí.

—*Chichi* ha preguntado por ti, le dije que habías ido al baño, creo que deberías subir si no quieres que sea él quien baje a buscarte —comentó. Asentí sin apartar los ojos de mi amor.

—Necesito hablar contigo, esto no va a acabar así —advertí y apreté mis labios contra los de él sin importarme que estuviera mi hermano, necesitaba que entendiera que había venido a por él y que no iba a renunciar. Después me separé y subía a la habitación para conocer a mi sobrina.

Mi hermano se la había jugado, eso estaba claro, en vez de bajar yo podría haber bajado mi padre y encontrarlo en aquella tesitura. Me incomodó un poco, no porque se tratara de dos hombres, sino por invadir algo tan privado entre ellos, pero o lo hacía yo o el resultado habría sido peor. Saqué una cajetilla de cigarros y me encendí uno, no fumaba desde hacía mucho, pero lo de Katsumi me desestabilizó tanto que sentí la necesidad de ahogar mis penas en el humo y el alcohol.

—¿Quieres? —le ofrecí a David, que parecía descolocado.

—No, gracias, no fumo, aunque ahora mismo creo que necesito una copa —aseguró y yo sonreí, era lógico que se sintiera desubicado, y más porque les había visto.

—Habla con Kenji, David —le insté y él suspiró.

—No hay nada que hablar, él escogió y ahora va a ser padre —expuso. Solo mi hermano podía soltarle algo así, ¿cómo se le ocurría? ¿Le habría dicho que era mío? Por el aspecto de derrota de David diría que no.

—A veces las cosas no son lo que parecen —respondí y di una calada para proseguir—. Kenji siempre fue el responsable, el heredero, apenas tuvo infancia, todo lo cargaba sobre sus hombros. Siempre a la sombra de lo que mi padre decía, el hijo modelo, el hijo perfecto. Nunca se dio tiempo para disfrutar, ni se dio permiso para ser quien realmente es, hasta que te conoció a ti.

—¿No te importa que sea gay? —preguntó desubicado, yo solo pude reír.

—¿A mí? No, a mí lo único que me importa es que sea feliz y solo va a serlo si tú estás en su vida —aseguré. Me sentía con el deber de echarles una mano a ambos, aunque odiara la situación en la que me había sumido, estaba claro que mi hermano estaba tan jodido como

yo.

—¡Pero tiene mujer! Se ha acostado con ella y van a tener un bebé

cuando me dijo que jamás iba a tocarla —exclamó. Mi hermano no había estado muy acertado al contarle eso de buenas a primeras. ¿Le habría aclarado que el bebé era mío? Por la cara de David diría que no, estaba claro que la noticia le había dolido y ahí yo jugaba un papel fundamental.

—No te mintió, Kenji nunca la ha tocado —le aclaré y él levantó las manos enojado e incrédulo.

—Claro y ahora va a resultar que a los niños en Japón los traen las cigüeñas —bufó. Me gustaba David, era ocurrente.

—No, está claro que en Japón y en España los niños se conciben de la misma manera, pero te garantizo que mi hermano nunca le ha puesto una mano encima a Katsumi.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? Se acuestan juntos cada noche, es muy fácil que en una noche de calentón... —comenzó y le detuve antes de que siguiera sacando conclusiones erróneas.

—Estoy tan seguro porque yo vivo con ellos y quien se acuesta cada noche con ella soy yo y no él —solté y tiré la colilla al suelo aplastándola contra el asfalto. Se quedó en silencio, asimilando lo que acababa de soltarle. Sabía que no era fácil de digerir, pero si le amaba debía hacerlo—. Debo subir, pero hazme el favor y habla con mi hermano —añadí y apreté su hombro para dejarle solo, tenía muchas cosas que valorar.

22 Capítulo (David)



Pensaba que lo tenía más que superado, pero me equivoqué, apenas pude apartar los ojos de él. ¡Mierda! ¿Qué narices iba a hacer? Él quería que habláramos sin embargo yo no las tenía todas conmigo, Kayene me había soltado que él era el padre del bebé que esperaba Katsumi, ¿cómo era eso posible? ¿Ellos se habían enamorado y vivían una vida paralela? ¿Estaba yo dispuesto a hacer lo mismo?

—David —me llamó Akiko, todos estaban contemplando a los mellizos.

—Dime, Kiki —respondí y me senté a su lado.

—Sé que lo que te voy a pedir es un favor excesivo, pero no veo cómo solucionarlo o a quién enviar, estoy atacada —me dijo. Estaba muy nerviosa.

—Qué necesitas, cariño, sabes que por ti haría cualquier cosa.

—Sabes que el parto se ha adelantado y que uno de los motivos que llevó a Hikaru a Tokio fue la fiesta de Ojos de Dragón, hemos estado trabajando mucho para ese evento y ahora ni Hikaru ni yo vamos a poder asistir, tengo miedo que algo se nos escape si no podemos estar allí. Il va a estar allí para hacer un desfile

de su nueva colección, amenizando la velada, pero no puedo cargarla con toda esa responsabilidad que conlleva el evento. ¿Crees que podrías ir por mí? Es muy sencillo, y apenas serían unos días —me explico mirándome implorante—. La fiesta es el sábado y estamos a martes, si estas un par de días antes para ultimar las cosas, asistir a la fiesta y atender a los medios un par de días después, sería un gran favor —añadió. Su hermosa cara se contraía, sabía que lo que me estaba pidiendo era algo muy complicado para mí, estar en Tokio y no ver a Kenji iba a ser casi insostenible—. Si me dices que no, lo entenderé —aseguró. ¿Cómo iba a decirle que no con esos ojos suplicantes?

—Está bien, cuenta conmigo —convine. Ella dio un gritito y me abrazó.

—Oh genial, volarás con mi familia y te alojarás con ellos en Tokio, no te preocupes. El irá contigo y se hospedarán allí también, no estarás solo, además no tendrás ningún gasto, de eso me encargaré yo —arguyó. Lo que me faltaba, estar esos cinco días con Kenji, si quería evitarle empezaba bien.

—Necesito cuadrar las cosas aquí antes de irme, Kiki, así que si me disculpas voy a mi trabajo, hablaré con mi hombre de confianza para no tener que preocuparme del salón y poder irme con tranquilidad —le expliqué. Parecía mucho más tranquila, y ahora el que estaba atacado, era yo—. Necesitaré que me pongas al día sobre qué debo hacer, así que si no te importa pasaré mañana a verte cuando estés más tranquila —argumenté. Miré la habitación repleta de gente hasta caer fugazmente en los ojos de Kenji.

—Mil gracias, David, te deberé una muy grande —replicó. La besé en la frente y no en los labios como siempre hacía, por respeto a su familia, había costumbres occidentales que no eran fáciles de digerir.

Me despedí con un adiós generalizado, viendo de refilón cómo Kenji apretaba los puños, a la vez que Kayene me miraba con gesto interrogante. No era el momento de aclarar las cosas ni de hablar, era el día de Kiki y todo lo demás

debía esperar. Me marché a mi negocio, gracias a Dios iba viento en popa.

Tenía unos chicos fantásticos que hacían las delicias de las mujeres, disfrutaban con su trabajo y eso se notaba, no hay nada mejor que tener al personal motivado para que un negocio funcione con la precisión de un reloj suizo. En cuanto traspasé la puerta, allí estaba una de mis mejores clientas acompañada de sus trabajadoras, no era algo atípico que las mujeres vinieran a mi local a pasar el día en grupo. Lo tenía perfectamente acondicionado para ello.

—Hola, Sarah ¿puedo ayudarte en algo? —le pregunté solícito. Aquella pelirroja de curvas de infarto era dueña de una de las editoriales más importantes del país.

—Hola, David, cielo —me saludó con un par de besos—. He venido con mis chicas a desestresarnos, los premios de mi editorial son pronto y ellas creen que ya tenemos manuscrito ganador, así que... Venimos a hacer una celebración previa y a relajarnos, a ver si es cierto y tengo entre mis manos el libro del año.

—Seguro que sí, tus chicas tienen muy buen ojo —aseguré y les sonreí a todas para complacerlas, ellas me devolvieron el gesto—. Muy bien pues, enseguida llamo a los chicos, id pasando a vuestras cabinas, Andy os acompañará —las invité y les tendí una copa de cava helado a cada una, me gustaba que mis clientas se sintieran muy cómodas, ellas me dieron las gracias y siguieron a Andy.

Él era mi mano derecha en el local, era un chico listo, guapo y ambicioso, aprendía a un ritmo sorprendente, me recordaba mucho a mí. Nos habíamos liado alguna que otra vez, pero ambos teníamos claro que solo era sexo, no había nada más allá de eso.

—Las chicas ya están en sus cabinas —me informó. Su amplia sonrisa hizo que yo también riera, aunque era lo que menos me apetecía—. ¿Te ocurre algo? —preguntó. Sus intensos ojos verdes se clavaron en los míos aguardando respuestas.

—Nada, guapo, los bebés de Kiki se han adelantado y ella me ha pedido un favor, deberé ausentarme por unos días para echarle una mano —le comenté, él asintió, se colocó tras de mí y comenzó a masajear mi espalda. Tenía unas manos fabulosas, todos mis chicos las tenían.

—¿Y eso supone un problema, Deivid? —inquirió. Así me llamaba él y todos en el trabajo, para mis chicos era Deivid— Sabes que puedes contar conmigo.

—Mmmmmm, ¡joder que manos tienes! Creo que estamos perdiendo el tiempo contigo en recepción —exclamé y su risa sensual acarició mi oído.

—¿Qué te parece si después de trabajar me paso por tu casa, cenamos hablando de lo que quieres que haga mientras estés fuera, y después te hago un masaje para que te olvides de todo lo que te preocupa? —propuso juguetón. Sus manos bajaban y subían alrededor de mi columna, tal vez lo que me ofrecía Andy era justo lo que necesitaba.

—Me parece perfecto —aseguré. Me dio un suave beso en el cuello y se apartó.

—Estupendo, ¿quieres que repasemos los números entre tanto? —Andy había estudiado económicas, así que los números eran su fuerte; no tenía muy claro qué hacía trabajando para mí, pagaba bien, era cierto, pero con sus aptitudes podría estar en cualquier lugar. Él siempre me decía que estaba aprendiendo del mejor, así que suponía que algo tendría en mente de aquí a un futuro próximo, tal vez montar un negocio similar al mío, no estaba seguro, pero fuera lo que fuese, le iría genial y sería una gran pérdida para mí prescindir de él. Mientras aquello no sucediera, aprovecharía todo lo que pudiera.

—Sí, necesitamos que todo esté al día.

Tras repasar las cuentas y comprobar que la venta de productos de Kiki nos estaba reportando un ingreso extra, fui un rato al gimnasio. Mi entrenador personal me dio una buena paliza, no daba una, estaba bastante despistado y cuando la rutina de ejercicio incluye boxeo, llevarte una buena tunda es lo

mínimo que puedes esperar.

—Hoy estás muy desconcentrado —me recriminó Aleksis quitándose los guantes.

—Lo sé, tranquilo, tengo muchas cosas en la cabeza, estaré varios días sin venir, me marcho a Tokio por trabajo.

—¿Tokio? Qué envidia, me chifla todo lo japonés —comentó. Sabía que era cierto pues en alguna ocasión habíamos ido a cenar juntos, Aleksis era un enamorado de la cultura nipona.

—Si pudiera te llevaría conmigo, pero no voy por placer, además vuelo en el avión de unos amigos y me alojo en su casa, así que imposible —me disculpé, él me sonrió.

—Con lo bien que lo podríamos pasar juntos —dijo entornando la mirada, sabía por dónde iba, cuando estuve con Kenji alguna vez invité a Aleksis a estar con nosotros, lo pasamos muy bien—. ¿Y aquel rollito de sushi que te tirabas? ¿Qué ha ocurrido con él? Tenía una buena katana entre las piernas.

—Terminamos —respondí seco. Fuimos hasta el vestuario, necesitaba una ducha con urgencia, habíamos sudado muchísimo.

—Una lástima, me gustó, esperaba que pudiéramos repetir en alguna ocasión —observó y yo me encogí de hombros.

—Pues deberá ser con otro, ya no estoy con él, se casó —repliqué y Aleksis me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Con otro?

—Más bien con otra —le expliqué. Abrí la taquilla y me quité toda la ropa, Aleksis hizo lo mismo.

—Ver para creer, pero si aquél nipón le iba más un rabo que a un vegano un

nabo, no veas como me la comía el cabrón —alegó. Sentí una pequeña punzada de celos, Kenji había aprendido muchísimo y el sexo oral se había convertido en una de sus especialidades.

—Pues, ya ves, cambió la carne en barra, por trucha a la navarra —comenté y Aleksis soltó una carcajada.

—Dudo que fuera a la navarra ¿o se casó con una española?

—No, era por competir con tu rima del nabo, se casó con una japonesa, la que decidió su familia.

—Supongo que ser gay en Japón no debe ser sencillo, por lo que he leído y visto en documentales no es que esté prohibido, pero sí que hay una especie de homofobia moral. Nadie habla de la homosexualidad en ese país, nadie la admite, nadie la entiende. Los gais vivimos en la invisibilidad, si tu amigo vive allí lo tiene jodido; ninguna ley penaliza la homosexualidad, sin embargo tampoco hay ninguna pensada para nosotros. Ni hablar de matrimonio, adopción o de algún tipo de derecho. En definitiva, se puede vivir en paz, pero en silencio, sin molestar. Solo hay algunos municipios donde hay un tipo de “contrato matrimonial” que permite a parejas del mismo sexo reconocerse ante la ley como tal, aún dista mucho de un matrimonio como se reconoce en muchos países occidentales, pero para ellos es mejor que nada. Podríamos decir más bien, que es un contrato legal que permite a los conyugues a acceder a ciertos derechos maritales, como comprar un piso o heredar, si uno de los dos la palma —me explicó. Me alucinaba todo lo que sabía Aleksis.

—Eres un puto frikigay —dije azotándole con la toalla, mientras él se moría de la risa.

—Bastante, además me he involucrado mucho en el movimiento LGTBI de Barcelona, estoy en una asociación para ayudar a chicos que les cuesta salir del armario a que asuman su sexualidad, sin miedo, no hay nada mejor que

normalizar la situación para que se den cuenta de que no están haciendo nada malo por amar libremente. Te sorprendería la cantidad de padres que siguen viendo la homosexualidad como una enfermedad.

—Eres una caja de sorpresas.

—No lo sabes tú bien, cuando quieras te la abro y la exploras tú mismo — observó juguetón y se dio un cachete en el trasero.

—En otro momento, pero gracias por el ofrecimiento —respondí. Le guiñé un ojo y me metí en la ducha.

No pude dejar de dar vueltas a todo lo que Kenji había representado

y representaba en mi vida, era como una espina, que aunque pensaras que la habías quitado, un minúsculo trozo seguía alojado en mi interior sin que hubiera manera de extraerlo.

Llegué al piso hecho unos zorros, emocionalmente hablando, mi estado de confusión mental no iba a llevarme a buen puerto. Me cambié y me puse cómodo, por casa me gustaba ir solo en calzoncillos. Me serví una copa de vino blanco y eché un vistazo al móvil. Tenía un mensaje de Kenji, sabía que no debía leerlo, pero no pude evitarlo.

Kenji:

“Tenemos que hablar, por favor David. Necesito que aclaremos las cosas”

Si contestaba iba a ser peor, así que dejé el teléfono encima de la mesa, encendí el equipo de sonido dejando que la voz de Michael Bublé me envolviera. Best of me, era la canción que sonaba, instintivamente me puse a tararearla y traducirla en mi mente.

Pasaron tantos años, todavía me acuerdo.

*Como siempre, dejé que mi corazón creyera
en alguien que nunca me dio lo suficiente.*

Y así pasaron muchos años, el amor que fue tan equivocado.

*No puedo olvidar la forma en que solía ser
y cómo tú cambiaste para mí, el sabor del amor.*

Fuiste mi una oportunidad más.

Nunca pensé que la encontraría.

*Fuiste exactamente el romance que
siempre he tenido en mi mente.*

Nunca, nadie pudo tocarme más

Solo espero que a cambio

haya podido guardar lo mejor de mí para ti.

Y no tendremos final si podemos perseverar,

creo que he llegado tan lejos gracias a ti

no pudo haber sido otro amor más que el nuestro.

Fuiste mi una oportunidad más.

Nunca pensé que la encontraría.

*Fuiste exactamente el romance que
siempre he tenido en mi mente.*

Nunca, nadie pudo tocarme más.

Solo espero que a cambio

haya podido guardar lo mejor de mí para ti.

Nadie más me tocará jamás.

Solo espero que a cambio

no importa cuánto tengamos que aprender

haya podido guardar lo mejor, lo mejor de mí para ti.

Cada vez que escuchaba aquella letra, no podía evitar evocar el rostro de mi japo, pues aunque otros hombres pasaran por mi cama, a ninguno le había entregado el corazón. Este solo lo había podido acariciar él, solo le había pertenecido a él y no pensaba cedérselo a nadie más, dolía demasiado. En ese momento golpearon la puerta y fui a abrir, estaba claro que era Andy.

—Vaya, menudo recibimiento —silbó. Me miró de arriba abajo cargado con un par de bolsas de comida a domicilio. Le sonreí.

—Anda, pasa y ponte cómodo —le indiqué. Hacía calor, así que lo primero que hizo, después de dejar las bolsas sobre la mesa, fue quedarse en bóxer como yo. Tenía un cuerpo precioso, había sido campeón de natación de Cataluña y nunca había dejado de entrenar, aunque ahora había bajado su nivel de exigencia.

—Ahora ya estoy cómodo y muerto de hambre, ¿me pones una copa de lo mismo que tú, mientras preparo la mesa?

—Claro —le dije. Andy se manejaba bien en mi piso, las veces que había venido también habíamos comido juntos, así que sabía perfectamente dónde estaban las cosas.

—He recibido un currículum nuevo, de un bailarín, se llama Gael, lo cierto es que el chico promete, ahora está haciendo un curso para poder trabajar con nosotros, se le ve con muchas ganas.

—Concreta una entrevista con él para cuando regrese, aunque si tú le ves bien seguro que será todo un acierto —comenté. Andy tenía buen ojo para el personal.

—Yo creo que sí, ahora trabaja en unos laboratorios, pero está cansado de ese curro, con su cara y su cuerpo nos puede traer muchas mujeres al local.

—Perfecto, le dejo en tus manos.

La mesa estaba puesta, así que comenzamos a cenar.

—Mmmm, me encanta Bublé, ¿qué canción es esta?

—Feeling good —respondí. La canción de Kenji había terminado, la que sonaba ahora hablaba de sentirse bien, y eso era lo que debía hacer, sentirme bien y sacar a Kenji de mi mente.

Me fijé en el hombre que tenía delante, guapo, sexy, divertido y sin ninguna tara que le incapacitara para comportarse conmigo de un modo abierto y sin tapujos. Ahora estaba con Andy, iba a pasar un rato agradable y en eso me iba a centrar.

—Me gusta poder contar contigo, me haces sentir muy bien, Andy.

—Me alegro, y espero hacerte sentir mejor dentro de un rato —replicó lamiendo el canto de la copa para después dejar caer el vino por su garganta.

—Seguro que sí —afirmé. Andy desbordaba sexo, tal vez era eso lo que necesitaba, hacía tiempo desde la última vez.

Cenamos con tranquilidad, hablando de trabajo y de nuestras cosas, no teníamos por qué limitarnos solo a eso, era un tipo divertido con quién se podía hablar. Nos llevábamos bien, nos atraíamos, así que la conversación fue subiendo de tono a medida que las copas de vino y las botellas caían. Tras la segunda, dimos por finalizada la cena.

—Deivid, ¿qué tal si preparas tú habitación, te desnudas y me esperas en la cama para que te relaje? —Andy ya se había levantado y estaba masajeando mi cuello.

—Me parece una gran idea —confirmé. Aparté la silla y me levanté no sin antes besar sus labios. Era un chico dulce, no le iba el juego duro, pero no importaba, aquella noche mi alma necesitaba consuelo, no latigazos.

Tras besarnos y notar su erección, me marché al cuarto, encendí unas velas con aroma a canela y me tumbé desnudo boca abajo. No tardó en entrar, la cama se hundió bajo su peso, se sentó sobre mis lumbares, que al momento percibieron que la poca ropa que llevaba había desaparecido. Su piel se friccionaba contra la mía, la rigidez de su sexo reposaba sobre mis riñones, mientras el aceite con aroma a canela caía sobre mi espalda y sus manos lo fundían en mi cuerpo.

—Mmmmmm —gruñí—. Eres fantástico nene.

—Lo sé, ahora no hables, solo siente.

Me amasaba toda la espalda, buscando nudos para deshacerlos con delicadeza, había masajistas que clavaban sus dedos y te torturaban hasta verlos completamente deshechos. Andy no, trabajaba con lentitud y precisión, no había dolor solo alivio.

Fue descendiendo progresivamente hasta llegar a mis glúteos, seguía trabajándome con total profesionalidad. Vertió algo más de aceite directamente en mis nalgas y este se escurrió entre ellas, obligando a Andy a internar sus manos entre mis glúteos. Resollé, sabía que no había sido un error de cálculo, lo había hecho expresamente para separar mis cachetes y mirar entre ellos, pasó sus pulgares recorriendo la parte externa de mi ano, trazando círculos y recorriendo el camino que quedaba entre él y mis testículos. Me estaba empalmando y él lo notaba.

—¿Te gusta lo que te hago, Deivid?

—¿Tú que crees? —respondí. Uno de sus dedos se coló en mi interior intentando alcanzar mi punto G—. Mmmmm, creo que voy a ampliar el negocio y poner masajes para hombres —comenté. Una risa ronca me indicó que le gustaba la idea.

—No creas que no lo he pensado, me encanta tu culo, jefe —aseguró. Su lengua se acercó lamiéndolo todo a su paso.

—Y a mí me encanta lo que me haces.

Sonaron unos golpes en la puerta, Andy se detuvo.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó y yo negué con la cabeza.

—Déjalo, será algún vecino pesado —le dije y Andy prosiguió, pero volvieron a llamar con insistencia.

—No te muevas —dijo levantándose— miro a ver quién es y si no es importante le despido.

Se levantó y se fue directo a la puerta.

23 Capítulo (Kenji y David)



No me había contestado al mensaje, «¿pero qué esperaba?». Kayene me animó a que no dejara así las cosas, si amaba a David, debía seguir luchando.

Fui hasta su casa, no tuve ni que llamar al timbre, un vecino que iba a sacar la basura abrió la puerta. Subí directamente al piso y llamé. Se oía música de fondo a través de la puerta, era el disco que nos gustaba escuchar juntos, cuando estábamos en su casa, uno romántico de Michael Bublé que David decía que le recordaba a mí. «¿Querría decir eso que estaba pensando en mí?». Llamé con insistencia y al poco la puerta se abrió, debía actuar, David siempre me acusaba de que no era un hombre de acción. No lo pensé dos veces y en cuanto la puerta se abrió me lancé a besar al hombre que había al otro lado. Tenía los ojos cerrados y David me devolvía el beso, no recordaba sus besos de aquel modo, eran más lentos, menos arrolladores y su aliento sabía a fresa, como si hubiera mascado un chicle de ese sabor. Abrí los ojos y le miré.

«¡Yabai! ¡No era David!». Ante mí había un chico de unos veintipocos años con unos hermosos ojos verdes que me miraba con sorpresa. Estaba completamente desnudo y empalmado.

—Hola a ti también, guapo —dijo sorprendiéndome y dándome un pico rápido. Estaba claro que David no estaba solo. Era un completo necio, no había pensado que podría estar saliendo con otro, me había ocurrido lo mismo que en Hawái.

—Di-disculpa, me confundí —respondí y su sonrisa se amplió.

—A mí a veces la noche también me confunde. ¿Habías quedado con Deivid?

—¿Con quién? —pregunté. Estaba fuera de mí y no atinaba a pensar con claridad.

—Con David, perdona es que yo le llamo así.

—¿Andy quién es? —La voz de David salía de su habitación, el muchacho que tenía en frente me miró interrogante.

—Será mejor que me vaya, no quería interrumpir, pensaba que estaba solo —comenté. Él me sonrió.

—Ahora voy, Deivid —gritó el muchacho—. Y yo creo que dejarte ir sería un error imperdonable, soy fan de lo exótico y él —dijo cabeceando hacia la habitación—, también. ¿Pero eso ya lo sabes,

verdad?

Cerró la puerta, se puso delante de mí y comenzó a desnudarme sin que me opusiera. «¡Yabai, me daba mucho morbo volver a hacer un trío con David!». Aquel muchacho parecía tan dispuesto y era tan apeteciblemente guapo.

Volvió a besarme, mientras desabrochaba mi camisa, frotaba su erección contra mi polla haciéndola despertar, arrancándome prácticamente los pantalones.

—¿Qué haces Andy? Me estoy enfriando —preguntó David. El chico bajó para

quitarme los calzoncillos.

—Dame solo un minuto, te aseguro que no te arrepentirás, no te muevas Deivid y espérame bien abierto, acaríciate, tócate para mí, introduce tus dedos y sigue dilatándote, te quiero muy preparado, en cuanto cruce el umbral voy a follarte como nunca —le dijo. Pensar en el haciéndole aquellas cosas a David, hizo que mi polla saltara como un resorte. Cuando Andy me bajó los calzoncillos, la miró con admiración y curvó una sonrisa.

—La tienes enorme, me encantan las grandes —aseguró. Tras aquella afirmación la metió en su boca para terminar de endurecerla al máximo succionando el glande sin control, mientras con sus manos acariciaba mis huevos—. Nunca había visto una de este tamaño en un oriental, me encanta y al culo de David le va a entusiasmar. Vamos, ahora ya estás listo, quiero que te tires a Deivid mientras yo te follo a ti —me ordenó. La imagen impulsó mi mente hacia el deseo más absoluto.

Entramos en la habitación, David estaba muy abierto, había flexionado las rodillas bajo su pecho y tenía dos dedos entrando y saliendo de su oscura gruta.

—Chico malo, te has movido, pero no importa voy a darte tu merecido, aparta los dedos Deivid y prepárate para gozar —le pidió. Mi tamaño no tenía nada que ver con el del muchacho, que no estaba mal, pero obviamente carecía de mi largura y grosor.

Me puse tras el amor de mi vida dispuesto a complacerle. David gritó preso del placer cuando me clavé en él de un envite, como solía hacer cuando le tomaba en aquella cama, dejé caer todo el peso sobre él, follándole sin descanso. David debía estar con los ojos cerrados, había pasado mis brazos por debajo de su torso y le agarraba los hombros por delante, para dejarme caer una y otra vez en su interior, si los hubiera tenido abiertos habría visto mis tatuajes y sabría que era yo.

—Joder, Andy, no te recordaba tan grande y tan duro, pero me gusta, sigue follándome así —gimió. Noté como Andy escupía entre mis nalgas, las separaba y aprovechando una de mis acometidas se internaba en mí.

Me pilló por sorpresa, no lo pude evitar y rugí. David se quedó muy quieto, mientras el muchacho y yo nos acompasábamos. Deslicé una de mis manos hasta su sexo y comencé a moverla por todo el tallo.

No dijimos nada más, ninguno de los tres, nos tomamos sin control

hasta que David se corrió empapando mi mano con sus jugos, después yo me vacié en su interior y por último, Andy descargó llenándome por completo.

El muchacho fue el primero en moverse, salió de mí, no sin antes acariciarme con sus dedos, palpando su esencia, para sacarla del interior y esparcirla por mis glúteos. A mí me costó, no quería separarme de David, pero terminé haciéndolo. Él no se movía, no decía nada, llegó un momento que me asusté, pero entonces oí un ronquido y Andy rio suavemente. Me tomó de la mano y me llevó al baño con él.

—No hagas ruido, mi jefe está agotado, entre las dos botellas de vino, el masaje relajante y el polvazo que hemos echado se ha quedado frito, será mejor que no le molestemos. Por cierto, soy Andy ¿y tú?

—Kenji —me presenté y él volvió a sonreírme.

—Pues un placer Kenji.

—¿Entonces tú y David no sois...? —le pregunté y él negó.

—Nos llevamos bien, curro para él y en ocasiones nos aliviamos, ya sabes —me explicó y yo asentí quitándome un peso de encima.

—¿Y tú?

—Yo... Somos viejos amigos, estoy de paso en Barcelona y pensé en hacerle

una visita —contesté. No iba a darle más explicaciones a aquel muchacho.

—¿Quieres quedarte a dormir con nosotros? Si quieres tú y yo podemos seguir en la ducha, esta vez si lo prefieres, dejaré que me tomes a mí —dijo mimoso, mientras recorría mis dibujos con la mano—. Me ponen mucho los tatuajes y las pollas como la tuya —afirmó y le aparté con cuidado.

—Gracias por el ofrecimiento, pero será mejor que me vaya, no le digas que estuve aquí si no lo recuerda, intentaré sorprenderle mañana de nuevo.

—Como desees, estoy convencido que a Deivid le encantará que lo visites, lleva meses bastante decaído, un poco de acción le vendrá bien.

—¿Decaído? —cuestioné pues no pude evitar preguntar.

—No habla de su vida personal, pero intuyo que alguien le rompió el corazón —alegó, después encendió la ducha y se metió dentro—. ¿Estás seguro de que no quieres acompañarme? —me preguntó de nuevo. Se estaba masturbando invitante, negué con la cabeza.

—Está bien, pues hasta pronto —se despidió y cerró la mampara de cristal ahumado.

—Hasta pronto —respondí. Me asexé y salí al cuarto, David se había movido y estaba completamente estirado, me acerqué a él con sigilo, acaricié su pelo y no pude evitar besar sus labios—. Te quiero, David, nunca he dejado de quererte —le susurré al oído antes de irme sin ver que unos hermosos ojos café se abrían para clavarse en mi espalda.

Intenté dormir, pero me fue imposible, en cuanto entró en la habitación, supe que Kenji estaba allí, sentí su aroma, su presencia, su energía característica hacía que

el vello de todo el cuerpo se me erizara, y cuando entró en mí sentí que regresaba a casa. Cuántas veces había recordado cómo era sentir su piel contra la mía, su aliento jadeando a mi oído, culminando con su esencia arrasando mi interior, hablándome de entrega y de posesión. Así me sentía cuando yacía con él, entregadamente poseído, entregadamente posesivo.

No podía enfrentarme a Kenji, no estaba preparado, así que elegí la vía más fácil, tal vez la menos valiente, pero al fin y al cabo la que necesitaba. Me hice el dormido hasta que abandonó el piso, Andy salió de la ducha instantes después.

—Vamos, Bella Durmiente, conmigo no hace falta que finjas —me dijo. Entró completamente desnudo y se tumbó a mi lado—, pensé que no te importaría, si llego a saber que no es así yo...

—Será mejor que lo dejes, Andy, sino te importa me gustaría estar solo —le respondí. Él me miró sin juzgarme, solo con preocupación.

—¿Estás bien? ¿He hecho algo mal? No pensé que te importara que le invitara

—No te preocupes, estaré bien, pero ahora necesito estar solo,

espero que no te lo tomes a mal —le pedí. No me apetecía contarle mi relación con Kenji a Andy, había cosas que eran solo mías.

—Tranquilo, no me debes ninguna explicación, pero sabes que si me necesitas puedes contar conmigo —aseguró y se levantó de la cama—, no solo para pasar un buen rato y follar.

—Lo sé, es solo que ahora no es buen momento, espero que lo entiendas y que no te importe —repetí. Él asintió y se vistió, cuando estuvo listo se dio la vuelta con una bonita sonrisa.

—Te deseo que pases buena noche y que tu viaje a Tokio sea un éxito. Estate tranquilo que cuidaré bien del negocio hasta que regreses. Nos vemos jefe.

—Gracias, Andy, por todo —proferí, él hizo un saludo con sus dedos y se marchó. Por su mirada supe que había entendido perfectamente el mensaje, sabía que podía contar con él para cualquier cosa, a veces los silencios dicen más que las palabras. Siempre había dado mucha importancia a esos lapsos de tiempo, cuando realmente estás a gusto con alguien y confías en él, el silencio puede prolongarse durante minutos, incluso horas, sin que suceda nada más allá sabiendo que aunque compartas el espacio con aquella persona gozas de la intimidad de tu pensamiento, y no por ello debes sentirte incómodo. Para mí los silencios significaban confianza absoluta.

Fue una noche muy larga, al día siguiente preparé las maletas y volví al Hospital para ultimar los detalles con Akiko. Justo se habían llevado a los mellizos para que ella descansara.

—¿Kiki, estás bien? —pregunté, le di un beso y me senté a su lado, parecía algo estresada.

—Pues estoy agotada, esos dos se han pasado la noche berreando pegados a mis pechos, tengo complejo de vaca lechera, pero supongo que es lo normal, nunca había tenido unos pechos tan enormes —comentó y era cierto, Akiko tenía poco pecho y ahora tenía un buen par, seguro que Hikaru estaría contento—. ¿Y tú? ¿Has hablado con mi hermano? —inquirí. ¿Por qué todos se empeñaban en que hablara con él?

—Todavía no.

—Le conozco, David, lo está pasando mal —me aseguró Akiko que era la única que sabía lo mío con Kenji, bueno, ella, Hikaru, Ilke, Gio y Kayene, pero fuera de ellos nadie más.

—Kayene lo sabe —le informé. Ella abrió mucho los ojos, estaba claro que ella no sabía que su hermano mediano estaba al corriente—, y tu cuñada está embarazada.

—Lo sé, me lo dijo mi abuela.

—Kayene dice que es suyo —añadí y se llevó las manos a la boca.

—¡Por Buda! ¿Qué están haciendo ese par? ¿Y Katsumi? ¿Cómo se ha prestado a eso?

—Lo ignoro, pero es imposible que esto salga bien —aduje. Estaba muy jodido.

—Ay, ahora me siento culpable...

La puerta se abrió de par en par.

—¿De qué te sientes culpable? Déjame que lo adivine, ¿de no haber disfrutado más antes de que el bruto de Hicks te preñara como a un huevo Kinder, no? —Ahí estaban Il y Gio— Tendrías que haberle grapado los huevos a Fukuda, Akiko — declaró Gio. Aunque Hikaru y él ya habían limado sus asperezas, seguía quedando cierto resquemor.

—Vigila no te los vaya a grapar a ti —le replicó Ilke con una sonrisa zalamera.

—Con lo que a ti te gustan mis huevos, si pareces la conejita de pascua, si te los escondo bien que los buscas y los quieres todos para ti, nada de compartir — observó jocoso. Ella ni corta ni perezosa se los agarró.

—Solo los quiero para tenerte controlado Dante, un apretón y te dejo sin carné de padre —le amenazó. Sus ojos azules se achinaron.

—Pruébalo nena y verás tu culo del color de los fresones, pienso preñarte otra vez antes de convertirme en un eunuco, ya sabes cómo me gusta poseerte sabiendo que mi hijo crece en tu vientre —aseguró. Ambos se miraban jadeantes.

—Si necesitáis una habitación creo que la de al lado se ha quedado libre, es la de los quintillizos, igual así sacias tu sed de espalda plateada —les soltó Kiki sonriendo, mientras Gio abría mucho los ojos.

—Mejor no, no vaya a ser que se nos pegue algo, de momento ya tengo suficiente, mi grifo está cerrado hasta dentro de un tiempo —afirmó y le dio un beso a Ilke que duró más de lo necesario—. Cuidad de mi mujercita, entre tanto yo voy al Masquerade a arreglar unos asuntos, me debes un favor muy grande, Kiki, aunque prefiero cobrárselo a tu maridito. Quedarme cinco días sin mi mujer y a cargo del terremoto de mi hija, le va a costar lo suyo —declaró y miró a su mujer de nuevo—. Sé buena nena, porque después pienso darte tu merecido, vas a acordarte de mí todos y cada uno de los días que estemos separados —la amenazó. Vi el fuego azul que cruzaban ambos ojos, sentía envidia de lo que había entre ellos, aunque obviamente me alegraba. Gio se marchó dejándonos solos.

—¿Y bien? Ponedme al día, ¿de qué hablabais? —inquirió. Parecía una madre regañona en vez de mi mejor amiga. Como Ilke exigió, las puse al día, eran las dos mujeres más importantes de mi vida ¿cómo iba a no hacerlo? Les conté la conversación que tuve con Kayene, pues de mis emociones ya estaban al corriente—. Lamento decirte, cielo, que no pinta nada bien.

—Dime algo que ya no sepa, Il.

—Yo no sé qué decirte, ambos son mis hermanos y lo único que puedo alegar en su favor es que la cultura en nuestro país es muy compleja.

—Pero está claro que ninguno de ellos vive la vida que quiere, Kiki, y no entiendo el por qué, ¿qué clase de sociedad impide a las personas ser quienes son y ser felices?

—Tampoco podemos culpar a la sociedad —respondió ella—. Debes entender que la educación, los valores y la cultura familiar pesan mucho, sobre todo en una familia como la nuestra.

—¡Pero tú te divorciaste! Le echaste pelotas, te largaste e hiciste lo que creías correcto para ser feliz ¿Por qué ellos no? —exclamé. Estaba bastante

desesperado por entender.

—Kenji es el mayor, siempre ha sido el responsable, el que nunca defrauda, supongo que va en sus genes... —comentó, así que menuda suerte la mía— De Kayene no sé qué decirte, siempre ha sido el rebelde y ha deseado lo que tenía Kenji, siempre ha competido con él... Tal vez haya conquistado a Katsumi, las mujeres siempre se le han dado de maravilla, además, entre ellos siempre ha habido cierta tensión que podía palpase en el ambiente.

—¿Pero cómo se ha podido prestar a ello? —le pregunté intentando entender.

—Creo que deberás hablar con Kenji para que te lo aclare —me respondió. Suspiré, sabía que tenía razón.

—Tarde o temprano hablaré con él, pero necesito centrarme primero, aclarar mis sentimientos y coger aire, todo esto me supera.

—Lógico, han sido muchos años callando —replicó Ilke cruzándose de brazos—. No sé cómo lo has aguantado, yo hubiera sido incapaz.

—Menuda fue a hablar, ¿o es que ya no recuerdas las perrerías que te hizo tu marido? Que yo recuerde tuviste que hasta cambiar de continente —le recordé. Ilke resopló.

—Pero no duró tanto tiempo como lo tuyo, además, yo tenía alguna posibilidad con Gio, mientras que tú con Kenji... —replicó y se calló como si intentara morderse la lengua, pero acabó lo que había empezado— No nos engañemos, no tienes ninguna posibilidad.

—Gracias por los ánimos.

—Solo intento ser realista, Kiki no es objetiva, se trata de sus hermanos, por mucho que te quiera a ti, cosa que no dudo, no puede ser imparcial.

—¿Cómo que no puedo ser imparcial? —gruñó Akiko frunciendo los labios, a la

vez que Ilke intentaba arreglar la conversación.

—No, no puedes, pero eso no es malo, aunque te hace carecer de objetividad.

—Claro ¿y tú eres mucho más objetiva que yo, no? —inquirió Akiko. La situación se nos estaba yendo de las manos.

—Chicas, no os peleéis, al fin y al cabo se trata de Kenji y de mí, no de vosotras. Sé que lo hacéis con la mejor de las intenciones, pero así no me ayudáis. ¿Qué tal si nos centramos en el trabajo y nos dejamos de mi terrible vida sentimental? Hay poco tiempo y tenemos muchas cosas que atar —traté de mediar. Mis preciosas amigas asintieron.

—Será lo mejor, al fin y al cabo nosotras solo podemos opinar, pero es algo que debéis solucionar vosotros, así que al tajo —convino Ilke sacando una libreta y un bolígrafo, cuando se trataba de trabajo mis chicas sacaban su lado más profesional, eran imparables.

24 Capítulo (David y Katsumi)



Fui incapaz, era tal el cúmulo de sentimientos encontrados que me pasé el vuelo pegado a Ilke, cada vez que veía que Kenji intentaba acercarse me hacía el dormido. Por suerte, Il me echó una mano, y entre ambos logramos llegar a Japón sin que cruzara una sola palabra con él. Estuvo pendiente de mí, observándome de refilón, aunque no se acercó en el aeropuerto mientras recogíamos las maletas. Estaba claro que estando su padre y su abuela de por medio, no iba a mover ficha.

A Kayene le veía intranquilo, nos miraba a ambos como si se tratara de una partida de ajedrez, una de esas eternas que se prolongaba durante horas y que terminaba en tablas.

Una limusina nos recogió a la salida del aeropuerto y nos llevó a todos, excepto al señor Watanabe. En el coche, Kayene nos informó que Kenjiro iba a su casa y que los demás nos hospedaríamos en la de Kenji.

—¿Así que tienes un negocio en Barcelona? —me preguntó su abuela. La vez que coincidí con ella en Rusia me pareció una mujer increíble.

—Exacto, comenzó como algo pequeño, pero ha ido creciendo y me he hecho un nombre en la ciudad.

—¿Y de qué es? —Kiki me había contado que su abuela no era lo que parecía, que era mucho más abierta de miras que su padre, de hecho, ella fue parte importante en el rescate de su nieta.

—Estética femenina, tengo un salón para el cuidado de la mujer.

—Y trabajan solo hombres, *sobo* —interrumpió Ilke agitando las cejas arriba y abajo. La abuela sonrió y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes, Ilke? Creo que me hubiera ido muy bien alguno de esos tratamientos.

—¡*Sobo*! —la reprendió Kenji, mientras ella lucía una sonrisa más que pícara.

—¿Qué? Son masajes y depilaciones, debe ser mucho más agradable que te toquetee un buen mozo que no una mujer ¿no? —replicó ella. La cara de Kenji era un poema, me hizo gracia lo de buen mozo, pues lo dijo en español, ¿se lo habría enseñado Ilke? La abuela Watanabe había congeniado muy bien con ella, al fin y al cabo estaba casada con Gio que también era su nieto.

—Por supuesto, mucho más agradable —aseveró Ilke—, hacen unos

tratamientos muy placenteros, digamos que las mujeres hacen cola y se pelean por volver para que David y sus chicos les pongan las manos encima —observó. La abuela soltó una risa cantarina.

—¿Sigues trabajando? —Kenji me miró frunciendo el ceño.

—Cuando uno lleva un negocio a veces toca arremangarse y remar —dije y Kenji resopló.

—Pues si quieres remar aquí yo encantada de que me des uno de tus masajes —respondió la abuela con agilidad.

—¡Sobo! ¡David no va a darte ningún masaje! —la riñó su nieto.

—¿Y puede saberse por qué? —preguntó. Estaba claro que aquella mujer le estaba provocando y él no se daba ni cuenta.

—Pues, porque es nuestro invitado y viene para ayudar a Kiki, bastante liado estará con eso como para ir dando masajes a toda mujer que se lo pida.

—De verdad que eres más rancio que Kenjiro, está claro que has salido a tu padre y a tu abuelo, menos mal que Kayene y Akiko han salido a mí —comentó la abuela y Kenji bufó—. Que te hayas casado con la hija de Ishiguro te ha hecho flaco favor, esa niña es tan sosa como tú, hubieras necesitado alguien con sangre, alguien que te diera vida, una mujer como Akiko o Ilke, no una pavisosa que te la apague más, no sé ni cómo la has dejado embarazada.

—Katsumi no es ninguna pavisosa —la reprendió Kayene.

—¿Ahora la defiendes tú? No sé qué le habéis visto.

—Bueno, ¡basta ya! —gruñó Kenji que estaba perdiendo los papeles, mientras que Kayene se removía en el asiento.

—En cuanto alguien dice algo que no te conviene a callar ¿no? Pues conmigo lo llevas claro, voy a cuidar de tu mujer y de tu bebé para que no lo pierda, pero no

voy a estar callada y si la chica me parece un huevo cocido, pues me lo parece —le explicó. ¿A qué se refería la abuela con lo de perder al bebé?

—¿Le ocurre algo al bebé? —pregunté comedido.

—Katsumi tiene un embarazo de riesgo, casi pierde al feto dos días antes de que Akiko se pusiera de parto. Debe hacer reposo absoluto y la pobre niña no lo lleva nada bien.

—Lo lamento —dije. Miré a Kenji muy serio y desvié involuntariamente la vista hacia Kayene que parecía el más acongojado de los dos.

—Seguro que todo sale bien —apostilló Ilke—, hay embarazos que empiezan así y después mejoran.

—Esperemos, hija, esperemos.

Llegamos a casa de la pareja feliz, que estaba a las afueras de la ciudad, en un barrio residencial, lleno de casitas estilo japonés, aunque un pelín más occidentalizadas. Según Kayene era el barrio de moda para parejas jóvenes de un nivel adquisitivo alto que querían criar a sus niños. Contaban con un amplio jardín oriental, un riachuelo interior que rodeaba la casa y un par de estanques repletos de carpas.

—Menuda casita que tiene el amigo —susurró Ilke a mi oído—. Esto vale un buen pellizco de yenes.

Nos abrió una mujer del servicio que nos instó a que nos descalzáramos, tras eso otra japonesa con aspecto de estirada vino a recibirnos, la reconocí pues me la habían presentado en la boda, era la madre de la novia.

—*Kon'nichiwa Giri no musuko* ^[20]

—*Kon'nichiwa*. —La mujer se había dirigido a Kenji y ambos se habían inclinado con respeto, después nos saludó al resto, al vernos a Ilke y a mí cambió

al inglés de manera automática, supongo que a modo de cortesía.

—Bienvenidos al hogar de mis hijos —nos dijo. Parecía que estuviera al corriente de que íbamos a alojarnos allí. Se notaba que su marido era un alto cargo y que ella estaba acostumbrada a tratar con gente manteniendo la compostura. Il y yo le hicimos la reverencia de rigor y le dimos las gracias en japonés, parecía complacida por el esfuerzo.

—¿Cómo está Katsumi? —preguntó Kenji solícito.

—Bien, se ha comportado estos días, se queja un poco por no poder levantarse de la cama, pero he preferido que no lo hiciera hasta que estuvieras tú en casa.

—¿Y por qué no la ha sacado al jardín? No creo que un poco de aire fresco le siente mal —interrumpió Kayene. Ella le miró con desagrado.

—En cualquier caso eso deberá decidirlo Kenji que es su marido —replicó la mujer. Kayene contrajo los puños.

—Será mejor que vayas a ducharte, Kayene, el viaje ha sido largo —le instó su abuela —yo les enseñaré sus habitaciones a Ilke y David, así Kenji puede saludar a su esposa y su suegra ponerle al día, ella también debe estar cansada y ha de regresar a su casa con su marido —ordenó la sabia mujer. Desde luego que sabía cómo poner a cada uno en su lugar—. Muchas gracias señora Ishiguro, por cuidar de mi nieta, le pediremos al chófer de mi nieto que la lleve en cuanto lo tenga todo listo.

—Ha sido un placer, no debe agradecerme nada, es mi hija.

—Lo sé, pero ahora su hija —recalcó— es la esposa de mi nieto y su responsabilidad, como bien ha sugerido antes, él sabrá qué es lo que mejor le conviene —observó la *sobo* de Kenji y la mujer carraspeó.

—Desde luego, señora Watanabe —respondió con una sonrisa forzada la madre de Katsumi, inclinándose y yendo a por sus cosas.

Kayene soltó una carcajada.

—A eso le llamo yo poner a las personas en su sitio.

—Hay veces que es necesario actuar así en momentos muy determinados —respondió ella. Ilke rio por lo bajito—. Y ahora todos a hacer lo que he dicho.

—Será un placer obedecerla, señora Watanabe —comenté y me incliné.

—Para ti, *sobo* —me pidió. Le sonreí guiñándole un ojo y ella me sorprendió devolviéndome el gesto. Menuda mujer.

Estaba nerviosa, Kenji y Kayene habían regresado, mi madre había vuelto a por la maleta indicándome que en un momento mi marido entraría a verme, estaba harta de estar en la cama sin hacer otra cosa que escucharla. La ducha se encendió, había alguien en el baño, seguramente era Kayene, llevaba días sin verle y sentía una fuerte opresión en el pecho. «Eso se llama echar de menos a alguien, ¿a que no te ha sucedido lo mismo con tu marido?», a Kat no podía engañarla, habitaba en mí. Era cierto, ambos se habían ido y al único que extrañaba de ese modo tan perturbador, era a él.

Golpearon a mi puerta.

—Adelante —indicué. Era mi esposo, tan guapo y sereno como siempre, con un traje gris que le quedaba impecable.

—*Kon'nichiwa, tsuma* ¿cómo te encuentras? —me preguntó. Entró con calma, hasta llegar a nuestra cama, se sentó a mi lado y besó mi frente.

—Bien, gracias ¿qué tal tu hermana? ¿Y los bebés? —le interrogué. Una sonrisa afable curvó sus labios.

—Está perfecta, es una joven muy fuerte, les hice una foto para que los vieras, Akiko te manda recuerdos —me comentó para después enseñarme el móvil, era

una foto familiar del matrimonio y los bebés. Él la miraba con adoración, mientras ella miraba a cámara llena de dicha.

—Se les ve muy felices —observé. Sentía envidia por lo que ellos tenían.

—Tal vez porque lo son —replicó y una amarga tristeza ensombreció mi pecho —. ¿Te sientes mal? —inquirió al detectar mi cambio de actitud.

—No, es solo que estoy cansada de estar encerrada, necesito que me dé el aire y mi madre se empeñó en que no sacara un pie fuera de la cama.

—Ella solo ha mirado por tu bien, ha seguido las órdenes del médico a pies juntillas, tal vez se ha excedido un poco, pero eres su única hija, seguro que estaba muy preocupada.

—Seguro —convine y sentí como si mi esposo me estuviera regañando, me recordaba tanto a mis padres. Miré hacia abajo y apreté las sábanas entre mis manos.

—Tu madre ya se ha marchado, ahora vendrá mi abuela a hacerte compañía.

—¿Tú no te quedas? —cuestioné. No sé por qué le pregunté eso, en realidad no era con él con quien me apetecía estar, pero supongo que Kenji era mejor que nada.

—Llevo varios días fuera, necesito ver cómo van las cosas y hacer unas cuantas llamadas, te prometo que esta noche cenaremos juntos, charlaremos y me ocuparé de ti ¿de acuerdo?

—Como desees, *otto* —aseguré, él me acarició el rostro con suavidad y se levantó de la cama. Ni un beso, ¿cómo podía ser tan frío de día y tan ardiente de noche? ¿Qué pasaría ahora entre nosotros que no podíamos compartir intimidad? ¿Se buscaría otra para calmar su impetuosa fogosidad?

En cuanto Kenji salió, la puerta del baño se abrió, allí estaba Kayene apoyado en

el marco de la puerta. Todavía estaba mojado, solo vestía con un pantalón vaquero, tenía el primer botón desabrochado mostrando la goma del calzoncillo. Tenía una toalla en la mano con la que estaba secándose el pelo a la par que mi garganta se convertía en esparto al contemplarle. «Estoy enfadada con él», me recordé a mí misma, pero Kat no dejaba de susurrarme indecencias sobre lo que le gustaría hacerle.

— ¿*Saikin dō?*^[21]

—¿Qué quieres Kayene? Si has venido a increparme de nuevo... —comencé a decirle, pero él avanzó con rapidez felina hasta ponerse a mi lado, tomarme la cara y besarme como si no hubiera un mañana. Menuda diferencia con Kenji, mi marido me besaba la frente y mi cuñado me saqueaba la boca. «Y a ti te encanta que Kayene te la saquee. Por Buda, mira cómo mueve la lengua y te rebaña la boca, a este hombre habría que hacerle un monumento», por un momento sucumbí al férvido anhelo que me sacudía, pero después le aparté y él clavó su frente en la mía sin dejar de perderse en mi mirada, le sentía muy dentro, agitándome y removiendo todo aquello que pretendía enterrar.

—No sabes cuánto lo siento, preciosa, lamento tanto lo que te dije. Te juro que no esperaba que te alterara de aquel modo, apenas he podido dormir estos días pensando en ti Katy, lo siento tanto, nunca haría nada que pudiera dañarte a ti o a nuestro hijo —me aseguró. Su mano descendió hasta mi vientre para posarse en él con ternura. ¿Cómo era posible que él se comportara de aquel modo y Kenji tan distante?

Curiosamente yo también sentía como si aquel pequeño ser que se formaba en mi interior fuera de Kayene, aunque las probabilidades eran ínfimas. Me había acostado cada noche con mi marido, repitiendo más de una vez la misma noche. Había estado en contadas ocasiones con él, era muy improbable que fuera suyo. «Eso es porque le amas y te gustaría que fuera el padre de tu hijo». «¡Cállate,

Kat!». Mis manos seguían en su pecho desnudo, su aliento mezclándose con el mío, mi sexo palpitando por su cercanía y mi corazón volando intentando salir de mi pecho para acariciar el suyo. ¿Por qué tenía que sentirme así? ¡Necesitaba odiarle! O como mínimo ser capaz de ignorarle.

—Si sigues mirándome así tendré que besarte de nuevo y no respondo, Katy —aseguró. «¡Oh sí, por favor! ¡Otra, otra!», gritaba Kat.

—Ejem —se oyó. La puerta estaba abierta y alguien carraspeaba desde la distancia. Miré por el costado para encontrarme con los ojos de la abuela de Kayene que nos contemplaba suspicaz—. ¿Otro abejorro? —preguntó. Mis mejillas comenzaron a arder, Kayene no se apartaba y me dieron ganas de asesinarle.

—No *sobo*, solo le dolía el abdomen, se lo estaba palpando, creo que simplemente son gases, en cuanto los expulse dejará de dolerle —aseguró y se separó un poco de mí con esa sonrisa de canalla que tan loca me volvía, aquellos hoyitos infernales aparecieron en su mejilla y yo solo podía pensar en lamerlos para morderlos después—. Me estaba terminando de vestir cuando la oí quejarse y me asusté, no podía permitir que le pasara nada a mi hermosa cuñada ni a nuestro bebé —añadió. ¿Nuestro? ¿Había dicho nuestro en presencia de su abuela? ¿Es que se había vuelto loco?

—Dirás mí bebé —le corregí y él negó con la cabeza

.

—He dicho nuestro porque ahora forma parte de nuestra familia, lo tuyo también es mío, hermosa cuñada —afirmó y antes de que pudiera protestar Kayene me tomó en brazos ante la mirada atenta de su abuela.

—¿Pe-pero que haces? Esto es completamente inapropiado —le dije abriendo mucho los ojos.

—Te hace falta un poco de aire fresco, tu madre nos contó que te había tenido como Rapunzel encerrada en la torre, mi hermano creo que tiene trabajo y mi abuela por fuerte que sea dudo que pueda cargar contigo, así que yo cuidaré de ti —me explicó. Yo me sonrojé todavía más, me pegaba con fuerza a su cuerpo, mi camión de hilo era lo único que separaba su piel de la mía.

—¿No crees que antes deberías ponerte una camiseta? —le recriminó su abuela.

—Ya sabes que no me van mucho los convencionalismos *sobo*, además dudo que Katsumi se asuste después de estar esperando un hijo de mi hermano —comentó. Estaba claro que a su abuela no le parecía bien esa intimidad entre nosotros, como era lógico, pero si hubieran estado mis padres hubiera sido mucho peor—. Aprovecha para descansar un rato, yo cuidaré muy bien de ella.

—Eso precisamente es lo que me preocupa —resopló la anciana. Kayene pasó por su lado lanzándole un beso y conmigo derritiéndome en sus brazos. No podía negarlo, no había un lugar en el mundo que me gustara más que yacer en los brazos de ese

hombre.

Me sacó al jardín trasero, había un precioso banco de piedra oculto tras unos arbustos con vistas a uno de los dos estanques, aquel lugar nos daba mucha privacidad. Kayene se sentó y me dejó sobre sus rodillas abrazándome contra él.

—Me asusté mucho, mi hermosa Katy, temí que por lo necio que soy... —comenzó pero se le encallaron las palabras—. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, sé que no debería, pero es así, mi abuela siempre nos contaba la leyenda del hilo rojo del destino y sé que en el otro extremo del mío estás tú. Puedo sentirlo aquí —aseguró y cogió mi mano y la llevó al pecho—. ¿Puedes sentirlo, Katy? Mi corazón solo late por ti, sé que si hay alguien imperfecto ese soy yo, soy celoso, manipulador, cínico, egoísta, con un pasado que asusta y un futuro incierto, pero no puedo apartarme de ti, sé que no soy bueno, Katy, ni para

ti ni para nadie, sé que no merezco tu amor, sé que no dejo de ponerte en situaciones comprometidas porque estás casada, sin embargo es que soy incapaz de apartarme de ti, aunque sé que sería lo mejor que podría hacer —se abrió a mí y me miraba con tanta desesperación que sentía su congoja como propia—. Eres el agua que necesito para vivir, pero que termina escurriéndose entre mis dedos. Intento beber de ti, saciarme, aunque es imposible, a cada sorbo me siento más sediento y dudo que pueda aplacarme algún día. Eres el aire que necesito para respirar, te tomo con fuerza intentando abastecer mis pulmones, que los colmes atestándolos de ti, pero en cuanto abro la boca huyes a cada exhalación, llenándome de vacío —me declaró. La opresión en el pecho no me dejaba ni respirar, estaba muda ante los sentimientos tan descarnados de Kayene—. Eres un ser de luz, Katsumi, la única que ilumina mi corrupta vida, la única que me habla de esperanza en la oscuridad, la única que cuando se aleja dejándome en las tinieblas me hace perderme de nuevo en mi tormentosa realidad. ¿Qué voy a hacer contigo, pequeña Katy, si no puedo hacer nada sin ti? —me preguntó y mis ojos se humedecían ante tanta crudeza. Kayene se sentía perdido y yo me sentía igual que él. Mi marido nunca me había dicho nada tan bonito, tan profundo, de hecho, nunca me había confesado su amor. Estaba claro que yo era una mera responsabilidad, alguien que le iba bien por quién era y por lo que representaba, no porque me amara como el hombre que yacía debajo de mí. Estaba segura que por mí sentía cariño y atracción sexual, no podía quejarme de cómo nos complementábamos en la cama, pero con Kayene era distinto, tocaba partes de mi alma que Kenji jamás lograría alcanzar. Sus labios se acercaron a los míos y fui yo la que los tomé repleta de necesidad.

—Te quiero, Kayene —aseguré. No sé de donde salió aquella declaración, pero tras haberla dicho me sentía en paz conmigo misma. Él tomó mis labios con mayor profundidad como si pudiera paladear aquella confesión de amor, como si pudiera alimentarse de ella.

—Yo también te amo, Katy, a ti y solo a ti, eres la única mujer que reina en mi

vida —me aseguró. Mi corazón aleteaba, no podía sentirme más feliz, aunque sabía que sería por un lapso de tiempo muy corto, nuestro profundo amor era imposible.

25 Capítulo (David)



Entré en mi habitación a colocar las cosas, era bonita, luminosa y amplia, estaba justo en frente de la de Kenji. Ilke y la abuela Watanabe compartirían la habitación que estaba al otro lado de la de Kayene, solo las separaba un baño.

Mi habitación era la única que tenía baño privado, cosa que agradecí pues tenía ganas de darme una ducha, mañana debía ponerme con los preparativos de la fiesta. Akiko no era para nada sencilla, había elegido una fiesta donde los invitados debían emular dragones, para ello había comprado cientos de máscaras de dragón que serían enviadas junto a las invitaciones. El único requisito para asistir a la fiesta era que los invitados vistieran kimonos japoneses, toda una arriesgada puesta en escena que impulsaría la visibilidad de la marca. Ojos de Dragón estaría presente en cada detalle, inclusive en los manteles, vajilla y la decoración. Todo un despliegue de medios.

Había dos tipos de antifaces dependiendo del sexo de su portador, rojo para las mujeres y verde para los hombres. Se trataba de mezclar a los invitados, nadie iba a sentarse con quién imaginaba. Aunque pareciera una locura todo tenía un sentido, Akiko no las había organizado a lo loco, sino con minuciosidad atendiendo de un modo muy inteligente a los objetivos comerciales de la marca,

nada podía quedar en el aire, en aquella fiesta Akiko se jugaba mucho y nosotros íbamos a ayudarla.

Cuando la cena hubiera concluido, se daría paso al desfile de Ilke. Tras él, una subasta muy especial con fines benéficos en ella algunos de los invitados serían subastados, nadie sabía quién sería vendido al mejor postor, pues sería por sorteo. Al llegar a cada invitado se le facilitará un número, todos y cada uno de los números estarán en un bombo solo la suerte decidirá qué personas serán las subastadas. El resto de invitados deberán pujar por los invitados secretos que se oculten tras las máscaras y compartirán el resto de la velada con ellos. Los beneficios recaudados irán destinados a la ONG de Hikaru. Para lograr un pellizco generoso, antes de comenzar la subasta se proyectará un conmovedor vídeo sobre el trabajo que se realiza en la ONG, con testigos reales que darán a conocer como les ha ayudado. Necesitábamos tocar la fibra sensible de los allí congregados, había historias verdaderamente desgarradoras. De ese modo esperábamos lograr cifras más importantes para ayudar a quienes más lo necesitan.

Coloqué toda la ropa en el armario y llamaron con suavidad a la puerta ¿sería Ilke?

—Adelante —dije. Cuando la hoja se abrió no esperaba encontrarme a Kenji entrando con total normalidad y cerrando tras de sí. Pensaba que estaría atendiendo a su mujer—.¿Qué haces aquí? —le pregunté cortante.

—No respondiste a mi mensaje, ni has querido hablar conmigo antes —me respondió. Su tono era prudente, aunque podía ver que estaba tenso como un arco.

—¿Y no crees que es porque no tengo nada que decirte? Pensaba que eras más inteligente —le solté. Estaba malhumorado por su intromisión, así que no iba a tener piedad.

—Está claro que no he sido muy inteligente en lo que a nosotros respecta. No me siento muy orgulloso de cómo he gestionado las cosas hasta el momento y por ello creo que debemos hablar, necesito que me escuches.

—¿Y eso quiere decir que debo oírte aunque sea a la fuerza? —bufé y lancé una de mis camisas sobre la cama, me irritaba que Kenji determinara qué debía hacer, aunque sabía que estaba retrasando lo inevitable— Las cosas no funcionan así Kenji, no en occidente, tú no eres nada mío entiendes, no eres mi *kumichō*, ni mi hermano, ni mi amante, ni mi amigo, tal vez en otro momento fuimos alguna de esas cosas, pero ya no, me cansé de ser tu títere y de jugar al escondite. No me des explicaciones porque no quiero nada tuyo, ya no lo necesito —le espeté. Él cerró los ojos un instante como si pudiera atrapar todas las emociones que pretendían escaparse de ellos.

—Nunca la he tocado David, te juro que nunca ha sido mía —afirmó, eso fue lo primero que dijo al abrirlos—, no podía era incapaz, por eso llegué a un trato con mi hermano —empezó a explicarme. «¿Un trato? ¿Qué trato?», mi curiosidad me impedía detenerle y mi amor propio preguntar así que le dejé, no le interrumpí con la esperanza de que hablara sin necesidad de que yo preguntara. Y lo hizo—. No me siento orgulloso, ni de lo que hemos hecho ni de lo que representa mi vida, soy un fraude, una mentira, un fiasco, un puto disfraz andante y he arrastrado a mi hermano al lado oscuro, a una vida llena de mentiras y pecados —siguió relatándome. No pensaba que alguna vez viera lo que estaba a punto de ocurrir. Kenji cayó de rodillas y comenzó a sollozar doblado en dos—. Estoy lleno de cicatrices David y son tan profundas que no hay nada que las pueda cerrar, cuando te encontré te convertiste en mi remanso de paz, contigo podía ser quien realmente era, sin ambages, sin cortinas de humo que ocultaran la verdad pero ahora no hay vía de escape. Vivo en la mentira, enclaustrado en el muro que me he empeñado en levantar a mi alrededor, envolviendo en él a todos quienes tenían que ver algo conmigo. Katsumi, Kayene, mi padre, mi abuela, mi hermana, incluso a ti, soy un jodido fracaso —

declaró sollozando. Me sentía apabullado por toda la congoja que transmitía su voz, estaba roto por dentro, podía sentirlo, sin embargo era incapaz de consolarle, todo aquello dolía demasiado—. Desde el día que me casé cuando cae la noche, huyo a oscuras de mi habitación como un ladrón, para que otro, mi propio hermano usurpe mi identidad y le haga el amor a mi mujer como si de mí se tratara, porque yo no puedo, soy incapaz de ponerle un dedo encima — aseguró y levantó el rostro que se mostraba compungido, con lágrimas como puños cayendo hasta el suelo—. Ella piensa que soy yo quien la toma cada noche, cree que su marido es quien la ama hasta la saciedad —añadió. Aquella revelación me dejó sin aliento.

—¿C-cómo? —cuestioné. No pude articular nada más, ¿hasta dónde iba a llegar el engaño de Kenji? ¿Cuántas personas íbamos a sufrir por su cobardía?

—La noche de bodas Kayene me confesó que estaba enamorado de Katsumi, te juro que yo no sabía nada —comentó y aquello fue otro directo que impactó en mi abdomen, ¿cómo podía ser tan egoísta?

—¿Acaso hubiera importado? —le pregunté sin poder evitar el resquemor, odiaba en lo que se estaba convirtiendo. El agachó la mirada, no pudo sostenérmela.

—Supongo que no, ya estaba decidido, era lo que debía hacer, aunque me gustaría pensar que si mi hermano me hubiera confesado sus sentimientos, habría tenido las agallas de hacer algo aunque solo fuera por él —me respondió. Por lo menos era sincero.

—¿Qué ocurrió? —seguí interrogándole. No sabía si preguntaba por morbo o por necesidad, simplemente necesitaba saber toda la puta verdad por dolorosa que fuera.

—Kayene sabía lo nuestro desde Maldivas, que tú y que yo éramos amantes — me informó y aquello también me sorprendió—, y lo mantuvo en secreto.

Todavía me pregunto por qué, habría sido tan fácil desacreditarme delante de mi familia, explicar lo que había descubierto y convertirse en el nuevo heredero de mi padre. Ese siempre fue su sueño ¿sabes? Ser el *kumichō* de los Yamaguchigumi.

—¿Y el tuyo? —¿Se lo había planteado siquiera? Dudaba que Kenji hubiera soñado alguna vez ser otra cosa que lo que se suponía debía ser.

—¡Ya sabes que no! —golpeó el suelo—. Nunca deseé serlo —aseguró y me miraba con ferocidad, con determinación. No ponía en duda lo que me estaba diciendo.

—Entonces ¿por qué no aprovechaste y lo destapaste todo? Podrías haber dejado que él alcanzara su sueño y tú ganar la libertad. ¿Tan terrible sería ser libre? ¿Tener la capacidad de decidir y de escoger? —demandé. Podía ver cuán perdido se sentía, ¿cómo enseñar a volar a un pájaro que siempre ha vivido en una jaula? Tal vez yo no estaba capacitado para darle la sacudida emocional que necesitaba pero no podía controlarme, la presa se había abierto y mis palabras caían desbordadas— ¿Por qué sigues tejiendo y haces que todos queden atrapados en tu tela de araña de mentiras? Los estás devorando Kenji, se quedan atrapados para que tú te des el festín con sus vidas, eres rey y soberano de lo que le sucede a todo el mundo y con tus decisiones les vas sorbiendo poco a poco las pocas opciones que tienen de ser felices. ¿Y por qué? ¿Quieres que te lo diga? —le espeté, él movió la cabeza aunque estaba seguro de que no iba a gustarle mi respuesta— Porque eres un maldito cagado Watanabe, tienes miedo, miedo de decepcionar, de no ser el niño bonito, de no ser el perfecto, de ser tan humano como el resto de los mortales, ¿y sabes dónde te va a llevar eso? A destruirte a ti mismo y a todos los que estemos a tu alrededor, tu huracán de mentiras nos atrapa, nos zarandea y nos lanza a la deriva sin que podamos hacer nada por salir de él, pero yo ya no voy a entrar más, me has vapuleado, me has lanzado y he tenido suficiente —añadí furioso. Kenji estaba temblando—. ¿Qué le prometiste

a Kayene para que entrara en tu juego? ¿Lavar su imagen? ¿Follar con la chica de sus sueños? —cuestioné. Me acerqué a él y lo cogí por el cuello de la camisa, tan almidonada como él, necesitaba sacudirle tanto como él me estaba sacudiendo por dentro— ¡¿Qué?! —le grité preso de la ira.

—Le dije que ella siempre le pertenecería, que siempre sería suya, le permití cortejarla cuando yo no estuviera y que llegara hasta el final con ella siendo Kayene, si Katsumi lo consentía —me dijo. Abrí los ojos con horror, porque estaba convencido que ella no sabía nada de aquel macabro juego.

—Dime por Dios que Katsumi está al corriente y que ha consentido toda esta barbaridad —lo zarandeé, mientras él volvía a agachar la mirada—. ¡Dímelo! —le grité.

—No puedo, no puedo seguir mintiendo —aseguró. Sentía que me faltaba el aire, no podía respirar.

—¿Sabe Katsumi que el hijo que espera es de Kayene? —pregunté aunque sabía la respuesta, pero necesitaba que me lo confirmara.

—No —me confirmó y le lancé empujándole contra el suelo.

—Lárgate ahora mismo, no quiero saber nada más de ti ¡¿me oyes?! Alguien que es capaz de vender a su propia mujer y a su hermano y que no hace nada al respecto, no merece mi respeto ni nada de mí. Olvídate de lo que tuvimos, lo que una vez hubo entre nosotros murió y con tus actos has aniquilado cualquier opción de que estemos juntos de nuevo. ¡Vete! —le insté. Kenji seguía en el suelo con aquellas lágrimas silenciosas recorriendo sus mejillas, clavándose a fuego en mi alma aplastándola por completo— ¡Vete! —le grité empujándole otra vez desesperado porque reaccionara. No podía soportar el cúmulo de emociones que me recorrían el cuerpo, furia, amor, odio, tristeza, venganza, necesidad. Verle llorando, temblando de ese modo, me partía en dos, sentía la necesidad inhumana de abrazarlo y consolarlo, pero no me lo podía permitir, eso

solo nos haría más daño, si es que era posible— Está bien si no lo haces tú lo haré yo —afirmé y él intentó agarrarme el tobillo antes de que saliera pero me zafé, dejándole tirado en el suelo.

La puerta de enfrente estaba abierta y la señora Watanabe estaba apoyada en el marco, me miraba fijamente, estaba seguro que lo había oído todo con total claridad, aquellas puertas de papel de arroz eran incapaces de ocultar una conversación tan elevada de tono como la que habíamos mantenido. No dijo nada simplemente asintió y se inclinó, como si me diera el beneplácito a todo lo que había oído.

La congoja me asfixiaba, salí fuera buscando un lugar donde refugiarme, donde poder romper a llorar liberando aquel dolor que me oprimía el pecho y me incapacitaba para respirar. Anduve por el jardín trasero llorando amargamente y en silencio hasta que unas voces me detuvieron. Hablaban en japonés, eran un hombre y una mujer. Me quedé escuchando furtivamente, por lo que él le decía a ella me quedó claro de quién se trataba, eran Kayene y Katsumi. Él se estaba declarando y ella le correspondía, ¿qué diría Katsumi si supiera que la habían engañado tanto como a mí? ¿Se merecía que le mintieran? ¿Qué jugaran con ella de aquel modo?

Caminé hacia ellos llevado por mi propio tormento, no iba a tolerar ni una sola mentira más, hoy terminaba el juego.

—Menuda sorpresa, lamento interrumpir un momento tan tierno —comenté. Katsumi puso fin al beso con rapidez ocultándose en el cuello de Kayene, la pobre había enrojecido como si estuviera haciendo algo malo.

—Tranquila Katy, David es de confianza no dirá nada —dijo Kayene y una risa socarrona cubrió mi mueca de disgusto. Era increíble cómo ese par de hermanos eran capaces de manejar a todo el mundo a su antojo.

—Claro que no diré nada, porque no hay nada que decir. Mírame Katsumi, no

debes avergonzarte de nada ¿me oyes? —aseguré. La chica se desenterró con timidez del cuello de su amante— Tú no has hecho nada que haga que debas ocultarte aunque no puedo decir lo mismo de él —añadí y desvié la mirada hacia Kayene—. ¿Sabe Katsumi que quien se acuesta con ella cada noche cuando la luz se apaga, no es su marido sino tú? ¿Sabe que llegasteis a un pacto para que ambos pudierais vivir en vuestras propias mentiras? ¿Sabe que el hijo que espera es tuyo porque no la ha tocado otro que no hayas sido tú? —le interrogué. A cada pregunta los ojos de Kayene se abrían más y más, mientras que los de ella no daban crédito a lo que le estaba revelando.

—¿Qué dice este hombre Kayene? —le preguntó. Él no había bajado la vista como su hermano, aguantaba estoicamente todo lo que estaba soltando.

—¿Tú tampoco tienes pelotas para contarle la verdad? —le azucé.

—No es cuestión de pelotas, si fuera por mí todo esto se sabría hace tiempo —aseguró. Por lo menos Kayene enfrentaba el chaparrón que estaba a punto de caerle encima.

—¿C-cómo? —susurró Katsumi a la que apenas le salía la voz.

—Todo esto no cambia nada Katy, es cierto siempre fui yo, quien tomó tu virginidad, a quien te entregaste por primera vez y todas las veces, tu amante carpa, tu Koi. Siempre fui yo, no Kenji, él jamás te ha tocado y creo que yo tampoco lo hubiera permitido. Él no podía hacerlo porque su amor pertenecía a otra persona, así como el mío te pertenecía a ti —trató de explicarle. Ella comenzó a distanciarse—. No nos hagas esto Kat, tú y yo nos pertenecemos, no importa que estés casada con mi hermano, tú y el bebé sois míos, me entiendes, míos y eso nadie lo podrá cambiar ni siquiera unos papeles.

—¿Es que te has vuelto loco? —Katsumi intentó incorporarse pero él se lo impidió.

—Loco por ti mi amor, te lo he dicho hace un momento, soy el mismo de hace

un instante, el mismo a quién le has confesado que lo amabas —trataba de convencerla pero ella negaba con la cabeza.

—¡No! —gritó— Al que le dije que le amaba era un hombre sincero, uno que pese a sus sombras nunca me había engañado, uno que me mostraba sus debilidades y aún así luchaba con fuerza. Tú no eres ese hombre, tú me has mentido, no te conozco, no sé quién eres. Te has aliado con tu hermano para jugar conmigo, sin preocuparos por mis sentimientos, por cómo estaba sufriendo al estar con el corazón dividido, cuantas veces os habréis reído de mí. La idiota de Katsumi, la que no se entera de nada, la que le da igual tirarse al hermano que al marido —gritó. Aquella chica se desgarraba por momentos, tanto como yo—. Creía estar luchando entre el amor y el honor cuando lo único que hacía es ser vuestro juguete —sollozó y sus lágrimas de impotencia habían comenzado a manchar el camisón—. ¿Koi? ¿Enserio? Como has podido mancillar así ese nombre, no puedes hacerte llamar como la carpa cuando has hecho lo que has hecho, tú no eres ningún símbolo de lucha, ni de sabiduría, no mereces tan siquiera pisar el suelo por donde yo piso, no quiero volver a verte en la vida, nunca más, ni que me toques, ni que me hables, nada, me das asco Kayene Watanabe, no puedo soportar tu contacto ni un minuto más —sentenció e intentó levantarse sin embargo él volvió a inmovilizarla en su abrazo—. Ni se te ocurra retenerme Kayene, no me pongas un solo dedo encima —le advirtió y giró la cabeza hacia mí—. ¿David verdad? —asentí— ¿Serías tan amable de ayudarme a entrar? No quiero estar aquí.

—Por supuesto, será un placer —dije y me acerqué para tomarla en brazos sin que Kayene opusiera resistencia. Sentí sus primeras lágrimas empapando mi camiseta y por un momento me sentí horrible por ser el causante de su congoja.

—Lo siento Katsumi —me excusé y ella negó.

—No es culpa tuya, te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho hoy, gracias por quitarme la venda de los ojos —declaró. No estaba verdaderamente

convencido de haber hecho lo correcto, cuando la verdad es tan dolorosa alguien siempre pierde.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—A mi habitación, por favor —me pidió. Entré con ella y allí estaba de nuevo, la señora Watanabe, sentada en una silla completamente en silencio. Nos miró a ambos y esperó a que dejara a Katsumi en la cama, esta se secó las lágrimas intentando ocultarlas.

—Entiendo que mis nietos son los causantes de que estés así ¿verdad? —preguntó despacio la abuela, Katsumi apenas osaba levantar la cabeza— Habla Katsumi, puedo sentir tu rabia, tu odio, tu ira y tu dolor, sé que están ahí, que los estás conteniendo y eso no es bueno ni para ti ni para el bebé. Di lo que sientes por una vez hija, nadie va a juzgarte por lo que digas en estos momentos.

—¡Les odio! —gritó vaciándose por dentro— Odio como fingen que les importo cuando a lo que se han dedicado es a satisfacer sus necesidades, odio que mi padre me ningunee, odio que mi madre piense que soy igual que ella, odio ser un cuadro colgado en la pared para mi marido y una puta para mi cuñado. Odio no valer nada para nadie, he sido un juguete, un objeto al que manipular al antojo de sus nietos pero esto se va a terminar, le juro por mi hijo que esto termina aquí y ahora —bramó y los ojos le brillaban llenos de indignación. La señora Watanabe se acercó a la cama y se sentó a su lado tomándola de las manos.

—Está bien pequeña, está bien, ya no va a ser nunca más así —aseguró y Katsumi negó con la cabeza como si no creyera que las cosas pudieran ser de otro modo. Esa chica había aguantado demasiado, no sabía cómo hubiera sido capaz de reaccionar si aquello me hubiera pasado a mí—. Mis nietos han hecho algo terrible, tanto contigo como con él —comentó y ambas desviaron la mirada hacia mí—. Nunca y digo nunca, se debe dañar a quienes amamos, a quienes lo único que han hecho ha sido entregarnos su confianza y su amor. Mis nietos han

olvidado varias de las premisas del código Samurái, por el cual debían regirse y esto es imperdonable, la ofensa que os han hecho a ambos es imperdonable —sentenció. Aquella increíble mujer nos miró al uno y al otro de igual manera—. Ambos estáis en vuestro derecho de estar muy enfadados, no han actuado bien y por ello deberán compensaros con lo que les exijáis. David —me llamó con rotundidad—, sé que en tu caso no es sencillo, pero no por ello voy a excusar a Kenji, no hay nada en este mundo que pueda cortar las alas al amor y si uno ama de verdad, debe estar dispuesto a sacrificarse para perseguir la felicidad. Mi nieto ha sido un cobarde, te aseguro que mi hijo no le ha criado para que sea así, sin embargo sus actos le señalan como culpable. Estoy segura que no ha actuado con mala fe, mi nieto es un protector nato, aunque no ha estado a la altura, y no ha sabido ordenar sus prioridades —respiró profundamente—. Lo único que ha logrado con sus miedos y sus malas decisiones ha sido haceros desgraciados a ambos, y por el camino ha arrastrado a Katsumi y a su hermano.

—¿No le importa a quién ame Kenji? —le pregunté pues hablaba con tal naturalidad, que me sorprendía como lo estaba llevando.

—Si tu pregunta es si me importa que mi nieto ame con el corazón, mi respuesta es no —aseguró con firmeza. Katsumi contuvo la respiración y me miró de un modo distinto, como si acabara de encontrar la pieza que faltaba.

—¿Mi marido te ama a ti? —inquirió y me encogí.

—Si puede llamarse así a esconder lo nuestro durante años, mentir a su familia y casarse contigo para ocultar que es gay, supongo que sí —comenté y se echó las manos al rostro.

—¿Cómo no me di cuenta de eso? Soy una inútil —sollozó. La señora Watanabe la acarició con ternura.

—Si te consuela, yo soy su abuela y tampoco me di cuenta al cien por cien hasta hace unos días, Kenji puede ser muy hermético Katsumi, no puedes culparte por

ello.

—¿Hermético? ¡Es una maldita caja fuerte! ¿Qué voy a hacer ahora con mi vida? —cuestionó y no era una pregunta para ser respondida,

más bien era una reflexión.

—No hace falta que decidas de inmediato, y lo que hagas estará bien para todos —respondió la señora Watanabe y ambas se miraron.

—No, no lo estará, no conoce a mis padres.

—Claro que los conozco, son tradicionales, tal vez les cueste, pero está claro que tú no has hecho nada, has sido una víctima, les tocará aceptarlo y aguantar —observó y Katsumi se estiró mirando hacia el techo.

—No les conoce, ellos no lo van a entender, para ellos toda la culpa será mía por no haber podido convertir a mi marido o no haber sido capaz de satisfacerle, ellos no entienden la homosexualidad —dijo y se cubrió el rostro de nuevo, me parecía terrible que pudiera seguir habiendo gente así—. Ahora mismo no puedo pensar, necesito estar sola, eso sí —giró el cuello para mirar a la señora Watanabe —ni mi marido ni Kayene volverán a pisar esta habitación —exigió y la mujer asintió.

—Estate tranquila, me parece justo, voy a prepararte una infusión para que te calmes un poco. ¿Me acompañas David? A ti te daré algo un poquito más fuerte.

—Me vendrá bien —convine. Me dolió dejar a Katsumi de aquel modo, si no hubiera sido por mí ella habría seguido en su mundo de fantasía. Era de esos momentos en los que te planteas que la sinceridad está demasiado sobrevalorada.

—Permanece tranquilo, se sobrepondrá y tú también, la pequeña Ishiguro es más fuerte de lo que parece, hiciste lo que debías, ahora no te sientas culpable.

—No estoy seguro de haber hecho lo correcto —declaré y la mujer me tomó del

brazo.

—Hay veces que para ganar la guerra toca perder batallas pequeño saltamontes —comentó y aquello me hizo sonreír—. Eso es, mucho mejor así, una infusión para Katsumi, un sake para ti y un masaje para mí —dijo guiñándome un ojo—. Quiero probar esas maravillosas manos que han enloquecido a mi nieto.

—Será un placer —aseguré pues era imposible negarle nada a aquella mujer.

—Todo se solucionará, ya lo verás, hay un proverbio en mi país que dice: El que quiere subir inventa la escalera. Estoy convencida que mis nietos construirán una que llegue hasta el mismísimo cielo para alcanzaros a vosotros.

—No estoy seguro de querer que me alcancen y creo que a Katsumi le pasa lo mismo —observé y ella sonrió de un modo enigmático.

—Quien bebe no sabe lo peligroso del vino, quien no lo bebe no sabe de lo bueno que hay en él. Una vez que conoces el verdadero amor, eres incapaz de soltarlo.

26 Capítulo (David)



Los días siguientes fueron extraños. Yo trabajaba con Ilke de sol a sol en la organización de la presentación así que apenas pasábamos por la casa. Katsumi se había atrincherado en su cuarto y los hermanos Watanabe tenían vetado el acceso hasta nueva orden.

La *sobo* era como un perro guardián y no abandonaba a la chica para nada, estaba claro que la había acogido bajo su ala y que no la iba a soltar. De momento nadie movía ficha, Kenji y Kayene iban arrastrándose por la casa como almas en pena, lucían unas ojeras poco favorecedoras, sobre todo Kayene que era quién peor parecía llevarlo aunque no me daba ninguna lástima, se merecía eso y más. No me reprochó nada, ni tan siquiera me miraba con rencor, supongo que al final, aunque no le hubiera salido bien, prefería eso a seguir mintiendo.

Había llegado el día de la fiesta. La familia Watanabe al completo estaba invitada aunque no tenía claro si asistirían o no, tampoco me importaba, seguía dolido, no podía negarlo, pero a medida que pasaban los días se hacía más llevadero. Ilke estaba muy nerviosa y fabulosa como siempre con un vestido negro de encaje con escote halter de su nueva colección, ella era la única que no

vestiría kimono, pero había recreado una fantasía de sobretodo emulando un kimono japonés en dorado y rojo.

Yo me puse uno tradicional que me facilito nuestra adorable *sobo*. La fiesta sería en el New York Grill, un restaurante muy cosmopolita que fusionaba comida americana, europea y japonesa. Había sido escenario de la película *Lost in translation* por sus espectaculares vistas sobre la ciudad. Estaba en la planta cincuenta y dos del gran Hotel Park Hyatt Tokyo. Eran tres edificios en tres alturas en orden descendente hechos de acero y cristal. La palabra espectacular se quedaba corta ante tanta magnificencia.

Horas antes las chicas se habían reunido en la habitación de Katsumi y me moría de la curiosidad por saber de qué habían hablado.

—¿Vas a contarme sobre qué chismorreasteis? —pregunté pues yo había estado ocupado haciendo las últimas llamadas y no pude asistir a la conversación a tres bandas.

—Te la voy a resumir —respondió Ilke que estaba colocando los arreglos florales de las mesas junto con el equipo de floristería—. Katsumi sigue tan enamorada de Kayene como tú de Kenji —comenzó y yo resoplé ante la observación—. Sé que no te gusta que te diga nada al respecto y que crees tener las cosas muy claras, pero ambos estáis cometiendo un error monumental.

—Ilumíname con tu sabiduría ¡oh gran diosa Atenea! —le dije un tanto exasperado.

—Está claro que se han equivocado en la manera, no han sabido gestionar bien el cómo haceros ver que estaban enamorados de vosotros, pero ¿quién no se equivoca? Gio también se equivocó mucho conmigo, esa familia tiene un problema sobre la gestión de las emociones, meten la pata hasta el fondo cuando están enamorados y no saben cómo hacer las cosas —argumentó y eso estaba claro, Gio la cagó mucho con Ilke—. ¿Sabes que tanto Kenji como Kayene no

han estado con nadie más desde que entrasteis en sus vidas?

—¿Y tú como sabes eso? —pregunté y saber eso me dio un gusto inesperado.

—Escuché una conversación de los hermanos Watanabe, te juro que fue involuntario, tropecé y mi oreja se pegó a la puerta cuando ellos mantenían una conversación —alegó. No pude evitar reír, Ilke tenía aquella facilidad pasmosa para hacer sonreír a los demás.

—Benditos tropezones, me lo puedo imaginar, aunque te garantizo que nada de lo que dijera ese par van a hacer que cambiemos de opinión al respecto. Quiero a esos Watanabe fuera de mi vida, solo Gio y Kiki merecen mi cariño y mi confianza.

—Bien, pues tú dirás lo que quieras, pero a mí me conmovieron. La

cultura y sus tradiciones no son fáciles de quebrantar, sobre todo como en el caso de Kenji, con tantas responsabilidades a sus espaldas y con tanto miedo a decepcionar a quienes más quiere —declaró y yo soplé, el alma romántica de Ilke ya estaba sufriendo el efecto de los hermanos—. No te creas que le excuso.

—Pues eso me estaba pareciendo.

—Solo digo que no es fácil, a su manera se ha arriesgado, oí como le contaba a Kayene que viajó a Hawái por ti, que en cuanto podía cogía un avión para verte y que os buscó un piso en Tokio porque no podía soportar la idea de que no formarás parte de su vida —expuso y aquello era cierto, pero no me iba a conmovir por eso—. Oír cómo le confesaba a su hermano su dolor al dar el sí quiero sabiendo que con quién realmente deseaba pasar el resto de sus días era contigo me conmovió. Te juro David, que estaba roto, además tuvo que hacerlo contigo presente cuando lo único que quería era salir huyendo de allí cogido de tu mano.

—¿Eso lo dijo él? —Ilke asintió de un modo poco convincente.

—Bueno dijo que al estar tu delante fue la cosa más difícil que había hecho en la vida, el trozo de la huida ha salido de mi incipiente imaginación de lectora de romántica.

—Eso imaginaba —bufé y arqueé las cejas, enfadarme con Ilke era imposible.

—También escuché cómo te excusaba por acostarte con otros, mientras él era incapaz de pensar en sexo si no participabas tú. —Aquello fue un golpe bajo, era cierto que yo había seguido sexualmente activo, sin embargo con mucha menos asiduidad a la que estaba habituado pero el sexo era sexo al fin y al cabo, yo a eso no le daba importancia, aunque me parecía bonito que Kenji hubiera sido incapaz de estar con nadie más.

—No nos debíamos fidelidad, eso fue una opción personal suya —me excusé.

—Lo sé, pero a su modo intentó no traicionarte de todas las formas posibles, incluso buscó una solución para no acostarse con su mujer para seguir siendo solo tuyo. ¿Todo esto no te dice nada David? —me preguntó. Claro que me decía, pero aún así seguíamos en el mismo punto.

—Me dice que siempre deberé estar oculto entre las sombras y yo no estoy dispuesto a ello.

—¿Prefieres vivir a plena luz que vivir sin él? —me interrogó y aquella era una pregunta de doble filo.

—Prefiero no avergonzarme de quién soy y de cómo soy, nadie debe tener la capacidad de decidir por mí, qué está mal o qué está bien. Que ame a una persona, aunque sea de mi mismo sexo, no debe condicionar a nadie para que me esconda, no hago nada malo es amor, ¿o acaso un hijo varón no ama a un padre? ¿Se le juzga por ello? ¿Entonces por qué se me debe juzgar a mí por amar a otro hombre? ¿Por el simple hecho de que haya sexo entre nosotros? ¿Y cuál es el problema? Cada cual la mete donde le apetece, será que los hetero no le dan por el pozo ciego a sus mujeres —exclamé e Il se echó a reír.

—Eso si les dejan, que hay muchos que sus mujeres se niegan.

—Entonces esos hombres ¿que son? ¿Gais enmascarados? Las personas no se pueden etiquetar. Los gais hemos luchado mucho para que se reconozcan nuestros derechos como para que yo ahora me ande escondiendo porque Kenji no tenga pelotas de gritar a los cuatro vientos que está conmigo.

—¿Necesitas un reconocimiento público? ¿Quieres una pancarta? ¿O tal vez que contrate a unos mariachis que os canten a pleno pulmón “Kenji no te rajés”? —me rebatió y yo puse los ojos en blanco, sabía que Il quería quitarle hierro al asunto.

—¡No! Necesito vivir sin miedo como cualquier pareja, poder pasear de la mano, besarnos y hacer lo que nos plazca sin tener que justificarnos ante nada y ante nadie. No quiero otro tipo de relación Ilke, quiero casarme y tener hijos, igual que has hecho tú. ¿Por qué tú puedes pasear tu felicidad mientras yo debo esconderla? —inquirí e Ilke suspiró, sabía que en el fondo me entendía.

—Está bien, no te ofusques, yo también quiero que seas feliz, el problema es que dudo que lo seas sin Kenji —alegó. Yo también lo dudaba, pero dicen que el tiempo lo cura todo ¿no? Decidí salir de la línea de fuego.

—¿Y Kayene que dijo?

—Kayene alentó a su hermano para que lo apostara todo por ti, ese muchacho tiene un buen par de balones de futbol en sus bajos —sonrió para sus adentros—. Está loco por Katsumi, según le decía a Kenji, le estaba dando un pequeño margen para que asimilara que era suya y de nadie más. Le pidió a su hermano que le concediera a Katsumi el divorcio, que iba a luchar con uñas y dientes por convertirla en su mujer.

—¿Y qué dijo Kenji? —volví a preguntar, pues era capaz de negarse por mantener su imagen y seguir jodiendo a los demás.

—Dijo que haría todo lo que estuviera en sus manos para que por lo menos ellos fueran felices, que si Katsumi deseaba el divorcio no pondría pegas.

—Menos mal, por lo menos hace algo bien.

—Aunque también le dijo que si ella se negaba, seguirían casados por todo lo que le había hecho pasar, al parecer la familia de Katsumi es de la vieja escuela y tener una hija divorciada sería un golpe terrible para ellos —comentó. Ahí estaba, fuere como fuere Kenji siempre haría lo correcto para complacer a cualquiera.

—Y eso quiere decir que yo quedo fuera de la ecuación, así que a otra cosa —declaré. Estaba molesto, todos eran más importantes que yo, Kenji siempre anteponía a los demás a lo nuestro, estaba harto.

—¿Quieres saber qué le dijo nuestra *sobo* a Katsumi en la conversación de chicas?

—Ilumíname —dije aunque ya estaba disgustado de nuevo.

—Le dijo que no hay peor ciego que el que no quiere ver, que estaba convencida que en el fondo Kat sabía con quién se estaba acostando, solo que prefería escudarse en que todo había sido un engaño. Le dijo que era tan cagona como Kenji, que no estaban hechos el uno para el otro porque eran demasiado iguales, que tú complementabas a Kenji y Kayene a ella, que el hilo rojo ya os había anudado de ese modo y que nadie lo iba a cambiar —me explicó. Menuda estaba hecha la *sobo*—. Que cuando hay amor hasta las cicatrices de la viruela son iguales a los hoyuelos en las mejillas.

—Esa mujer es muy grande.

—Lo es —afirmó Ilke.

—Katsumi ama tanto a Kayene como él a ella, solo se siente traicionada porque la dejaron al margen, no le contaron la verdad, tal vez si se lo hubieran propuesto

en vez de mentirle, otro gallo les hubiera cantado.

—O Katsumi les hubiera llenado de picotazos, creo que esa chica tiene mucho más carácter del que muestra, simplemente está habituada a reprimirlo y ahora comienza a despertar. Aunque creo que merecen una oportunidad, es cierto que Kayene no hizo bien al ocultarse, pero también es cierto que cuando se vio descubierto dio la cara y no huyó, eso dice mucho de él.

—Eso fue lo que le dijimos, Kayene ha movido todas sus fichas, incluso se le declaró de un modo precioso.

—Lo sé, lo oí todo. Estoy convencido que lo que le decía era cierto —afirmé pues la entrega de esas palabras no podía ser fingida.

—Katsumi necesita ordenar sus sentimientos, aunque sé que los tiene tan claros como él. Puede estar dolida por las formas, pero en el fondo, muy en el fondo seguro que le parece incluso romántico que su amante misterioso fuera él —comentó y le alboroté un poco la melena.

—Tú sí que eres romántica deberías leer menos.

—¡Eh! —gritó, me dio un empujón y se recolocó la melena— Pues claro que soy romántica, creo en el amor y me gusta que triunfe frente a la adversidad y no voy a dejar de leer porque tú me lo digas, tal vez deberías probar con alguno de mis libros.

—A veces el amor no triunfa —respondí nostálgico.

—Y a veces es que es un poco lento, yo creo que siempre puede sorprendernos —aseguró Ilke que no pensaba contarle todo lo que había escuchado pues eso era algo que solo la *sobo* y ella conocían. A esos cuatro había que darles un buen empujón aunque estaba claro que los chicos ya le estaban poniendo remedio.

La gente comenzaba a llegar, había muchísimos invitados todos ataviados con la ropa indicada y con sus correspondientes máscaras. Personas del sector de la

moda, empresarios, modelos, actores, actrices, deportistas de élite, influencers, la élite de la sociedad japonesa se mezclaba sin pudor con aquellos desconocidos, todos confluían y fluían bajo el anonimato que les conferían los antifaces.

La cena estaba siendo un éxito, las sonrisas de los invitados y sus flirteos daban fe de ello. El desfile fue todo un éxito y al final del mismo Ilke fue aclamada por una gran ovación, las bolsitas de muestras de los productos de Ojos de Dragón volaron ya que la gente no dejaba de hablar de la calidad de los productos, Ilke había recibido ya varios pedidos seguro que las ventas al mercado japonés se disparaban después de esa noche. La noche estaba siendo redonda, no podía sentirme mejor por mis amigos. Con el vídeo de presentación de la ONG saltaron muchas lágrimas, vi pañuelos de papel deslizarse bajo los antifaces, cuando pasaron los testimoniales de niños abandonados, mujeres abusadas y personas vejadas hasta límites inhumanos lo único que se oían eran sollozos que rasgaban el ambiente. Tras el final del vídeo los aplausos duraron más de quince minutos, fueron los únicos que rompieron el silencio que había tomado la sala, Svetlana se emocionó muchísimo y dio las gracias a todos los asistentes dando paso a la subasta.

En un bombo había números, cada asistente tenía el suyo colocado en una etiqueta sobre el pecho, se subastarían independientemente de su sexo o estado civil, no era una subasta sexual, simplemente era para pasar un rato con quién pujara por ti, así que no había ningún interés romántico en ello. No importaba quién saliera a la palestra, las cifras eran indecentes, hombres y mujeres pujaron por igual sin importar que la persona que saliera al escenario fuera de su mismo sexo, lo importante era donar dinero a la ONG.

Por una de esas casualidades de la vida uno de los números fue el mío, así que a mí también me subastaron, un montón de personas pujaron por mí aunque no me quedó claro quién había ganado mi compañía, la cosa había estado muy reñida entre tres pujadores hasta que Svetlana me adjudicó. Esperaba que por lo menos

no me tocara un muermo, quedaba mucha noche por delante.

Las personas subastadas esperábamos en el escenario a que vinieran a buscarnos, el pujador podía elegir lugar donde se iba a desarrollar la cita, teníamos varios espacios habilitados en el hotel, o bien podían decidir quedarse en el salón. Svetlana nos informaba a cada uno dónde debíamos dirigirnos.

—Estás de suerte David —me comentó Svetlana que tenía un hermoso acento además de ser guapísima.

—¿Y eso por qué? —le pregunté a la rusa que me sonreía abiertamente.

—Tu cita se ha tomado muchas molestias —aseguró y aquellos ojos seductores hablaban por sí solos.

—Qué ilusión —respondí, aunque ciertamente no me hacía ninguna—. ¿Dónde debo ir? —la interrogué y ella me tendió una tarjeta.

—Suite presidencial —me contestó. ¡Vaya! Así que mi postor o postora iba fuerte.

—¿Debería acudir? —cuestioné y ella se mordió con suavidad el labio inferior.

—Te diría que te quedaras conmigo pero creo que la persona que pagó por ti cien millones de yenes, merece por lo menos tu visita —expuso. Hice un cálculo rápido, setecientos setenta y siete mil euros aproximadamente, no estaba nada mal por estar unas horas conmigo.

—Está bien iré a darle las gracias personalmente, solo espero que no se confunda conmigo —observé y ella volvió a sonreír, aquella chica tenía algo fascinante en la mirada, además de ser increíblemente bella.

—No creo que se confunda, además dudo que tú le dejaras que se confundiera —replicó. Era una seductora.

—Eso es cierto —asegué. Le tomé la mano y se la besé.

—Hasta luego Svetlana.

—Nada me gustaría más —respondió arqueando las cejas. Sabía cuánto había sufrido aquella mujer en manos de la mafia rusa, que me mostrara aquella confianza me gustó.

Le dije a Ilke dónde iba a estar, aunque no creía que tardara demasiado, como mucho una copa y le pediría a quién fuera que regresáramos a la fiesta, ya tenía suficientes líos como para complicarme todavía más.

Inserté la tarjeta en la ranura y en cuanto la puerta se abrió me quedé quieto en el umbral. Estaba sonando Best of me, «es imposible», me dije a mí mismo «es nuestra canción». Cerré los ojos por un instante atrapado por la melodía, sin poder dar un paso ni hacia delante ni hacia atrás. La conversación que había mantenido con Ilke, aunque intentara negarme a ella, había calado en mi cerebro. Kenji me amaba y quería apostar por recuperarme, pero buen sexo y una suite no iban a solucionar nada, estaba convencido que mi pujador misterioso era él.

Lo que más me llamó la atención fue que la versión que sonaba era al piano, como si fuera un directo, parecía que alguien la estuviera tocando. Mis pies por fin se movieron, dirigiéndose hacia la envolvente melodía, atravesé el salón de la suite apenas percatándome de su magnificencia, había entrado en una especie de trance cuando vi que la voz grave que cantaba la letra pertenecía al hombre que estaba sentado en el piano del salón.

Allí en el rincón izquierdo, semioculto en la penumbra e iluminado por las luces de la ciudad, estaba él, aunque fuera vestido con kimono y llevara el antifaz, reconocería su aroma y su energía en cualquier parte del universo. Anduve hasta quedar en el centro de la estancia, rodeado por varios sofás que invitaban a sentarse, aunque no lo hice, me quedé de pie como un tonto escuchándole ensimismado. Me gustaba ver aquellas manos fuertes deslizándose acariciantes sobre las teclas de marfil, aquellos dedos largos que las recorrían con precisión,

ejecutando aquella pieza sobre la que tantas veces nos habíamos amado.

La voz y el hombre, el hombre y la voz, Kenji cantaba con una pasión desgarradora que me abría el pecho en canal. Sabía que cantaba para mí, nunca antes le había oído tocar el piano o cantar, ni tan siquiera sabía que lo hacía. Seguramente era otra de sus muchas facetas ocultas que no mostraba a nadie y ahora había decidido enseñármela.

La pieza terminó dejando un regusto agrisado en mi paladar, amaba a ese hombre con toda mi alma pero sabía que lo que podía ofrecermela era una ínfima parte de lo que yo deseaba y no estaba dispuesto a tener menos que todo. Cuando finalizó se quitó el antifaz, se levantó del piano y caminó decidido hacia mí, sin titubeos, como si tuviera muy claro qué debía hacer. Se detuvo a un paso de mí y yo aguardé sin saber muy bien qué esperar.

—Hola David.

—Hola —respondí seco, aunque por dentro estaba temblando.

—¿Puedo? —me preguntó señalando el antifaz. Asentí y lo desabroché con agilidad—Mejor así, me gusta verte el rostro con el kimono de mi abuelo.

—¿De tu abuelo? —le interrogué, eso sí que no lo esperaba.

—Se lo pedí a mi padre, forma parte de mi herencia, aunque le dije a mi *sobo* que te lo entregara ella, no estaba seguro de que lo aceptarás si te lo daba yo. Lo hice esta mañana, después de decirle que iba a entregárselo al hombre de mi vida —me comentó ¿Cómo? «Un momento, ¿me estaba diciendo que le había dicho a su padre que era gay?». Sentía cómo el color había abandonado mi rostro, mientras él no había perdido la compostura ni por un instante.

—¿Me estás diciendo que le has contado a tu padre lo nuestro?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo y no solo eso, le he dicho que no deseo ser el futuro *kumichō* y que lo único que quiero en este mundo es ser feliz

a tu lado, si es que no llego demasiado tarde claro —expuso. Apenas podía creer lo que me estaba diciendo.

—¿Puedo sentarme? Creo que estoy al borde del desmayo —alegué. Él estiró la mano en señal de aceptación, me senté en el sofá, mientras Kenji elegía una butaca lateral. Había una cubitera estratégicamente colocada con dos copas. Tomó la botella, la descorchó, sirvió ambas copas y me tendió una.

—La había reservado para más tarde, por si aceptabas convertirte en mi marido y celebrar que por fin fueras mi prometido, pero creo que la necesitas más ahora.

—¿Cómo? —grazné pues se me había atascado la voz en la garganta. Él abrió mucho los ojos.

—Disculpa, creo que he metido la pata, estas cosas no se me dan muy bien, ya sabes que el romanticismo no es lo mío, yo soy el frío, el práctico, el cuadriculado —expuso. Yo estaba al borde de un precipicio con cascada y no estaba seguro si dar un salto de fe o recular.

—Vayamos por pasos ¿te parece? —le dije y él hizo un gesto afirmativo. Intenté mostrar una tranquilidad que no sentía, pero necesitaba dar sentido a todo aquello y ver si era verdad lo que me estaba diciendo— ¿Qué te llevó a hablar con tu padre y cuando hablaste con él?

—Ayer mantuve una charla con mi hermano y supe que no podía seguir viviendo en mi mundo artificial, así que ambos fuimos a hablar con mi padre para aclarar todo aquello que nos impedía alcanzar la felicidad, porque ten por seguro David, que mi felicidad eres tú —me aseguró. Sus ojos negros como el carbón brillaban con una determinación que nunca había visto, el corazón golpeaba mi pecho con fiereza, entonces lo supe, estaba dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirme.

—Adelante, soy todo oídos.

27 Capítulo (Kenji)



Residencia de los Watanabe, mañana de la presentación de Ojos de Dragón.

—¿Cómo estás? —me preguntó Kayene.

—Decidido —respondí e intenté parecer más seguro de lo que me sentía. Él soltó una risotada.

—A mí no me engañas hermanito, estás cagado, el niño bonito va a confesarle a nuestro *chichi*, que la ovejita blanca era tan negra como Obama, o incluso más, eres el Michael Jackson de las ovejas negras, intentando desteñirte para parecer lo que no eres.

—¿Te divierte todo esto no es cierto? —le interrogué y él se encogió.

—Digamos que he esperado este momento toda la vida, no está mal

por una vez, no ser el malo del cuento —contestó. En parte me sentía contento de que mi hermano se sintiera así.

—Pues ya no queda nada para que disfrutes como un enano.

—Lo sé, he pedido que me preparen un bol de palomitas y unas gafas 3D para no perderme detalle.

—Pues vigila no te vaya a llover una hostia con tanta realidad aumentada —le auguré y él soltó una risotada.

—Estoy dispuesto a ello con tal de ver la cara de nuestro padre al ver que su perfecto hijo es más falso que un billete de tres mil yenes.

—Ahórrate los sarcasmos, tú estás tan jodido como yo —le espeté y Kayene torció el gesto.

—Pero juego con ventaja, recuerda que de que de mí no puede esperar nada bueno, de algo ha de servirme haberle decepcionado tantas veces —alegó y yo resoplé. Estaba claro que algo de razón tenía Kayene, si con alguien iba a decepcionarse mi padre era conmigo.

En cuanto llegamos, pasamos al salón, le habíamos avisado de que íbamos a ir, así que nos estaba esperando.

—*Ohayō* —nos saludó.

—*Ohayō chichi* —respondimos al unísono algo más alto de lo habitual.

—¿Qué trae a mis dos hijos por aquí? ¿Ha ocurrido algo? —

preguntó. Estaba claro que nuestro padre no era tonto, Kayene y yo no íbamos juntos a casa a menos que se tratara de una comida familiar o de algo que debiéramos solucionar.

—Tenemos que hablar contigo —anuncié y él enarcó las cejas.

—No sé por qué intuyo que es un tema peliagudo, dejad que vaya a por unos vasos de sake —dijo y nos sentamos esperando el alcohol, esperaba que con un buen trago fuera más fácil soltar todo lo que debía decirle.

Tomamos un vaso cada uno mientras él nos miraba expectante, mi padre no era tonto, así que cuanto antes lo soltara mejor. Apuré el contenido de un trago y sin anestesia lo dije todo del tirón.

—Soy gay, amo a un hombre con quien mantengo una relación desde hace años, mi matrimonio es un fraude y el bebé que espera mi esposa es de Kayene —expuse. Mi padre no decía nada, me miraba muy serio como si no creyera lo que estaba soltando, entonces me di cuenta que me había faltado una cosa—. ¡Ah! Y no quiero ser el futuro *kumichō* de los Yamaguchi-gumi, de hecho nunca quise serlo —aseguré. Después me callé sin apartar la vista de él.

Un silbido rompió el silencio, estaba claro que las cartas estaban todas boca arriba.

—*Yabai* hermanito, así todo de golpe está claro que toda tu diplomacia se ha ido con el sake. Si tu intención era que nuestro padre muriera de un infarto para redondearlo, te ha salido mal la jugada, fíjate, ahí le tienes impertérrito, creo que ni aun diciéndole que eres un puto fiasco va a bajarte del pedestal donde te tiene colocado —soltó Kayene y un rugido dio por finalizada la diatriba de mi hermano.

—¡Cállate Kayene! —ordenó nuestro padre. Mi hermano levantó las manos y bebió, los ojos de mi progenitor seguían clavados en los míos como si intentara dilucidar si lo que acababa de soltar era simplemente una broma de mal gusto. Tras ver que no me pronunciaba al respecto intuyó que no se trataba de ningún juego. Su rostro se volvió sombrío— ¿Por qué Kenji? ¿Qué he hecho mal? —inquirió. Ahí estaba, sabía que mi padre no iba a estallar echándome toda la

caballería encima, tampoco me golpearía, simplemente lanzaría preguntas frías y certeras que me dolerían más que cualquier golpe. Se cuestionaba a sí mismo para justificar mi comportamiento desviado, sentí un resquemor lacerante en la profundidad de mi pecho. Me ardían los pulmones de contener el aliento.

—No ha sido culpa tuya *chichi*, te juro que intenté reconducir mi tendencia sexual, lo intenté absolutamente todo incluso me casé para no decepcionarte —alegué pues necesitaba que entendiera que no era una perversión sexual, en casa nunca habíamos sacado el tema de la homosexualidad, así que no sabía cómo se sentía mi padre al respecto. Estaba asustado por lo que pudiera pensar de mí y por su rechazo, adoraba a mi padre y me daba miedo que al confesar a quién amaba, le perdiera a él—. Quería ser el hijo que tú esperabas, seguir todos y cada uno de los principios que me habías inculcado, nunca quise defraudarte y convertirme en el fraude que soy ahora. Creí poder sobrellevarlo todo, controlarme, pero no imaginé que me enamoraría de quien no debía —le comenté. Cerré un instante los ojos y volví a abrirlos para arrodillarme en el suelo a a sus pies—. Lo siento tanto, no puedes llegar a imaginar cómo me duele haberte traicionado de este modo, pero no puedo seguir con todas estas mentiras, a cada paso que doy empeoro más las cosas. Ya no solo me estoy dañando a mí, sino también a los demás, a mi mujer, a Kayene y sobre todo, estoy a punto de perder a la persona que más me importa en esta vida por pretender ser quien no soy —le expliqué. Oí la respiración fuerte de mi padre.

—No te preguntaba eso Kenji, levántate del suelo ahora mismo y mírame —me ordenó, su voz inflexible se había suavizado, sonaba algo abatida. Levanté el rostro intentando ver más allá, no entendía nada. Estaba claro que le veía decepcionado pero había algo más, algo que no lograba discernir. Me incorporé tal y como me pedía, y volví a mi asiento reencontrándome con su mirada. Parecía triste, como si una losa hubiera caído a sus espaldas—. ¿Tan mal lo he hecho como padre que no has confiado lo suficiente en mí para contarme todo esto antes? ¿Por qué has tenido que ocultarme todo esto? ¿De verdad pensabas

que te iba a repudiar por el simple hecho de desear otras cosas que no eran las esperadas? ¡Eres mi hijo Kenji! —me interrogó yo estaba enmudecido—. Si con tu hermana ya me sentí un mal padre, contigo me siento un fracasado, intenté educarte como me educó el mío, para que fueras un hombre honorable y siguieras tu camino con orgullo, y lo único que he conseguido es tu infelicidad y la de tus hermanos; primero me ocurrió con Akiko, y ahora contigo y con Kayene, porque está claro que con él tampoco supe hacerlo —expuso y parecía tan abatido, no estaba enfadado, más bien derrotado.

—Padre, yo... —traté de hablar, pero él levantó la mano para que me detuviera.

—Déjame terminar —se mesó el pelo—. Sé que nuestro mundo no es fácil, y te juro que yo pensaba que querías esto, si una sola vez me hubieras dicho que no lo querías te habría dejado ser lo que quisieras y por supuesto amar a quién quisieras —aseguró. Estaba siendo rotundo con sus palabras, no había duda que le nacían del alma—. Para mí, por delante de todo, estáis vosotros Kenji. Los tres sois mi orgullo, por muchos errores que cometáis, sois mis hijos y os amo con todo mi corazón. Tal vez no he sabido transmitirlo con mis gestos, vuestra madre era la dulce, a ella se le daban realmente bien estas cosas, mucho mejor que a mí, siento que la perdiéramos, tal vez con ella aquí todo hubiera sido distinto —dijo y yo negué con la cabeza, mi padre no podía atribuirse toda la culpa—. Muy mal debo haberlo hecho para que ninguno de los tres confíe plenamente en mí, menudo *kumichō* estoy hecho cuando no logro ni que mis propios hijos me cuenten sus cosas cuando son lo más importante de mi vida —exclamó yo desvié la vista hacia mi hermano quién estaba tan ojiplático como yo. Si antes me sentía mal ahora me sentía peor por pensar que mi padre se pudiera sentir así por mi culpa.

—¿En serio? ¿Eso es todo? Mi hermano acaba de soltarte que me he tirado a su mujer, que espera un hijo mío, que él es gay y que no quiere seguir tus pasos, ¿y lo único que haces es decir que no has sido un buen padre? —cuestionó Kayene.

Los ojos de mi padre buscaron a los de mi hermano.

—¿Y qué esperabas? ¿Acaso no es cierto? Contigo tampoco lo he hecho mucho mejor que con él. No sé en qué punto te perdí Kayene, pero jamás he sido capaz de encontrarte —declaró y mi hermano perdió su aire petulante para cruzar los dedos y crujirlos con incomodidad—. Caíste en las drogas, te metiste en mil y un problemas, y finalmente terminaste trabajando para Hikaru en vez de para mí. Supongo que contigo todavía lo hice peor —añadió y una risa desganada escapó de su garganta—. Lo de acostarte con Katsumi creo que no es lo más importante de la ecuación, siempre has tenido cierta tendencia a ir de flor en flor, seguro que podemos arreglarlo dándole el apellido al bebé.

—La amo —alegó categóricamente Kayene. Estaba claro que no quería que mi padre interpretara que Katsumi solo era un lío—. Tanto como Kenji ama a David, Akiko a Hikaru, o en su momento, tú a nuestra madre —le explicó, mientras abría y cerraba los dedos—. No pienso renunciar a ella o a mi hijo, porque óyeme bien, ella va a ser mi mujer aunque todavía no lo sepa y ese bebé es mío —afirmó. Estaba claro que Kayene no daría su brazo a torcer al respecto.

—Digo yo que ella tendrá que decir algo al respecto —replicó mi padre que parecía sorprendido ante la pasión desbordada de mi hermano.

—Poco tendrá que decir porque pienso ser implacable, aunque ahora esté enfadada conmigo haré lo que haga falta para convertirla en mi mujer, me va a importar muy poco lo que piense todo Japón, si ese es el problema.

—Me alegro —respondió mi padre, sorprendiéndonos a ambos—, nunca he visto que defendieras nada con tanta exasperación como a esa mujer, nunca vi tu mirada tan llena de determinación por nada ni por nadie y eso me llena de orgullo hijo.

—Tal vez sea porque nunca te fijaste —le reclamó. Ahí estaba el puñal de mi hermano, no se lo iba a poner fácil. La sombra del dolor cruzó la mirada de mi

padre—. Siempre tuviste ojos para Kenji por ser tu heredero y para Akiko por ser tu princesa, mientras que para mí quedaban los reproches.

—¡Eso no es cierto Kayene! —La voz de mi padre tronó— Siempre me gustó tu empuje, tu coraje, tu fuerza de superación, de destacar por encima de los demás, de ser más fuerte, más ágil; la determinación que mostrabas cuando una idea se forjaba en tu mente, aunque a veces no fuera de lo más acertadas. Siempre me ha gustado que no te detuvieras ante nada y ante nadie, que le restaras importancia a lo que los demás opinaran, cuando deseabas algo ibas a por ello sin que nada te detuviera. Siempre he admirado eso de ti.

—¿Y por qué nunca me lo hiciste ver? ¿Por qué siempre sentí que Kenji era quién lo merecía todo y yo nada?

—*Musuko*, una cosa era lo que se entreveía con tus actos, y otra cosa muy distinta es que fueran certeros. Estabas cegado por Kenji, siempre le estabas poniendo la zancadilla, siempre metido en problemas, no te podía alabar, necesitabas corregir y canalizar bien la energía. Primero te dejé espacio, pensé que tu rebeldía era cuestión de tiempo, de darte aire, quería que aprendieras de la vida, yo siempre estaría allí para ayudar a que te levantas cada vez que erraras. No quería ser un padre de “te lo dije”, porque tampoco me hubieras escuchado —expuso mi padre y eso era cierto, Kayene necesitaba tropezar y mi padre siempre estuvo allí para recogerle—. Esperaba que con el tiempo, lo entendieras y que el trabajo en la empresa familiar te ayudara a reconducirte y a entender que tu lugar estaba con nosotros.

—¡Yo deseaba ser el futuro *kumichō* padre! Pero tú no me veías, ni siquiera preguntaste, diste por hecho que Kenji por ser el primero era quién lo merecía y me relegaste a un segundo término.

—No fue mi intención Kayene, yo siempre quise la felicidad de los tres, pero está claro que lo he hecho todo al revés —dijo y se pasó las manos tras su nuca

estaba completamente apesadumbrado.

—Padre, tú no nos has fallado —le respondí. Necesitaba hacérselo ver, nosotros no habíamos sabido explicarle qué nos ocurría, así que él no había podido hacer nada por nosotros, lo había hecho lo mejor posible dentro de sus posibilidades—, nosotros no hemos sido sinceros contigo, tú no podías saber nada si por nuestra parte tampoco te lo contábamos. Está claro que todos nos equivocamos y ahora estamos pagando las consecuencias, todos hemos tenido parte de culpa, y nosotros más que tú, por faltar a la verdad y no contarte qué nos sucedía —le rebatí. No me gustaba el giro que estaban tomando las cosas, ver a mi padre como si le hubiéramos arrancado el alma no era plato de buen gusto—. Hemos venido a hablar contigo porque queremos comenzar de cero y contar con tu bendición, no queremos distanciarnos de ti. Tanto Kayene como yo queremos seguir adelante, tener una vida plena y no una llena de subterfugios que no nos llevan a ninguna parte.

—¿Y qué queréis? —preguntó levantando la cabeza— ¿Cómo puedo ayudaros a ser felices? —nos interrogó con algo parecido a la esperanza, eso es lo que había sonado en su voz.

—Yo quiero el divorcio, quiero ser libre para poder casarme con David e irme con él a España. Aquí no puedo ser quién soy, no puedo comportarme con naturalidad, sin embargo allí, nadie va a juzgarme por amarle a él —le pedí y él asintió desviando la mirada hacia mi hermano.

—¿Y tú?

—Yo quiero casarme con Katsumi, quiero seguir tus pasos y quiero en un futuro, liderar a los Yamaguchi-gumi uniendo fuerzas con los Sumiyoshi-kai, al fin y al cabo soy el número uno tras Hikaru, creo que podría convertirnos en la familia más poderosa de todo Japón —declaró y era la primera vez que la sonrisa alcanzaba los ojos de mi padre desde que llegamos a su casa.

—Lo sé y me consta que estás haciendo un trabajo impecable, pero no va a ser sencillo, Ishiguro es un hombre muy tradicional, esto va a suponer un escándalo para su familia.

—Me importa bien poco lo que le suponga a Ishiguro, Katsumi es una Watanabe, mi Watanabe. Hablar hablarán, durante algún tiempo, aunque si saben lo que les conviene no lo harán en público porque pienso cortarle el cuello a quién incomode a mi mujer. Y finalmente se cansarán, yo estoy dispuesto a enfrentarme a todos por Katsumi solo necesito saber que estás de acuerdo y que me apoyarás en esto —observó y un amago de sonrisa apareció en los labios de mi padre.

—Que así sea entonces —convino. Kayene y yo nos miramos.

—¿Nos das tu beneplácito? ¿Así de simple?

—Hijos de verdad que no sé qué concepto tenéis de mí. Por supuesto que os doy mi beneplácito, lucharé con uñas y dientes. Si alguien intenta joderos la vida, la pienso dar por vosotros, sois mis hijos y más allá de eso no hay nada. Perdí a vuestra madre y ahora vosotros sois lo único que hace que me levante cada mañana; sois lo máspreciado y precioso que tengo. Que se grabe en vuestras cabezas, mis tres hijos sois los tres motores de mi vida, vuestra alegría, vuestro bienestar y vuestro amor son el combustible que necesito para funcionar. Oídmeme bien, nada en este mundo es más importante que vuestra felicidad, por lo menos para mí, así que os ordeno que vayáis a por ella, no os voy a tolerar, ni a permitir que viváis un segundo más sin amor. Siempre deberéis perseguir aquello que haga que vuestro corazón lata con fuerza y con entrega, protegerlo con vuestra vida, respetarlo e intentar que nunca se apague, porque si un día termina aquello que le da vida, se convertirá en una piedra gris olvidada en medio del camino. Nunca dejéis que la magia del amor abandone vuestras vidas, yo siento la vuestra aquí, junto a la de vuestra madre, porque aunque ella no esté, el recuerdo de lo que tuvimos lo hará latir hasta que me reúna con ella —nos explicó. Los

tres teníamos los ojos húmedos, nuestra madre siempre nos había dado mucho amor, y todos la echábamos mucho de menos. Nos enjugamos las díscolas lágrimas que escaparon sin pudor—. No os preocupéis hijos míos, ya veremos cómo afrontamos todo lo que se avecina, pero lo haremos unidos, como lo que somos, una familia.

Kayene y yo nos levantamos, sin poder evitarlo nos fundimos en un abrazo a tres bandas con nuestro progenitor. Si para él éramos importantes, para nosotros él era fundamental y tenía razón, no había nada más importante que ser felices y estar unidos. Íbamos a lograr todo lo que nos propusiéramos juntos, como la gran familia que a partir de ese momento íbamos a ser.

Tras la visita a casa de mi padre fui al despacho del abogado, necesitaba redactar el acuerdo de divorcio, no había tiempo que perder. Lo necesitaba firmado para poder declararme y demostrar a David que mi intención iba más allá de simples palabras. Cuando lo tuve en mis manos fui a casa, no podía ni quería esperar, tras saludar a mi *sobo* fui directo a la habitación, sabía que mi mujer estaría allí.

—*Kon'nichiwa* Katsumi, ¿cómo estás?

—*Kon'nichiwa* Kenji, ¿de verdad que necesitas preguntarlo? —inquirió. Obviamente estaba enfadada, tenía los brazos cruzados en actitud de defensa y me miraba como si se la llevaran los demonios.

—Sé que todo lo que pueda decirte no va a exculparme, pero créeme si te digo que lo siento de todo corazón —respondí y ella soltó una risa seca.

—¿Qué sientes exactamente? ¿Haberte casado conmigo? ¿Haber dejado que tu hermano se tire a tu mujer cada noche haciéndola creer que eras tú hasta embarazarla? ¿O que todo se haya destapado y que no podáis seguir con toda esta sarta de mentiras que tanto os convenía a ti y a Kayene? —me interrogó. Nunca la había visto así.

—Sé que merezco todo tu odio y todo tu rencor Katsumi, fui un egoísta, solo

pensé en mí y no en el daño que os podría causar a ti o a mi hermano.

—¿A tu hermano? ¿Se puede saber qué daño le has causado? Ha tenido barra libre con mi cuerpo siempre que lo ha deseado y por si fuera poco se dedicaba a atormentarme hasta que lograba fuera a la hora que fuera... —comenzó a decir, pero se cayó de repente, tal vez pensaba que yo no lo sabía.

—Te juro que si pudiera dar marcha atrás lo haría, él te ama Katsumi, no eres solo sexo para él, si te perseguía y tú finalmente accedías, no era por otro motivo que porque realmente os pertenecéis, el único que sobraba en esa ecuación era yo y te garantizo que voy a ponerle remedio ahora mismo, toma —dije y le tendí los papeles del divorcio.

—¿Qué es esto? —Me miro extrañada.

—Es la llave a tu libertad.

—¿Mi libertad? —replicó y en cuanto vio la cabecera me miró horrorizada—
¿Quieres el divorcio?

—Bueno pensé que te haría feliz, si ambos estamos divorciados tú podrás rehacer tu vida con Kayene y yo... —traté de explicarle y ella sofocó una risa.

—Y tú con David ¿no? —asentí— Qué fácil es para vosotros, yo seré la repudiada, la que su marido no quiso, la que se tiró al hermano, la infiel, vete a saber que barbaridades dirán, igual piensan que me acostaba con los dos a la vez... —bufó y ante cada frase mis ojos se abrían más y más.

—No, no, no, de eso nada no va a ser así, Kayene y yo hemos ido a hablar con mi padre, vamos a solucionarlo todo, nadie te pondrá en entredicho, estás embarazada de muy poco así que si nos separamos rápido nadie tiene porqué saber nada, solo el médico y tus padres saben lo del bebé, para el resto del mundo lo nuestro no funcionó, diremos que era un matrimonio acordado y que nos dimos cuenta que no éramos compatibles.

—¿Y cómo crees que se lo va a tomar mi familia pedazo de idiota?! —me gritó. Katsumi estaba fuera de sí— ¿Qué pretendes que les diga? ¿Que a mi marido le van los hombres? ¿Que mi hijo es de mi cuñado, pero que no se preocupen que me voy a divorciar? —chilló furibunda estaba desencajada.

—Tranquila, no es bueno para el bebé que te alteres. Tu familia deberá aceptarlo, además ahora eres nuestra, no les perteneces —

comenté y ella enarcó las cejas.

—Claro, ahora soy de vuestra propiedad ¿no? Un objeto, eso es lo que siempre he sido para vosotros.

—No me refería a eso —traté de explicarme pues me estaba costando un horror hablar con ella—, sino que ahora no tienen poder sobre ti. Yo te concederé el divorcio, te voy a dar la casa y una asignación mensual para ti y para el niño, tú decidirás si deseas aceptar a mi hermano o no, no seré yo quien vaya a obligarte a ello, bastante he hecho ya —aseguré y ella parecía más calmada ante mis palabras—. Tu libertad es justamente eso, vas a poder elegir Katsumi, ni Kayene ni yo vamos a imponerte nada, lee los papeles y si estás de acuerdo fírmalos, pasaré más tarde para que hablemos de nuevo.

—No hace falta —respondió con la vista fija en los papeles—, dame unos minutos para leerlos.

Me quedé quieto esperando que leyera minuciosamente cada palabra, aclaré los puntos que no entendía con toda la paciencia del mundo. Veinte minutos después Katsumi estampó su rúbrica al final del documento. En quince días tendríamos el divorcio.

28 Capítulo (Todos)



Kenji

—¿No piensas decir nada? —me preguntó Kenji.

—¿Esperabas que con esto me lanzara a tus brazos? —respondí y parecía descolocado ante mis palabras—. No pensaste ni por un momento, que tal vez ya fuera demasiado tarde para nosotros —añadí. Vi el temor en el fondo de su pupila, estaba claro que no las tenía todas consigo. Se levantó del sofá fue a la mesa y me tendió un sobre.

—Ábrelo —me ordenó, en cuanto extraje las primeras hojas vi que era la petición de divorcio, volví a meterlo en el sobre.

—No hacía falta.

—¡Claro que hacía falta! Necesitabas ver que todo esto no son

invenciones mías, que no es una excusa, es de verdad David, en quince días voy a tenerlo todo listo para ir a España y comenzar una vida nueva junto a ti — afirmó. Aquellas palabras sonaban demasiado bien, pero estaba escarmentado, no pensaba ceder.

—Lo siento, conmigo perdiste la oportunidad, esto llega demasiado tarde Kenji —comenté y lancé el sobre en la mesita levantándome frente a su mirada angustiada—. Fue bonito mientras duró, y me alegro de haber sido de ayuda para que rompas las barreras que te impedían salir del búnker donde te refugiabas, me siento orgulloso de que por fin hayas sido capaz de reconocerte a ti mismo y a los que más te quieren, que deben amarte independientemente de tus decisiones o de tu condición sexual. Pero para nosotros es tarde —sentenció. Kenji apretaba los puños con fuerza, a la vez que yo me repetía, que eso era lo que debía hacer.

—No puede ser David, nuestro amor es más grande que todo esto, es imposible que me hayas dejado de amar —dijo acercándose a mí y agarrándome del pecho—. Dime a los ojos que ya no me amas, que no me sientes aquí, como yo te siento a ti, que no piensas que vivir sin mí es igual que morir por dentro, dime que ya no significo nada, que solo soy un recuerdo de lo que pudo ser y nunca fue —exigió. Me costaba tragar, me lo estaba poniendo muy difícil—. Mírame David, y dime que no me amas que vas a ser capaz de renunciar a mi respiración contra tu cuello, a nuestras conversaciones de madrugada, a mi aroma entre tus sábanas, al sabor de mis labios y a esas caricias que sin darse llegan al alma —me exhortó, y entonces golpearon la puerta con fuerza, a la par que yo recuperaba la compostura, había estado a punto de flaquear y lanzarme a por sus labios. ¿Cómo podía decir cosas tan maravillosas como esas?—. No abras, necesitamos estar solos, necesito que entiendas que nos pertenecemos, que no podemos terminar cuando justo estamos a punto de empezar —me pidió pero volvieron a golpear con urgencia.

—Debe ser importante sino no llamarían de este modo —observé. Decidí dirigirme a la puerta para abrir, tras ella se encontraba Kayene con cara de loco que entró directo y sin control, parecía un tren a punto de descarrilar arrasando con todo y con todos a su paso.

—Rápido Kenji, debemos ir al hospital. Es Katsumi, algo le ocurre al bebé —

gritó desesperado. Katsumi se había quedado en casa con la abuela de Kenji.

—Id —les dije preocupado—, que vayáis al lado de Katsumi es más importante que esto —alegué, mientras miraba fijamente a Kenji, podíamos retomar la conversación más tarde, aquello era urgente. Él asintió pasando por mi lado y deteniéndose antes de marcharse.

—Esto no va a quedar así David —advirtió y me tomó por la nuca antes de que pudiera reaccionar para darme un beso duro y firme—. No pienso renunciar a ti nunca más, no me importa el tiempo que tarde en recuperarte, no pienso darme por vencido.

Después se marchó junto a su hermano, dejándome más confuso que nunca. Regresé a la fiesta en busca de Ilke, éramos los anfitriones así que no podíamos irnos hasta que todo terminara, necesitaba saber si ella sabía algo de lo que le ocurría a Katsumi, me había quedado muy preocupado. En cuanto me vio aparecer vino apresurada hacia mí.

—¿No te has ido con ellos? —me preguntó.

—No iba a dejarte sola con todo esto, ¿qué ha ocurrido? —demandé.

—No estoy segura, Kayene recibió una llamada de la abuela, estaba muy nerviosa. Al parecer los padres de Katsumi habían ido a visitarla, ella intentó explicarles lo del divorcio, hubo una discusión muy fuerte y Katsumi se puso a sangrar —me explicó. Aquello no pintaba bien— Ya sabes cómo es la *sobo*, intentó interceder, pero el padre de Katsumi se la llevó de allí diciendo que ellos iban a ocuparse de la situación. Supongo que la han llevado al hospital. Kayene estaba como loco, había venido en el coche de Kenji y él tenía las llaves, por eso os interrumpimos, lo siento.

—Lo primero es lo primero, pero esta situación no me gusta nada —comenté.

—A mí tampoco, nunca me gustaron sus padres, parecen demasiado radicales,

casi extremistas —observó y era cierto, a mí también me había dado esa sensación.

—Bueno, mantengamos la calma y cerremos el evento como se merece, después iremos al hospital con ellos.

Katsumi

Me dolía muchísimo el abdomen, no podía dejar de llorar apretada en el asiento trasero del coche, mi padre iba al volante y mi madre a su lado, estaba muy asustada.

—¡Cómo es posible que tu marido te haya pedido el divorcio! —me recriminaba mi madre— Todavía no soy capaz de entenderlo, ¿no cumples con sus necesidades? ¿No llevas a su hijo en tu vientre? ¿Qué más quiere? ¡Eres una buena japonesa, una buena esposa, no puede hacerte esto! —exclamó. Apenas la escuchaba, solo podía pensar en mi bebé.

—Esto no va a quedar así hija, ¿me oyes? —gritaba mi padre al volante— No voy a dejar que ese indeseable de Watanabe, por muy poderoso que sea te abandone, tuve que ceder en muchas cosas para que el enlace se llevara a cabo, no pensaba que tuviera tan poca palabra.

—No es culpa suya padre, lo hemos intentado, simplemente no me ama, no ha funcionado —repliqué y él sopló.

—Amor, ¿acaso crees que tu madre y yo nos casamos enamorados? Ese sentimiento está sobrevalorado, lo importante es la familia y el deber, el honor, tu marido ha roto esos lazos y va a pagar las consecuencias —argumentó y decidí dejar de hablar, me dolía demasiado y no dejaba de sangrar, aquello no podía ser bueno.

Llegamos al hospital y rápidamente me atendieron, me hicieron

varias pruebas para determinar qué sucedía. El médico me informó que lo que me sucedía se daba raramente en los primeros embarazos, pero al parecer yo era uno de esos casos extraños. Mi grupo sanguíneo era Rh negativo y el de mi bebé Rh positivo, como el del padre, eso generaba una incompatibilidad cuando la sangre de la madre entraba en contacto con la del bebé, normalmente eso sucedía en el parto, no antes, a no ser que hubiera algún tipo de anomalía, que era lo que parecía sucederme a mí. Mi bebé estaba sufriendo una anemia hemolítica, es decir, que los glóbulos rojos de mi hijo se estaban destruyendo. Necesitaba con urgencia una transfusión de sangre del padre para intentar salvarle la vida aunque, que estuviera sangrando, no era buena señal, mi cuerpo estaba rechazando a mi hijo. Estaba desesperada, solo podía pensar en aquel pequeñín que estaba luchando en mi vientre.

«Aguanta pequeño, aguanta, has de ser fuerte como tu papá, los dos te amamos, te necesitamos, no puedes abandonarnos».

Kayene, en el hospital.

—¿Dónde está? —entré gritando en la sala de espera. Un médico estaba hablando con los padres de Katsumi, en cuanto nos vieron aparecer nos echaron una mirada reprobatoria, ¿qué les sucedía?.

—Ahí le tiene, ese es el padre —señaló el señor Ishiguro extendiendo el dedo hacia mi hermano—. Él es el culpable de todo esto, si no fuera de ese grupo sanguíneo mi nieto estaría bien —añadió. «¿De qué demonios estaban hablando?»

—Déjeme a mí señor Ishiguro —le recriminó el médico—. ¿Es usted el marido de la señora Watanabe?

—*Hai* —respondió mi hermano.

—Necesitamos una transfusión de urgencia, el feto está sufriendo lo que denominamos una anemia hemolítica, dada por la incompatibilidad de grupo sanguíneo entre usted y su mujer.

—¡Es que ni en eso podíais ser compatibles! —espetó su suegro.

—Señor Ishiguro o se calma o tendré que pedir que le saquen del hospital —ordenó el médico que acto seguido volvió a dirigirse a mi hermano—. Usted es Rh positivo igual que su bebé, mientras que su esposa es negativo, así que necesitamos urgentemente su sangre, ya lo tenemos todo preparado, si me acompaña...

—No puedo —alegó Kenji quedándose quieto de pie mirándome con pesar. «¿Qué le ocurría?»—. Mi Rh también es negativo —afirmó y los padres de Katsumi se miraron entre ellos sin entender.

—Iré yo —dije dando un paso al frente—. Mi Rh sí que es compatible, necesito que haga todo lo posible por salvar al bebé doctor —le pedí. Me importaba una mierda lo que estuvieran pensando. Estaba claro que con mis palabras estaba dando a entender que el hijo era mío y no de mi hermano. Escuché un grito ahogado por parte de la señora Ishiguro.

El médico no hizo preguntas se limitó a acompañarme a la misma habitación donde se encontraba Kat, en cuanto me vio aparecer se echó a llorar. Me estiré en la camilla que habían dispuesto a su lado y besé su frente intentando consolarla.

—Tranquila preciosa ya estoy aquí, el doctor va a hacer lo posible para que nuestro bebé se ponga bien. No sufras dulzura, este bebé es un luchador como sus padres —le dije pero ella seguía llorando sin poder detener las lágrimas.

—Siento que se va Kayene, no sé cómo explicarlo pero noto que se me va —sollozó. Los médicos y las enfermeras se pusieron a trabajar con rapidez—. Esto es un castigo por lo que hemos hecho, nunca debí acostarme contigo, debí serle

fiel a mi marido, la vida me está castigando por mis pecados —alegó, Odiaba que se sintiera así por mi culpa, no había en la tierra un ser más puro y dulce que ella.

—Cálmate princesa van a hacer todo lo posible, pero necesitamos que tú seas fuerte, nada de esto es culpa tuya, si acaso es mía, que ni la sangre puedo tener buena —comenté. Katsumi, me sonrió tímidamente, algo era algo.

—Tengo miedo Kayene, ¿qué pasará si lo pierdo? —me preguntó y yo suspiré. Cuando mi madre partió sentí la pérdida por primera vez y fue una de las sensaciones más desgarradoras de mi vida.

—Si le perdemos —dije en plural, pues me sentía tan mal como ella— sabrá que sus padres lucharon hasta el último aliento para mantenerlo con vida, sabrá que le amaron a cada instante y se marchará en paz, porque allá donde vaya estarán los amoroso brazos de mi madre para acunarlo y consolarlo —aseguré. Las lágrimas caían por las mejillas de Katsumi. No podíamos hacer más de lo que estábamos haciendo, solo quedaba esperar para ver si el tratamiento funcionaba o no.

Cuando la transfusión terminó les pedí que me dejaran a solas con ella, al principio estaban reticentes pero el médico dio el visto bueno. Katsumi y yo estábamos rendidos, no se negó a que mis brazos la tomaran entre ellos, dormimos abrazados esperando que un milagro salvara a nuestro pequeño.

De madrugada un grito desgarrador me despertó, giré la cabeza asustado encontrando a Katsumi en medio de un charco de sangre, salté de la camilla gritando que alguien viniera a atenderla, pero por muchos gritos que diera mi hijo ya no estaba entre nosotros y yo era incapaz de salvarle.

Horas antes. Kenji, sala de espera del hospital.

Sentía los ojos del señor Ishiguro clavados en mí, mientras su mujer se abanicaba con fuerza. En cuanto Kayene desapareció tras el médico supe que vendría a por mí, estaba preparado.

—¿Es por eso verdad? —dijo acercándose con cautela— Mi hija te ha sido infiel, por ese motivo has pedido el divorcio —aseguró pues no era una pregunta, él ya había dictado sentencia.

—No, simplemente no estábamos hechos el uno para el otro, pero tranquilícese, en cuanto nos divorciemos estoy seguro que mi hermano querrá desposarla, solucionaremos las cosas —afirmé. La señora Ishiguro soltó un gritito.

—¿Cómo? ¿Desposarla? Eso es imposible, ¡mi hija no va a ir pasando de hermano en hermano como si fuera mercancía barata!

—¡¿Acaso crees que no lo ha hecho ya mujer?! —bramó el ministro que no apartaba los ojos de mí— Conocía la reputación del mediano de los Watanabe pero ignoraba que mi yerno estuviera metido en este tipo de juegos infames, ni tampoco que incitara a nuestra hija a acostarse con ambos. ¡Esos son juegos del diablo! ¡Habéis corrompido el alma inmaculada de mi hija! —gritó. El hombre estaba desencajado imaginando cosas que no eran.

—Las cosas no han sucedido así —aseveré antes de que sus conclusiones erróneas fueran a más—. Ellos están enamorados y yo amo a otra persona, me casé por el trato que hizo con mi padre pero no por amor. Puede estar tranquilo que su hija solo ha estado con el hombre correcto, aquel a quién amaba verdaderamente, mi hermano la desfloró, y solo ha yacido con él, todo el tiempo que ha estado bajo mi techo.

—¡Mi hija es una puta! ¡Ninguna buena japonesa se hubiera acostado con el hermano de su marido, no ha sabido conquistarte, ni satisfacerte, solo ha sabido

calentar la cama ajena y por ello deberá ser castigada! —clamó. Aquel hombre parecía ido.

—Su hija no es nada de lo que está diciendo, ella no tiene la culpa de nada, se vio envuelta en una situación que desconocía...

—¡Claro, y ahora me dirás que no sabía con quién se estaba acostando! —se mofó. Estaba claro que por mucho que lo intentara aquel hombre no iba a creerme, aunque la cosa no podía quedar así.

—No lo sabía, ambos la engañamos, ella nunca supo que se acostaba con Kayene y no conmigo —traté de explicar y otro grito escapó de la garganta de mi suegra.

La puerta del ascensor se abrió y aparecieron Ilke, David, mi padre y mi abuela.

—¿Cómo está? —preguntó mi *sobo* con preocupación.

—Estamos esperando, Kayene ha entrado para hacerle una transfusión de sangre al bebé —les conté. Los cuatro se miraron entre sí sin saber muy bien cómo reaccionar ante Ishiguro.

—No hace falta que disimulen porque lo sé todo, mi hija ha deshonrado a mi familia acostándose con su cuñado y para más inri embarazándose de él, le juro Watanabe que jamás esperé una conducta así por parte de ella. Kenji ha intentado justificarla, diciendo que ella no sabía nada, pero lo que ha hecho no tiene perdón. Me encargaré personalmente de aleccionarla, se le van a quitar las ganas de meterse en camas ajenas, voy a poner cordura a todo esto para que no se firme este divorcio —declaró Ishiguro, mientras mi padre analizaba la situación, no era fácil la tesitura en la que nos encontrábamos.

—Le agradezco sus intenciones Ishiguro —comenzó mi padre y mi abuela resopló, estaba convencido de que no estaba nada de acuerdo con lo que había dicho el ministro—, pero no va a hacer falta que haga nada. Si su hija lo desea

podrá seguir siendo de nuestra familia y contar con nuestra protección, nunca se la vamos a retirar, aunque lo hará como esposa de mi segundo hijo. Me consta que ambos están enamorados, así como mi hijo mayor lo está de otra persona — expuso y agradecí la discreción de mi padre. David se tensó.

—Falacias, en nuestro mundo el amor es una nimiedad, somos hombres de negocios Watanabe, no mujeres endebles que creen en esas tonterías. El amor viene y va, pero el honor siempre permanece. Mi hija ha faltado a sus votos y debe aprender su lugar, y su hijo —dijo mirándome a mí— debe cumplir con su promesa, me consta que lo educó bajo el código Samurái, así que debe hacer lo que le corresponde, que es no abandonar a Katsumi.

—Lamento inmiscuirme señor Ishiguro pero usted no va a aleccionar a nadie — interrumpió la diatriba mi *sobo*—. Mi nueva nieta pertenece a la familia Watanabe y esta familia se rige por el amor hacia todos sus miembros más allá de cualquier código... —El hombre abrió los ojos con horror.

—¿Ustedes son de esos? ¿Todos se acuestan con todos? —inquirió y mi *sobo* resopló.

—¡No diga sandeces! Aquí cada oveja se acuesta con su pareja, siempre y cuando se amen. Nos respetamos y lo único que nos importa es la felicidad de nuestros miembros —exclamó pero mi suegro estaba reticente.

—No la creo señora, hasta hace unos meses su hijo estaba tan convencido como yo con este enlace ¿qué ha cambiado? ¿Acaso Kenji ha encontrado un plato más succulento? ¿Una mujer con más dinero, con más contactos? ¿Quién es? ¿La hija de Fujimori? ¿La de Otawa? —interrogó, mirándome con escepticismo— ¿Por cuál de ellas has dejado a mi Katsumi? ¿Por cuál? —No podía más todo aquello era un despropósito.

—No la he dejado por ninguna de ellas, mi corazón siempre le perteneció a él — aseguré y mis ojos alcanzaron los de David que no daba crédito a lo que veía. Un

golpe me alertó, la señora Ishiguro se había desplomado, había caído desmayada en el suelo, y nadie movía un dedo por atenderla. Su marido parecía helado hasta que el asco se mostró en su rostro.

—¿Eres un *Okama*?! ¡¿Un maldito *Okama*?!

—No le consiento que llame así a mi nieto —mi abuela fue directa hacia él—. Mi nieto no es un *Okama*, mi nieto es más hombre de lo que usted será jamás, así que no le insulte por amar a David que es tan maravilloso como él —le exigió. Mi suegro fue a socorrer a su mujer, mientras nos miraba como si hubiéramos perdido el juicio.

—Son una familia de desviados y les aseguro que esto va a saberse, las cosas no van a quedar así, no van a despreciar a mi hija cuando el pervertido es su hijo —amenazó. Nadie la vio venir, mi abuela le golpeó el labio con tal brutalidad que se lo partió. Ishiguro dio un grito, al tiempo que escupía sangre.

—Que sea la última vez que dice nada malo de mi nieto o de cualquier miembro de esta familia —le dijo. Sus palabras eran afiladas como dagas—. Vaya con cuidado y vigile sus espaldas Ishiguro, creo que no le conviene meterse con la familia equivocada. Háganos un favor a todos y lárguese de aquí, está claro que ni usted ni su mujer pintan nada —sentenció mi sobo. Mi padre y yo nos colocamos uno a cada lado de mi abuela que les observaba con cara de pocos amigos.

—Vámonos querida, te garantizo que esto no va a quedar así —rezongó. Los Ishiguro se largaron con el rabo entre las piernas y nosotros ocupamos la salita de espera, nadie iba a moverse hasta saber cómo estaban Katsumi y el bebé.

29 Capítulo (Katsumi y Kenji)



Llevaba un par de días ingresada, Kayene no me había dejado ni a sol ni a sombra, aunque a mí no me apeteciera hablar, apenas lograba arrancarme algún monosílabo. No tenía ganas de compartir mi dolor con nadie. Nada era capaz de consolarme en aquel momento.

Eché en falta que mi madre estuviera a mi lado para consolarme, la pérdida de un hijo es algo que solo una madre puede entender, pero imaginé que tras enterarse que el bebé no era de Kenji, me había repudiado como hija así que estaba sufriendo un duelo doble, la pérdida de mi bebé y la de mi familia. No podía culparles, mis padres eran extremadamente tradicionales, lo que yo había hecho no tenía perdón y por ello ahora estaba pagando las consecuencias. Mi cuerpo había rechazado a mi bebé, le había expulsado, le había mandado a un lugar donde jamás le vería, nunca conocería su rostro, no podría tocar sus manitas, ni cantarle canciones cuando estuviera

intranquilo.

Me sentía tan sola, tan vacía, que cuando Ilke y mi nueva *sobo*, vinieron a relevar a Kayene para que pudiera ducharse apenas les hice caso. Kayene no quería marcharse, pero finalmente aceptó cuando le dijeron que olía mal y que iba a apestar el cuarto, aunque fuera mentira. Yo no me opuse, me daba igual quien estuviera, porque quien deseaba que volviera no iba a hacerlo.

—Vamos Katsumi preciosa no puedes seguir así, sé que debe ser horrible perder a tu bebé, pero eres joven, estás sana y estoy convencida de que Kayene estará encantado de engendrar otros pequeños Watanabe contigo, son cosas que suceden y no se las podemos achacar a nadie, estabas de muy poquito... Dentro de lo malo...

—No digas eso —corté en seco a Ilke. Me daba mucho coraje cuando alguien decía esa maldita frase... Dentro de lo malo te ha tocado lo menos malo, ¡era una mentira! Había perdido a mi hijo ¿es que nadie me entendía? La abuela de Kayene se sentó a mi lado.

—Vamos muchacha no puedes seguir así, yo también perdí a mi hija, inclusive tuve dos abortos antes de tener a mi hermosa Chiasa, Ilke solo pretende consolarte aunque sea muy difícil. El dolor puede ser abrumador —me comentó. No sabía que le hubiera pasado lo mismo que a mí por lo que no pude evitar preguntar.

—¿C-cómo lo superaste? —Me sonrió comprensiva.

—El duelo se supera, pero la pérdida queda ahí, como una pequeña grieta en la fachada de un edificio, igual que una vieja lesión que se resiente con las inclemencias de los recuerdos. A ti no te dolerá más si llueve o hace sol, pero bastará la sonrisa de un recién nacido para que pienses en ese pequeño ángel que no llegaste a conocer. Ven pequeña recuéstate sobre mis piernas y deja que te cuente una historia —me pidió y yo me re Coloqué poniendo la cabeza sobre los

muslos de la abuela que tan amorosamente acunaba mi rostro—. Comenzó a narrármela:

Cuentan que una madre llorosa se acercó a Buda con su hijo muerto en brazos. "¡Por favor, iluminado, ayúdame!" le dijo con el rostro cubierto de lágrimas. "¿Qué puedo hacer por ti?" preguntó Buda extendiéndole la mano. "Cura a mi hijo, no puedo vivir sin él. Tú eres un hombre de grandes poderes, devuélvele la vida". Buda esbozó una sonrisa compasiva y le respondió "Con gusto haré lo que me pides y solo te pediré algo a cambio: debes traerme tres semillas de mostaza que obtengas de un hogar al que jamás haya visitado la muerte". La madre se alegró, y con el niño sin vida aún en brazos, corrió rumbo a la aldea para cumplir su parte. En la primera puerta que tocó una mujer se ofreció a entregarle las semillas. "Seguramente que en esta casa nadie ha muerto" comentó la madre. "Los que vivimos bajo este techo somos pocos, comparado con todos los que murieron aquí" replicó la mujer, así que la madre debió rechazar las semillas. En la segunda puerta se enteró que hacía un año el hermano del dueño había muerto a causa de un accidente. Lo mismo le sucedió el resto del día: si no había sido un hermano, era un hijo o algún otro familiar el que había fallecido en el pasado. Al atardecer volvió al bosque, aún con el niño sin vida en sus brazos. "Así que no hay cura para la muerte, después de todo" pensó y enseguida dejó al pequeño sobre una cama de flores. Luego regresó al lugar donde se encontraba Buda y le dijo con resignación "Es imposible, no existe el hogar que jamás haya conocido la visita de la muerte". "No eres la única que ha perdido un hijo frente a la muerte" alegó Buda. "Por favor, admíteme como tu discípula" pidió. La mujer fue inmediatamente aceptada. Una tarde que meditaba observando una lámpara de aceite vio como las llamas se apagaban una tras otra. "La vida es como esta llamas. Algunas arden, otras se agitan y se van" pensó. Y cuentan que pasadas las horas seguía observando la lámpara, hasta que alcanzó la iluminación.

—No conocía esa historia —reflexioné. La voz sosegada de la señora Watanabe

me había transmitido algo de paz.

—Eres joven, hay cosas que se aprenden y se enseñan con la edad, hay otras que las encuentras por el camino, la vida es así, un estado de impermanencia constante, solo cuando aceptamos que forma parte de la naturaleza estamos capacitados para dejar marchar el dolor. Medita hija mía, reflexiona, muchas veces no sabemos cómo afrontar la vida porque nunca habíamos reparado en ella a un nivel tan profundo, hasta que perdemos a un ser querido. Busca tu refugio interior, incluso cuando todo parece derrumbarse hay algo que siempre permanece ahí, intacto, latente, algo que permite que nos agarremos y sigamos hacia delante, algo que nunca nos abandona, como tampoco lo hace nuestra esencia, nuestro yo. Hemos venido solos a este mundo y solos nos marcharemos, no obstante no por ello debemos obviar las maravillas que encontraremos por el camino. Somos simples nubes que transitan en la inmensidad del cielo, a veces somos una suave lluvia, otras tormenta, otras paseamos mecidas por el viento hasta que caemos precipitándonos al vacío, llenando ríos y mares, nutriendo la tierra con nuestra esencia para que resurja creando nueva vida de ella. Has de fluir Katsumi, debes asumir la muerte como parte de la vida y ser inteligentemente egoísta, pues hasta ahora no lo has sido —me explicó y me acarició amorosamente el pelo—. Vive pequeña mía, disfruta de lo que Buda te ha concedido, ama sin restricciones y abandónate a tu voluntad, tu felicidad y tu sufrimiento están conectados al de los demás, para que los demás sean felices debes serlo tú primero, usa bien tu tiempo y hazlo para vivir bien y ser feliz, concéntrate en tus virtudes y no en tus fracasos, resuelve aquellas cosas que tienes pendientes limpiando tu corazón de odio y rencores. Perdona, pues hasta quién más te ama te hará llorar —terminó su alegato. Yo ya lo estaba haciendo, nunca nadie me había hablado de un modo más puro y descarnado.

—*Arigatō sobo* —le susurré. Sus labios se posaron en mi frente.

—Ahora necesitas descansar, reflexionar y sanar. Bajaremos un momento a la

cafetería para darte intimidad, no estás sola Katsumi, toda mi familia te adora y mi nieto más, déjale que te lo demuestre —me aseguró. Yo no podía responderle, me quedé tumbada en la cama pensativa, mientras ella salió de la habitación con Ilke, sin apenas hacer ruido.

Lloré la pérdida de mi bebé, o mejor dicho, de nuestro bebé. Recordé

cómo Kayene no dejaba de repetirme que él estaba tan destrozado como yo, que no era la única que había perdido un hijo sino que él también sufría, que estábamos pasando esto juntos y que no pensaba abandonarme. Me hablaba de amor incondicional, de lo maravillosa que sería nuestra vida y de lo mucho que me amaba. Pero yo estaba emocionalmente bloqueada, me sentía incapaz de ofrecerle una miserable palabra de consuelo, no podía pensar en otra cosa que no fuera mi bebé y mi pena. Me había comportado como una egoísta durmiéndome entre sus brazos sin dirigirle la palabra, sin decirle que le entendía. No le había apoyado, no le había prestado atención a su dolor para que juntos pudiéramos consolarnos mutuamente. Había sido incapaz de ser dulce o tierna con él, estaba demasiado resentida para sentir algo más que no fuera rabia o sufrimiento.

Estaba convencida que tras las palabras de la abuela de Kayene, se escondía una gran verdad, solo necesitaba tiempo para aprender a sanar entre personas que querían lo mejor para mí, al fin y al cabo todos nos equivocamos, todos tomamos malas decisiones en la vida, tomamos caminos que nos hacen errar y por ello no podía culpar a los Watanabe. Yo también me había equivocado al casarme con Kenji y al negarme cualquier tipo de oportunidad con Kayene.

«Eso es Katsumi, por fin lo estás entendiendo», hacía días que no escuchaba a Kat. «Hola, Kat». «Hola preciosa, ambas estamos muy tristes, ha sido un golpe muy duro, pero eso te ha ayudado a que veas a quién tienes a tu lado. El buenorro de Kayene se ha portado de diez, y toda su familia también, no te cierres a ellos, te han demostrado mucho más amor que tus propios padres». «Lo sé». «¿Entonces a qué esperas para perdonar al macizo y vivir tu felices para

siempre?», sonreí sin fuerzas. «Lo pensaré, ahora estoy muy cansada necesito dormir». «Está bien Katsumi, descansa, sueña con él y toma una decisión». Con las palabras de Kat me dejé llevar a los brazos de Morfeo y cuando desperté no podía creer lo que veían mis ojos.

«¿Dónde narices estaba?», parecía un maldito templo, estaba desnudo y maniatado «¿quién cojones me había hecho eso?»

La noche anterior estaba en mi casa, habían sido unos días muy duros, por fin estaba a solas con David y no era yo quien le había ido a buscar. Estaba sentado en el jardín trasero cuando me preguntó si podía acompañarme. ¿Cómo iba a decirle que no?

—¿Estás bien? —me preguntó. No parecía en pie de guerra y eso era un adelanto.

—Supongo que podría estar mejor, aunque Kayene se lleva la palma —comenté y él asintió.

—Tu hermano está loco por esa mujer, es terrible lo que les ha pasado.

—Lo sé, estas cosas a veces hacen que te des cuenta de lo corta que puede llegar a ser la vida —aseguré y no dije nada más, esperé palabras que no llegaban a mis oídos, silencios que se hacían incómodos y que me empujaban a marchar. Me levanté—. Buenas noches David, estoy cansado y necesito dormir —alegué y él también se levantó, pero no me detuvo.

—Buenas noches —susurró. Estaba jodido, verdaderamente jodido y no sabía cómo afrontarlo, a la mañana siguiente David regresaba a España y no sabía si debía seguir con mi acoso y derribo o era mejor dejarlo solo. Hasta el momento nada me había funcionado con él.

Me metí en la habitación, despojándome de toda la ropa para darme un baño que

debía relajarme sin embargo no lo logré, entré en mi cuarto tan nervioso como tras la breve conversación del jardín, nada lograba calmarme. Me tumbé en la cama agitado ¿cómo iba a sobrellevar mi nueva vida? ¿Qué iba a hacer si David no me correspondía?

La puerta se abrió, mi corazón se detuvo cuando a contraluz distinguí su silueta. Me quedé inmóvil, expectante ante lo que pudiera ocurrir, que fuera él quien venía a mí querría decir algo ¿no? No me cubrí, disfrutaba cuando sus ojos recorrían mi cuerpo de aquel modo, acechante, con aquel aire dominante que tanto me ponía.

—He venido a castigarte Kenji —me dijo. Sus palabras me pusieron duro al alcanzar mis oídos, sabía que aquella frase implicaba una orden, una que me encendía ante la posibilidad de que David estuviera allí por algo más que por sexo. Me levanté jadeante me arrodillé frente a él y agaché la cabeza.

David había entrado con una pala de madera pulida entre las manos y una bolsa, me sentía curioso por lo que pudiera contener. Llevaba el torso desnudo y unos pantalones con los botones desabrochados mostrando el vello recortado de su entrepierna. Tragué con dificultad, estaba claro que no llevaba nada debajo.

—Me has hecho sufrir mucho, durante demasiado tiempo y eso merece su castigo.

—Sí mi señor —le respondí notando como se tensaba mi ingle.

—Veo que te excitas al pensar en lo que voy a hacerte ¿es así?

—Sí —afirmé. Estaba muy cachondo al pensar en su miembro penetrándome.

—Ya veremos si opinas lo mismo dentro de un rato, cuando tus nalgas estén del color de las cerezas maduras —comentó y yo contuve un jadeo cuando paseó la pala por mi torso colocándola sobre mi erección. La punta de mi polla empujó la madera intentando salir. David abrió la bolsa y me mostró dos pinzas con pesos

para los pezones—. Las he comprado especialmente para ti ¿te gustan?

—Mucho.

—Me alegro, entonces dame las gracias —me exigió.

—Gracias señor —dije y él depositó las pinzas sobre la pala y sacó unas esposas.

—Voy a atarte las manos a la espalda —me indicó.

El frío acero contrastaba con el calor de mi piel, estaba ardiendo. Cuando se cerraron me sentí tremendamente feliz, estaba cediéndole el control de nuevo. «¿Podía ser el inicio de nuestra vida en común? ¿Significaba que David ya me había perdonado?». Pegó su pecho a mi espalda y comenzó a retorcer mis pezones con codicia, mientras sus dientes se clavaban en el lateral de mi cuello. Grité con abandono ante el placer que me causaba su boca y sus manos sobre todo mi cuerpo.

—Estás muy cachondo —me informó, para después lamer las marcas de sus dientes y pellizcar con fuerza las rígidas tetillas. Volví a chillar descontrolado, le necesitaba tanto junto a mí—. Eso es guapo, no sabes cuánto me pone cuando gritas —aseguró y los golpeó con fuerza como si estuviera jugando una partida a las canicas, hasta que logró sensibilizarlos llevándome al límite. Cuando los tuve bien rígidos tomó las pinzas y las colocó, una a una en cada pecho. Gruñí de placer y dolor ya que no eran suaves, tenían una buena mordida, y el peso hacía que mi carne no dejara de palpitar—. Lo estás haciendo muy bien, ahora te quitaré la pala de encima, quiero que te gires y dejes caer el torso sobre el cojín que voy a ponerte debajo, tus rodillas las quiero flexionadas hacia el pecho, así tendrás el culo dispuesto para mí —me ordenó. Sus palabras hacían que me incendiara por dentro. David retiró la pala como había dicho, me costó dar la vuelta con las manos esposadas a la espalda pues a cada movimiento los pesos de las pinzas se balanceaban indiscriminadamente produciendo un dolor placentero y arrancándome jadeos. Cuando estuve en la posición correcta me

dejé caer sobre el cojín, que ya estaba dispuesto para que me tumbara. Un latigazo de dolor recorrió mi pecho hasta alcanzar mi ingle arrancándome un brusco jadeo al alcanzar la mullida superficie—. Estás tan hermoso Kenji, como un ángel caído —exclamó. Sus dedos delinearon los tatuajes de mi espalda, a cada pasada mi erección se tensionaba aún más. Cuando bajó entre mis glúteos y acarició mis testículos apenas podía contenerme.

—Aaaaahhhhhh —gimoteé, entonces los apretó con rudeza.

—No quiero escucharte solo quiero que cuentes los golpes, nada más, no habrá gemidos, ni quejidos, nada que me indique tu dolor o tu placer —exigió, Cuando me ordenaba modulando la voz para sonar tan dictatorial me estremecía sin poderlo evitar, era condenadamente sexy—. Solo quiero oír números, alto y claro, sin titubeos. Van a ser cinco golpes, uno por cada año que nos has negado el poder estar juntos, el poder dormir abrazados, amanecer en tus ojos o pasear agarrado de tu mano. Uno por cada sueño robado, por cada noche en vela pensando en qué estarías haciendo pudiendo estar entre mis sábanas, por cada beso que he querido darte estando a miles de kilómetros, por cada vez que me has hecho sentir que lo nuestro era pecado cuando solo se trataba de amor, por ser el único capaz de llevarme hasta el límite de la cordura y además robarme el corazón —enumeró y yo no podía sentirme más emocionado, sus palabras eran un paso hacia delante y con gusto iba a aceptar el castigo—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí mi señor —aseveré.

—Muy bien pues comencemos.

Los golpes se fueron sucediendo ganando intensidad, a cada sacudida de mi piel, David acariciaba la carne trémula con la palma de su mano. La piel ardía, palpitaba y se abría bajo su toque mágico, no podía sentirme más feliz. Cuando llegó el quinto golpe fue su boca la que calmó la comezón de mis nalgas, su lengua paseó por mi hendidura hasta internarse con profundidad preparándome

para él. Seguía sin emitir sonido alguno, aunque me moría de ganas de gruñir y jadear ante la intensidad de todo lo que me hacía sentir sin embargo no me había dado permiso para pronunciarlo, por lo que no podía hacerlo, no quería decepcionarlo cayendo en el torbellino del deseo. Cuando estuve dilatado y lubricado se separó de mí, añoraba su boca en mi cuerpo, pero estaba deseoso de lo que iba a acontecer. Oí un ruido que me alertó y después silencio, una mano pasó por mi boca con un pañuelo, «¿A qué quería jugar?». Noté un fuerte olor que me echó para atrás y después de eso nada, no recuerdo nada más.

Acababa de despertar, me dolía la cabeza y sentía un regusto amargo en el paladar, busqué en mi memoria todavía aturdido y eso me hizo mirar de hito en hito en busca de David, sin embargo no le vi aunque tampoco estaba solo ya que había alguien más conmigo. Me esforcé en enfocar la mirada, todavía me costaba abrir los ojos y eso que la luz era muy tenue. Estaba en un lugar desconocido en el que nunca había estado parecía un templo tradicional, había muchos símbolos con letra china, una imagen de Confucio y sobre una especie de altar, tan atada como yo estaba mi mujer, vistiendo la bata de hospital. «¿Qué representaba todo esto? ¿Estaba soñando?». Miré por todas partes pero no se veía a nadie más así que la llamé.

—¡Katsumi, Katsumi! —dije pero parecía no oírme, era como si estuviera durmiendo. «¿Le habría ocurrido lo mismo que a mí?». Cada vez estaba más convencido que no estaba soñando— ¡Katsumi! —volví a llamarla antes de oír los primeros pasos invadiendo aquel extraño lugar.

30 Capítulo (Katsumi y Kayene)



Sonaba una música suave, una melodía que me sonaba y evocaba recuerdos de mi niñez, solía cantármela mi madre antes de mis oraciones cuando me iba a dormir; pero en esta ocasión la voz no era de mujer, parecían hombres cantando.

Me costaba abrir los ojos, tenía la boca seca con un extraño sabor amargo y bastante desagradable. Volví a esforzarme, la luz era casi inexistente, así que no

lograba ver muy bien, lo primero que vi fueron los colores rojos que cubrían las vigas ornamentales del techo, después los símbolos chinos en amarillo que cubrían de arriba a abajo, algunas de las columnas, allí entre dos de ellas desnudo y atado en cruz había un hombre. Por un momento creí que era Kayene, pero las pequeñas diferencias en los tatuajes que lucía corrigieron a mi cerebro, no era Kayene sino mi marido, tenía la cabeza colgando entre los hombros. «¿Por qué estábamos allí?».

Un golpe cortante y un gruñido hizo que focalizara mejor la vista. Tras él había un hombre vestido con un kimono tradicional y un cinturón con el que iba golpeando la espalda de Kenji.

—Debes expiar tus pecados, expulsar las contradicciones y perversidades que Amanojaku ha alojado en tu interior, él es quien está haciendo que te confundas y cometas todas estas aberraciones, esas atrocidades que hemos visto que te dejabas hacer por el *gajin* —relataba el hombre. «Un momento, ¿estaban hablando de Amanojaku?». «Espabila Katsumi», me recriminó Kat desde el fondo de mi mente. «¡Esos locos piensan que tu marido está poseído por un demonio!». Amanojaku, según el folclore japonés era capaz de ver los deseos más oscuros de una persona y provocarlo hasta conseguir usarlos en contra de él mismo. Le gusta instigar a las personas a realizar sus deseos más oscuros y prohibidos—. Geisha vuelve a intentarlo arrodíllate ante él y sorbe —ordenó a una joven. Una chica envuelta en un kimono azul clavó las rodillas en el suelo ante Kenji, después tomó su miembro inerte, se lo colocó en la boca y comenzó a practicarle una felación profunda. «¿Es que se habían vuelto locos?».

—Creo que no está funcionando, deberíamos probar con otra cosa, su miembro sigue flácido y llevamos más de media hora intentándolo con estos métodos —comentó otro hombre. Aquello llamó mi atención, fijé la vista, aquel hombre cubierto por una máscara tradicional china era mi padre. Le miré con horror.

—¿*Chichi*? —interrogué. Mi pregunta soltada al aire desvió la

atención hacia mí. Ambos hombres me miraron.

—Fíjate, al parecer tu hija ya ha despertado —aseveró el hombre acercándose a mí dejando así de golpear la espalda de Kenji. Acarició mi rostro y recorrió con aquella mirada mi cuerpo que estaba cubierto por la bata de hospital. Hizo un gesto y aparecieron dos hombres que también llevaban kimono, los cánticos cesaron así que aquellos hombres debían ser los que cantaban. Tenían pinta de matones del tres al cuarto, con feas cicatrices en el rostro—. No sufras pequeña Katsumi estamos aquí para ayudaros. Tu padre nos pidió auxilio, nos contó lo que te sucedía a ti y a tu esposo, la posesión es algo que viene ocurriendo desde tiempos inmemoriales. Primero pensó que se trataba de un desviado, un *Okama*, pero no, escuché su historia y está muy claro lo que os ha ocurrido —me explicó. «¿De qué hablaba ese hombre? ¿Quién era?»—. Amanojaku está jugando con vosotros, confundiéndoos y obligándoos a cometer atrocidades, incluso ha intentado embarazarte y que alumbraras a tu hijo —aseguró, mientras tocaba mi vientre para colar la mano entre mis muslos y acariciarme, me removí inquieta y asqueada—. Shhhh, tranquila, tu cuerpo ha sido sabio y lo ha expulsado, has eliminado la semilla del demonio que había arraigado en tu útero —afirmó. Cada vez estaba más asustada por la locura de esos ojos negros y sus palabras. Retiró los dedos de mi entrepierna— ¡Desnudadla! —ordenó. Yo le miré con horror, intenté removerme de nuevo, sin embargo apenas tenía fuerzas. Cuando vi un cuchillo rasgando mi ropa no tuve más remedio que detenerme por miedo a que me rajaran a mí—. Mira a tu hija Ishiguro, hasta la pureza más absoluta, hasta la

carne más blanca puede ser tomada por Amanojaku.

—Tiene razón, ¡oh gran líder! Estoy seguro que el demonio se encuentra en el cuerpo del otro Watanabe, él es el culpable de que mi hija y mi yerno hayan cambiado y se comporten así, tenía razón en todo lo que dijo.

—Por supuesto que sí Ishiguro, Kayene Watanabe es la mismísima

reencarnación del mal y por ello no podemos recuperarle, el demonio está demasiado arraigado en él, su parte humana ha desaparecido, ya le están preparando para el sacrificio.

—¿Sacrificio? ¿Qué sacrificio? —pregunté y ambos hombres me miraron— ¿Es que os habéis vuelto locos? ¡El demonio no existe!

—No eres tú la que hablas *musume* —dijo mi padre y bajó el tono de voz—, es el demonio quién se ha apoderado de tu mente, pero no te preocupes, nosotros os vamos a ayudar, nuestro líder espiritual sabe lo que hace. Tú siempre has sido una buena japonesa, una buena hija igual que tu esposo ha sido un buen hijo ambos estáis cometiendo esos actos repulsivos porque Amanojaku habita en Kayene, él es quién ha provocado todo esto, os ha poseído a ambos al habitar bajo el mismo techo —aseguró y yo no podía creer que mi padre dijera aquellas cosas y menos que las creyera—. Él ha sido quién ha convencido a tu esposo para que cometa actos que van en contra de la naturaleza con ese *gajin* y a ti para que albergues a su hijo. Cuando vine a hablar con el líder lo entendí, eres el receptáculo del demonio y ha intentado que alumbres a su hijo, pero la fe y las creencias que te he inculcado desde pequeña te han hecho fuerte y tú misma has expulsado la semilla del mal —alegó. No podía creer toda aquella sarta de locuras.

—*Chichi* —intenté calmarle—, eso no es cierto, yo amo a Kayene, no está poseído por ningún demonio y Kenji ama a David, no hay nada de malo en ello, no pasa nada porque dos hombres se amen, el amor es amor —traté de explicarle. Mi padre vino hacia mí levantó la mano y me cruzó la cara con fuerza.

—¡No oses poseer a mi hija demonio inmundo! ¡Eres tú quién habla por su boca, ella jamás hubiera dicho algo así! ¡No vamos a permitir que la reveles contra mí!
—gritó mirando al techo.

—Tranquilo —le indicó el hombre de la máscara, apoyando la mano sobre el hombro de mi padre. Yo no salía de mi asombro, ni siquiera me dolía el golpe. Era imposible que aquello estuviera ocurriendo de verdad—. No sabe lo que hace, ni lo que dice Ishiguro, su marido no puede ayudarla pero yo sí —declaró mi padre asintió.

—¡Haz lo que debas, oh gran líder! Devuélvenos a mi hija, mi mujer está rezando en casa por su alma —garantizó mi padre dando un paso atrás y el líder paseó su mano por mi cuerpo, acariciándolo y me susurró al oído.

—No me extraña que el cabrón de Watanabe haya querido follarte y preñarte pues eres un bocadito delicioso, sin embargo esta vez seré yo quien gane, va a desear no haberse cruzado en mi camino, voy a tomarte ante sus ojos, voy a poseerte y con un poco de suerte tal vez incluso a embarazarte de nuevo, mientras él nos mira le torturaré con la técnica de los mil cortes hasta que se desangre, será un placer ver cómo sufre hasta que se le lleven los demonios al puto infierno del que salió y donde merece estar.

—¡Noooooooooooo! ¡Suéltame maldito hijo de puta! —grité y le escupí en el rostro, no podía pensar en todas aquellas barbaridades que me estaba diciendo. Otro golpe cruzó mi rostro partiéndome el labio.

—Muestra más respeto hacia tu líder, o no me dejarás más remedio que amordazarte, aunque igual es eso lo que buscas —comentó mordaz. Sacó un pañuelo y me lo ató contra la boca manchándolo de sangre—. ¡Traed a Watanabe! —ordenó.

Sabía que estaba jodido, aunque todavía no sabía el porqué. Me habían pillado desprevenido en el baño de casa, si no hubiera estado tan agotado por estar en el hospital no me habría quedado dormido en el *ofurō*. Quien quiera que fuera que me había drogado iba a vérselas conmigo en cuanto pudiera soltarme.

Estaba en una especie de salita, en el suelo, maniatado y en pelotas, ni siquiera se habían tomado la molestia de vestirme, la cabeza me daba vueltas. A saber qué mierda me habrían dado, me recordaba a cuando había ido de putas a algún fumadero de opio.

Mi lista de enemigos era variopinta, así que podía haber sido cualquiera, llevaba demasiados años metiéndome en problemas como para saber de quién se trataba. Nunca me había importado que me ocurriera algo, no tenía nada que me importara lo suficiente como para no jugarme la vida a una carta, pero ahora era distinto, necesitaba salir del entuerto en el que estuviera metido por ella, necesitaba volver al lado de Katsumi como fuera.

La puerta se abrió y dos tipos entraron.

—Mira por donde volvemos a encontrarnos Watanabe —dijo uno. «Esa voz...». Levanté el rostro intentando poner caras a los imbéciles que tenía delante, y cuando les vi no podía salir de mi asombro.

—¿Vosotros? —cuestioné. Los hombres de Arashi Fujioka, los mismos que meses antes habían intentado darme una paliza y la acabaron recibiendo ellos, cuando me pillaron desprevenido en aquella habitación de hotel tirándome a la novia de su jefe—. Bonita nariz —comenté al que se la partí pues le había quedado ligeramente torcida. Vino hacia mí y me pateó en los riñones, «¡Joder cómo dolía!» Pero no iba a darle el gusto de quejarme—. ¿Qué pasa? ¿Es que la novia de vuestro jefe no tuvo suficiente que tenéis que entrar en mi casa y secuestrarme para que me la tire? De verdad que no hacía falta, me lo podíais haber pedido y con gusto la hubiera follado de nuevo —aseguré. El que no tenía la nariz torcida arrugó el gesto.

—Mi jefe ya no está con Candy, esa puta está justo donde merece, en uno de sus clubs chupando pollas y pagando por lo que le hizo, ahora Arashi Fujioka tiene un nuevo caramelito, quiere que te llevemos con él para que lo veas y disfrutes

mirando —me explicó. Dudaba que me hubieran llevado hasta allí para ser un simple voyeur, pero decidí seguirles el juego, debía pensar con la cabeza ya que estaba en clara desventaja.

—Así que es una invitación, qué amable de su parte, pues entonces podríais desatarme y con gusto le haré de espectador, si necesita ayuda con el nuevo bombón también puedo echarle una mano, o quizás la polla mejor —dije irónico y ellos sonrieron.

—Estamos seguros de que te encantaría hacerle de todo, pero por ahora ese no va a ser tu cometido, eres una simple ofrenda —me informaron después me agarraron uno de cada brazo, por lo menos no tenía las piernas atadas... En cuanto me incorporaron me vendaron los ojos. La voz del que siempre hablaba retumbó en mi oído—. Mejor así, queremos que te lleves una deliciosa sorpresa cuando la veas.

—Lo cierto es que no soy muy de sorpresas —declaré y me dio un empujón.

—Camina —ordenó. Pensaba que Fujioka había llegado a un acuerdo con Kenji ¿por qué entonces me hacía esto justamente ahora? No sabía dónde me llevaban, el suelo crujía bajo mis pies.

—¿Se puede saber por qué vuestro jefe me necesita a mí? ¿A vosotros no os gusta mirar?

—Digamos que no le gustó vuestro último encuentro, aunque tu hermanísimo intentó calmar las cosas prometiéndole no meterse en su zona de negocios si te soltaba, no pactó que en un futuro no pudiera cobrarse el agravio sufrido, digamos que tuvo un defecto de forma. Ojo por ojo, cuidado con el escalón —me anunció. Fue lo último que me susurró al oído antes de detenerse. Moví los pies para no tropezar y cuando noté el dichoso escalón de piedra chocando contra el dedo gordo levanté los pies. Una vez estabilizado levantaron mis brazos hacia arriba y me ataron suspendiéndolos en algún lugar, agudicé el resto

de mis sentidos. Olía a incienso, intenté percibir los sonidos, escuché lo que parecía un grito amortiguado, parecía de mujer, a saber a qué pobre desgraciada habían cogido para los jueguitos de Fujioka.

Era un auténtico depravado, no me extrañaba haberlo tenido tan fácil con aquel bombón de Candy, además debía rondar la edad de mi padre o tal vez más, era lógico que las chicas jóvenes, que era lo que le gustaba, no se fijaran en él, simplemente se acostaban con Arashi por su cartera y porque era un hombre poderoso dentro del mundo de la noche. Prostíbulos, clubs de juego y drogas eran su plato fuerte.

Por fin me quitaron la venda de los ojos, intenté curvar una sonrisa para tranquilizar a la chica, seguro que había traído anguilas, le encantaba esa mierda de espectáculos donde las chicas se las metían y jugueteaban con ellas en sus vaginas. Cuando mis ojos alcanzaron los de la muchacha un pánico demoledor me inundó por completo. Nunca había sentido miedo en mi vida y ahora azuzaba mis entrañas en toda su plenitud. La tenían atada, desnuda y completamente expuesta. Comencé a sacudirme sin control rugiendo de ira, intenté arrancarme los grilletes pues me daba igual quedarme sin manos con tal de liberarla.

Una voz retumbó en lo que parecía la sala principal de un templo.

—¡Ahí le tenéis Ishiguro, fijaos como el diablo se agita en el cuerpo de Watanabe al ver en vuestra hija la elegida! Contemplad la rabia que lo inunda al saber que vamos a purificar el receptáculo y que yo seré el elegido para hacerlo.

—¡Maldito hijo de puta, suéltame o te mataré Fujioka, te juro que te mataré! Ni se te ocurra ponerle una sucia mano encima! —bramé. La risa de Arashi retumbó.

—No vas a engañarnos Amanojaku, Ishiguro sabe lo que debe hacer para recuperar a su hija, para traerla de nuevo al sendero del bien, estamos intentando recuperar a tu hermano con los latigazos, pero no sabemos si la ponzoña que has

extendido en él será recuperable —anunció y yo giré el cuello para encontrarme con la imagen desgarradora de mi hermano, tenía la espalda en carne viva, las gotas de sangre caían al suelo formando un charco a su alrededor.

—Te juro que voy a matarte con mis propias manos Fujioka, o nos sueltas ahora mismo o la ira de la Yakuza caerá sobre ti —le amenacé. Él se echó a reír.

—Dudo mucho que nadie se eche encima de nadie Watanabe, a nadie va a importarle que un cabrón como tú muera, ni a tu Yakuza, ni a nadie —aseguró. Aquello podía ser cierto, pero dudaba que mi familia se quedara de brazos cruzados.

—Ishiguro escúcheme, esto se trata de una venganza. Fujioka me odia por una cosa que ocurrió hace meses él... —traté de explicarle

pero el padre de Katsumi me interrumpió.

—¡Lo sé! —gritó el hombre fuera de sí— Vi con mis propios ojos en lo que habías convertido a la hermosa Candy, en una puta dispuesta a dejarse hacer cualquier tipo de perversión, sentí su boca en aquel lupanar, Fujioka me mostró lo que eres capaz de hacer, en qué se convierten las mujeres que logras poseer, pero mi hija no va a ser como Candy, antes la prefiero muerta, ¿me oyes Amanojaku? Muerta —se reiteró—. ¡Mira en qué conviertes a las mujeres! —me gritó. No me había fijado en la chica que estaba en un costado vestida con un kimono de Geisha, no era ni la sombra de lo que había sido Candy, estaba muy desmejorada, prácticamente en los huesos y con dos cercos negros bajo los ojos — La hemos tenido allí, arrodillada entre las piernas de tu hermano, mamando sin parar para eliminar tu influjo a través de su sangre y de su semen —me comentó. «¿Por la polla? ¡No me jodas! Ese tío estaba como un cencerro si se creía eso»—. Pero no hemos logrado que se le ponga dura —me espetó. «¿Pero qué decía aquel trastornado?» Primero me llamaba como a un demonio mitológico y después tenía a Candy chupándosela a mi hermano, cuando estaba

claro que era gay y que en su estado ni siquiera un tío sería capaz de levantársela. Fijé la vista, mi hermano estaba destrozado, debía dolerle horrores la espalda, podía sentir en mi carne cada desgarró aunque por su aspecto juraría que seguía bajo el efecto de las drogas. Tal vez fuera mejor así, contra menos consciente fuera de todo aquello mejor. «¿Cómo iba a salir de esa?».

—No hace falta que te escondas Watanabe, Ishiguro ya sabe quién

está bajo ese bonito rostro, oculto tras esa apariencia humana que encandila a hombres y mujeres —declaró Fujioka. En mala hora le desplumé y me tiré a aquella chica, ahora ya era tarde para arrepentirse, tenía que pensar—. Niimura, Maruyama —llamó y los dos secuaces se cuadraron—. Traed las katanas, los bisturís y los puñales, el sacrificio del demonio va a comenzar —anunció. El pirado de Fujioka, vestía un kimono tradicional con una máscara de *oni*. «¿Quién se creía que era? ¿Cómo se dejaba Ishiguro influenciar de aquel modo?». Miré los ojos aterrados de Katsumi, y entonces supe que aunque fuera por ella debía mostrarme fuerte.

—Te amo Katsumi —le susurré sin hablar, simplemente vocalizando para que nadie pudiera oír lo que quería decirle—. Ten fe en mí aunque suponga mi muerte nadie va a tocarte, te lo juro. Siempre serás mía porque te llevo grabada en mi corazón, eres y serás siempre mi amor verdadero.

31 Capítulo (David y Kayene)



—Despierta joder —oía que alguien me sacudía pero no lograba abrir los ojos.

—Déjame a mí, hija —escuché y una lluvia de agua helada me cayó sobre el cuerpo aunque ni aun así lograba sobreponerme del todo.

—*Sobo* ¿qué vamos a hacer?

—Tranquila, Ilke, Kenjiro y sus hombres vienen de camino, deben estar a punto de llegar, necesitamos despejarle y vestirle.

—¿Pero qué narices pasa aquí? —oía voces entre las brumas.

—¿Gio? ¿Hiks? ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Ilke sorprendida.

—¿Crees que íbamos a quedarnos en España después de tu llamada sobre el aborto de Katsumi? —preguntó Gio asombrado.

—¿Y qué pasa con nuestra hija? ¿Y Akiko? ¿Y los mellizos? —Il parecía alterada

—Nuestra hija está bien con Laura y sus primos, Akiko está como una reina en casa de mis padres que no paran de mimar a ese par de bebés, así que no hay

problema, por cierto, ¿me puedes explicar por qué David está en pelotas rodeado de juguetes de BDSM y un charco de agua? —inquirió. Me hubiera gustado responder por mí mismo, pero todavía no lograba abrir los ojos, ni articular palabra.

—Ay, Gio, no te pongas celoso ahora que no es momento, está pasando algo grave y no sabemos qué es...

—¿Grave? ¿Qué quieres decir con grave? —interrumpió Hikaru.

—Me refiero a que Katsumi desapareció del hospital, mientras tu *sobo* y yo estábamos en la cafetería. Nadie vio nada, vinimos corriendo a dar el aviso a Kenji y Kayene porque ninguno nos cogió el teléfono, así que llamamos a tu tío y vinimos directas aquí. Nos encontramos a David en este estado y sin rastro de Kenji o Kayene —le explicó desesperada.

—¿Y el servicio?

—No vieron nada.

—¿Y las cámaras? —indagó Gio, su mente iba a mil revoluciones por minuto.

—¿Qué cámaras? —preguntó exasperada.

—Vamos, nena, que Kenji no se dedica a fabricar patitos de goma, ¿acaso crees que no hay cámaras aquí? Seguro que la casa está infectada. ¡Hikaru! —exclamó dando una orden que solo ellos entendían.

—Voy, seguro que encuentro el cuarto de control, necesitamos visionar las cintas de seguridad —afirmó entonces oí unos pasos que se alejaban, «¿Cómo podía estar en ese estado vegetativo? ¿Qué me habrían dado?».

—¿Cuánto tiempo hace que no veis a mis primos? —interrogó Gio y se notaba preocupación en su voz. Ellos seguían hablando y yo no podía reaccionar.

—A Kenji desde anoche, a Kayene hará un par de horas le mandamos a casa

para ducharse, no se separaba de Katsumi y necesitaba descansar un rato —le informó temblorosa. Aquellas palabras me hacían sentir el miedo que Ilke estaba abrigando. Yo mismo estaba en el mismo estado, «¿Qué nos había ocurrido? ¿Quién nos había hecho eso? ¿Dónde estaba Kenji y Kayene?». «Mierda, Kenji, que no le haya pasado nada a Kenji, no me dio tiempo a decirle todo lo que quería y no me había atrevido por miedo».

—Akira —llamó la abuela a Gio por su nombre japonés.

—Dime, *sobo*.

—Encuéntrales, nosotras nos ocupamos de mi nuevo *mago*^[22].

—Eso está hecho.

—Y cuando lo hagas córtales las pelotas y méteselas en la boca, quiero que sepan que con mis nietos no se juega —espetó. Mi cerebro rio ante la autenticidad de aquella mujer.

—Será un honor.

Gio

Recorrí la casa en busca de Hikaru, aquello no pintaba bien, al llegar a la entrada mi tío Kenjiro apareció por la puerta con sus hombres, le puse al día de la situación. Me guio hasta el cuartito oculto donde Kenji controlaba toda la seguridad de la casa, justo cuando íbamos a entrar Hikaru salía por la puerta.

—¿Tienes algo? —le pregunté, el tiempo era un elemento que siempre jugaba a la contra en estos casos.

—*Hai*, tengo una matrícula, he hecho un par de llamadas, el coche pertenece a la empresa de Arashi Fujioka —indicó. Mi tío resopló con fuerza, al parecer le conocía.

—¿Quién es Fujioka? —cuestioné.

—Un mafioso que se ha ido abriendo mercado en la noche de Tokio, hará unos meses Kayene tuvo un problema con él, no sé qué ocurrió exactamente porque Kenji intercedió y no quiso darme explicaciones, solo que el asunto estaba resuelto.

—Pues al parecer no debía estarlo —aseveré, mientras mi tío asentía con pesar—. ¿Por qué se ha llevado Fujioka a Katsumi? ¿Es algún tipo de venganza? —seguí preguntando. Estaba intentando dilucidar qué ocurría.

—Los hombres de Fujioka no se llevaron a Katsumi —aclaró Hikaru— he pedido a un amigo que trabaja en el hospital el vídeo de seguridad de la planta donde estaba Katsumi, me lo ha mandado hace un minuto al móvil, fijaos —nos dijo Hikaru que nos mostró la pantalla.

—¡Ishiguro! —gritó mi tío.

—Exacto, sino hubiera sido imposible que alguien la sacara del hospital, no sé cómo las enfermeras no se dieron cuenta de que la sacaba en silla de ruedas.

—Tal vez les dijo que la llevaba a tomar el aire —explicó mi tío.

—¿Qué tienen que ver Ishiguro con Fujioka? —demandé. Todos habíamos reconocido al padre de Katsumi, pero yo no conocía al otro tipo.

—No tengo idea, pero sé quién nos lo puede aclarar, necesitamos ir a casa de Ishiguro no vaya a ser que estén allí —comentó mi tío que intentaba transmitir templanza, pero era imposible dada la situación—. Y si no están, con un poco de suerte estará su mujer, seguro que podemos sonsacarle algo. Me da la sensación de que hay algo turbio detrás de todo esto —terminó diciendo y no era al único a quién la situación le daba mala espina.

—No perdamos más tiempo, tío, pongámonos en marcha.

Estaba claro que algo no iba bien, esperaba que no llegáramos demasiado tarde.

Tenía a los hombres de Fujioka uno a cada lado, listos y armados con un bisturí cada uno, en sus pies un puñal, una katana y un cesto de mimbre. Intenté relajarme, «templanza», me dije, los nervios no son buenos en este tipo de situaciones.

—¿Quieres saber cómo voy a acabar contigo, Watanabe? —me preguntó Fujioka.

—Lo que quiero saber es por qué Ishiguro se cree todas esas sandeces y está dispuesto a todo esto —respondí e intuí una sonrisa bajo la máscara.

—Yo soy su líder espiritual, líder de los Shinjitsu, quienes seguimos la doctrina más pura del confucianismo —me soltó. «¿Confucianismo?». Ese tipo estaba de broma.

—Todo el mundo sabe que la doctrina del confucianismo se basa en la armonía, sus seguidores deben autoperfeccionarse mediante la introspección y el estudio para conocerse a sí mismos. Además, deben desarrollar otras aptitudes, tener buenos sentimientos hacia los demás es fundamental. Creo recordar que sus premisas básicas son la lealtad, el perdón, la fidelidad y la compasión. Sin todos esos principios nunca se puede ser un *Junzi*^[23], quedando relegado a ser un mísero hombrecillo de pacotilla —comenté y parecía sorprendido.

—Veo que prestaste atención ese día en la escuela —replicó. Yo necesitaba hacer tiempo, suponía que alguien de mi familia vendría a rescatarnos, haría lo posible por rascar los minutos que pudiera.

—¿Dónde está tu misericordia y tu justicia? ¡Oh gran líder!

—La misericordia y la justicia son para los hombres, y te recuerdo que tú no eres

uno Amanojaku —contestó. Ya estábamos con la milonga del demonio, si hubiera sido uno ya le habría metido el tridente por el culo.

—Eso es lo que le has vendido al incauto de Ishiguro para hacer conmigo lo que quieras, pero ambos sabemos que el único rabo que tengo está entre mis piernas y que los cuernos los llevas tú —le espeté. Fujioka se quitó la máscara y la lanzó con rabia contra el suelo.

—No sabes cuánto voy a disfrutar al follarme ese coñito de ahí atrás, mientras tú nos ves y nos oyes —aseguró. El muy cabrón estaba hablando bajo para que Ishiguro no escuchara nada, aunque estaba convencido, que aunque le oyera decir abiertamente que iba a violar a su hija, le daría igual. Al muy idiota le tenían sorbido el cerebro.

—Eres un maldito hijo de puta, no vivirás para contarlo, eso te lo juro —bramé, él soltó una risotada.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? No me hagas reír. ¿Quieres saber cómo va a ser tu muerte? Lenta y dolorosa, vamos a utilizar la técnica milenaria de los mil cortes, ¿sabes en qué consiste? —indagó y yo no respondí, si decía que sí acortaría el tiempo, así que iba a dejar que se recreara—. Vaya, veo que se te ha comido la lengua el gato, igualmente te lo voy a explicar, mis hombres van a comenzar a hacerte cortes superficiales en tu hermoso cuerpo, antiguamente se utilizaba opio, pero contigo lo vamos a hacer completamente consciente, a pelo, me va a gustar oír tus gritos junto a los de ella —comentó. El odio hacía que la sangre me hirviera, por suerte me estaba pudiendo controlar—. No te preocupes, al principio no dañarán ninguna vena o arteria importante, no queremos que sufras una hemorragia mortal, simplemente buscamos el dolor, queremos que sufras, llevarte al límite. La tortura llegará hasta tal punto que tú mismo nos implorarás morir —afirmó. Aunque lo llevaba claro, estaba preparado para cualquier tipo de atrocidad, no sabía a los entrenamientos que nos sometía mi padre—. Una vez terminada esta parte, seccionaremos trozos más grandes,

comenzaremos por los brazos y las piernas, vaciando parte de tus músculos — continuó. Aquella parte no sonaba nada bien, esperaba que para entonces mi familia hubiera llegado—. Después pasaremos a tu pecho, donde te sacaremos la piel a tiras y para finalizar te arrancaremos el corazón y te decapitaremos con la katana, depositándolo todo en el cesto de mimbre —terminó su explicación. Tuve que contener la bilis que me subía por el esófago ante la imagen que se había formado en mi mente. Sabía que ese maldito hijo de puta era cruel, pero no hasta esos límites. Fujioka prosiguió, estaba emocionado—. Vamos a hacer un ritual para que Amanojaku desaparezca de la familia del señor Ishiguro quemando todo el contenido del cesto —me informó. Podía oír como Katsumi lloraba desgarrada, así era justamente cómo me sentía yo por dentro, ese hijo de puta era un maldito sádico.

—¡Voy a perseguirte hasta el mismísimo infierno, cabrón! —amenacé.

—Puede, pero mientras tanto yo voy a follarme a tu mujer. ¡Adelante! —gritó— ¡Amanojaku! Hoy vas a dejar de existir, libraremos el cuerpo de Watanabe de tu presencia y la joven Katsumi recuperara el equilibrio perdido, yo la ayudaré a alcanzar el camino de la iluminación —declaró y se desprendió del kimono mostrando su cuerpo desnudo.

Katsumi se agitaba nerviosa intentando evitar lo inevitable. «Sé fuerte, Kayene», me repetí cuando vi acercarse aquellos tipos con los bisturís, solo tenía una opción y la tenía muy clara en mi mente e iba a aprovecharla, debía aguantar y esperar el momento preciso. Yo moriría, pero impediría que Katsumi fuera vejada de aquella manera.

Fujioka chasqueó los dedos, Candy subió con nosotros, se arrodilló entre sus piernas para meter su flácido miembro en su boca. Los bisturís refulgieron ante mis ojos para internarse en mi piel haciendo las primeras incisiones. Era muy doloroso, terriblemente lacerante, pero debía aguantar notaba como mi carne se abría en dos como la mantequilla, pasaban las hojas afiladas con suavidad para

que la sangre roja brotara sin cesar.

Agradecía que los cuerpos de mis captores taparan la carnicería que estaban haciendo conmigo, mi rostro permanecía inmutable, por lo que podía mantener mis ojos fijos en los de mi amada. Necesitaba transmitirle tranquilidad, sosiego y sobre todo el infinito amor que me inundaba cada vez que nuestros ojos se encontraban.

Los jadeos de Fujioka, su movimiento de pelvis y el modo en que agarraba la cabeza a Candy, me indicaron que estaba cerca de culminar. Tras un fuerte empujón, la sacó fuera, lanzándola contra el suelo después se giró para mostrarme su erección y admirar lo que estaban haciendo conmigo. Se colocó frente a mí, puso las manos sobre mi cuerpo y lo tanteó separando la carne en las distintas incisiones cubriéndome de sangre por completo.

Mordí la parte interna de carrillo antes que darle la satisfacción de emitir un puto sonido.

—¿Crees que eres un tipo duro, eh? Pues esto solo acaba de empezar, ahora viene la mejor parte, voy a quitarle el pañuelo que le pusimos en la boca, vas a oír cómo grita, mientras la parto en dos, a la par que a ti te vacían el cuerpo — me aseguró. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Puedes hacer lo que te venga en gana conmigo, Fujioka, porque te juro que incluso muerto no voy a dejar de perseguirte, vas a desear no haberte cruzado en mi camino en tu jodida vida, si le pones un puto dedo encima a ella, solo vas a encontrar la muerte —respondí. Él soltó una carcajada y sus hombres le secundaron.

—Nos ha salido cachondo, ni desangrándose ha aprendido la lección. Disfruta del espectáculo, Watanabe —me soltó y se apartó de mí para quitar el pañuelo que cubría los labios de Katsumi, quién le miraba con odio.

—Katsumi —la llamé cuando la vi desprovista de él. Ella desvió la atención

hacia mí vagando su mirada con terror por mi cuerpo mutilado. Subió la vista acongojada hasta anclarse en la mía. Necesitaba decirle unas últimas palabras, calmar aquella agonía que la estaba matando por dentro—. Aunque hoy logren lo que desean, piensa que solo van a ser nuestros cuerpos. No dudes ni por un instante que aunque me convierta en cenizas, el manto de mis besos te arrullará en cada uno de tus recuerdos. Estaré siempre ahí, calmándolos por dolorosos que sean. Te acompañaré en cada uno de tus pasos, porque aunque me arranquen el corazón del pecho, nunca estuvo en él, sino latiendo junto al tuyo. No quiero que sufras por mí, porque si cruzo al otro lado estaré con nuestro hijo, cuidándote y amándote desde el infinito. Siempre voy a formar parte de ti y tú de mí, porque nuestro amor es eterno —declaré. Los ojos de Katsumi estaban repletos de lágrimas que caían silenciosas por sus hermosas mejillas—. Te amo, Katsumi Watanabe y eso nada ni nadie podrá arrebatármelo —garanticé. Sus ojos se colmaron de aquel sentimiento eterno que no podía ser negado entre nosotros.

—Kayene, yo... —trató de responderme pero no pudo terminar,

Fujioka la tomó del rostro y la besó con rudeza. Sentía todos los demonios atravesarme con fuerza hasta que le oí gritar y apartarse.

—¡Putá! —rugió y le asestó un golpe que le partió el labio, mientras él se llevaba la otra mano a la boca—. Espero que no me hayas contagiado la rabia con tu mordisco, voy a quitarte las ganas de ser una salvaje. ¡Lo ves, Ishiguro! —gritó mostrando la sangre que le había provocado el mordisco de Kat—. Esto es obra del demonio, sigue poseída, voy a purificarla.

—¡Adelante, líder! —bramó aquel tarado— ¡Salva a mi hija, devuélvela al camino de la verdad!

—¡*Chichi!* —chilló ella— Vuelve en ti *chichi*, te lo suplico, tú no eres así, este hombre te está engañando, nada de lo que te ha dicho es cierto, simplemente odia a Kayene, ¡no entres en su juego! Soy yo, tu hija, no hay ningún demonio

en mí.

—¡Calla! —exclamó su padre— Son sus restos los que hablan por tu boca, pero no te preocupes, el gran líder se encargará de que todo vuelva a su lugar — aseguró. Estaba claro que había perdido la poca cordura que había en él y no iba a razonar.

Fujioka se colocó entre las piernas de Katsumi con el miembro apuntando a su vagina, los hombres estaban cambiando de herramienta para vaciarme los músculos, el momento estaba cerca, podía sentirlo, necesitaba mucha concentración. Separó los niveos muslos de Katsumi y curvó la espalda hacía atrás para coger impulso, obviamente quería cumplir su promesa de partirla en dos, dado el estado en que ella se encontraba. Aquel era el momento que estaba esperando. Saqué fuerzas de flaqueza, visualicé el punto justo antes de saltar, caminar por su espalda, colar mis pies por delante de su cuello y asestar un golpe certero en la nuez de Adán con el talón derecho. Era arriesgado, nunca lo había hecho así, aquel golpe mortal se llamaba *Kychu*.

Lo aprendí cuando practicaba *Kyuchu* o toque de la muerte. Era un antiguo arte marcial muy peligroso, basado en el conocimiento de los puntos vitales del cuerpo. Se buscaba hacer el mayor daño posible, incluso causar la muerte con golpes muy simples y certeros. Se necesitaba muchísima técnica, práctica y conocimiento. No bastaba con saber golpear, eran movimientos muy precisos, así que era imprescindible dominar anatomía, acupuntura y saber localizar los meridianos del cuerpo donde fluía el *Qi*, o energía vital.

Todos los golpes se hacían con las manos, así que golpearle con el talón había sido jugármelo todo a una carta, pero era el único movimiento que me permitía terminar con la vida de Fujioka con las manos atadas, esperaba haber acertado.

32 Capítulo (Hikaru y Kayene)



Habíamos llegado, tenía que ser ese el sitio. Por suerte la mujer de Ishiguro estaba en casa, y no fue difícil hacerla confesar. Nos explicó que su marido pertenecía a un grupo que practicaban el Confucianismo y que se había llevado a su hija al templo donde rezaban, oraban y se reunían, para sacarle el demonio del cuerpo.

Le dijo a mi suegro que no se preocupara, que su marido iba a hacer todo lo posible por salvar a mis cuñados y que todo volviera a la normalidad. Aquella mujer estaba como un cencerro, pero le seguimos la corriente hasta obtener la dirección. Le dimos las gracias para no alertarla y nos largamos cagando leches.

El maldito templo estaba a más de media hora de la casa de Ishiguro, aunque logramos llegar en quince minutos. Alguna ventaja debía tener conducir el Devel Sixteen de Kayene, el hiperdeportivo de Devel Motors, aceleraba de cero a cien

en uno coma ocho segundos, ni el coche de Batman era tan rápido. Había sido uno de los caprichos de mi cuñado que ahora agradecía, Gio y yo íbamos montados en él, mientras mi suegro con sus hombres iban en el Bentley, pisándonos los talones. Ese maldito coche era una fiera, aun siendo un cuatro plazas, llegamos mucho antes de lo previsto al no aflojar de los doscientos cincuenta kilómetros por hora.

No sabíamos qué íbamos a encontrarnos, así que debíamos ser cautos. Aparcamos unos metros antes de llegar al lugar que indicaba el GPS. Estábamos rodeados por muchos árboles y un espeso follaje, así que sería sencillo camuflarnos.

Había un par de hombres afincados en la puerta y tan solo dos coches fuera del recinto. Con un poco de suerte habría poca gente dentro.

Seguramente habían drogado a mis cuñados como a David, se habrían confiado pensando que eran suficientes, no sabían el error que acababan de cometer. Los hombres de Kenjiro se encargarían de ese par, y nosotros buscaríamos un acceso por la parte trasera.

Gio, mi suegro y yo nos desplazamos sin hacer ruido hasta encontrar una ventana sin cristal, por ahí podríamos colarnos hacia el interior. Apenas respiramos, con mirarnos teníamos suficiente, los tres éramos hombres muy preparados para aquel tipo de situaciones, así que era sencillo comunicarse con gestos y miradas.

Llegamos a la sala principal ocultos entre las sombras y desde allí analizamos la situación.

Kenji estaba atado entre dos columnas, parecía estar inconsciente y tenía la espalda en muy mal estado, un estremecimiento de dolor recorrió mi cuerpo al imaginar lo que habría sufrido. A su lado estaba Ishiguro contemplando un punto con la mirada fija, desvié los ojos intentando ver qué llamaba tanto su atención.

En una parte central más elevada había un altar, un tipo desnudo acariciaba el cuerpo de Katsumi, mientras dos tíos cortaban a Kayene como si fuera un filete.

—¡Joder! —murmuré sin poder evitarlo. Mi suegro me lanzó una mirada que habría podido congelar el mismísimo infierno.

Eran cuatro y nosotros tres, estábamos en ligera desventaja, debíamos ser muy cautos si queríamos salir bien parados de esa.

—No hagáis ni un puto ruido, ¿me oís? No quiero un solo error, la vida de mis hijos está en juego —nos ordenó. Gio y yo asentimos, podía imaginarme lo que sentía mi suegro al ver a sus hijos en esa tesitura, cuando te conviertes en padre la visión de las cosas cambia mucho—. Akira —llamó a Gio. Todavía me costaba eso de que tuviera dos nombres, el suyo y el que le daba su familia japonesa— desplázate con sigilo hasta aquella columna, en cuanto grite ahora, lánzate a por el cabrón de Ishiguro, le quiero vivo.

—*Hai, oji*^[24]—susurró deslizándose en la oscuridad.

—Tú y yo iremos allí arriba —aclaró mi suegro— los que están rebanando a mi hijo, son míos, el otro todo tuyo.

—¿Estás seguro? Si lo prefieres puedo encargarme yo de los dos tipos —le ofrecí pero mi suegro negó con la cabeza.

—Recuerda las palabras de mi madre, córtale los huevos y méteselos en la boca, nadie toca impunemente a una de mis hijas —dijo y le sonreí, si la que estuviera ahí fuera Akiko no sabía si me habría podido contener, solo de imaginarlo se me revolvían las tripas.

—Por supuesto, será un honor, se le van a quitar las ganas de meterla donde no debe.

—Nunca olvidaré esto, hijo, *arigatō* —aseguró y me emocionó ver la sincera gratitud de mi suegro.

—De nada, además no tienes que agradecerme nada ¿somos familia, no? — respondí y el asintió.

—Por supuesto, pero nunca te he dado las gracias como mereces por hacer feliz a mi hija y porque nunca revelarás mi secreto respecto a su procedencia —alegó y le hice un gesto con la mano restándole importancia.

—No me has de dar gracias por ello, daría mi vida por mi *tsuma*, solo me arrepiento del tiempo que perdimos y que me mantuve alejado de ella, me pasaré la vida compensándoselo —declaré. Mi suegro había desviado su atención hacia mí mientras hablábamos, por lo que no se percató del movimiento de Kayene, a partir de ahí todo se precipitó—. ¡Ahora! —grité para alertar a Gio, mi suegro se puso en guardia y fuimos a por esos cabrones.

Le había dado con todas mis fuerzas, pero algo había salido mal. El maldito cabrón seguía respirando, con dificultad, pero lo hacía, y eso solo significaba una cosa, iba a morir, pero por lo menos, lo haría luchando.

En cuanto los hombres de Fujioka vieron lo que ocurría, vinieron a por mí. Comenzaron a golpearme sin piedad, yo intentaba que no me cogieran las piernas pues eran mi única arma, me sentía algo débil por la pérdida de sangre, sin embargo iba a dejarme la piel para evitar que esos malnacidos le hicieran daño a Katsumi, estaba dispuesto a entregar mi vida a cambio. Otro golpe me sacudió el cuerpo entero, mientras lograba acertar en la entrepierna del que tenía la nariz rota.

Fujioka se había recuperado y había alzado la katana, estaba claro que pretendía rebanarme el cuello.

Katsumi gritó.

—Nooooooooooooo —chilló con todas sus fuerzas, pero Fujioka ni se inmutó, fijó

la vista en mi nuez y supe que había llegado el fin.

—¡Ahora! —escuché. «¿Quién había gritado?» Fujioka alertado giró la vista a la par que yo para ver a qué se enfrentaba. Pero no le dio tiempo a ver a Hikaru Fukuda precipitarse hacia él, con la palabra venganza cruzando su rostro.

Tras de mí, el hombre de Fujioka que permanecía en pie, salió despedido por los aires y mis manos se vieron liberadas. Todo estaba ocurriendo muy rápido, Hikaru embistió a Fujioka desestabilizándolo, para acto seguido lanzar una patada muy precisa que le hizo arrojar la katana al suelo.

—Vamos, hijo, puedes con esto —advertí la voz de mi padre alcanzar mi oído, no hizo falta que le mirara para saber qué debía hacer.

Agarré el cuchillo y degollé al cerdo que yacía en el suelo. Mi padre se encargó del otro, mientras mi cuñado redujo a Fujioka.

Oí un grito al fondo. Allí estaba mi primo Akira maniatando a Ishiguro, los hombres de mi padre acababan de entrar en la sala y la situación parecía controlada. Katsumi gritaba, desde su posición era difícil ver qué ocurría, así que lo primero que hice fue acercarme a ella para cubrir su cuerpo y que pudiera sentirse cómoda.

—Shhh, tranquila —le susurré liberándola—. Ya ha pasado todo —afirmé. Ella no podía dejar de llorar estaba temblando como una hoja. Me limité a acariciarla, no podía abrazarla con toda esa sangre cubriéndome el cuerpo—. Todo va a salir bien a partir de ahora, Kat, voy a encargarme de ello —declaré. Estaba sobrecogida, no podía frenar el desasosiego que la poseía.

Tomé su rostro y besé sus labios sin prisa, intentando transmitir el

profundo amor que sentía por ella, no pretendía que fuera un beso sexual, sino uno tranquilizador. Poco a poco fue respondiendo, sus labios capturaron los míos, al principio tímidamente, después como si fuera lo único a lo que se

podiera agarrar. Sus dedos tomaron mi nuca acercándome a ella aprisionándome, mientras me devoraba con intensidad, con desesperación. Escuché un grito masculino desgarrador, no quise interrumpir el momento, aunque el mundo se abriera bajo mis pies. Finalmente, cuando Katsumi tuvo suficiente y su ardor se fue aplacando, me separé depositando un último beso, tan delicado como una pluma sobre su enrojecida boca. Ella me miraba incrédula, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

Mi padre se acercó a nosotros, y me susurró al oído.

—Yo me encargaré de ella, no sufras, mis hombres lo limpiaran todo, tú y Kenji necesitáis que os vea un médico, Hikaru y Gio han venido en el deportivo, así que yo os llevaré junto a Katsumi a casa. No sufras, está todo bajo control, de camino llamaré al doctor Wang y a su equipo, ellos os atenderán —me explicó. Me alegraba tener un padre como el mío, puso una mano sobre la parte que no estaba herida de mi hombro—. Tranquilo, hijo, os hemos vengado —sentenció y miré hacia atrás sin que Katsumi viera lo que quedaba a mis espaldas.

Fujioka y sus hombres estaban muertos, Hikaru tenía una sonrisa de oreja a oreja, mientras les hacía una foto a los tres cuerpos, como si fueran un monumento turístico. Tenían la boca abierta y sus partes colgando en ella. ¡Sería sádico el tío! Nunca me hubiera imaginado que le gustaban ese tipo de fotos.

Gio tenía a mi hermano cogido, había pasado el brazo de Kenji tras su cuello para poder cargarlo sin dañarle la espalda. Ishiguro estaba en el suelo recitando incoherencias, ¿cómo un hombre como aquel podía terminar así? Me sabía mal por Katsumi, por respeto a ella mi familia no había terminado con su padre, si no hubiera sido mi suegro estaba convencido que estaría junto a los otros tres. No quería que Kat le viera de aquel modo, al fin y al cabo, era su padre y tampoco me apetecía que viera el cuadro de Hikaru, era una imagen dantesca.

—*Chichi* —llamé y le hice un gesto a mi padre en dirección a Ishiguro.

—Tranquilo —respondió y miró dulcemente a Katsumi, aquella mirada me recordaba a cómo contemplaba a mi hermana. Después se dirigió a Katsumi con mucho tiento—. Hola pequeña, has sido muy valiente hoy, me siento muy orgulloso de ti, lo has hecho muy bien, hija —le dijo. Kat le miraba avergonzada, cubriéndose el cuerpo como podía. Mi padre se quitó la americana y la ayudó a colocársela abrochando los botones—. Así, mucho mejor, has demostrado ser una auténtica guerrera ¿te sientes bien? —le preguntó. Ella movió la cabeza afirmativamente—. Muy bien, ahora te cargaré en brazos, no quiero que te asustes, solo quiero que cierres los ojos y que no mires, hay cosas que son mejor olvidar y que no permanezcan en el recuerdo —le pidió y ella dio un respingo.

—Si lo dice por esos malnacidos que torturaron a Kenji y a Kayene espero que estén bien muertos y que hayan sufrido lo innumerable —comentó y me sentí orgulloso por su respuesta, sé que mi padre también.

—Me alegro, pequeña, pero no es necesario verlo. Tu padre está bien, sigue vivo, aunque me temo que debido a su poca cordura mental necesitará tratamiento, me ocuparé de él, no sufras —declaró Kenjiro. Ella le miró fijamente y de un modo muy frío respondió.

—Haga con él lo que crea, él ha permitido todo esto, no reconozco a mi padre en ese hombre. Lo que decida hacer será lo correcto —afirmó. Menudo arrojito estaba echando, cada vez me sentía más débil. Tuve que apoyarme contra el altar e incluso así, las piernas me fallaron. Mi padre me sostuvo.

—Hijo ¿estás bien? —preguntó. Fui a responderle, pero la vista se me nubló.

—¡Kayene! —Fue lo último que oí, antes de que todo se volviera negro.

Cuando desperté reconocí mi habitación, estaba tumbado en la cama con todo el cuerpo envuelto en vendajes.

—¡Tutankamon ha abierto los ojos! —Parpadeé dos veces ante el grito de alegría que oí a mi lado. Después fui arrollado por un delicioso cuerpo femenino que

comenzó a besuquearme por todo el rostro—. Creo que le vas a asfixiar, pequeña, después de dos días, debe necesitar aire —reconocí la voz de mi primo Akira—, aunque viendo su expresión de felicidad diría que le gusta lo que haces, nunca he visto una momia tan satisfecha —comentó y era cierto, tenía todo el cuerpo cubierto de vendas, y por extraño que pudiera parecer, no sentía dolor, tal vez tirantez, pero no me dolía nada. Obviamente me sentía contento de recibir tanta efusividad por parte de Katsumi.

—Déjala, Akira —le respondí ante otro cálido beso—, a esta momia le encanta todo lo que venga de ella —aseguré y levanté las cejas tres veces.

—Creo que no eres el único que piensa lo mismo, cierta parte de tu anatomía se ve muy recuperada y alegre —repuso. Mi entepierna no había recibido daño alguno, así que respondía a la perfección.

—No puedo evitarlo, es que la vida de las momias es muy dura.

—¿Dura? Lo que tú tienes dura es la cara y otra cosa —adujo y solté una carcajada—, además, creo que tienes exceso de reservas con toda la sangre que te han metido en el cuerpo. Pero debe haber habido algún error porque parece que se ha concentrado toda en el mismo punto —añadió y solté otra carcajada. ¡Akira no iba a esperar que no reaccionara ante los arrumacos de aquella preciosidad!

—No seas imbécil, por una vez que es ella la que se tira a mis brazos, pienso aprovecharlo, así que si molestamos a tu delicada vista, será mejor que te largues —le indiqué. Katsumi sonrió y me pareció la sonrisa más maravillosa del mundo.

—Eso es justamente lo que iba a hacer, no vaya a ser que se te

rasguen las vendas y esa serpiente salte a por mí —dijo y le guiñó un ojo a Katsumi saliendo del cuarto. Me quedé ensimismado mirándola.

—No te preocupes, preciosa, la tengo amaestrada, pero no puede evitar reaccionar a tus besos, si hubiera sabido antes que dejarme cortar como un salmón te pone así, lo hubiera hecho —comenté y un ligero rubor cubrió sus mejillas. Era tan hermosa, tenía los labios ligeramente reseco y podía sentir cierta incomodidad por su parte. La punta de su rosada lengua asomó para hidratarlos y enviar un nuevo tirón a mi entrepierna. Hizo un ligero suspiro y me miró con dulzura.

—Yo... no sé qué decir, Kayene, han pasado tantas cosas, que...y —trató de excusarse. Pasé los dedos por su mejilla, como si fuera una ensoñación capaz de disiparse de un momento a otro. Coloqué un díscolo mechón de pelo negro tras su oreja.

—¿De verdad crees que necesitamos decirnos mucho más? ¿Con todo lo que ha ocurrido no hemos tenido suficiente? —le pregunté. Su mirada interrogante y dubitativa me hizo comprender que no estaba convencida del todo. Tomé su mano y la coloqué sobre mi pecho, allí donde mi corazón pugnaba por salir— Katsumi, sé que en muchas, muchas ocasiones, he sido un necio y un patán, sé que me equivoqué en casi todo y no acerté en casi nada, lo que ha ocurrido no es culpa tuya, no quiero que te sientas culpable ni por un instante, porque no ha sido así —comencé y ella suspiró, sabía que en el fondo justamente era eso lo que le ocurría, no debía ser fácil asimilar que tu padre, que debería amarte incondicionalmente, era capaz de hacer una atrocidad como aquella—. Nena, lo único bueno que he hecho en mi vida ha sido enamorarme de ti —afirmé con rotundidad. Su escote subía y bajaba con agitación, mientras mi entrepierna seguía creciendo estrepitosamente. «¡Qué estoy convaleciente!», le dije a mi apéndice que no dejaba de protestar al ver la parte alta de sus cremosos pechos. «Concéntrate, Kayene, solo tienes una oportunidad». Intenté parecer lo más serio posible, llenarme de convicción para trasladarla en mis palabras. Me aclaré la garganta—. Te amo, Katsumi Watanabe, como el cielo ama a las estrellas, te necesito igual que la tierra a la lluvia aliviando su sed. Te anhelo, de la misma

manera que la manecilla de las horas está esperando que transcurran los segundos, para encontrarse con la portadora de su amor cada sesenta minutos. Así me siento yo, esperando para rozar tus labios, para impregnarme de tu cuerpo, aunque solo sea por un breve espacio de tiempo, porque el tiempo sin ti pierde su significado, creando un eterno anhelo hasta que vuelvo a encontrarte en el perfume de tu aliento. Sé que contigo siempre va a ser así, sé que si no estás junto a mí voy a extrañar cada momento que estés lejos, y cuando te tenga —tomé aire y cambié la expresión de mis ojos a una mucho más voraz—, cuando te tenga cerca querré abrazarte, encerrarte en la cárcel de mis abrazos, para hacerte entender que tu lugar en el mundo está entre ellos —sentencié. Creí ver emoción en el fondo de aquellos ojos negros. Nunca había sido un hombre de letras, pero con ella las palabras emergían solas.

—Yo también te amo, Kayene, y todo lo que nos ha ocurrido en

estos últimos días ha servido para que me dé cuenta de que yo tampoco he sido honesta —respondió. «¿Era posible que estuviera escuchando eso?»—. Me ocurrió como a Kenji, nunca quise decepcionar a mi familia, así que me escudé en un disfraz, convirtiéndome en quién ellos deseaban que fuera. Me limité a contentarles olvidándome de mí, de lo que realmente quería —me explicó y vi la convicción de sus palabras—. Siempre fuiste tú, Kayene, siempre —declaró. Estaba arrebolada, presa de la emoción, sin embargo ni loco pensaba detenerla—. Me gustaste desde el primer momento en que te vi, no pude evitarlo y siempre aparecías en mis sueños para tratar de quedar conmigo, aunque sabía que no me convenías —continuó yo sonreí marcando mi hoyuelo derecho—. Y ese hoyito, esa ceja partida, esos labios y tus tatuajes... —suspiró con fuerza— Venían a mi mente una y otra vez, llenándome de deseos prohibidos.

—¿Ah sí? —le pregunté interesado— ¿Y qué soñabas, dulce Kat? —indagué y aunque se puso del color de las fresas, respondió.

—Tal vez te lo cuente cuando te recuperes, deseo hacer tantas cosas contigo,

bueno y sin ti también —aseguró y eso me sobresaltó.

—¿Sin mí? —cuestioné y ella agitó su bonita melena negra.

—No pienses cosas raras, me refiero a que me gustaría trabajar, quiero ser una mujer independiente, me gustaría vivir por un tiempo sola y demostrarme a mí misma que soy alguien más que la mujer de... —comentó. Yo la escuchaba atentamente, podía entender lo que me decía, había pasado de estar supeditada a su padre a estar bajo la tutela de su marido y no había vivido. Aunque me moría de ganas por casarme con ella, tal vez su libertad fuera el regalo más bonito que pudiera hacerle, a veces el amor no está en atar a una persona, sino en demostrarle que caminará a tu lado y no anudada a ti.

—Hagamos una cosa si te parece bien, voy a marcharme de esta casa en cuanto me recupere —dije y su expresión de preocupación me alertó, debía explicarme mejor—. Me mudaré a un piso, esta casa es tuya, mi hermano la dejó a tu nombre y él va a largarse con David, estoy convencido —seguí, mientras ella me escuchaba con atención—. Sé que eres buena con los números, y yo no voy a poder solo con todo lo que se me viene encima, quiero que me ayudes en la gestión de las empresas —le pedí. Abrió tan rápido los ojos que me hizo sonreír.

—¿Quieres que trabaje contigo?

—Exacto, te daré un año para que hagas lo que desees y cómo desees, después de ese año veremos qué sucede —expuse. Su rostro se llenó de una luz especial, iba por buen camino, estaba seguro. Quería hacer las cosas bien—. Quedaremos, te cortejaré e intentaré conquistarte para que te des cuenta de que sin mí tú tampoco eres feliz —añadí y ella hizo un mohín.

—Eso ya lo sé, no me hace falta un año para darme cuenta de que te quiero —me rebatió y se puso a la defensiva, me gustaba aquella Kat con ese arrojo que mostraba.

—Puede, pero es el plazo que tendrás, ni un día más ni un día menos, en ese

tiempo deberás descubrir si lo que yo deseo es lo mismo que deseas tú, que es que te conviertas en mi mujer. ¿Aceptas? —le pregunté y me sentía orgulloso de mí mismo.

—Acepto —dijo relamiéndose los labios.

—Los pactos no se sellan así —protesté ofendido y ella sonrió coqueta.

—¿Ah no? ¿Y cómo se sellan según tú? —inquirió. Flexioné mi dedo índice para que se acercara.

—Ven, acércate, te lo diré al oído —le pedí. Ella inclinó su cuerpo hacia mí y en cuanto la tuve cerca capturé sus tentadores labios entre los míos. Katsumi no se hizo de rogar y me devolvió el beso con una pasión arrolladora—. Vas a ser mía, ¿me oyes? Voy a convertirme en tu droga más dura. Nada ni nadie va a tentarte como... —traté de explicarle pero ella sonrió y volvió a saquear mi boca. No podía sentirme más encantado.

33 Capítulo (David y Kenji)



Si meses atrás me hubieran dicho que ese día iba a llegar, no me lo habría creído. Estábamos en mi piso de Barcelona tomando un gin-tonic con los chicos del salón. David estaba sentado a mi lado luciendo su alianza de casado, mi marido, era mi marido. Estaba sonriente, los chicos aplaudían pues la última incorporación del salón, un chico llamado Gael, nos deleitaba con un número de baile. Era la alegría de la fiesta e incitaba a todos a participar. Los dedos de David tamborileaban sobre la mesa de la terraza, al ritmo de la música, mientras le miraba, conocía esa mirada.

—¿Te diviertes? —dije pegando la boca a su oído, él me repasó de aquel modo tan sexy. Cuando lo hacía la sangre me bullía en el cuerpo.

—Me divertiré más cuando estemos solos —respondió y yo le sonreí.

—¿Solos? —cuestioné enarcando una ceja y dirigí mi mirada hacia el bailarín

que segundos antes había llamado su interés.

—¿Te gusta cómo se mueve? —preguntó. Sabía que era su manera de pedirme permiso, me encogí, yo también me había fijado.

—Durante la cena no pude evitar ver cómo nos miraba, tal vez le apetezca quedarse a jugar —comenté.

Me gustaba la relación que tenía con David, nos complementábamos a la perfección, ya fuera solos o acompañados, el sexo siempre era increíble, teníamos muy claro ese punto en nuestra relación y, más que distanciarnos, hacía que lo pasáramos de maravilla.

Tras lo sucedido en Tokio con Katsumi, tuve que mantener reposo durante un mes, aquel cabrón me había destrozado la espalda. Por suerte no todo fue malo, sirvió para que David se quedara en Tokio, cuidándome. Permaneció a mi lado hasta que me recuperé del todo. Todavía recuerdo sus palabras cuando desperté de los fuertes sedantes que me habían suministrado. Estaba estirado a mi lado, según mi *sobo*, no se separó de mí en ningún momento. Estaba guapísimo con el torso desnudo y su rostro relajado.

Besé sus labios muy despacio, con suavidad, hasta que abrió las pestañas bañándose en ellos.

Era pronto, la luz del amanecer se filtraba por la ventana.

—Buenos días, Príncipe Encantador —le susurré.

—Buenos días —respondió desperezándose—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó y aún estando adormilado veía la preocupación en su mirada soñolienta.

—Supongo que bien, dentro de lo malo —contesté. Centré la atención en cómo me sentía—. Me duele la espalda, nada que no pueda soportar —comenté, él cerró los ojos mesándose el pelo.

—Lo siento tanto, Kenji, todo fue culpa mía, si no te hubiera atado... —dijo. Yo puse el dedo sobre sus labios y sus pupilas se fijaron en las mías.

—Si no me hubieras atado habría ocurrido lo mismo, esos tipos eran profesionales además, eso no es lo importante, yo estoy vivo y tú también. Y ahora estas aquí —afirmé. Para mí era muy importante haberme despertado con él al lado.

—Eso es cierto —convino pues no parecía con ganas de pelear.

—Quiero preguntarte algo David y necesito que seas sincero conmigo —manifesté. Su nuez se movió arriba y abajo.

—Está bien, pregúntame lo que quieras saber y te responderé, te debo aunque sea eso —replicó y su voz era solemne.

—¿Por qué viniste a mi habitación? —le interrogué. David soltó el aire muy despacio, tardó varios segundos en responder y cuando lo hizo fue de un modo rotundo.

—Porque por mucho que lo intenté, por mucho que me dije a mí mismo que era mejor olvidarte, que lo tenía todo y no tenía necesidad alguna de seguir complicándome la vida contigo, lo único que hacía era engañarme, pues mi vida no era vida sin ti —declaró y el ritmo de mis pulsaciones se aceleró—. Hemos pasado meses distanciados, sabes que he estado con otros hombres, nunca te lo he ocultado —siguió y yo asentí—, pero la verdad es que por muy bien que lo haya pasado sentía que algo no encajaba. Llámame loco, pero era incapaz de lavar la funda de la almohada hasta que tu olor no desaparecía, olisqueándola como un perro vagabundo noche tras noche, intentando atesorar fragmentos de tu olor. Rememoraba tu sabor en mi boca, buscaba las huellas de tus besos en mi cuerpo, porque otros podían poseerme, pero ninguno acariciar mi corazón como lo hacías tú —manifestó. Sentía un impulso irrefrenable de besarle, pero me aguanté.

—¿Y eso en qué punto nos deja? —indagué y él suspiró.

—Pues nos deja en el punto de que debo haberme vuelto loco porque si todavía me quieres yo también deseo que te conviertas en mi marido, una vez hayas obtenido el divorcio —afirmó. Tenía ganas de gritar, saltar y aullar como un loco, me costó un horror seguir con la máscara puesta para escucharle, cuando me moría de ganas por besarle—. Cuando fui a tu habitación a demostrarte con acciones y no con palabras, que quiero que seas mío para siempre, sucedió lo que sucedió, y ahora no estoy seguro si serás capaz de perdonar que haya sido tan idiota al no haber sabido reaccionar a tiempo. Debía haber actuado distinto cuando me dijiste lo que sentías en el hotel —expuso. Yo seguí en silencio y eso le desesperó. —¡Di algo! —me azuzó, curvé los labios en una sonrisa y puse mi pulgar sobre su

barbilla.

—Bésame, David y no dejes de hacerlo nunca, porque pienso venerarte a cada instante, y que sean mis besos los que estén tatuados en tu boca y en tu corazón —dije y él acercó sus labios a los míos para que nos deleitáramos durante horas, sabiendo que nadie era más perfecto para nosotros que nosotros mismos. Mi *sobo* tenía razón, por fin hallaba el alma que se anudaba al otro extremo del hilo rojo.

Nos casamos tres meses después, en una ceremonia íntima en la playa, rodeados de todos nuestros familiares y amigos. Me instalé en el piso de David y tras largas charlas sobre nuestro futuro, decidimos ampliar el negocio. Íbamos a abrir nuevos centros en las principales capitales europeas, y para ello necesitábamos más infraestructura y mejorar la estructura interna de la empresa. Nuestro elegido fue Andy. Era un chico muy capacitado, con grandes ideas, con arrojo y ganas de crecer profesionalmente, así que le propusimos que fuera nuestro director de operaciones.

Una de las cosas que le convenció, además de un sueldo de vértigo, fue que dispondría de algunas acciones en la empresa, se mostró sorprendido y encantado, así que entre los tres diseñamos el plan estratégico para que los nuevos salones fueran todo un éxito.

Hasta ahora no podíamos quejarnos. Habíamos abierto cuatro salones en capitales europeas: París, Londres, Milán y Ámsterdam, ya gozaban de nuestros exclusivos servicios. Funcionaban como la seda y nos estaban reportando muchos beneficios.

Podíamos decir que nuestra vida era prácticamente perfecta.

—Gael —le llamó David. El chico siguió bailando, contoneándose hasta llegar a nosotros, sonriendo, incitándonos con movimientos felinos.

—Dime, jefe, ¿quieres bailar? —preguntó y David le sonrió.

—¿Te diviertes? —inquirió David. Gael tenía una risa contagiosa.

—Claro, es una fiesta fantástica, me encanta bailar, beber y disfrutar —aseguró y arqueó las cejas, mientras David daba un trago a su copa y se la ofrecía justo después.

—Con tanto movimiento debes tener sed —indicó y este sonrió, la tomó, lamió el borde donde habían estado los labios de David y dio un trago saboreándola. Mi entropierna se tensó, el chico bajó la mirada hasta ese punto y ronroneó.

—Delicioso —afirmó. Era un descarado y eso me gustaba.

—David y yo hemos pensado que tal vez querrías quedarte con nosotros después de la fiesta —comenté y él chupó su labio inferior.

—Claro, por qué no, me encantaría, seguro que podemos disfrutar mucho —declaró. Nos miramos los tres y sonreímos—. Por cierto ¿Andy puede quedarse? —nos pidió y nuestros ojos se desviaron hacia quién se había convertido en

nuestra mano derecha, él levantó la copa y nos miró con deseo— Había quedado con él, antes que con vosotros.

—Por supuesto —respondí con agilidad—, siempre es un gusto jugar con Andy —expresé. Gael se agachó hasta alcanzar mi oreja.

—Y no sabes lo que será tenernos a ambos para disfrutar —ronroneó.

La fiesta terminó y los cuatro nos metimos en el jacuzzi de la terraza. Ya no llevábamos nada puesto, jugábamos a pasarnos un cubito de hielo, mientras nuestras lenguas se acariciaban. David salió del agua con su perfecto cuerpo goteando.

—Quiero que los tres salgáis y vengáis aquí —ordenó. «Mmmmmm», me encantaba su rol de dominante. Todos obedecimos sin rechistar—. Os voy a decir qué vamos a hacer exactamente, hoy hemos invitado a Gael a participar en nuestros juegos, así que me parece justo que los tres disfrutemos de él —comentó y los ojos del chico brillaban de excitación. Nuestros miembros estaban duros y dispuestos—. Yo le tomaré por detrás, a la vez que Andy se la chupa y Gael se la come a Kenji, ¿estáis todos de acuerdo? —preguntó. Asentimos, podía ver que el chico estaba algo abrumado y nervioso, era mucho más joven que nosotros tres.

—Tranquilo —le dije lamiéndole los labios y comiéndole la boca— vamos a hacerte disfrutar —aseguré y él sonrió tímidamente—, ven, agáchate y tómame entre tus labios.

—E-eres muy grande, nunca he estado con alguien tan grande —confesó. Era lógico que mi tamaño pudiera cohibirle.

—Shhhhhh —volví a besarle—, seré muy suave y paciente, te va a gustar, solo deja que yo marque el ritmo.

David había ido a por lubricante. Mientras tanto hice que se inclinara hacia mí,

que me agarrara por la cintura para que fuera habituándose a mi tamaño. Chupó mi glande para dejarlo entrar, yo movía las caderas con suavidad, entrando y saliendo con cautela de su boca. Lo hacía francamente bien, a cada envite la abría más dejándose llevar por la excitación de lo que Andy le estaba haciendo. Ya estaba instalado entre sus piernas, devorando su entrepierna a la par que él engullía la mía.

David regresó y tras colocar una gran cantidad de lubricante en su trasero, comenzó a estimularle con los dedos, Gael resoplaba y tragaba enfebrecido. Mi marido curvó los labios, sin dejar de mirarme le penetró gruñendo junto a mí y a Gael.

Aquello era apasionante, nunca había hecho un cuarteto, pero sentir como me practicaban una felación, y ver el placer en los ojos de mi marido me estaba poniendo muy caliente.

David y yo acompasamos nuestras caderas, era una danza erótica de placer y conexión, me gustaba ver mi goce reflejado en sus pupilas, al igual que él vería el suyo en las mías, no sabría explicar muy bien cómo me sentía, pero era increíble, dudaba que muchas parejas gozaran con ese vínculo tan profundo.

Las embestidas se hicieron más salvajes, había llegado hasta el final de la garganta de Gael, me había enterrado en él empujando hasta el final. Andy le seguía complaciendo con su boca, mientras se acariciaba a sí mismo con su mano.

—Eso es, chicos —dijo David animándonos, nos dirigía como si fuera el director de la orquesta—. Sé que todos estáis muy cerca, siento la energía, la conexión entre nosotros, pero debéis aguantar hasta que yo os lo diga —exigió. Recibir sus órdenes, dejarle ejercer ese poder sobre nosotros era de las cosas más excitantes que había hecho nunca—. Eso es, solo un poco más —pidió. Yo apenas podía aguantarme, sentía las gotas de semen intentando escapar de la

punta de mi polla, estaba convencido que Gael ya me estaba saboreando, no dejaba de chupar con fruición, como si intentara ordeñarme agarrado a mis glúteos—. ¡Ahora! —gritó David y tras la orden vino la liberación, la sinfonía de rugidos, jadeos y bramidos coparon el ambiente de la terraza.

Toda mi esencia salió disparada, como un torrente que fluía por la garganta del muchacho. David también le llenaba, encajándose una y otra vez en él. Y Andy le había marcado, salpicando su cuerpo y tomando la excitación del muchacho. Fue una experiencia única que seguramente repetiríamos más de una vez en el futuro.

Una vez solos en la intimidad de nuestra habitación, nos amamos de nuevo, esa vez no era sexo, sino mucho amor, porque una cosa era divertirse, explorar, disfrutar y pasar un buen rato acompañados, y otra muy distinta era la entrega total esa que dábamos cuando nuestras almas se encontraban entregándose por completo. Aquel momento era único y solo podía darse cuando estábamos los dos.

—Te amo —le susurré, mientras acariciaba su cabello, David siempre dormía con la cabeza apoyada en mi pecho, decía que le gustaba oír los latidos de mi corazón para cerciorarse de que latían por él y por nadie más.

—Y yo a ti —replicó. Sus dedos trazaban las líneas de mis tatuajes, aquel simple gesto me encantaba, era como si pudiera sentirle bajo la piel—. Me alegro de haber aceptado tu proposición y haberme atrevido a dar el paso. Eres perfecto para mí, mi otra mitad, la que va a complementarme toda la eternidad. —Un bostezo escapó de sus labios.

—Descansa mi amor yo velaré tus sueños para cumplir cada uno de ellos —aseguré y sentí cómo hormigueaba mi piel bajo su sonrisa.

El inconmensurable amor que sentía por David invadía mi pecho para calmarme, arrullándome con una nana que solo yo oía. Me gustaba sentirle abandonado

entre mis brazos, mi felicidad tenía nombre propio: David.

34 Capítulo (Kayene)



El corazón se me iba a salir del pecho, tras el último acelerón de Katsumi, ¡en qué mala hora le había dejado conducir el deportivo! La muy loca se había apuntado a un curso de conducción temeraria, de esos que hacen los especialistas de cine, y a mí se me había ocurrido la brillante idea de celebrar que había aprobado prestándole el deportivo, así me enseñaría lo que había aprendido.

Faltaba un mes para que llegáramos al año que le di de margen para que aceptara ser mi esposa, y a ese ritmo nos matábamos antes de que me diera el sí quiero.

Katsumi había crecido con la fuerza de un huracán, nada quedaba de aquella chica tímida y reservada que conocí estudiando. Se había declarado una fan incondicional de los deportes de aventura, después de que mi *sobo* la tomara bajo su tutela. Escalada, paracaidismo, rafting y lo último el curso de conducción.

Además, se emperró en aprender *Kyuchō*, la única idea que me parecía más acertada, primero porque íbamos juntos a clase y después, porque nuestro mundo era peligroso, así que prefería que aprendiera a defenderse. Resultó una alumna muy aventajada, absorbía los movimientos con rapidez y los ejecutaba con una precisión pasmosa.

Además, mi *sobo* le daba clases para aprender a manejar la katana cada viernes, aprovechaban para ponerse al día y practicar, era una delicia verlas juntas, se llevaban muy bien.

Cada día estaba más loco por ella, mis sentimientos lejos de diluirse, cada día se hacían más fuertes. Nos veíamos en el trabajo, y tras él quedábamos como cualquier pareja, bueno, como cualquiera no, me tenía castigado sin sexo. Eso era lo que peor llevaba, sentía mis partes nobles a punto de estallar, duras como un par de huevos cocidos. Mis cinco contra uno no servían para aliviar la tensión que sentía cada vez que la veía o que su aroma llegaba a mí.

Además, había cambiado su estilo de vestir, arriesgaba mucho más y eso me ponía cardíaco, pues sabía a la perfección qué había ahí debajo.

La nueva Kat, era una bomba de relojería, aunque estaba claro que a quién iba a hacer estallar por los aires era a mí.

Decidió, que íbamos a conocernos a la perfección, que no iba a

sucumbir a mis encantos, a menos que tuviera claro que conmigo era con quien quería pasar el resto de sus días, poco le duró su convicción de que era el hombre de su vida. Pero a cabezota no me ganaba nadie, así que solo pude claudicar y echar toda la carne en el asador. De poco me sirvió, su férrea determinación estaba acabando conmigo.

Tomó una curva muy cerrada, tanto, que me vi cayendo por el precipicio sin poder hacer nada para evitarlo.

—¡*Yabai*, Kat! Ve más despacio, quiero seguir vivo —proferí, ella me miró por el espejo retrovisor y sonrió.

No ayudaba nada que se hubiera puesto tan condenadamente sexy precisamente hoy. Ese minúsculo vestido rojo se subía cada vez más hacia arriba a cada acelerón y ella no hacía nada por bajarlo, mostrándome la cremosidad de sus muslos. Entre la velocidad, su seguridad al volante y aquel jodido vestido, tenía la bragueta a punto de estallar, y esa mujer parecía no querer quitar el pie del acelerador.

—¿Puedes frenar un poco, Kat? ¡Esta carretera es peligrosa! —le pedí. Tenía los nudillos blancos te tanto apretar las manos.

—No me digas que tienes miedo, Watanabe —respondió y torció el gesto.

—Pues, la verdad es, que empiezan a sudarme las palmas de las manos y no del calor, precisamente —afirmé. La muy engreída sonrió levantando el pie del acelerador.

—Está bien, abuelita, reduciré el ritmo —comentó y movió ligeramente la pierna, pero el coche seguía a aquel ritmo infernal. Kat pisó y soltó varias veces el pedal para mirarme con preocupación—. ¡No afloja! —exclamó. ¿Cómo que no aflojaba? Aquel coche frenaba y reducía como la seda.

—¿Qué quieres decir con que no afloja? ¡Frena! —le ordené. El diseño del coche no me permitía ver sus pies, pero por la posición de sus piernas estaba claro que lo estaba intentando. Yo no podía accionar el freno de mano automático, pues a la velocidad que íbamos estaba claro que el impacto nos mataría. Estaba comenzando a ponerme nervioso, la situación no pintaba nada bien. Kat estaba comenzando a impacientarse.

—¡No puedo hacer nada, Kayene! ¡No reacciona! —aseguró. «¡Mierda!». Pensé para mis adentros y por un instante mi mente voló meses atrás, pensé en Fujioka y sus hombres. Habíamos desarticulado su red, lo habíamos enmascarado todo

como si hubiera sido un ajuste de cuentas, cosa de la mafia rusa, con quien Fujioka tenía tratos, pero... ¿Y si se trataba de algún tipo de venganza? ¿Y si nos habían cortado los frenos? No podía soltar mis sospechas como si nada, solo lograría poner más nerviosa a Kat.

—Tranquila, nena, respira.

—¿Tranquila?! ¡Cómo narices quieres que esté tranquila! ¡Vamos a morir! — chilló. «¡Mierda, mierda y más mierda!»— ¡Encima sin haber hecho un trío, con las ganas que tenía! —añadió. «¿Qué acababa de decir?! ¿Había dicho trío?».

—¿Cómo? —grité exasperado— ¡¿Estamos a punto de matarnos y piensas en un trío?! ¡¿En un puto trío?! ¡Joder, Kat!

—¡No seas mal hablado! Sabes que no me gustan los tacos, además... ¿Qué quieres? Dicen que cuando uno está a punto de morir piensa en lo que más quiere, y yo deseaba mucho hacer uno —replicó haciendo un puchero. No podía creer aquello, un sudor frío recorrió mi cuerpo. No me decía que me amaba, ni que me iba a echar de menos, ni se arrepentía de no haberse casado conmigo, pensaba en sexo y en meter a otra persona en su cama. Estaba muy enfadado.

—¿Con quién? —la interrogué con los dientes apretados.

—¿Con quién, qué? —preguntó aferrándose al volante y sin apartar los ojos de las curvas

—¿Con quién querías realizarlo? —logré escupir.

—¿Y eso qué más da ahora? ¡Voy a quedarme con las ganas! —respondió y yo me tensé.

—¡No puedes soltarme eso y pretender que no quiera saberlo, Kat! ¡Sabes lo que siento por ti! ¡Sabes cuánto he esperado que pase este puto año para que me des una respuesta! ¿Y ahora me sales con esas? ¡¿Un Trío?! ¡¿Vamos a morir y tú pensando en hacer un sándwich vete a saber con quién?! —bramé furioso.

Estaba que se me llevaban los demonios, además de estar terriblemente acojonado.

—Sándwich no, quería un bocadillo con salchicha doble —replicó.

No podía creerlo, estábamos a punto de matarnos, y le salía aquella especie de humor negro que no me hacía ni puta gracia—. ¡Abre la guantera! —me ordenó

—¿Cómo? —cuestioné pues no entendía nada.

—Busca en las puñeteras instrucciones de este cacharro y déjate de historias, debe haber un modo alternativo de frenarlo.

—¡Claro, lista, se llama freno de mano, pero no podemos accionarlo o saldremos despedidos por los aires!

—¡*Yabai*, Kayene! Este coche tiene más botones que el Batmobile, seguro que hay algo, ¡mira en las malditas instrucciones! ¿O tienes una idea mejor? —indagó. De perdidos al río, abrí la guantera y busqué el maldito libro. Íbamos cuesta abajo, menos mal que había poco tráfico y de momento no nos habíamos encontrado otro coche delante, pero no dudaba que sucedería tarde o temprano. Saqué el libro y fijé la vista en las malditas instrucciones, no había nada, nada de nada.

—¡No, no, no, noooooo! —oí gritar a Kat. Levanté la vista, ¡la muy HDP, se había salido de la carretera e iba directa hacia el acantilado!

—¡Pero qué haces! —le grité.

—¡Había un coche delante, debía salirme o nos hubiéramos estampado! —respondió. Estábamos a escasos segundos de la muerte, sin opciones, no podíamos saltar del coche a esa velocidad o nos partiríamos el cuello, así que hice lo único que podía hacer en aquel momento.

—Kat, te amo más que a nada en este mundo y me alegra que si voy a morir lo haga contigo, porque pienso estar dándote por culo toda la eternidad —aseguré. Para mi sorpresa ella sonrió, dio un volantazo y clavó el coche a medio metro antes de caer por el precipicio. «¿Qué había sido eso? ¿Cómo había logrado frenar?».

Fijó su rostro en el mío y me soltó.

—¿Esa es tu manera de decirme que te casarás conmigo? —preguntó coqueta. Tenía el corazón a punto de salir despedido por mi boca, ¡la muy hija del Japón se había estado burlando de mí! ¡Nunca había perdido el control, ni un maldito instante! Me miraba pagada de sí misma, como si hubiera realizado una proeza, sería....

Me quité el cinturón y salí del coche dando un portazo, intentando calmarme antes de estrangularla y partirle ese precioso cuello en dos. Acto seguido salió ella con ese maldito vestido rojo que le marcaba los pezones más tiesos que una vela y aquellos tacones que le hacían unas piernas de vértigo.

—Vamos, Watanabe, no me digas que un poco de acción te ha asustado, creía que te iban las emociones fuertes.

«¿Emociones fuertes? Iba a darle yo emociones fuertes».

Sentía la adrenalina corriendo por mis venas a la velocidad de la luz. Di la vuelta al coche hasta situarme justo delante de ella, que se había sentado en el capó, el paisaje era de vértigo, naturaleza salvaje, montañas rocosas y un precipicio que cortaba el aliento. Pero lo que verdaderamente me dejaba sin respiración era ella. Su mirada coqueta alertó todos mis sentidos, estaba terriblemente excitado.

Su conducción salvaje, sentir que la perdía, la seguridad que mostró al volante y ahora aquella postura que rozaba el egocentrismo, me ponía a mil. Me estaba provocando, estaba jugando conmigo, agitando mi bestia interior que no dejaba de rugir.

Tenía las fosas de la nariz dilatadas al igual que las pupilas, recorriéndola con un ardor incontenible.

—¿Te ocurre algo? —preguntó. Estaba jugueteando con el fino tirante de su vestido, deslizándolo arriba y abajo de su hombro, mientras yo solo podía pensar en saborearla, la puta abstinencia me estaba matando—. Creo que últimamente piensas demasiado Watanabe, te estás volviendo demasiado responsable.

—¿Responsable? ¿Yo? —cuestioné y entonces mi cerebro hizo clic. Tomé el bajo de su vestido y tiré con fuerza hacia arriba sin que lo esperara— ¡Joder! —exclamé. El tiro me había salido al revés, no llevaba nada debajo de ese maldito vestido. ¡Estaba completamente desnuda! Al lado de su monte de venus se había tatuado mis carpas en miniatura con la palabra Koi debajo. Así era como hacía que me llamara cuando yacíamos juntos y ella creía que era Kenji. La miré con la boca haciéndome agua.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo sin un ápice de vergüenza. La chica que se sonrojaba había desaparecido, dando paso a aquella hermosa pantera de cabellos de ébano y piel de marfil.

—Mucho.

—Entonces, ¿a qué esperas? —me instó clavando los codos en el capó y mirándome con fijeza, abrió los muslos mostrándome su carne rosada y húmeda. Me sentía confundido ante la nueva Kat y me costó reaccionar— ¿Qué te ocurre, Watanabe? ¿Has perdido el fuelle? ¿O acaso te has olvidado de qué se debe hacer con una mujer? —inquirió juguetona. «¿Olvidado? O ¿que no sabía por dónde empezar con tal delicioso manjar?». Suponía que quería un beso, así me lo indicaba su boca entreabierta, pero lo que hice fue agarrarla de las caderas y devorar su sexo—. Aaaaaahhhhh —jadeó ante la sorpresa. Estaba terriblemente mojada, su aroma impregnaba el ambiente excitándome a cada bocanada.

Mi lengua la recorría con insistencia, sus muslos se abrían invitadores y sus

dedos empujaban mi cabeza. Kat gritaba, había afianzado los pies sobre el capó y empujaba su pelvis hacia mi boca con total abandono. Madre mía, estaba muy cachondo con esa nueva mujer.

—Ohhhhh, sí, sigue, así, ahí, ohhh, madre mía, madre mía —gritaba. Mi lengua intentaba abarcar toda la superficie de su vulva, mis dedos la penetraban buscando alcanzar el punto G, pero estaba tan cerrada que me costaba.

—Vamos, nena, dame más, ábrete para mí —la animé, mientras seguía degustándola, incitándola a que se entregara, a que se rindiera en mi boca.

Se abrió como una flor ofreciéndome su néctar, sabía tan endemoniadamente bien. Succioné aquel tierno capullo hasta sentirlo rígido, su vagina se contrajo contra mis dedos anunciándome que estaba al borde. Los aparté tras una última embestida para sentirla estallar en mi lengua.

—Te necesito —gimoteaba corriéndose—. Te necesito.

—¿Dónde, princesa?

—Dentro, por favor, Koi, por favor —me rogó pero yo seguí torturándola. Pasé la lengua por el tatuaje que tanto significaba para mí. Aquello era mucho más que una declaración de amor, se había marcado el cuerpo conmigo, solo para mí.

—Di que serás mía, que te convertirás en mi mujer, que a partir de hoy tu cuerpo me pertenece para que pueda amarlo a cada instante del día, para que pueda poseerlo, venerarlo y hacerte gritar de placer, para hacer que te corras una y otra vez, para llenarte con mi simiente y que mis hijos crezcan en tu vientre —le exigí. Sabía que debido a nuestra incompatibilidad de Rh, tendríamos problemas, pero nada que no pudiéramos superar con los médicos adecuados—. Dime que por fin vas aceptar casarte conmigo.

—Sí, sí, sí, sí a todo, pero fóllame de una vez —suplicó. Vaya, la modosita era ahora una deslenguada.

—Será un placer, señora Watanabe, será un placer.

Me bajé los pantalones y la penetré con la naturaleza por testigo, Kat se entregó en cuerpo y alma a aquel rito ancestral en el que nuestras pieles se reclamaban impregnándose de nuestro amor. No nos hacían falta finas sábanas de algodón egipcio, ni la comodidad de una cama, para que el fuego que nos consumía nos abrasara en una gran hoguera.

Devoré con gula sus tiernos pechos, acompañado por el dulce despertar de sus jadeos. Mi boca reptó con avaricia por su escote, para llegar a los mullidos labios que ansiaba conquistar. La lengua de Kat salió al encuentro de la mía, devastándome por completo, arrollándome como un alud, gritando una y otra vez en la oscura gruta, tras alcanzar su segundo orgasmo.

Pero yo quería más, necesitaba más, llevarla al límite, hacerle entender que nada, ni nadie la completaría tanto como yo. Hice que se diera la vuelta, que sus erectos pezones se encontraran con el frío capó y sus ojos con la inmensidad del paisaje. Acariciaba el tenso nudo que rabiaba entre sus piernas, mientras me encajaba en ella una y otra vez. Kat gritaba, completamente libre, sin pudor y sin control.

Puse el dedo índice en su boca y lo engulló, como si se tratara de mi polla, casi me corro ante la sensación, pero quería más, necesitaba más, lo saqué para acariciar su trasero, tantear el fruncido agujero y acompasar mis acometidas por delante y por detrás.

—Aaaaaaaaahhhhhh.

—Agárrate al capó, Kat, este va a ser el más intenso, con él vas a entender que yo solo te basto y te sobro, y que los bocadillos de salchicha solo son para comer.

Mi mano derecha descorrió el capuchón del clítoris intensificando la

masturbación. Los resuellos entrecortados de Katsumi hablaban de las intensas emociones en las que su cuerpo se veía envuelto. Estaba temblando incontrolable, casi sacudiéndose, gritando como un animal poseído. Su vagina se tensaba una y otra vez cada vez que la invadía, y aquel delicioso ano constreñía mi dedo.

—No puedo más, Koi, esto es demasiado —sollozó. Quería escuchar mi nombre en sus labios cuando alcanzara el clímax final.

—Kayene, preciosa, soy Kayene y si quieres que te libere, mi nombre será el que deberás gritar.

—Ka-Kayene, Ka-Kayene —musitaba como un mantra que la llevaría al sendero de la liberación.

—Eso es, nena, sigue, mi nombre es música en tus labios, córrete para mí, pequeña Kat —la alenté y el grito de mi nombre retumbó, cruzando el cielo. El eco se encargó que se filtrara por todo el valle acunando con mi nombre las copas de los árboles. Después me corrí yo y lo único que salió de mi garganta fue «Mía», porque así fue como la sentí desde el primer momento en que la vi. Mía, simple y maravillosamente mía.

EPÍLOGO



Monte Fuji, Katsumi.

Eran nuestras primeras Navidades juntos y no podía sentirme más radiante, por fin me había convertido en la mujer de Kayene Watanabe y me sentía plena. Kayene me complementaba como jamás hubiera imaginado, me hacía inmensamente feliz, nunca me limitaba, siempre me acompañaba por muy loca y descabellada que pudiera ser mi ocurrencia. La última había sido celebrar nuestra boda en Navidad, hacía apenas dos días que nos habíamos casado en el hotel Fuji Onsenji Yumedono, al lado del lago Kawaguchi y muy cerca del monte Fuji.

Logró reunir a toda la familia y amigos más allegados, para después disfrutar de unas mini vacaciones todos juntos, reservando el hotel solo para nosotros. Ahora mismo estaba disfrutando de un baño en el jacuzzi de agua termal, solo con las chicas. Ilke, su hermana Laura, Akiko y mi nueva *sobo*, conformaban el selecto grupo.

Invitamos a mis padres a la boda, pero no vinieron, la relación con ellos era muy

distante tras el ingreso de mi padre en un centro de salud mental. Le destituyeron de su cargo y se retiró con mi madre a una casa de campo alejada del tumulto de la ciudad, apenas les veía, estaba claro que no les apetecía saber nada de mí, sin embargo llegó un punto que dejó de importarme. El amor de Kayene y su familia hicieron que no sintiera apenas su falta, ellos me daban todo el que necesitaba.

Estábamos muy entretenidas y divertidas. Nuestra conversación giraba en torno a los niños, Laura tenía tres, dos niños tan guapos como su padre y una niña que era exacta a Ilke, incluso le había puesto el mismo nombre de su tía.

—Pues, como os decía, fuimos al museo, Marco insiste mucho en hacer salidas culturales con los niños y a ellos les encanta. ¿Os podéis creer lo que me soltó la pequeña Ilke cuando vimos el cuadro del Guernica de Picasso? —preguntó e hice memoria, ese cuadro era de Picasso y de estilo cubista, vete a saber qué había dicho la pobre niña.

—Sorpréndenos —respondió la *sobo*.

—Cuando le pregunté si le gustaba lo que veía, me respondió: «No lo entiendo ¿pero qué desorden es ese? ¿Es que a ese niño no le enseñaron a ordenar sus juguetes? Esa habitación está muy desordenada, mamá, seguro que es porque no tiene una madre como tú» —dijo tratando de imitar la voz de su hija y todas estallamos a carcajadas.

—Para salidas las de Selene —comentó Ilke haciendo referencia a su hija que era un diablillo incapaz de pasar cinco minutos sin hacer una trastada.

—¿Qué ha dicho esta vez mi sobrina? —Laura parecía la mar de divertida.

—Pues el otro día estaban hablando en clase de los distintos tipos de familia, para concienciar a los niños de que pueden haber pequeños que tengan dos papas, dos mamás, un papá y una mamá, o solo un progenitor —empezó y todas asentimos—. Pues bien, cuando salió el dibujo de dos hombres con un niño, dijo delante de toda la clase: «¡Anda, dos hongosexuales como mi tito David y mi

tito Kenji!»

Me estaba aguantando la risa.

—¿Y que respondió la maestra? —pregunté curiosa.

—Pues, ella le preguntó que qué eran dos hongosexuales, y ella le respondió: «Pues que van a ser, señorita Lucía, un chico muy guay a quien le gusta otro chico muy guay, como mis titos, que se quieren mucho y están esperando que una cigüeña les traiga un bebé de Japón, se lo han pedido por Amazon ¿sabe?, ahora Amazon te trae de todo y en menos de un día si eres prima, y ellos tienen muchos primos».

Volvimos a estallar en carcajadas ante el raciocinio de la niña.

—Esa pequeña promete —respondió *sobo*.

—Sobre todo cuando entró en mi habitación y me preguntó por qué mis piernas pinchaban como un cactus —aseveró Akiko con el ceño fruncido, todas sonreímos de nuevo, no había dejado de reír en los últimos cuarenta y cinco minutos—. ¿Qué queréis que os diga? Los mellizos me dan mucho trabajo y no tuve tiempo de depilarme, menos mal que en este hotel pude pedir hora antes de tu boda.

—Podrías haber ido al salón de David —dijo *sobo* alzando las cejas. No era ningún misterio qué ocurría en los salones de mi cuñado, a nuestra querida *sobo* ya la habían puesto al día.

—A nuestros maridos no les hace ninguna gracia que vayamos, tienen atemorizado al personal y se han encargado de decirles que los completos solo nos los hacen ellos —advirtió Ilke.

—Pues me parece, que las próximas Navidades iré a visitaros yo a España y a que me atiendan en ese salón, a ver si me hacen uno de esos completos que tanto parecen gustaros a todas.

—¡Sobo! —exclamé, ella me miró— ¿Solo uno? Ya que vas aprovecha, que dicen que esos chicos te encienden la mecha —añadí y ella parecía complacida ante mi observación.

—La mecha se la voy a encender yo —replicó y se dio un cachete en el culo—, cuando prueben la carne nipona abandonan todos Barcelona.

Las risas se sucedían sin cesar, realmente con ellas me sentía en familia.

Por la noche cenamos con los hombres y los niños, ver a aquellos pequeños me llenaba de alegría y de tristeza a partes iguales. Kayene me tomó de la mano y me besó junto al oído.

—¿Te sientes preparada? —me preguntó. Sabía que él sí, pero a mí me daba miedo volver a pasar por lo mismo.

—No lo sé, Kayene, creo que todavía no estoy lista —alegué y él volvió a besarme.

—No te preocupes, preciosa, somos jóvenes y hay mucho tiempo, por el momento me conformo con las prácticas —comentó pícaro. Un recorrido de anticipación constriñó mi abdomen. Me gustaba ver aquel brillo en su mirada, me entusiasmaban las prácticas, pero sobre todo lo que más me gustaba era la sensibilidad y la consideración que tenía mi marido conmigo.

Sabía que quería ser madre, pero prefería esperar, quería hacer mil cosas antes, disfrutar un poco más de mi matrimonio, viajar, conocer mundo y un bebé que comportaría un embarazo de riesgo, no era lo más adecuado para ello.

David se puso a golpear una copa con una cucharilla para que le prestáramos atención.

—Queridos amigos y familiares, nos alegramos mucho de poder estar todos aquí unidos y de que por fin Katsumi y Kayene sean tan felices como nosotros —empezó y desvió la mirada hacia Kenji que suspiró—. Quiero dar las gracias a

todos por habernos apoyado, sobre todo a mi nuevo *chichi*, Kenjiro, que desde el primer momento se mostró muy comprensivo con lo que mi marido necesitaba para ser feliz —declaró. Mi suegro asintió e inclinó la cabeza ante sus palabras—. Como ya sabéis Kenji y yo queríamos adoptar un bebé, pero tras visitar la ONG de Hikaru hemos quedado rendidos ante el desparpajo de una preciosa niña llamada Emiko y su hermanito Akihiro, ambos sufrieron los abusos de un padre alcohólico que los golpeaba y les dejaba días encerrados sin comer —nos explicó. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pues yo conocía la aterradora historia de aquellos niños de cinco y tres años—. Así que, vamos a iniciar el proceso de adopción y esperamos que sean tan bien recibidos como lo fui yo en esta generosa familia.

Selene que estaba jugando con sus primos vino corriendo hacia David y tironeó de su pantalón con fuerza.

—Tito David, tito David ¿entonces el bebé no lo va a traer Amazon? —David le sonrió con ternura.

—No, preciosa, los hemos buscado más grandecitos para que puedan jugar contigo y nos los llevamos ya —replicó y la pequeña asintió.

—Pues así mucho mejor, que no vaya a perderse la cigüeña con tanto viaje y la liemos, que esos pájaros no tienen GPS —dijo. David le besó la cabecita y la niña salió corriendo disparada a contarles a sus primos la buena nueva.

—¡Por la felicidad! —afirmó mi suegro alzando la copa— ¡Por mis nuevos hijos, Katsumi y David, y por mis nuevos nietos, Emiko y Akihiro! ¡Que el amor y la alegría siempre llenen nuestra gran familia! ¡*Kampai!* —Todos alzamos la copa respondiendo al unísono

—¡*Kampai!*

Estaba claro que cada uno de nosotros había encontrado el significado del amor en alguien que no esperaba, pero la vida es así de caprichosa y te une a quién

menos lo esperas.

Todos habíamos nadado río arriba, a contracorriente, demostrando que una simple carpa es capaz de sortear cualquier tipo de obstáculo si al final del río le espera el amor verdadero.



Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de KathleenWoodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

Ahora a sus 38 años dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Su primera obra ha sido una tetralogía:

Trece fantasías vol. 1 (octubre 2017)

Trece fantasías vol. 2 (octubre 2017)

Trece maneras de conquistar (noviembre 2017)

La conquista de Laura (diciembre 2017)

Después esta biología:

Devórame (enero 2018)

Ran (febrero 2018)

Yo soy Libélula Azul (marzo 2018)

Breogán Amando una Libélula (abril 2018)

Ojos de Dragón (mayo 2018)

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no

dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

¡Feliz lectura y hasta la próxima!

LOS LIBROS DE LA AUTORA:

SERIE STEEL

TETRALOGÍA TRECE FANTASÍAS

SINOPSIS:

La serie que pondrá a prueba si eres capaz de abrir tu mente hacia el sexo.

Laura es una chica con muchas dudas e inseguridades, su físico y su pasado la condicionan en el momento de relacionarse con el sexo opuesto.

En un viaje a su Noruega natal, Laura se introduce en el mundo de la literatura erótica a través de una página de internet que le recomienda su abuela.

De regreso a España sus amigas de chat la incitan a liberarse y que realice todas sus fantasías con un hombre que ha conocido una noche, a través de la pantalla del ordenador y del cual no sabe nada.

¿Será Laura, alias "Gatita mimosa", capaz de acudir a la cita con "Devil69" para que haga realidad sus deseos más oscuros?

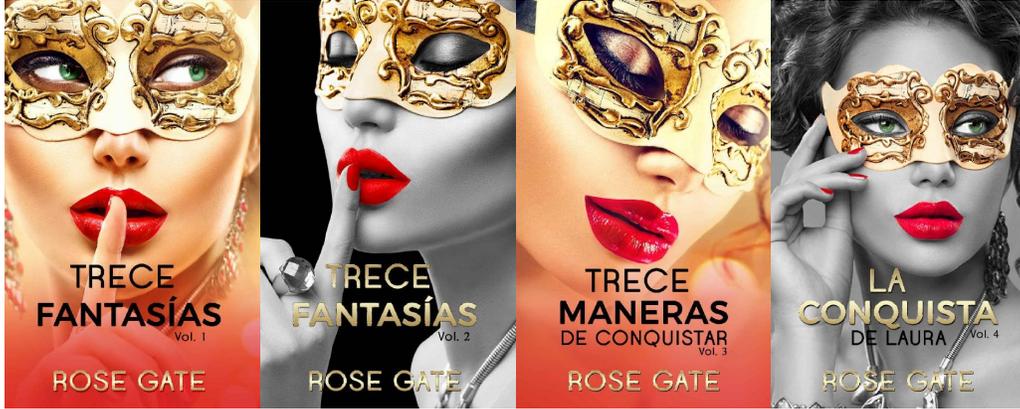
Marco nunca ha tenido problemas con el sexo opuesto, guapo, de buena familia y con un negocio que va viento en popa sólo tiene algo que se le resiste, el amor. Marcado por un pasado lleno de traiciones, Marco no confía en las mujeres y no busca una relación seria para que le partan de nuevo el corazón. Alentado por un amigo y compañero de trabajo, queda con una chica a través de un chat de novela erótica, según él, es muy sencillo tener un buen polvo de una noche con esas mujeres tan necesitadas.

Sin demasiado entusiasmo Marco acude a la cita, pero ¿está realmente preparado para encontrar a la única mujer capaz de poner su mundo patas arriba?

¿Aceptará Marco ser el hombre que realice las fantasías sexuales de Laura?

¿Aceptará Laura su nuevo yo y que sea Marco el que lo descubra?

¿Serán capaces de separar el amor del sexo? No puedes perderte la primera parte de la trepidante, romántica y erótica historia de Marco y Laura.



TRECE
FANTASÍAS
Vol. 1

ROSE GATE

TRECE
FANTASÍAS
Vol. 2

ROSE GATE

TRECE
MANERAS
DE CONQUISTAR
Vol. 3

ROSE GATE

LA
CONQUISTA
DE LAURA
Vol. 4

ROSE GATE

BILOGÍA DEVÓRAME Y RAN

SINOPSIS:

Su alma no estaba preparada para amar, el sexo y la oscuridad dominaban su vida llena de dinero, poder y desenfreno.

Giovanni Dante es gerente del Masquerade, un selecto club de sexo, además de poseer casi un imperio de la hostelería.

Huérfano al fallecer sus padres en su adolescencia, heredó la empresa de la familia y fue adoptado por la familia de su mejor amigo cuando más lo necesitaba.

Ilke es una joven llena de vitalidad, guapa y sexy a morir, disfruta de su libertad al máximo sin apenas preocupaciones, solo una: ganar el dinero suficiente para cumplir su sueño.

Ilke desea, sobre todas las cosas, convertirse en una gran diseñadora y estudiar en París, para ello aceptará un trabajo un tanto peculiar, donde le ofrecerán ganar mucho dinero para ahorrar la cantidad que necesita. Un trabajo en un lugar oculto ante el mundo y solo abierto para el goce de algunos.

Con lo que no contaba Ilke, era con conocer a Giovanni y la vorágine de sentimientos que este despertará en ella.

Su atractivo animal, su exotismo y la corriente sexual que hay entre los dos los, les llevará a un tira y afloja de voluntades, avocándolos hacia un viaje sin retorno.

Si te gustó Trece Fantasías, prepárate para la historia más irreverente y excitante: la de Ilke y Giovanni.



BILOGÍA YO SOY LIBÉLULA AZUL Y BREOGÁN AMANDO A UNA LIBÉLULA

SINOPSIS:

A los que me juzgan les diré que no saben nada de mí, las personas siempre se rigen por lo que creen pero no se paran a analizar lo que realmente sucede.

A ti, que me estás juzgando, te pregunto,

¿Qué harías si el sexo en tu matrimonio no funcionara durante nueve años?

¿Qué harías si tu marido fuera un eyaculador precoz y se negara a reconocerlo?

¿Qué harías si jamás hubieras tenido un orgasmo?

¿Qué harías si tu marido te hiciera sentir que eres un cero a la izquierda?

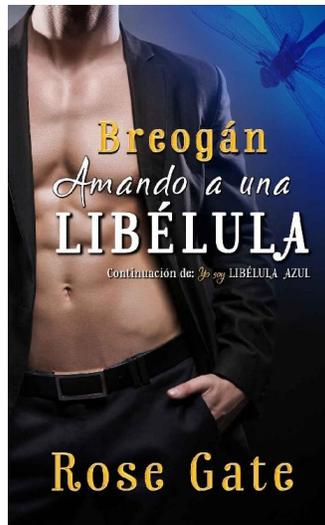
¿Qué harías si apareciera un hombre que hiciera sentirte viva?

¿Qué harías si encontraras un nuevo mundo que agitara tu corazón y te llena de deseo?

¿Qué harías si la pasión te envolviera llenando de luz la oscuridad?

No me juzgues todavía.

Yo soy Libélula azul, y esta es mi historia.



OJOS DE DRAGÓN

SINOPSIS:

Cuenta la leyenda que las almas humanas están conectadas por un hilo rojo que los dioses atan al dedo meñique.

Esas almas están predestinadas a encontrarse sin importar el lugar, el tiempo, o la circunstancia.

El hilo puede enredarse, liarse, o tensarse hasta tal punto, que puede parecer que quiera romperse. Pero eso jamás ocurre, el hilo rojo que une a dos almas humanas predestinadas a encontrarse es indestructible.

Hikaru es el heredero de una de las principales Yakuza de Japón y siente que su hilo se ha roto.

Su amada lleva cuatro años casada con otro y él fue obligado a casarse con una cría durante la celebración de su compromiso con Ilke, su prometida.

Una irresponsable que le mintió, le engañó intercambiando el disfraz con la que iba a ser su mujer, para terminar perdiendo la virginidad con él y que toda la familia les sorprendiera al día siguiente.

Akiko se ve envuelta en un matrimonio sin amor, su marido ama a otra, aunque se ha casado con ella por honor. La desprecia y la ignora como si se tratara de un fantasma en su propia casa.

Ella tiene un sueño, convertirse en modelo, así que pone tierra de por medio para luchar por lo único que le queda: sus metas.

Cuatro años más tarde Akiko está en la cima de su carrera y su corazón vuelve a

latir gracias a Misha. Él le pide matrimonio

y Akiko acepta. Sólo hay un ligero inconveniente ella sigue casada con Hikaru y Misha no lo sabe.

¿Qué almas unirá ese misterioso hilo rojo?



EL KARMA DEL HIGHLANDER

SINOPSIS:

Sarah Alcántara es una arpía consumada. Dueña de una de las principales editoriales de Romántica del país tiene un lema:

“Si no tienes vagina, ni te pases por mi oficina”.

A sus treinta y dos años no tiene pareja. Los hombres en su vida nada más tienen un cometido, darle placer una sola vez, después los expulsa de su vida. No los quiere cerca y por ello, solo trabaja con mujeres, sus autoras son del sexo femenino exclusivamente.

El premio W Romantic Ediciones se acerca, quedan cinco días y no tiene manuscrito ganador. Sus chicas o su aquelarre de brujas, como ella las llama, le insisten en que lea un manuscrito que ha caído en su poder, fuera de plazo y del cual todas están enamoradas.

Sarah jamás ha leído una historia que le haya hecho sentir tantas emociones. Aquel libro que narra la historia de un Highlander atormentado, cala hondo en ella. A partir de ese momento Kenan Mackenzie aparece en sus sueños para llenar de lujuria sus noches y hacer flaquear los cimientos de su perfecta existencia.

En la entrega de premios ocurre un suceso inesperado, algo que cambiará el rumbo de los acontecimientos, que marcará un antes y un después en la calculada vida de la Sarah Alcántara.

Si te gustan las historias de escoceses, los saltos en el tiempo, crees en la magia y disfrutas con el erotismo, no puedes perderte el Karma del Highlander, una historia que te sorprenderá.



[1] Kumicho: jefe del grupo.

[2] Yabai: joder, en japonés

[3] Gajin: así es como llaman los japoneses a los occidentales.

[4] Chichi: padre en japonés

[5] Okama: Maricón, en argot japonés. Realmente significa olla de cocción, originalmente argot para el culo. La traducción literal de Okama es caldero y en argot japonés significa maricón, aunque como ha ocurrido en el resto del planeta el uso de Okama se ha normalizado adquiriendo un sentido neutro además del despectivo

[6] Odoroki: sorpresa

[7] Tebori: técnica ancestral de tatuaje manual usada en Japón.

[8] Sensei: maestro en japonés

[9] Arigatō: gracias

[10] Shimai: hermana en japonés

[11] Shikamuro: kimono tradicional que viste la mujer para casarse.

[12] Juzus: especie de rosarios

[13] Gohonzon: un objeto de devoción en el budismo japonés.

[14] Monotsuki: kimono tradicional para bodas que luce el hombre.

[15] Tsuma: esposa.

[16] Arigatō otto: gracias marido

[17] Aisuru tsuma: amada esposa

[18] Men bou: flor de algodón.

[19] Ofurō: bañera japonesa, solo se puede entrar en ella una vez la persona está limpia, las bañeras sirven para relajarse no para limpiarse, eso se hace en la ducha.

[20] Kon'nichiwa Giri no musuko : Hola yerno

[21] saikin dō: ¿Qué hay de nuevo? Es un saludo coloquial.

[22] Mago: nieto, en japonés.

[23] Junzi: hombre superior

[24] Oji: tío, en japonés